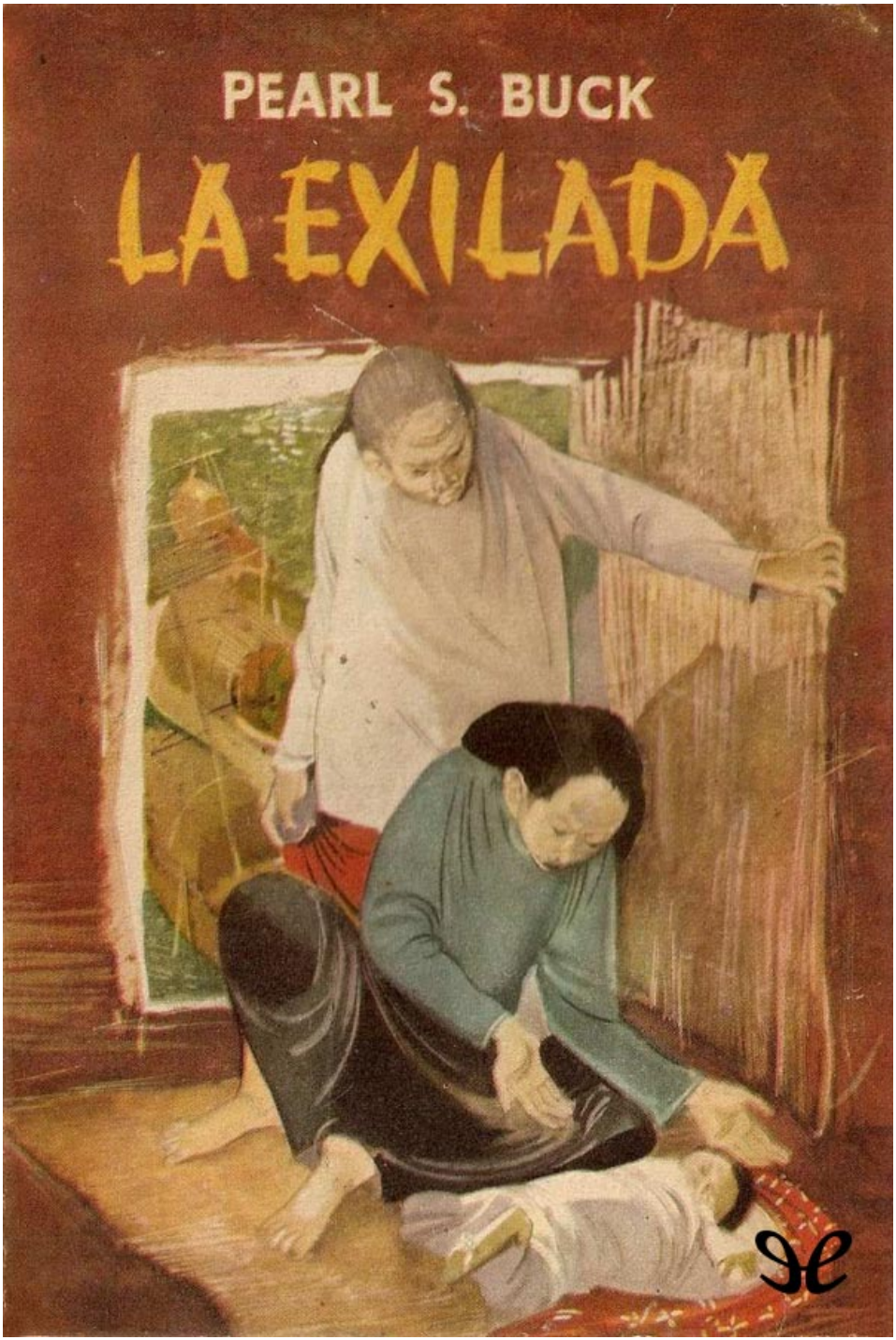
PEARL S. BUCK

LA EXILADA



La exiliada es un libro de memorias escrito por Pearl S. Buck sobre su madre, Caroline Stulting Sydenstricker, que describe su vida: su juventud en Virginia y en China como la esposa del misionero presbiteriano Absalón Sydenstricker.

El libro es una profunda crítica de su padre y el trabajo de la misión en China por su trato a las mujeres. Buck también traza nos habla de la desilusión de su madre con la religión.

El éxito del libro llevó a la autora a escribir un libro de memorias en paralelo de su padre, *El ángel luchador*.

Pearl S. Buck

La exiliada

ePub r1.0
Titivillus 15.04.15

Título original: *The exile*
Pearl S. Buck, 1936
Traducción: Alberto Echevarría Palma

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

CAPÍTULO PRIMERO

De la rápida sucesión de cuadros que forman la vida de esta mujer y que pasan por mi memoria, escojo el más característico. Escojo éste. Hela aquí en el jardín americano que ella ha formado en el oscuro corazón de una ciudad de la China, en el río Yangtsé. En la flor de la madurez, su figura fuerte y muy erguida, de movimientos libres y armoniosos, está de pie bajo el abrasador sol de verano. No es muy alta, ni muy baja tampoco, y se planta firmemente sobre ambos pies. Tiene en su mano una pala; ha estado cultivando su jardín. La mano que sujeta la pala es vigorosa, una mano firme y morena, no demasiado bien cuidada, y muestra las huellas de muchos géneros de trabajo. Sin embargo, está bien formada, y las puntas de los dedos son sorprendentemente delicadas y finas.

El sol tropical cae con fuerza sobre ella, que levanta la cabeza hacia él sin temor. Sus ojos son abiertos y claros, ojos castaños que, bajo unas oscuras cejas, tienen una mirada penetrante y están rodeados de unas pestañas tupidas, cortas y negras. En esta época de su vida no se detiene una a pensar en si es o no es bella. Siéntese una cautivada por el vigor y la fuerza vital de su rostro, con una nariz no muy pequeña y un buen espacio entre ambos ojos; una boca móvil, muy expresiva y variable, con los labios no demasiado delgados; una barbilla pequeña, firme y bien formada, lindo cuello y hermosos hombros. El sol brilla ardiente en su cabellera. Ésta es espesa y suave, y cae ensortijada en torno a su cara. Es de un cálido color castaño, salvo donde la ha recogido de sus sienes —y allí, coronando su frente ancha y baja, muestra dos alas blancas— y donde está amontonada sobre su cabeza, formando un grueso nudo en el cual el blanco se entremezcla repetidamente en los cabellos.

¡Qué figura tan extraña y fuerte es aquélla en medio del jardín americano que ha formado dentro del oscuro corazón de una ciudad de China! Su nacionalidad americana es inconfundible, aunque el

sol extranjero haya quemado su piel dándole un color más oscuro que el de su naturaleza. Un jardinero chino holgazanea por allá, apoyado en uno de los bambúes, de los cuales hay un grupo cerca de ella. Lleva una chaqueta azul de algodón y pantalones sujetos flojamente en la cintura, mientras corona su afeitada cabeza un ancho sombrero de bambú.

Pero ni el jardinero ni el bambú logran hacer de ella un ser exótico. Conserva siempre su personalidad. En verdad, él tiene poco que ver con ese jardín, fuera de transportar los cubos de agua para el riego. Es ella quien ha plantado allí las flores americanas, alhelíes, botones de oro y hortensias, frente al muro de ladrillo que encierra el recinto. Es ella quien, a fuerza de paciencia, ha hecho crecer la hierba en prados suaves y parecidos bajo los árboles y quien ha colocado un macizo de violetas inglesas al pie de la galería. Ha logrado que una enredadera de Virginia trepe sobre los contornos feos y angulosos de la casa de misiones, y ha cubierto dos de sus costados. Hay en un extremo de la larga galería un viejo rosal blanco en flor, y si alguien se acerca demasiado, ella lo llamará con brusquedad, pues hay allí un nido de tórtolas al que defiende con tanto celo como la propia tórtola. Una vez la vi enojada —y sabe enojarse con frecuencia— porque el jardinero holgazán había robado el nido: vertió sobre él un torrente de bien articuladas invectivas en chino, por lo que él se escurrió, atónito, de su presencia. Volvióse entonces con vehemente compasión a la madre de las tórtolas, que revoloteaba por allí, y su voz cambió en tal forma que no parecía la misma. Animó a la tórtola, mientras torcía las ramas del rosal aquí y allá y recogía el nido violado para volver a colocarlo tiernamente en su lugar; con pesar e indignación reunió las cáscaras rotas de los huevos para enterrarlas. ¡Y nadie se alegró más que ella cuando la madre volvió a poner cuatro huevecitos en el nido restaurado!

—¡Eso se llama ser valiente y buena! —exclamó la mujer con los ojos brillantes.

Pero este cuadro de ella en el jardín americano que había formado en un país extraño no es el comienzo. No logra dar una explicación de ella, si es que alguna vez puede ser explicada, ni dice cómo, con todo lo americana que era, llegó a hacer un jardín en China. Sin embargo, por lo menos debe relatarse el principio.

* * *

Era su linaje de origen holandés, vigoroso, próspero e independiente. Su abuelo había sido un acomodado comerciante de la ciudad de Utrecht, en Holanda. Se le consideraba rico en aquellos días de industrialización, pues era dueño de una fábrica que ocupaba a cien artesanos, y en donde se hacían trabajos de ebanistería con maderas importadas. Salieron de esa fábrica, sin duda, muchos de los escritorios de palo de rosa, de las mesas con incrustaciones y de las piezas de caoba de aquella época.

Este holandés, Mynheer Stulting, tenía una pasión por los trabajos finos y la perfección del detalle. También era económico, y amasó su dinero de forma tal, que se calculaba debía poseer una fortuna. Vivía con su familia en una típica casa de Utrecht, maciza, cómoda, espaciosa y llena de hermosos y sólidos muebles, todo lo cual era lo más limpio y ordenado que imaginarse cabe. Era esencialmente un hombre de la ciudad, pero tenía un jardín, un jardín cuadrado detrás de su casa, donde experimentaba, en pequeña escala, con tulipanes y bulbos. Allí se sentaba por las tardes con su larga pipa y su copa de vino.

Los domingos, día que siempre fue sagrado para él, iba con su mujer y su hijo, el menor y el último que quedaba en casa, a la iglesia. No se les habría ocurrido obrar de otro modo, pues, de las trescientas almas que la componían, para ninguna era más importante la iglesia que para Mynheer Stulting, el cual le hacía generosas donaciones. Tenía una voz potente que en la iglesia fluía de su garganta corta y gruesa, conduciendo los salmos, cuyo canto constituía su deleite. Su hijo, un muchacho delgado y menudo, siempre se encontraba a su lado, cantando también. Era más bajo que su padre, mucho más frágil de cuerpo y cuidadoso en el vestir. Al otro lado estaba su madre, gruesa, suave y bondadosa, murmurando dulcemente la melodía del salmo, y cuyos pensamientos nunca se desprendían enteramente de la inmensa comida del domingo, que ya debía de estar caliente en el horno de porcelana, en su cocina inmaculada.

Era fervorosa la concurrencia de aquella iglesia los domingos por la mañana. El pastor, de figura alta y delgada, de ojos ardientes y voz sonora, se preparaba especialmente para la ocasión. A veces, los ojos de estas trescientas almas, que se reunían sin falta para

escucharlo, constituían para él un desafío casi insoportable; ojos nobles, firmes y de mirada recta, pensativos, tranquilos, ávidos y críticos. Sabían perfectamente si un hombre había estado o no con Dios al preparar el sermón. Esperaban algo sólido: alimento para el cerebro y fuerzas para el espíritu. Él se los daba sin escatimárselos.

Llegó entonces el período, corto por cierto en la historia, de la intolerancia religiosa en Holanda, y el peso de esta intolerancia cayó sobre estos fieles. El domingo siguiente a la proclamación del decreto que los privaba de la libertad de culto, juntáronse nuevamente estos trescientos, no para escuchar esta vez al pastor, sino para deliberar sobre lo que debían hacer. A medida que el tranquilo debate tomaba cuerpo, veíase bien claro una cosa por lo menos: estos hombres y estas mujeres no tolerarían intervención alguna en su libertad religiosa. Fue Mynheer Stulting quien, al fin, se puso lentamente en pie, y, echando hacia atrás su grueso cuello, miró al grupo con ojos sombríos, pesados y relampagueantes. Resonó su voz potente como toque de clarín.

—En cuanto a mí y a mi familia —exclamó—, ¡serviremos al Señor! ¡Si no lo podemos hacer en nuestro propio país, partiremos entonces de aquí!

Se detuvo y miró penetrantemente a su alrededor. ¡Bien sabían que ninguno de ellos tenía más que perder que este buen comerciante! Tras una pausa, exclamó en seguida con voz sonora:

—¡Salgamos! ¿Quién de vosotros quiere partir?

Rápido como una lengua de fuego levantóse el pastor de cabellos blancos, sonriendo como extasiado. Una veintena de hombres jóvenes se levantaron de un salto, los labios comprimidos en líneas rectas, los ojos brillantes. Lentamente lo siguieron los hombres de más edad. Ellos tenían más que perder: negocios establecidos y prósperos, casas y tierras. Por último se levantaron las mujeres. Algunas jóvenes siguieron con los ojos el salto de los muchachos, y entonces, con decente parsimonia, se alzaron tímidamente. Después de todos éstos levantáronse las madres, estrechando a los pequeños, los ojos turbados y temerosos y en extremo desconcertadas. Al fin se encontraron de pie las trescientas almas, y el pastor, al contemplarlas, sintió correr las lágrimas por las mejillas, gozoso de ver cómo era su rebaño. Alzó los brazos para llorar y ellos cayeron de rodillas bajo el poder de su mirada, y tales

eran la fuerza y potencia de su oración, que llenó la iglesia toda. Iban a salir, abandonándolo todo por el amor de Dios y a la libertad. De tal cepa era esta mujer americana.

* * *

Pasada ya la profunda emoción de aquel día, su determinación no disminuyó en un ápice. Mynheer, con su sólida economía de holandés, vendió su fábrica a buen precio y liquidó cuanto poseía.

No quiso hacer sufrir demasiado a su mujer. Lloraba ésta en sus trajines por la casa, mas lloraba suavemente, ocultando la cara, pues nada quería hacer que alejase a su marido del deber, ni dudaba siquiera de que él conociese mucho mejor que ella la voluntad de Dios. A ella, que siempre estaba ocupada cocinando, lavando, limpiando y vigilando a las criadas, le quedaba poco tiempo para pensar en Dios, y esto debía dejarlo a su marido. Iba ella tan despacio, además, en deletrear unos pocos versículos del Libro, que le confiaba a él la lectura de la Sagrada Escritura, la cual se hacía por la mañana y por la noche, y le apenaba ver que, aun así, dejaba errar su atención, sin querer, hacia el *kueden* de café y la salchicha, cuando de buena gana hubiese escuchado la Buena Palabra. Por la noche avergonzándose aún más porque, muy a pesar suyo, se quedaba dormida al orar, y su marido tenía que despertarla y levantarla de sus rodillas. Esto la humillaba, especialmente porque él nunca se lo reprochaba, sino que decía con su modo de ser generoso y lleno de bondad:

—Mi buena Huldah, ¡qué cansada estás!, ¿verdad?

—¡Ah, Johann! —contestaba siempre, arrepentida—, quiero de verdad escuchar la Buena Palabra, y ¿por qué no puedo poner atención?

De modo que si él decía que debían partir, ella tenía la seguridad de que así debía ser. No fue él demasiado riguroso con ella, y le permitió llevar las cosas que más quería, llenando grandes cajas con colchones de plumas, fuentes azules y blancas, servicios de plata y los muebles que les harían falta.

Los dos hijos mayores, estaban casados, y sus hogares también tuvieron que disolverse, pues todos pertenecían a la misma secta; pero en casa de Mynheer Stulting vivía Hermanus, el hijo menor, cuya figura juvenil era arrogante y erguida. No había entrado en el

negocio como los otros, pues había nacido tarde en la vida de su madre, tras la muerte de varios hijos, y era de construcción delicada. Además, cuando llegó a hombre había dinero abundante en el próspero hogar, y sus padres permitieron que el muchacho, orgulloso, sensible y fervoroso amante de la belleza, escogiera un oficio a su gusto. Decidióse, pues, por el de joyero, porque amaba el color y la forma de las piedras preciosas, y aprendió también a hacer y reparar relojes, porque le fascinaba la minuciosa y delicada precisión de esta maquinaria de hadas.

Era del todo sorprendente que Hermanus pudiese ser hijo de estos robustos y económicos padres. Cuando se colocaba entre ellos en su puesto, en la iglesia, o cuando alternaba con sus fuertes hermanos y las esposas y niños, se diferenciaba mucho de todos, pues era pequeño, delicado y soñador, grande solamente en su orgullo e independencia, de tal modo que nadie le contradecía si podía evitarlo. Por otra parte, tenía una educación superior a los demás, pues había exigido que le enseñasen muchas cosas. Hablaba varios idiomas, escribía versos y música, manejaba con habilidad el lápiz y la pluma y dibujaba de un modo exquisito. Además de estos dones, poseía una hermosa voz para el canto y un oído que buscaba ansiosamente la afinación de los sonidos. Ya de chico fue reconocido en él este talento, y cuando todavía era poco más que un niño, era él quien, con el diapasón, fijaba el tono de los salmos.

De la cepa de este muchacho orgulloso, delicado, ardiente y fervoroso amante de la belleza, descendía esta mujer americana, pues él fue su padre.

* * *

A veces se mandaba al hijo menor de viaje a otros lugares, por cuenta de Mynheer Stulting, y esto constituía para él un gran deleite. Pavoneándose un poco de esta circunstancia, compraba ya un chaleco de fantasía en Amsterdam, ya un alto corbatín de seda, y se complacía en tener su camisa inmaculada, siendo muy escrupuloso en la elección de sus perfumes y en el corte de su levita. Siempre se podía confiar en él, aun cuando no hubiese llevado consigo su fiel sirviente, pues esa misma escrupulosidad y su acentuado orgullo de sí mismo lo mantenían alejado de los pecados más crudos de la juventud.

Cuando Mynheer, al preparar su marcha del país, finalizaba ya la liquidación del negocio de su casa, aún le quedaban a deber dinero algunas casas, pues los negocios de reventa en muchas ciudades se alegraban de poder comprar los muebles bien acabados que él hacía, de los que examinaba personalmente cada pieza, puliendo muchos de ellos con sus propias manos. De modo que envió su hijo a estos comerciantes diciéndole:

—Hermanus, vete a Amsterdam una vez más y habla personalmente con el jefe de esta casa y liquida todas las cuentas. Dile que abandono mi país para ser libre y que éste es el fin y el principio.

El dueño de la casa a quien Mynheer enviaba su hijo era un francés, descendiente de hugonotes, que había heredado algún dinero de su padre, y Hermanus, que se había entrevistado antes con él, habíase encontrado con su joven hija. A cada visita se sentía más profundamente impresionado por la muchachita de oscuros ojos, más delgada y más frágil que las rubias niñas holandesas que él conocía, y que, a pesar de ser él bajo, apenas le llegaba al hombro. Eran, sin embargo, tan estrictas las costumbres del país, que nunca se hallaron a solas, aunque las últimas tres veces que se habían encontrado miráronse con los ojos suavizados por la ternura, sabiendo él además que algún día tendrían algo que decirse.

Se daba cuenta de que ahora la veía por última vez. Cuando comunicó el recado de su padre, encontrábase ella sentada, la cabecita oscura y crespa inclinada sobre su bastidor, bordando silenciosa y recatada; y cuando oyó que iba a partir al extranjero, levantó la vista, jadeante, viendo él cómo sé oprimía el pecho con la mano. En ese mismo instante, la cálida emoción que agitaba su propio pecho, y que él apenas había reconocido como amor, creció de repente, invadiendo todo su ser, ahogándolo casi, y entonces comprendió que le era indispensable poseer a la muchachita francesa. Así, pues, balbuciendo ruborizado y estremecido por el orgullo y la nerviosidad, solicitó del padre permiso para cortejar a su hija. El anciano, frunciendo el ceño, abriendo y cerrando los ojos, alzando los hombros y agitando los dedos, mandó a su hija salir inmediatamente de la habitación, sorprendido de lo que había sucedido. No quiso, sin embargo, decir ni sí ni no, pues sabía que el padre de este joven era rico, de modo que contemporizó y habló de

un arreglo posterior.

—Pero yo voy muy lejos de mi país —dijo Hermanus con firmeza y sintiéndose de repente audaz—. Debe ser inmediatamente.

—¡Ah!, entonces es imposible —proclamaron las cejas móviles y los inquietos párpados, y Hermanus, locamente agitado el corazón bajo su tranquilo exterior y orgulloso rostro, se marchó con altivez.

Cuando llegó a la calle podría haber llorado, no obstante su orgullo, y se fue, cegado por sus lágrimas y tropezando por el pavimento de guijarros, en dirección a su hotel. No podía demorar su partida por más tiempo que aquella noche, pues ya había concluido su negocio. Sintió, entonces, pese a su incredulidad, pasos suaves que corrían detrás de él, y hela aquí, el pelo cubierto con un pequeño chal de encaje, tomándolo del brazo y derramando palabras en su oído. ¿Iba a partir? ¡Ah!…; ¿a América? ¡Ah!…; ¿tan lejos? ¡Ah!…; ¡era muy lejos! De repente, bajó los ojos, bonitos, francos, de un color castaño jaspeado de oro. Hermanus la contempló con desesperación. De algún modo era necesario condensar en un instante los meses de lento y cortés noviazgo. Su rectitud holandesa vino en su ayuda. Dijo simplemente:

—¿Quiere usted aceptarme por esposo?

Levantó rápida y francamente la vista hacia él.

—Sí, quiero —dijo ella.

Forjaron entonces sus planes con rapidez. Estaba sola en su casa, salvo su anciano padre y el ama de llaves —su madre había muerto hacía mucho tiempo—; sí, podría escaparse con bastante facilidad. Sí, podría encontrarlo dentro de media hora y podrían, entonces, tomar el coche. Sí, estaba bien segura de sí misma; esto no la cogía de sorpresa: ya se había dicho que si él la pedía ella lo aceptaría. Iría con sus padres… a América.

Hermanus la aguardó en aquella apacible y tortuosa calle, temeroso y encendido de amor, no sin cierta mezcla de turbación, y antes de lo que había prometido vino ella nuevamente corriendo hacia él, con su manto y su gorrita.

La llevó al hotel donde lo aguardaba su criado, y, no obstante el horror de aquel hombre flemático, lo persuadieron y lo convencieron. A la mañana siguiente se presentaron ante Mynheer Stulting y su mujer, pálidos y agotados por el viaje nocturno, pero

resueltos e indomables.

Esta fuerza de pasión mayor contribuyó también a formar a esa mujer americana, pues ellos fueron sus padres.

* * *

La congregación no pudo abandonar Utrecht con la rapidez que se había propuesto. Trescientas personas no pueden arrancar tan fácilmente sus raíces. Había, además, algunos que esperaban un cambio de actitud por parte del Gobierno. Mas el cambio no llegó, de modo que antes de un año todo estaba preparado. Este año dio tiempo a Hermanus para casarse con su muchachita francesa y para el nacimiento de su hijo, a quien llamaron Cornelio; de esta manera, cuando llegó la hora de partir, zarparon de su país tres generaciones de la familia Stulting.

Trescientas almas, pues, con su pastor a la cabeza, cruzaron el océano Atlántico. Fletaron un barco, que los llevó a todos juntos, y en él vivieron tranquilamente arrostrando el futuro desconocido con entereza, haciendo planes prácticos sobre lo que debían hacer. Invirtieron cerca de veinte días en cruzar el océano, y ocho de los pasajeros murieron de gripe. Éstos fueron sepultados bajo las aguas, y el pastor, agitado su escaso pelo blanco por el afilado viento del océano, pronunció una oración mientras bajaban los cadáveres al mar.

Pero para Hermanus y su mujer fue un tiempo de amor y exaltación. Poco les importaba que el anciano padre francés les hubiera mandado decir que, aunque perdonaba a su hija, no quería que volviese a su hogar.

—En todo caso, ¿cómo podría yo volver? —exclamó ella alegremente, cuando lo supo—. Por lo demás, yo nunca le he querido. Es un anciano cruel. ¡Ah, Hermanus!

Para Hermanus era un encanto más el que ella nunca pudiese pronunciar su nombre sin la suave elisión francesa de las consonantes. Apenas sabía adónde iban. Esto, como todo lo demás, se lo dejaba a su padre. Entretanto, allí estaban, junto a él, su amor y su hijito.

* * *

Una vez que se encontraron en tierra americana, comenzaron sus dificultades. No eran gentes sentimentales y pensaban ahora más en la cuestión práctica de cómo vivir que en el impulso que les había dado la libertad. Esto estaba bien, porque la gente de Nueva York era hábil y voraz, y cuándo arribó al puerto el barco cargado de prósperos comerciantes y artesanos holandeses, fueron para ellos un rico botín, pues estos florecientes holandeses hubieron de dar piezas de oro a cambio del menor servicio.

Pero soportaron esto con entereza y prosiguieron su viaje a las tierras de Pensilvania cuyos títulos habían comprado.

Cuando llegaron allá, resultó que la tierra consistía totalmente en pantanos; no servía para nada y no había esperanza de cultivarla. Habían deseado establecerse todos juntos en un lugar donde pudiesen fundar sus hogares, sus negocios y su iglesia en una sola unidad. Hubo quienes, desanimados, volvieron a las ciudades, donde se encontraban más en su ambiente. Mynheer Stulting no fue de éstos. Plantado en la tierra mojada y pantanosa, tal como se había plantado en la iglesia, llamó a quienes quisieran seguirlos a él y a su pastor para comprar más tierra en el Sur con el oro que les quedaba y de esta manera mantenerse juntos. De los ya menos de trescientos, más de ciento se levantaron en silencio para seguirlos. Compraron, entonces, tierra en Virginia y se fueron allá, inflexibles, nostálgicos y afligidos de corazón. Pero la tierra esta vez era buena: una planicie alta, uniforme y fértil, circundada de montañas. Sin embargo, ¡qué duro y extraño resultaba para estos hombres y mujeres criados en la ciudad, acostumbrados a la industriosa tranquilidad de la opulenta ciudad holandesa y sin saber nada de agricultura ni de la vida de campo, aun en su propio pequeño, compacto y bien cultivado país! Helos aquí, rodeados por completo de montañas despobladas, y con grandes bosques en el lugar donde precisamente debían vivir. Había en la vecindad una pequeña colonia inglesa, pero los indios merodeaban por allí y atravesaban sus tierras; aunque, por fortuna, no eran activamente hostiles, inspiraban miedo por su aspecto salvaje.

Los holandeses, sin embargo, eran valientes y daban lo que podían a trueque de hachas, machados y cuchillos, y, siguiendo las instrucciones de los ingleses, se pusieron a cortar los árboles. Cada familia se construyó una tosca cabaña de troncos y después se

unieron para construir una más grande que sirviera de iglesia. Reunióse la gente el primer domingo en esta iglesia —donde los bancos eran troncos que conservaban aún la corteza y donde el púlpito era un gran tocón de árbol— bajo un cielo extraño que ahora debían hacer suyo, para adorar al Dios por quien tanto habían abandonado. Muchos de ellos volvieron a mudarse en esos dos primeros años, porque las dificultades y las privaciones habían resultado excesivas para los más ancianos y delicados de esa gente de la ciudad. Sólo unos cincuenta o sesenta se alzaban ahora para alabar a Dios, y a muchos de éstos, aunque lo alababan, les corrían las lágrimas por las mejillas. Mas el pastor estaba todavía con ellos; una figura espectral y lastimosamente anciana, pero indómita. Al cabo de un año murió.

¡Cuántos trabajos había que realizar en aquellos primeros años! Hubieron de desocupar potreros y plantar sementeras para alimentarse. Primero se cortaban los árboles, arrastrándolos en seguida con caballos y hombres, y dejando los tocones en su lugar, hasta terminar el trabajo más urgente de sembrar y cosechar. Después, en invierno, se desenterraban los grandes tocones, y, volviendo a aplicar las cadenas, los hombres y los caballos, los arrancaban de la tierra con grandes esfuerzos y quejidos. Guardaron los tocones y éstos fueron las primeras empalizadas que tuvo aquella gente. Pero fue un trabajo durísimo. Después de poco tiempo, nadie hubiera creído que existiera entre ellos un hombre criado en la ciudad, exceptuando a Hermanus. Su delicada figura era demasiado débil para servir en los trabajos que requerían fuerza muscular; por otra parte él mantenía, a pesar de todo, su aire de pulcritud un tanto melindroso. Aun en aquella selva se dedicaba a su oficio, y las personas que poseían relojes se los traían, a veces de grandes distancias.

Vivía Hermanus con su mujer y sus hijos en una cabaña adyacente a la de sus padres. La intrépida francesita de París resultó ser una cultivadora excelente. Alegre, a pesar de todas las penalidades, veloz de pies y manos, práctica y apasionada, emprendía con vigor sus tareas, manteniendo inmaculada la cabaña y cuidando a los niños a medida que llegaban año tras año; tres niñitas después de Cornelio y en seguida un hijo. Después descansó de tener hijos algunos años.

Esta mujercita jamás dejó de adorar a su marido. Para ella era refinado, demasiado refinado para esta vida. Por lo que hacía a ella, la podía aceptar. De todas maneras había que cocinar, coser, cuidar a los niños; en todas partes las mujeres tenían que hacer estas cosas, y ella podía hacerlas allí también. Cultivó industriosamente un pedacito de jardín; caminó diez millas, hasta la colonia, y volvió con una gallina y seis huevos frescos para empezar un gallinero. Lamentaba el hecho de que, habiendo una laguna, faltasen los huevos de pato —¡tan sabrosos como eran los patos en Francia!—. Todos los días lavaba y planchaba una camisa para su marido, una camisa de género blanco que ella misma había fabricado. Él no se levantaba hasta las ocho de la mañana y ella siempre le llevaba una taza de chocolate para desayuno. No se le ocurría que, antes que él llegara a la mesa a tomar su café y sus pasteles, ella ya había realizado media jornada de trabajo para la familia. Lo adoraba y se deleitaba con sus maneras caballerosas, con lo fresco de sus carnes, sus mejillas rasuradas y lo inmaculado de su cuello y camisa. No había en la colonia otro hombre como él.

Quizá con más rapidez que ninguna de las sosas mujeres holandesas aprendió esta francesita a adaptarse a la selva y a convertir su tierra desierta en un jardín, en precioso jardín francés. Juntaba aquí y allá palitos y ramitas. Parecía que nunca pudiese ir a la casa de alguien sin volver con la raíz de alguna planta cuidadosamente envuelta en su pañuelo. Alimentábase su familia de legumbres, pollos y huevos, y ella persuadió a un vecino inglés para que le diera una vaca a cambio de trabajos de costura; de este modo pudieron beber leche, siendo ellos de los primeros en tenerla.

Era tan práctica y tan alegre, que parecía no dejarse impresionar por la selva ni por el trabajo que ésta le proporcionaba. Pero volvió un día de la plantación de patatas a su casa y se detuvo un momento a la puerta de la cabaña para ver si su hijo dormía tranquilamente en su cuna, construida en el hueco de un tronco. El niño dormía, pero ¡cuál sería el horror de la madre al ver una culebra de cascabel que se enrollaba y desenrollaba con lentitud, tranquilamente tendida sobre el niño!

La madre se apoyó medio desmayada contra el quicio de la puerta. Su rápido cerebro le advirtió que no debía hacer ruido o movimiento alguno. Pero ¿y si el niño despertaba o se movía?

Dejóse caer sin ruido en el umbral de la puerta y vigiló, debilitada por el miedo, poniéndose a rezar desesperadamente. Allí se sentó, mientras la culebra seguía tendida. Elevábase el sol, pronto sería la hora en que llegaban los demás a casa para la comida del mediodía. Continuó rezando. Por fin, la culebra se empezó a mover con indiferencia, arrastrándose hasta dejarse caer por la orilla de la cuna al piso de tierra, dirigiéndose en seguida hacia una grieta entre dos troncos.

Llenóse entonces de cólera esta pequeña y valiente madre. Empuñó el azadón que tenía en la mano y voló hacia la sorprendida culebra, golpeándola y machacándola mientras le chillaba. Cuando entró Hermanus la encontró desmayada y bañada en lágrimas, tendida en el suelo al lado de la culebra mutilada, mientras que el niño había despertado y jugaba apaciblemente. Era la primera vez que la veía llorar.

El próximo hijo que nació fue Carie[1], y en esta niña se depositó lo mejor de la madurez, alegría, sentido común, valor, adaptabilidad, pasión y temperamento de esta pequeña madre francesa.

La vida de la colonia holandesa empezó ahora a adaptarse a la vida de la nación americana. Esto lo hacían con plena conciencia y por su propia voluntad, aunque había algunos de más edad, como el mismo Mynheer Stulting, que sentía la nostalgia de la comodidad y seguridad de su antiguo hogar. La muerte del pastor en los primeros años fue para Mynheer un golpe terrible, y nunca pudo quedar del todo satisfecho con los que intentaban ocupar su puesto.

El golpe más duro de soportar fue la noticia de que, antes de cumplirse seis meses de su partida, el Gobierno había cambiado su actitud y había concedido la libertad de culto a sus ciudadanos. ¡Si hubiesen tenido solamente un poquito más de paciencia, todo aquello —el amargo trabajo, las muertes— no habría sido necesario! Había quienes culpaban ahora a Mynheer Stulting por haber sido demasiado impetuoso. Él los miraba con ojos humildes y suplicantes, aturdido, por lo que había hecho. Murmuraba con la garganta seca:

—¡Sin embargo, lo hicimos en aras de Dios y de la libertad!

Vino entonces en su ayuda la buena de su mujer, que, colocándose frente a sus acusadores, dijo con suave entonación en

la primera y única ocasión que se le oyó hablar en In congregación:

—¿Cómo pudimos preverlo nosotros? El buen Dios sabe ahora por lo menos que estábamos dispuestos a dejarlo todo y seguirle a Él. Ahora Él nos conoce por lo que somos. Nosotros lo hemos demostrado. ¿Y quién de vosotros abandonó más que mi marido, y qué mujer más que yo, que tenía una buena casa con doce cuartos y una estufa de porcelana en cada cuarto?

Era la verdad, y no se habló más hasta que Mynheer dijo, por fin, resueltamente:

—Regresar es imposible. Solamente podemos seguir adelante. Debemos incorporarnos a esta nación nueva. Que se les enseñe a nuestros hijos el idioma de este país y a nosotros también, en cuanto seamos capaces de aprenderlo. Obedezcamos sus leyes, hagámonos ciudadanos de él y no seamos más ciudadanos del país viejo.

Y así lo hicieron de entonces en adelante.

* * *

Mynheer soñaba con que algún día antes de morir tendría una casa como la que poseía en Holanda, y pensaba que si acaso la tuviese pudiera borrar más fácilmente sus recuerdos. Esto lo deseaba tanto más cuanto que veía que su mujer ansiaba tener una casa, una casa verdadera, y que nunca consideró como hogar aquellos toscos cuartos de troncos.

La tierra que poseían era rica y los hijos mayores de Mynheer la cultivaban bien, teniendo al cabo de algún tiempo, además de su alimento, algo de dinero sobrante al final de cada año. Había bastante madera y un pequeño aserradero en la colonia inglesa, de manera que Mynheer resolvió edificar la casa que deseaba. Él mismo hizo los planos y trabajó en ella con entusiasmo; los hijos ocupaban también allí su tiempo libre. Estaba encantado de ver a su mujer —que, no obstante su desconcierto, lo había soportado todo con paciencia— regocijarse con la casa.

La edificaron al borde de la colonia. Era una buena casa de madera, con doce cuartos, suelos pulidos y paredes en lucidas y empapeladas; una casa de ciudad. Tomaron la madera de sus propias tierras y trocaban la mano de obra que ellos mismos no podían proporcionar. Pero tardó mucho en edificarse, más de dos

años, y antes que estuviera terminada llegó el segundo invierno, el intenso y penetrante invierno de las montañas. Mynheer se resfrió mientras vigilaba la construcción de la casa, y apenas se dio cuenta de que estaba enfermo, cuando moría. En el mismo invierno su mujer, no teniendo ya interés por la casa, se despidió dulce y suavemente de la vida.

Ambos, antes de pasar del país nuevo a otro más nuevo todavía, pudieron contemplar a su nieta Carie en la cuna, aunque de esto no podía ella tener memoria. Pero llevaba en el cerebro y en todo el cuerpo el sello de sus abuelos.

* * *

Una ola de desaliento pasó por la colonia en el invierno de 1858. Las cosechas no habían sido buenas y varios holandeses se decidieron a abandonar la agricultura y a dirigirse a alguna ciudad para dedicarse al comercio. Los dos hijos mayores de Mynheer estaban entre ellos, y, llevándose a sus familias, se marcharon. Quedó entonces sólo Hermanus con su familia y la casa sin terminar.

Pero el niño que había nacido en el país viejo tenía ya quince años, siendo juicioso para su edad; con su ayuda y la mano de obra que pudo conseguir, Hermanus terminó la casa y se mudaron a ella. En esta época Carie tenía dos años; sus primeros recuerdos eran de esta nueva casa y de sus grandes cuartos vacíos y cuadrados.

Esta casa, pues, espaciosa, digna, hermosa y modelada por la mente de Mynheer, su abuelo, y terminada por las jóvenes y laboriosas manos de su hermano, contribuyó a la formación de esta mujer americana.

* * *

Desde aquí podía Carie empezar a relatar su propia historia, tal como la recordaba y como me la refirió muchos años después de haberse ido a China. Nunca dedicó largas horas a contármela. Siempre estuvo demasiado atareada para dedicar horas a la conversación. Pero, pasando revista a los treinta años que la conocí, encuentro, uniendo recuerdos, un cuadro muy nítido de su juventud y adolescencia en relación con lo que entonces llegó a ser una

pequeña ciudad de Virginia, situada en la alta y fértil planicie de las montañas que se llamaban Little Levels.

Solía contarme de su vida más en las tardes de domingo que en otros momentos. Había algo en ese día que aguzaba los recuerdos de su hogar. Los domingos por la mañana amanecía con una mirada diferente. Había en su rostro menos determinación, menos proyectos y más paz. Su frente, ancha y baja, estaba tersa, y sus ojos, generalmente más chispeantes que serenos, se presentaban tranquilos.

Siempre era alegre el desayuno dominguero en el soleado comedor de la casa misional. Recuerdo el conjunto del mantel albo y brillante, un macetero de flores recién abiertas en la mesa, y, además, fruta, café, pan caliente, mermeladas y tocino con huevos. Un muchacho chino se movía presuroso alrededor de la mesa para servir, y ella lo dirigía un poco. De vez en cuando miraba su jardín, con ternura siempre, ya estuviese en flor o desnudo bajo el cielo de invierno.

—¡Es bonito el patio! —Solía decir.

A veces aseguraba durante el desayuno:

—Una mañana tranquila de domingo siempre me hace pensar en mi casa. ¡Si solamente pudiera oír repicar una campana de iglesia! Yo recuerdo cómo en mi hogar, todos los domingos por la mañana, mi padre se marchaba a la iglesia con una Biblia bajo el brazo; ¡era derecho como una flecha, aún a los ochenta años!

Siempre echaba de menos las campanas de iglesia que, con su claro y sencillo repiqueteo, cubrían los tranquilos hogares de la aldea. De vez en cuando, durante el día, y muchas veces por la noche, llegaba flotando a través de los bambúes del valle, que yacía a los pies de la casa misional, el sonido profundo y sombrío de la campana del templo, con su golpe solitario y desolador. Ella la odiaba. Le hablaba de todo lo sombrío, lo misterioso y lo oscuro de la vida oriental que la rodeaba, y ella odiaba el misterio y la oscuridad. Una vez que consagraron una pequeña capilla cristiana en la ciudad, no pudo descansar hasta que persuadió a las gentes de su aldea natal a contribuir con dinero para comprar una campana de iglesia, una pequeña y alegre campana de iglesia hecha en América, una campana bulliciosa que resonaba vivamente a lo largo de la calle china, el más americano de los saludos que uno se puede

imaginar. Muchas veces he visto sobresaltarse a algún majestuoso y anciano caballero chino cuando empezaba a repiquetear alegremente sobre él, y alargar el cuello para ver de qué se trataba. No había en toda la ciudad nada más brioso y claro que la campana. Cuando Carie la oía los domingos por la mañana, nunca dejaba de sonreír y exclamar:

—¡Miren qué delicioso es! Suena igual que en casa.

Pero era por la tarde del domingo cuando más solía hablarnos de otros tiempos. Había estado ya dos veces en la iglesia; una, para el oficio de la mañana en la capilla china, y nuevamente por la tarde, con motivo de aquella patética reunión de hombres y mujeres blancos residentes en una tierra lejos del hogar, ocasionalmente juntos para adorar al Dios de sus recuerdos. Ambas veces tocaba el órgano, obteniendo milagros de música de aquellos aparatos en miniatura. Todos los himnos eran conducidos por ella, con su llena y hermosa voz de soprano, que conservó fuerte y clara, aún después que su cuerpo quedó reducido a una sombra por la enfermedad.

Los domingos por la tarde ella cantaba también, acompañada de su propio órgano.

Éste fue un regalo de Cornelio, el preferido entre todos sus hermanos y que era para ellos un padre, pues Hermanus continuó delicado durante toda su vida y fue necesario cuidarlo antes de depender de él como padre. ¿Dije yo que la recordaba mejor en su jardín americano? Creo que la recuerdo igualmente bien en la salita cuadrada de la casa de misiones —una habitación que ella había convertido en bonita y americana, con cortinas blancas en las ventanas, flores frescas y sillas de mimbre—, sentada durante las tardes de domingo, cantando frente a su órgano. Allí, entre las casas chinas, cuyos oscuros techos oprimían este hogar americano, y entre los gritos de vendedores, las exclamaciones de niños y las maldiciones y los alaridos de la tumultuosa vida de la calle, sentábase ella a cantar los viejos himnos que nos transportaban muchas millas lejos a través de tierra y mar: «Más cerca, Dios mío, de Ti», «Vivir en Mí», «Jesús, Amante de mi Alma». Cantaba éstos y muchos otros, pero nunca dejaba de mezclar en un grupo dado de ellos una mayor proporción de los que eran triunfales; en realidad, el timbre de su voz era por naturaleza más apropiado a lo risueño y triunfante que a lo penoso, y nos gustaba más escucharle: «Sé que

vive mi Redentor» y «Gozad vosotros, que sois puros de corazón». Tales eran sus himnos favoritos. Al final de su vida, cuando yacía moribunda, volvió la cabeza sobre la almohada, con sus indómitos ojos oscuros brillando en su pequeño rostro extenuado, y pudo decir:

—No canten nada penoso: canten el «Canto de Gloria» para mí.

Siempre tenía su clara voz un tono de triunfo, a pesar de la oscura y bulliciosa vida que nos rodeaba estrechamente. En verdad, había períodos en que no podía cantar en absoluto, y entonces toda la casa tenía para nosotros un ambiente pesado. Pero cuando podía cantar nuevamente —y siempre sucedía al cabo de poco tiempo— en aquella dulce habitación que contenía tan pocas cosas, yo me sentía trasladada de nuevo a la aldea, en Little Levels, y veía con sus ojos la sencilla nobleza de aquella joven americana.

Cuando había cantado hasta dejar su corazón satisfecho y tranquilo, aliviado de su nostalgia, y cuando nosotros estábamos cautivos del encanto de su canción, sentábase ella con nosotros, junto al fuego en invierno, y, si era verano, en la larga galería frente al jardín; en tales momentos, poco a poco y a medida que iba reflexionando para contarnos su vida, la veíamos como niña, como adolescente, como joven esposa.

Entonces nos hacía ver la grande y hermosa casa. De allí, bajo su techo, venían sus primeros recuerdos. Era una gran casa blanca de tres pisos, decía, y con un ademán nos hacía verla así. Tenía un sótano profundo y fresco donde se guardaban las vasijas poco hondas para la leche y donde se batía la mantequilla. Allí también había, sobre los estantes, redondos quesos holandeses y barriles de vino, de uvas y de bayas. Las bayas, moras, frambuesas y saúcos, se recogían en verano. Al llegar a esta parte interrumpía a veces su relato para rememorar:

—Todos los veranos salíamos hacia el bosque para coger esas bayas. Recuerdo las frambuesas rojas cubiertas de una especie de rocío plateado. Cuando se servía vino, yo siempre escogía el de frambuesas, pues me parecía que aún estaba plateado y que era más dulce que los otros. ¡Por Dios, cómo me rasguñaban las piernas aquellas zarzas!

Se detenía para sonreír en la oscuridad y mientras permanecía sentada en silencio, veíamos a la niñita de piernas tostadas en

medio de las zarzamoras, con un ancho sombrero en la cabeza para protegerse la piel.

—Por lo demás, no servía para nada —nos explicaba siempre—, porque yo era morena como una nuez, y de esto me avergonzaba terriblemente, hasta que nació Greta, y por ser ella aún más morena que yo, dejaron de fastidiarme a mí para fastidiarla a ella. Sin embargo, era bonita, con sus ojos grandes y negros como los de una potranca.

Después iba yo misma a ver la casa, y era tal como ella la había descrito. Delante tenía un gran patio cerrado por una cerca con ancho portón, y era preciso bajarse de la calesa o del birlocho para quitar el pestillo. Había un enorme arce de azúcar a la izquierda, y debajo de él, un portillo con escalones. Muchas veces llevaba ella su caballo hasta ese portillo para montarlo, pero esto era cuando, joven mujer ya, tropezaba con su largo traje de montar. Siendo aún una niñita, solía correr por los potreros y coger algún caballo por las crines, saltando sobre su lomo en plena carrera mientras su oscura y ondulada cabellera se agitaba al viento.

—La hermosa libertad —solía musitar—. Al ver a estas muchachitas chinas se me parte el alma, cuando recuerdo que yo corría, saltaba sobre un caballo y me precipitaba a través de los pequeños cerros y valles. ¡Y pensar que aquí solamente se ven estos viejos y barrosos búfalos de agua, vagando por los caminos!

Sus ojos, rápidos al hablar, miraron preocupados los amontonados tejados chinos, más allá de la pared del jardín.

Alrededor de la casa blanca que fue el hogar de su niñez había amplias extensiones, y rodeando la puerta de entrada, un jardín de flores con una vereda pavimentada que conducía al pórtico cuadrado. Los abiertos lados de éste aparecían cubiertos por viñas y a las sombras verdosas del mismo había unos asientos de madera. Así, pues, se encontraba uno frente a una gran puerta blanca, abierta de par en par en todas las estaciones —menos en invierno—, que tenía un aldabón de bronce y, encima, una ventana de vidrio en forma de abanico. Cuando yo llegué, la puerta estaba abierta: vi un ancho vestíbulo, y, saliendo por el otro extremo, un prado, árboles, macizos de flores junto a la cerca y más allá un huerto de manzanos.

A ambos lados había habitaciones. Las menciono porque, mucho

antes de verlas en realidad, sabíamos exactamente cómo eran; para nosotros representaban a América. Según se entraba había, a la izquierda, la sala, un cuarto fresco y oscuro, amueblado con piezas con relleno de crin, estantes para libros y una bella mesa de palo de rosa en el centro. Había, también, un piano, y, encima de él, unos violines y una flauta. De las paredes colgaban grabados y dibujos a la pluma verdaderamente hermosos, hechos por Hermanus, aparte de uno o dos paisajes, y sobre la repisa de madera blanca y entallada de la chimenea había un oscuro retrato al óleo de Mynheer Stulting. Cubría todo el suelo una alfombra floreada, y unas altas ventanas francesas se abrían al jardín.

A la derecha estaba el cuarto en que Hermanus durmió durante muchos años con su esposa; pero cuando yo lo vi, el hijo mayor, Cornelio, era el dueño de la casa y dormía en él con su mujer, mientras Hermanus, un pequeño, erguido y atildado caballero, con una cabeza blanca sorprendentemente brillante y plateada, vivía en un cuarto contiguo al vestíbulo, desde donde, si la puerta se abría, se podía escuchar el rumor de un sinnúmero de enormes y antiguos relojes en los cuales Hermanus trabajaba. Hermanus salía todas las mañanas de aquella habitación a las ocho en punto, aunque la familia se desayunaba a las siete. Cuando yo lo vi salir así por primera vez, tenía ya ochenta y siete años de edad, pero iba cuidadosamente vestido, se mantenía muy derecho y su pelo blanco, espeso y rebelde, estaba peinado hacia atrás a partir de su frente, cuadrada y baja, exactamente igual a la de Carie. Pasaba, con un saludo matinal cortés, aunque un tanto militar, al comedor, que estaba al otro extremo del vestíbulo y desde donde se veía, por un lado, el huerto de manzanos. Era un cuarto sencillo y fresco, de forma alargada, con pocos, pero hermosos muebles, y una mesa ovalada exquisitamente tallada.

Esta mesa explica el entusiasmo con que Carie se posesionó en una ocasión de una mesa ovalada en una vieja tienda de objetos de segunda mano en Shanghai. El mugriento propietario chino explicó que el día anterior había habido una subasta en alguna parte y que él había comprado la mesa a un capitán de barco inglés, quien le había dicho que era de madera de teca, madera embarcada desde la India a Inglaterra y convertida en mesa por artesanos ingleses. Desde allí el capitán la había traído en su barco a su casa, en

Shanghai; pero cuando murió su esposa, había vendido todos sus bienes, y así cayó en manos del comerciante chino, encontrándose ahora llena de gracia y distinción en su pequeña y polvorienta tienda, entre montones de junquillos, muebles rotos y objetos viejos y quebrados de bambú. Carie la compró por unos pocos dólares, se la llevó, la pulió y la amó de todo corazón, llevándosela después en todos sus viajes, aunque a veces vivía en pequeñas habitaciones de pisos superiores donde las escaleras eran tan estrechas y tortuosas que la mesa no podía pasar por ellas, y era necesario entonces levantarla con cuerdas e introducirla de alguna manera por una ventana, balanceándose sobre la estrecha calle china con un gran estupor del tránsito paralizado de *rickshaws*[2], carretillas, y de los amarillos rostros vueltos hacia arriba. Durante todo el tiempo que conocí a Carie, sentábase ésta a un extremo de esa mesa ovalada; yo supe la razón de ello cuando vi la que había en el comedor de la gran casa. Y así, con tales vínculos, nos unía poco a poco a su país.

Subiendo por la ancha escalera de aquella casa, escalera de caoba con una baranda blanca, se llegaba a los seis grandes dormitorios; el que quedaba al frente, a mano derecha, pertenecía a Carie. Desde él se gozaba de buena vista; por encima del verdor uniforme y lleno de bosques de Little Levels, sobre las montañas distantes, e inmediatamente debajo, sobre el jardín; más allá se alzaba el gran arce. En la habitación había unos armarios, embutidos en una de las paredes, lo bastante profundos para contener las faldas ahuecadas que llevaba Carie cuando era niña; un asiento empotrado debajo de la ventana había sido convertido en un cajón para sus sombreros. En el centro de la habitación estaba su cama, ancha, blanca y fresca, bajo sus cortinas de muselina floreada. En las paredes, empapeladas con dibujos de diminutos ramilletes de rosas y helechos de un verde pálido, había tres cuadros: una madrona, muy antigua y desteñida, en un marco dorado, comprada en Francia por Hermanus en cierta ocasión; un daguerrotipo de la madre de Carie y un grabado de un pastor regresando a casa con sus ovejas, por la tarde, a lo largo de un camino que se retuerce entre unos cerros. Carie prefería el pastor que conducía a sus ovejas. En su cuarto, en la casa de misiones, había un cuadro con el mismo tema, que había recortado de una revista y puesto en un marco con sus propias manos; y sobre el

sepulcro de sus hijos había mandado tallar las palabras alusivas al pastor: «Él llevará a las ovejas junto a Su pecho». De manera que este cuarto me hizo comprender unos pequeños detalles de aquella otra casa, edificada en el lejano suelo del extranjero.

Una fresca estera de color de paja cubría el suelo de este cuarto de su niñez, y encima de ella había una alfombra con un dibujo de flores rosadas. Las altas ventanas tenían asientos, y también cortinas blancas recogidas con lazos rosados. Había dos sillas: una mecedora pintada de blanco y otra corriente con respaldo en forma de escalera y asiento de enea. Además, un diminuto tocador de palo de rosa, un escritorio y, encima de la mesa, un espejo ovalado con marco dorado pálido y tallado. Siempre había en alguna parte un búcaro con flores y un libro abierto o algún trabajo de costura a medio hacer. Era una habitación indeciblemente fragante, sencilla y pura. He anotado todos los detalles porque fue allí donde ella vivió su vida, donde dormía y donde soñaba.

En el tercer piso había un amplio desván, desde donde miraban las ventanas sobre los potreros fértiles y llanos. Y debajo del techo, unas pequeñas y resistentes maletas, lomos curvos, traídas de Holanda. También se acumulaban allí montones de *Godey Books* y *Magazines*
Pearson's
, cajones de vestidos viejos y paños en espera de ser trenzados y convertidos en alfombra. Desde el techo pendían ramos de hierbas secas que, en su tiempo, la pequeña madre francesa les había enseñado a escoger y colgar para aliñar con ellas los caldos y hacer infusiones medicinales de varias clases.

Nunca hacía calor en aquel desván. Era muy alto de techo y además había siempre, aun en verano, un aire fresco en la elevada planicie del valle. Muchas veces, pesadas brumas plateadas se elevaban durante la noche, brumas que no se despegaban de las hondonadas hasta cerca de mediodía. A la puesta del sol notábase ya el aire frío de las montañas.

Cuando sentí el vigor de ese aire incisivo y penetrante, me admiré de la resistencia de Carie en aquellos años de malsano calor en verano y de fetidez y descomposición en otoño. Habiéndose criado a la luz de este sol fresco y brillante, y entre las nieblas puras y plateadas, no era extraño que a veces se desmayara en las tardes

bochornosas y pesadas de una ciudad del Sur de la China, saturada de aliento y del olor de la transpiración de cuerpos humanos.

Pero en esta despejada planicie, con sus brumas etéreas, sus vientos afilados y sus rayos de sol, ella se hizo fuerte y ágil en su juventud. Allí había tierras que recorrer, animales que cuidar y acariciar, allí mugían en los establos prolíferas vacas de grandes ojos; había caballos que montar y alimentar con azúcar y manzanas; había gallinas y pavos para soltarlos sobre los potreros donde recientemente se había cortado el grano, a fin de que se comieran a los saltamontes que brincaban por todas partes. Allí estaba su vida de hogar, en la casa llena de niños, con la atareada y bulliciosa madrecita, con el padre delicado y exigente y con el hermano mayor grave y bondadoso. Todos estaban ocupados y contentos, y a veces dedicaban una tarde a la música, tocando uno el piano, otro el violín, otro la flauta y cantando todos juntos.

Una vez pregunté a Carie:

—¿Qué es lo que recuerdas más claramente de tus primeros años?

Sus ojos brillaron, suavizándose en seguida con sus recuerdos, mas volvieron a brillar.

—Una vez, cuando tenía tres años, recuerdo que quise ayudar a mi madre, la cual estaba lavando los platos. Levanté de la mesa una gran fuente para carne, con un dibujo azul. Era una que, en antiguos días, había traído el abuelo de Holanda. La lavé lenta y cuidadosamente para guardarla en el armario del comedor; pero era tan grande, que no podía ver el suelo por encima de ella. Había una tabla del suelo que sobresalía un poco y, como iba descalza me lastimé un dedo; entonces yo, una niñita gorda y rubia, caí encima de la fuente azul y la rompí en mil pedazos. Recuerdo que mi madre me castigó en el acto y lloré atrozmente, no porque me doliera, sino porque no había tenido otra intención que la de ayudar. Hasta hoy día, nunca he creído merecer aquel castigo. ¡Aún ahora, que ya tengo cincuenta años, siento todavía la injusticia!

Mientras hablaba, amasaba un gran trozo esponjoso y blando de pan en la mesa de la cocina. Ella solía elaborar su propio pan en la cocina china, y producía grandes hogazas negras y dulces, y panecillos sudeños, pequeños y tostados. La ventana estaba abierta; desde la calle subía el estruendo de los timbales de alguna

procesión que pasaba y al cual se mezclaba el lamento agudo y delgado de una flauta. Fui negligentemente a ver de qué se trataba; era una procesión en honor de algún ídolo. La procesión no era muy numerosa, ni el ídolo muy grande, al parecer, pues se veía muy pequeña y decaída, sentada en su silla de manos, una imagen de barro vestida con harapientos papeles. Delante del ídolo iba un sacerdote andrajoso con los timbales y detrás de la silla, dos sacerdotes más, uno de los cuales tocaba desconsoladamente la flauta. El tercer sacerdote llevaba un tambor de madera que figuraba la cabeza de un pez, y cuando se acordaba de ello lo golpeaba con un martillo de madera. La multitud de la calle apenas levantaba la cabeza para mirar la procesión, pero un pequeño grupo de muchachos corría detrás de ella con perseverancia para gozar de lo poco que había que ver.

Ella amasaba su pan, pero estaba a diez mil leguas de allí. Dijo entonces:

—¡Ay, qué vida tan feliz era la de aquel hogar! Desde que tengo recuerdo —¿puedes creer que esa absurda flauta me lo recuerda?— la casa estaba siempre llena de música. Todos los mayores tocaban algún instrumento, mientras que nosotros, los pequeños, cantábamos. Cornelio era un buen maestro de canto. Años después, en el seminario, cuando tuve el mejor maestro de canto que cabía elegir, no fue mucho lo nuevo que pudo enseñarme. Cornelio ya me había enseñado a hacer correr la voz como un hilo de agua. Solíamos cantar el «Mesías». ¡Cómo lo recuerdo!

Y sacando las manos de la masa, irguióse con sencillez y cantó el «Coro de Aleluya», con voz llena y trémula. El cocinero chino dejó caer una sartén y la miró con asombro, volviendo en seguida a sus ollas sin comprender nada, acostumbrado ya a oírla prorrumpir repentinamente en algún cántico. El estruendo de los timbales se desvaneció en el rumor de la calle, y observándola, me imaginé verla de pie en el piso del coro de la iglesia americana de madera blanca, que reemplazó más tarde a la primera construcción de troncos. Cuando estuve allá, años después, los manzanos se apretaban contra las ventanas abiertas e inundaban toda la iglesia con su perfume. Ese día se encontraba en el coro una joven, la hija de Cornelio, y cantaba en esta forma, pero su voz no era tan potente ni tan conmovedora como la de esta mujer, ahora, en la ciudad

china.

Callóse de repente y el aire continuó vibrando aún con los ecos de su voz. Ella volvió a su pan.

—¡Ay! —dijo después de un rato—, fue una vida feliz hasta que empezó la guerra civil. ¡Qué tiempos aquéllos!

* * *

En efecto, ¡qué tiempos los de entonces! Cuando estalló la guerra, encontrábase la familia Stulting en aquella parte de Virginia que se unió al Norte y que se llamó Virginia Occidental. En este tiempo Hermanus ya no era un hombre joven. Tenía a los cuarenta años una figura grácil, arrogante y erguida, mas su pelo ya era una corona de plata sobre su cara firmemente surcada de arrugas. La pequeña esposa francesa también mostraba las señales de una vida más dura de la que debió haber tenido. Se había reducido a una figura diminuta y estaban a la vista los principios de la tuberculosis que más tarde había de arrebatarle la vida. Cornelio, de veinte años, pero representando más edad, era un joven perseverante, extremadamente sabio y dulce en sus maneras, de ojos y pelo oscuro y amante de los libros y de la música. Pero se aplicó al trabajo de la tierra y había aceptado como inevitable que el peso de la familia cayese más bien sobre él que sobre su padre. ¡Qué rara mágica personalidad la de Hermanus, que aunque nunca había participado en sus labores y aunque sus exigencias habían pesado desde demasiado temprano sobre sus hijos mayores, hacía que todos lo veneraran y se unieran para conservarlo como el refinado caballero que era por nacimiento! ¿Se le ocurrió alguna vez a Cornelio cuando era muchacho que, al forcejear en la madrugada con sus rudos vestidos de trabajo, su padre dormía y dormiría aún tres horas más, hasta que todos se hubieran desayunado, y que aun entonces se le llevaría chocolate al dormitorio para que lo tomase antes de vestirse? Una vez pregunté esto a Carie, y me dijo:

—Supongo que él satisfacía algo en nuestras vidas aquellos días. Todos amábamos las cosas hermosas y finas, y de eso no quedaba mucho después de la guerra. Pero ninguno de nosotros dudó jamás de nuestro padre. Aceptábamos con naturalidad la explicación de nuestra madre, de que no era bastante fuerte para los trabajos pesados y que no se le podía exigir que los hiciera. Siempre se

cuidaba de las abejas de un modo maravilloso, y siempre tuvimos una miel deliciosa. No creo que le hubiesen picado jamás. Tenía unas maneras delicadas y las manos más hábiles y diestras que he visto en mi vida. Y jamás se le escapaba un detalle de belleza. Teníamos una viña de uva blanca que crecía junto a la bodega, y recuerdo ahora cómo se veían los grandes racimos blancos entre las hojas verdes y cubiertas de rocío. Siempre nos los hacía ir a mirar antes de cortarlos. Decía que por su belleza parecían reflejos de luna. Supongo que por eso lo amábamos: porque siempre nos hacía ver lo bello.

»Sí, claro está que Cornelio era el verdadero hombre de la familia. Sé que él y nuestra madre hablaban siempre de las cuentas de la familia y de cómo debía gastarse el dinero. Desde que tengo recuerdos, siempre acudía a él cuando necesitaba algo. Por supuesto, esto significaba que él no podía casarse mientras fuésemos todos pequeños. No recuerdo que mirara siquiera a una muchacha en ese tiempo. No se casó hasta que todos fuimos mayores y mucho después de la guerra.

»Sin embargo, nuestro padre significaba algo para nosotros. No éramos vulgares campesinos como la gente de nuestro alrededor. Siempre teníamos libros, música, y la pintura y trabajos de joyería de nuestro padre. El padre simbolizaba esta diferencia. Recuerdo que me enorgullecía de que mi padre llevase una levita negra y de que se cambiara todos los días su camisa y cuello blancos, mientras que ninguno de nuestros vecinos lo hacía. No se me ocurrió hasta años después que había algo cruel en aquellos cuellos blancos. Alguien (nuestra madre mientras podía y más tarde una de las niñas mayores) tenía que lavar y planchar ese cuello y esa camisa todos los días, aunque hubiese un exceso de trabajo que hacer en la casa.

De modo que cuando estalló la guerra se hizo materia de muy seria preocupación lo que se debía hacer con Cornelio si se veía obligado a combatir. Estaba resuelto a no ofrecerse como voluntario. Hermanus había inculcado a todos el horror a la esclavitud, y aun en una vecindad donde mucha de la gente más pudiente poseía esclavos, cuando su tierra necesitaba trabajo, Hermanus no los compró. Alguna necesidad de libertad inherente a su sangre lo obligaba a abstenerse de comprar seres humanos para someterlos a su voluntad. Si usaba trabajo de negros, lo pagaba

escrupulosamente con dinero, y no quiso poseer a nadie. Todos los hijos heredaron de él esta pasión por la libertad, y cuando llamaron a la guerra, nada había que les hiciera sentirse obligados a entregar a Cornelio a los partidarios del Sur. Al mismo tiempo su lealtad para el Sur fue lo suficiente para ser intolerable la idea de pelear en contra de Virginia. La neutralidad, pues, cosa difícil en el mejor de los casos, vino a ser ahora el único camino abierto para ellos, y Hermanus y Cornelio se declararon neutrales. No era una posición que tendiera a hacerles populares en el calor del momento, pero esto, por lo menos a Hermanus, no le importaba. En realidad, su temperamento era de los que responden mejor a la oposición, y he oído decir que en esa época se marchaba a la iglesia con un poco más de grandiosidad que de costumbre y con la figura un tanto exageradamente erguida y que daba el tono para cantar los salmos de una manera un poco más arbitraria. Hubo en contra de él alguna murmuración amenazadora, especialmente entre los dueños de esclavos, pero eran tales su conocida integridad, su ausencia de temor y su altivez, que nadie se declaró abiertamente en contra.

Pero con Cornelio, un hombre joven, era cosa distinta. Cuando se le invitaba a unirse a uno u otro lado, respondía que su madre y sus hermanos dependían de él para vivir y que si él partía no habría quien velara por ellos. Soportó con paciencia y en silencio los improperios que oía en la aldea y se aplicó con firmeza a sus campos.

Sin embargo, al paso del tiempo y cuando la escasez de hombres al lado del Sur se hizo aguda, tuvo que pensar en evitar de algún modo el enganche. Al principio no creyeron posible que fueran, en efecto, a buscarlo para obligarlo a entrar en el Ejército. Pero sucedió así. Un día, al regresar al mediodía, lo esperaban algunos soldados sudistas de uniforme, de habla suave y ojos de acero, que lo siguieron a la casa. Uno de ellos dijo:

—Me parece que tendrás que pelear, hijo, quieras o no. Necesitamos hombres.

—Pues tendrán que llevarme por la fuerza —replicó sencillamente Cornelio, devolviendo su mirada.

—Bien, por la fuerza —dijo el soldado, y se volvió a sus hombres —. ¡Atadlo y ponedlo en el caballo!

Los otros tres soldados avanzaron, ataron sus manos y,

conduciéndolo para fuera, lo tiraron encima del caballo que esperaba. La pequeña madre francesa, que había estado recogiendo habas en el huerto, acudió a los gritos de los niños y comprendió inmediatamente lo que sucedía. Precipitóse al lado de su hijo y se aferró a su pierna.

—¡Debéis dejarlo libre, es el que gana nuestro pan! —gritó, jadeante.

El soldado rozó su gorra con la mano.

—Lo siento, señora; ¡órdenes!

—No, no, no; debéis dejarlo libre. ¡Es mi hijo!

—¡Adelante…, mar…! —dijo bruscamente el soldado, y, montando sus caballos, se formaron en línea, mientras la mujercita empezó a correr aferrada a la pierna de su hijo. Alarmado, inclinóse éste para susurrarle:

—Yo encontraré modo de volver, madre. No hagas esto…, no puedes correr con nosotros. Desertaré… —dijo su hijo con firmeza.

—Sí, para que te fusilen —susurró ella con vehemencia—. No, por ningún motivo dejaré que te vayas.

Apresuró la carrera cuando el caballo comenzó a galopar y, por último, casi fue arrastrada por el suelo, pero no quiso soltarle. El jefe de los soldados no pudo soportar esta escena. Se detuvo para hacerla entrar en razón.

—Señora, esto no tiene objeto alguno. Tiene que irse. Son mis órdenes. Realmente lo siento, señora, pero en todas partes tienen que pelear los hijos.

—¡El mío no! —exclamó, entrecortada, pero con determinación. Su ancho sombrero colgaba a su espalda y su crespa y canosa cabellera se había soltado y caía en torno a su cara delgada y menuda. Sus ojos reventaban de fatiga, mientras palpitaba su garganta, y el resuello excesivo le ahogaba el pecho—. Si él se va…, yo también… me voy. Además… nosotros no creemos… en la esclavitud. ¿No es la libertad… el alma de nuestra patria? ¿Vais a obligarlo… a pelear… por… una cosa en la cual no cree?

El soldado la miró. Entonces dio nuevamente la orden un tanto desganado:

—¡Adelante, mar…!

De nuevo empezó a galopar el caballo y trató de no mirar la pequeña figura de vestidos pardos que, jadeante y aferrada a la

pierna del joven, corría medio tropezando y medio saltando sobre el áspero camino. Sus labios se entreabrían para dejar pasar unos jadeos terribles y sus ojos castaños miraban fijamente hacia delante en su agonía. Su hijo, inclinado sobre ella, clamaba en voz baja:

—Madre…, madre…, madre…

Fue demasiado. El soldado permitió que corriera así por espacio de una milla y en seguida se detuvo, desmontó, se quito la gorra y le hizo una reverencia.

—Señora, la victoria es suya. Él le pertenece a usted. —Y después dijo a los hombres—: Quitadle las amarras y dejadlo que se vaya.

En un momento la madre y el hijo quedaron solos en el camino, y los hombres se alejaron con un caballo sin jinete. Cornelio miró a su madre con ternura indecible; a ella le centelleaban los ojos. Empezó a recogerse el pelo con manos trémulas. Entonces, desvaneciéndose, se apoyó contra él y murmuró con labios resecos:

—¡No estaba dispuesta a tolerarlo, sencillamente!

Pero fue para ellos una lección de lo que podría suceder en lo futuro. Podría ser que otro oficial no fuera tan clemente con ellos como éste. Era preciso esconder a Cornelio. De manera que abandonó la casa aquella misma noche y se fue, a caballo, con un pequeño bulto de ropa de cama y un canasto de provisiones, a una montaña distante llamada la Montaña Droop, donde, en la cuenca de un elevado valle, había una cabaña arruinada y vacía y unos potreros desiertos.

Allí vivió solo el joven, durante dos años, hasta el término de la guerra. Cultivó la tierra y la sembró de alubias, maíz y trigo, y cuando cosechaba volvía sigilosamente a su casa para llevarles alimento, ver a su madre y procurarse las cosas que necesitaba. Cuando Little Levels fue arrasado por el ir y venir de los ejércitos del Sur y del Norte, y cuando los campos quedaron devastados y las bodegas y los almacenes saqueados, las menguadas cosechas que traía Cornelio fueron el sostén principal de la familia y, frecuentemente, todo el alimento que podían procurarse. Omito intencionadamente en esta parte de la vida de Carie, ocupada por la guerra civil, aquellos incidentes que pueden encontrarse en cualquier libro de su historia. Anoto lo que ella me contó a mí, a la muchachita americana que era yo entonces, extranjera en una

ciudad china, que conocí América a través de sus ojos y que quedé encantada con los cuentos de mi propio país, del país que yo nunca había visto.

Conocía perfectamente la guerra. En esa época nosotros, los blancos, vivíamos en China en medio de las incertidumbres y contingencias de la rebelión boxer. Todas las noches mis vestidos eran colocados al lado de mi cama, en tal forma que podía ponérmelos instantáneamente si daban la señal para evadirse. Carie me enseñó cómo colocarlos, cómo hacer los nudos de mis zapatos con más rapidez y cómo debía tomar sobre la marcha el sombrero del suelo al lado de la silla, para el caso de que tuviéramos que caminar de día bajo el maléfico sol oriental. Tenía que hacer todo esto por mí misma, pues había una más joven que yo que no podía cuidarse sola. Un canasto de leche en tarros estaba siempre listo, noche y día, para la criatura. Estaba al lado de la puerta, donde podía ser recogido rápidamente al pasar. Carie estaba hasta en el último detalle, pronta y sin temor, y no permitía que nosotros lo sintiéramos. Sabíamos que ella nos cuidaría.

Esta intrepidez la había adquirido, fuera de la que era propia de su naturaleza arrojada, durante aquellos cuatro años de guerra civil, cuando era muchachita. Durante el largo y caluroso verano de 1900 le implorábamos:

—¡Cuéntanos algo de nuestra propia tierra de América!

Y ella reconstruía para nosotros aquellos días emocionantes, relatados desde el punto de vista de una niñita de las altas tierras de la Virginia Occidental, la frontera entre Norte y Sur, donde ambos ejércitos avanzaban y retrocedían vertiginosamente en la contienda. Después, cuando estudié este período de la historia, ya lo había aprendido de ella, inconmensurablemente más vivo y completo de lo que podía enseñármelo un libro.

Capté de ella el espíritu de los grandes movimientos de los ejércitos, al principio alegres y confiados, después vacilantes, sorprendidos y amargados; más tarde vengativos y temerarios, y, por último, desesperanzados y vencidos. Aun más terribles que éstos fueron los ejércitos vencedores, que barrían triunfalmente los fértiles campos, victoriosos y devastadores.

Nos dijo, una vez, con los ojos ensombrecidos por el recuerdo:

—Los yanquis[3] solían gritarnos que Sherman abriría un camino

derecho hasta Georgia, tan ancho y tan pelado que ni un cuervo podría hallar en él un grano. En verdad, me parece que lo hizo. —Y después, con mucha sencillez—: Sherman dijo que la guerra era un infierno. Bueno, él ya debe de saber si es o no es así. Ha estado ya bastantes años en ese sitio.

Otra vez dijo:

—No es que alguien de mi familia haya creído en la esclavitud. Creíamos en ella tan poco como Lincoln. Éramos americanos y no podíamos ver esclavos en América y encontrarlo bien. Pero no era ésta la manera de libertar esclavos: soltarlos todos de una vez. Después de la guerra apenas nos atrevíamos a salir, y eso que no había muchos negros en nuestra zona tampoco. Recuerdo que nuestro hermano Cornelio tuvo que ingresar en el Ku-Klux-Klan por un tiempo, para que los esclavos libertos nos dejaran tranquilos.

En una ocasión se rió de repente y, sentándose, siguió riendo hasta que le brotaron las lágrimas.

—Nunca olvidaré una mañana en que los yanquis habían acampado durante la noche en el huerto. Era en invierno y los árboles estaban desnudos; salí a mirar los hombres desde detrás de la bodega, porque ¡había oído contar tantas cosas de ellos! (la gente de nuestro lugar decía que tenían cuernos como los diablos). Bueno, cuando salí, los árboles estaban llenos de unas frutas de un aspecto muy curioso. No pude imaginarme lo que era aquello y me acerqué a ver, y eran ¡panes! Los hombres habían recibido unos panes, hechos de una masa amarga de maíz, y no se los habían querido comer; se divirtieron tirándolos a los árboles hasta llenar con ellos las ramas. ¡Qué escena más divertida! Los pájaros se alimentaron allí durante meses.

—¿Tenían cuernos los yanquis? —pregunté yo, emocionada.

—No tenían —declaró ella, con un brillo en los ojos—. Eran como todo el mundo, y yo me sentí terriblemente defraudada.

El siguiente era uno de sus cuentos favoritos y nosotros pedíamos una y otra vez que nos lo repitiera: Supo un día Hermanus que se acercaba un ejército yanqui. Sucedió que en ese tiempo tenía en su casa unas joyas muy finas y antiguas que estaba engastando de nuevo y que pertenecían a una pudiente familia de terratenientes de la vecindad. Estaba sumamente preocupado por si las robaban, pues su valor se cotizaba muy por encima de lo que él

podría restituir. Resolvióse, pues, a esconderlas y las puso en un canastillo tapado, llevándolas al potrero contiguo al jardín donde las metió profundamente debajo de una gran piedra plana que allí había. Los yanquis llegaron por la tarde, y, horrorizado, vio que eligieron aquel mismo potrero para acampar. Sentáronse junto a la piedra, usándola como mesa, y por la noche levantaron un toldo sobre ella. Hermanus pudo observarlo todo desde una ventana. Mientras duró la luz del día montó guardia en ella para ver si alguien se agachaba para mirar debajo de la piedra. Al anochecer parecía estar segura aún. Pero después de oscurecer, aunque brillaban unas grandes antorchas, eran tan inciertas las sombras que éstas proyectaban, que nadie podía asegurar qué era lo que sucedía.

Hermanus se paseó durante toda la noche rezando y ordenando a todos que rezaran, mientras constantemente se reprochaba de no haber devuelto las joyas a su dueño. Trataba continuamente de pensar en lo que iba a hacer si acaso se perdían, pues era el propietario un hombre orgulloso y conocido como duro y exigente, y aquéllas eran joyas familiares completamente irreemplazables. Cuando despuntó el alba, las tropas se marcharon, y Hermanus salió corriendo, lleno de ansiedad, y se agachó para mirar la piedra. Allí estaba el canastillo de joyas, tal como lo había dejado, intacto e inadvertido.

Al llegar a esta conclusión feliz de la narración, que Carie hacía aún más emocionante con su voz baja, sus ojos muy abiertos y su cara iluminada, respirábamos todos profundamente. Solía relatarnos estas historias cuando nos sentábamos en la galería al atardecer, mirando los arrozales y los techos embardados de los labradores, en el valle, y, más lejos, una delicada pagoda que parecía colgar frente a los bambúes, en la ladera de un cerro. Pero nada percibíamos de esto. Allí veíamos claramente los campos más ásperos, y, galopando a través de ellos, los caballos y las banderas flamantes de los hombres vestidos de azul y gris.

Un día terrible fue aquel en que se encontraron el Norte y el Sur en la batalla de la Montaña Droop, donde rugieron los cañones todo el día y toda la noche sobre la montaña. La familia estuvo aterrorizada, hasta el punto de casi no poder rezar, pensando que Cornelio podía ser cogido en su escondite. Pero antes del amanecer llegó tambaleando, con las manos y los vestidos hechos pedazos y

las piernas desnudas y gravemente laceradas. Durante el día se había escondido en una cueva, y, al abrigo de la oscuridad, había descendido corriendo la ladera escarpada de la montaña. Estaba sano y salvo, pero su pequeño campo, recién arado y pronto para la semilla, estaba arruinado por las balas de cañón.

Llegó un día en que no había en la casa absolutamente nada que comer, salvo una medida de un litro llena de judías secas, y ese día llegó también una pequeña y desesperada banda de soldados fugitivos del Sur, andrajosos, descalzos y muriéndose de hambre. La pequeña madre, al verles, guisó toda la reserva de judías; hubo para cada uno un tazón de sopa. Aquella tarde los niños salieron en busca de tallos de amargones para la cena.

Nos contaba éstos y muchos otros cuentos durante los calurosos días de verano, en los extramuros de la ciudad china. En todo nuestro derredor bullía el odio contra nosotros porque éramos extranjeros, pero yo no tenía conciencia de ello. Escuchándola a ella, veía mi propio país y el heroísmo de mi pueblo, y esto me fortalecía. Ella no había sentido temor. Desde muy pequeña había aprendido a ver hombres heridos y sangrantes sin desmayarse, a soportar el hambre y arreglarse lo mejor posible, y a hallar una solución cuando aparentemente no la había. Y todo esto quedaba dignificado por el alto significado del momento.

Tenía ella ocho años cuando concluyó la guerra civil, y su familia, como muchas otras de la vecindad, se vio en la necesidad de adaptarse a las nuevas condiciones. Una vez aceptada la derrota, había en todo el ambiente una fiebre por comenzar a vivir. Durante aquellos cuatro años no hubo escuelas. Carie aprendió por sí misma a leer, preguntando a una y a otro cuál era ésta o aquella letra. Pero, fuera de esto, nada sabía. La hermanita que le seguía no sabía leer siquiera.

Muchos otros niños estaban en la misma situación, pues los padres habían estado demasiado perturbados, los hombres peleando desesperadamente y las madres haciendo el trabajo del campo y continuando los negocios, esforzándose en ocupar el lugar tanto de la madre como del padre ausente. Ahora el pensamiento de todos era que de alguna manera había que abrir escuelas para reparar el daño de los años de guerra.

Cornelio, vivamente consciente de la ignorancia de sus

hermanos, fue el primero de la ciudad en organizar una escuela. Él mismo enseñaba en ella, después de haber hecho el trabajo que podía en el campo, por la mañana temprano, y por la noche, cuando regresaba a casa. La escuela comenzó en una habitación debajo de la iglesia, pero creció rápidamente, y más tarde ocupó un edificio propio, llegando un día a ser conocida por la Academia.

Para Carie fue la puerta de la vida. Durante más de dos años había estado impaciente por aprender, por adquirir conocimientos que la ayudaran a comprender muchas cosas acerca de las cuales había empezado a especular. Era, en cierta manera, una niña extraña, imaginativa, apasionada y sensible, muchas veces hasta el punto de sufrir: una rara mezcla de un sentido común intensamente práctico y de un profundo misticismo. Solía tenderse descalza, de noche, bajo las estrellas, en la alta hierba del potrero frente a la casa blanca: mirando la profundidad del cielo, pensaba en las estrellas y de qué podían ser. Era casi doloroso su anhelo de sondar el universo. Siempre la fascinaron las estrellas. Recuerdo que en las calurosas noches de verano, en la ciudad china, solía asomarse a la ventana que daba sobre la bulliciosa calle y mirar las estrellas doradas que colgaban pesadamente del cielo de púrpura oscura, diciendo:

—Es difícil creer que sean las mismas estrellas que yo solía ver de muchacha en el potrero. Allá se veían frescas y plateadas e infinitamente lejanas y etéreas. Aquí me parecen sólidas y sofocantes, y demasiado próximas. Solía soñar que había gentes en ellas, personas como hadas, delicadas y transparentes. Pero aquí uno siente que las habitan seres humanos, gentes apasionadas y malas. ¡Mira a Orion, colorado, suspendido allí sobre la cúspide de la pagoda!

En la escuela de la aldea aprendió ella sus primeras lecciones de astronomía, el tópico que fue siempre su favorito, aunque se sentía un poco aplastada por las matemáticas. Tenía una viva imaginación que captaba cualquier dato árido y le comunicaba substancia y vida. Cornelio era un pedagogo nato, y ella una alumna hábil, no tan viva de memoria como de entendimiento, pero de una comprensión rápida, de modo que entre los dos existía no sólo el vínculo hermano y hermana, sino también de alumno amado y maestro intensamente venerado.

El período de posguerra en la vida de la pequeña ciudad de la Virginia Occidental fue de profundo fervor espiritual, asociado a una vida frugal por necesidad. Fue éste el ambiente que respiró en su juventud y que frenó para siempre una naturaleza que era en el fondo sensual y amante de la belleza. Pero también le dio oportunidad para muchas y diversas experiencias, y con esto se deleitaba su ánimo versátil. Recuerdo una vez haberle oído decir:

—He hecho todos los géneros de trabajos que se necesitan para sostener la vida, y me alegro de ello. Después de la guerra civil, como no había tiendas, no había nada que comprar. Nosotros producíamos nuestro propio lino, y con él hilábamos la hebra, haciendo nuestros propios manteles, sábanas y ropa interior. Teníamos nuestros propios vestidos de algodón y lino, hilados y tejidos por nosotros mismos. Aprendí a conocer qué colores podían obtenerse de las distintas hierbas, cortezas y raíces de muchas clases. Algunas veces fracasaban nuestros experimentos, pero teníamos que usarlos a pesar de todo. Y trasquilábamos las ovejas, lavábamos la lana y, después de cardarla, la hilábamos y tejíamos. Me alegro de haber aprendido a hacer todas esas cosas.

Tenían que fabricar hasta los aros que usaban en sus faldas, y éstos los hacían con los largos mimbres de las zarzas verdes. Servían bastante bien hasta que se secaban, rompiéndose después. Recuerdo haberle pedido una y otra vez una narración que nunca dejaba de hacer brillar sus alegres ojos.

—¿Cómo se rompió el aro? Bueno; un domingo yo fui a la iglesia (por supuesto que teníamos que ir todos los domingos), pero aquel domingo iba a predicar un misionero y la pequeña iglesia estaba muy llena. La buena y querida señora Dunlop, la esposa del pastor, se sentó a mi lado. Era una persona muy simpática; yo la quería mucho, pero era muy gruesa y se empeñaba en apretarse hasta que me pareció que aumentaba su volumen por momentos. Además, era un día caluroso de verano. Continuaba, pues, ensanchándose y comprimiendo mi aro, hasta que éste (que no era muy grande, en realidad, pues mi padre no permitía que los usáramos muy grandes) se levantó por delante y elevó mi vestido a una altura vergonzosa. Yo traté de empujarlo para abajo, pero no fue posible. Bueno, por fin me desesperé porque había un muchacho sentado justamente detrás de mí, y yo oía que se estaba riendo, de modo que di un

empujón bien fuerte y sonó un violento chasquido. ¡Mi aro de mimbres! Mi falda se bajó entonces inmediatamente, pero debieron de fijarse en mí cuando me puse en pie. La falda caía a mi alrededor y era tan larga que se arrastraba por el suelo. La buena señora Dunlop se paró frente a mí y yo la seguí hasta la calesa, subiendo a ella de un salto. Después nos reíamos muchísimo; aunque ese día estuve terriblemente avergonzada, no podía dejar de reírme también. Sabía que me había visto cómica. Mi padre dijo que era un castigo por mi vanidad. Puede ser que haya sido así; ¡pero yo siempre he creído que fue porque mi mimbre estaba demasiado seco y no pudo soportar la expansión de la señora Dunlop!

* * *

Para nosotros, los niños americanos en una ciudad china, nada había más emocionante en todo el fascinante cuento de su vida en nuestro país que el relato del azúcar de arce. En aquel tiempo después de la guerra, se hacía todo lo que se podía en casa y nada se compraba, excepto el chocolate —del cual no podía prescindir Hermanus por la mañana—, el té y el café.

Hasta hoy día nunca he asistido a la fabricación del azúcar de arce, ni siquiera he visto perforar un árbol para obtener su agua dulce, pero lo he experimentado en el espíritu. Lo he experimentado una y otra vez en aquel país oriental, donde, excepto en nuestros ensueños, jamás ha crecido un arce de azúcar. Pero sé que en los fríos comienzos de la primavera, cuando ésta en realidad es más bien una esperanza que un hecho, hay que ir de uno a otro de los grandes árboles dorados por el otoño y horadarlos. Esto quiere decir que hay que hacer un pequeño agujero e introducir en él un tubo de madera llamado *spile*, colocando debajo de éste un balde para recibir el agua dulce. En seguida, cuando están llenos los baldes y se ha obtenido bastante agua, hay que reunirlos todos y llenar con ellos el gran caldero de hierro del campamento. Mientras tanto, los muchachos han preparado leña. Se cuelga el caldero, se enciende el fuego y el agua comienza a hervir.

Ése es el momento en que empieza la diversión, pues todos los muchachos y muchachas de la ciudad se reúnen en el campamento del azúcar para observar su fabricación, ayudar a revolver y poner grandes troncos debajo del caldero, y, si hay nieve como es debido,

alternar esto con andar en trineo, jugar y reír. Las mejillas se ponen coloradas y los ojos brillan; todos se divierten.

Cuando el agua está lo bastante espesa para hacer el jarabe de arce, se vierte en grandes barriles, y se junta con tortas grandes, *waffles* y unas tortitas de harina de trigo y azúcar para el resto del año; pero si se desea obtener azúcar, hay que hervir el agua dulce más tiempo y se requiere una mano experta para saber el momento preciso en que hay que llenar los pequeños y grandes moldes con el líquido caliente.

Con los grandes moldes redondos se hacían los panes de azúcar que se guardaban para el uso de la casa durante el año pero había muchos cientos de latitas en forma de corazón, de media luna y de formas muy variadas, y éstas también se llenaban. Lo más divertido y delicioso de todo era dejar caer el azúcar caliente sobre la nieve y comérselo mientras se enfriaba rápidamente, cogiendo puñados de nieve y azúcar caliente que se endurecía: Después, cuando todo había terminado y el azúcar estaba hecho, regresaban todos a su casa cantando con el aire dulce y penetrante, sin que jamás enfermara nadie de tanto comer, a pesar de que se comía tanto como uno deseaba. Esto se debía a lo limpio de los bosques que rodeaban el campamento, a la nieve helada y pura que lo cubría todo y al aire incisivo que le daba a uno fuerzas y salud para resistir cualquier cosa. ¡Ah, Carie, cuánto nos hiciste soñar con nuestro país!

¡La nieve! ¡Cómo nos hacía ver la nieve en América! Ocasionalmente, una vez en mucho tiempo, hacía un día frío y húmedo de invierno y caía un poco de nieve en la ciudad china del Sur donde vivíamos. Pegábamos nuestras caras a los vidrios de las ventanas, y mirábamos cómo descendía, blanca contra el fondo gris del cielo, derritiéndose instantáneamente al tocar las tejas negras y más tibias de los techos. Recuerdo una vez que, en un rincón del patio, el viento había reunido una porción diminuta de nieve, tenue como una neblina, pero, a pesar de todo, nieve. Salimos corriendo y saltando, y gritamos:

—¡Nieve…, nieve!

Un invierno, de un frío sin precedentes, cayó verdaderamente nieve por la parte de fuera de las murallas de la ciudad; allí, en las estériles tierras del cementerio, había por lo menos una pulgada de

ella, y si no se miraba demasiado cerca la basura que sobresalía, veíase el mundo blanco y limpio. Los bambúes estaban espolvoreados de nieve, y el trigo, corto y nuevo, se veía fresco y verde entre las manchas blancas de las tumbas. Carie clavó algunas tablas de un cajón que había contenido leche en tarros, ató a ellas una cuerda de hierba trenzada; en este aparato nos deslizamos por la pendiente escarpada de los sepulcros chinos y soñamos con andar en trineo en América.

Años más tarde, cuando vi verdadera nieve en los profundos bosques de Virginia, en los Blue Mountains, me di cuenta de que ya todo lo había visto en mi espíritu, gracias a lo que esta mujer norteamericana me había contado. Vi los potreros escondidos debajo de la nieve, tranquilos y dormidos. Vi los techos cubiertos de sus grandes sábanas y las ventanas que se asomaban por debajo con un aspecto acogedor y alegre, mientras el humo se retorcía en dirección al tranquilo cielo. Todo era tal como ella me había contado. Antes de doblar la curva que conducía a las montañas, me decía ya mi corazón que las sombras sobre la nieve serían azules en las faldas de la montaña, y cuando la doblé, allí estaban las sombras azules. Ella me las había mostrado hacia diez años y a diez mil millas de allí, de modo que ya me eran familiares.

Toda esta belleza de su país contribuyó a formar los años de su vida, desde su primera infancia hasta que cumplió veintitrés años, cuando partió de allí. Si es verdad que el gran don de su padre consistía en señalarle la belleza, ella poco necesitaba que se la mostraran, pues tenía ojos muy agudos. Jamás dejaba de conmoverse ante la vista de la amplia belleza de los potreros, valles y montañas, y de cada una de las estaciones del año; con igual rapidez percibía las bellezas menudas, del apretado musgo, de las pequeñas llores y de los insectos. Inclinóse en una ocasión sobre una araña alegremente coloreada de rojo y negro, y por fin, alargando un diminuto dedo para palpar el color, recibió una punzada de la araña, con lo cual se le hinchó todo el brazo a causa del veneno. Después de esto, la miraba solamente, pero era característico de su sentido de equidad el tener en cuenta que al fin y al cabo era ella que había provocado al insecto, y su belleza no quedó estropeada para ella.

Este amor a la belleza, pues, y su reacción instantánea en ella los

llevaba en sus huesos y en su sangre, y la emoción y su entrega a la belleza siempre le habían sido innatas. Podía emborracharse con una vega llena de sol en un día de primavera, y se reía entonces, radiante de alegría y poco menos que bailando. Pero también amaba la belleza de las cosas sencillas, limpias y apacibles. La belleza para ella estaba no sólo en una laguna de agua de montaña a la luz de la luna, sino también en una habitación tranquila, limpia y fresca, en la vajilla recién lavada y brillante. Decía que uno de sus placeres en aquellos austeros tiempos después de la guerra civil se debía a que no fue posible comprar vajilla nueva, de modo que todos los días había que usar la de porcelana con el dibujo azul blanco de un sauce y las copas de vino de cristal delgado que sus abuelos habían traído de Holanda. Y todos los días elegía, antes que ninguna otra, la tarea de lavarlas para poder palpar su suavidad entre las manos. Conservó el recuerdo de esta belleza por el resto de sus días.

Su naturaleza era sensual. Le agradaban el tacto de las cosas, la contextura de la seda, la porcelana, el lienzo y el terciopelo, el tacto de las hojas de rosa y la aspereza de las piñas. Recuerdo que tornaba en sus manos una hoja de bambú, seca, tiesa y lisa, y la frotaba.

—Tan dura, lisa y fina… —murmuraba.

Tenía un olfato extraordinariamente delicado. Uno de los tormentos de su vida en el Oriente era el hedor del estiércol y de la inmundicia humana que penetraba en el jardín desde los extramuros de la ciudad, cuyos desperdicios nocturnos eran los principales abonos usados para obligar a la tierra a una rápida y rica fructificación.

Siempre recordaré la primera vez que ella volvió a su país. Solía pararse en un potrero con el pasto hasta las rodillas, y a veces en un bosque, y respiraba profundamente una y otra vez, husmeaba rápidamente, como probando bocadillos de olor.

—¿Qué hay? —gritábamos nosotros, ansiosos de no perder nada, y su respuesta volvía gozosa:

—¡Absorbed el olor de todo esto! ¿Sabéis?, una de las cosas más hermosas de nuestra América es el olor…, su riquísimo olor.

Le gustaba tomar un puñado de agujas de pino: al frotarlas entre las manos y acercarlas a su nariz, poníase ebria de la fragancia del

pino, con los ojos cerrados extáticamente. Eran éstos sus perfumes preferidos: los olores puros y fuertes o la fragancia delicada de una rosa de té. Rechazaba muchas de las flores orientales porque le desagradaba su pesada dulzura de almizcle.

Tenía de la música una sólida comprensión intelectual, pero para ella la música era, ante todo, una sensación y una emoción.

En los años impacientes de mi adolescencia irritábame que ella no pudiera escuchar la buena música sin que le brotaran las lágrimas, no precisamente de dolor, sino de la reacción de un corazón demasiado vibrante y sensible para soportar inconmovido la belleza de la música. En la arrogancia de mi juventud, dije:

—Si no puede dejar de llorar, ¿por qué persiste usted en ir a escuchar?

Me dirigió una de sus miradas profundas y serenas y respondió por último:

—Tú no comprendes ahora. ¿Cómo es posible que comprendas? No has tenido tiempo aún de vivir. Algún día escucharás y sabrás que la música no consiste sólo en la técnica y en la melodía, sino que es el sentimiento de la vida misma, de una infinita melancolía, y bella hasta lo insufrible. Entonces comprenderás.

Había en su gran afición a los colores una curiosa contradicción. Siempre escogía tonos delicados y finamente matizados. He reflexionado mucho sobre esto, pues en su naturaleza había algo apasionado e indómito que, según me parecía, debiera pedir los matices más toscos. —Yo sustento la teoría, cierta o no, de que las personas se revelan con más verdad en la elección instintiva de los colores—. Siempre fueron desagradables para ella el colorado y el amarillo de la vieja China imperial. Creo que había allí algo desenfrenado que la asustaba —un desenfreno de la carne—. Creo que la asustaba porque sentía en su propia sangre algo demasiado apasionado y temía su propia reacción. No; ella elegía como sus matices favoritos el pálido y fresco amarillo rosado de una rosa de té que crecía junto a la escalera de la galería —una rosa de té americana— y amaba también la cálida delicadeza de los rosados de otra época. Después, cuando su pelo se puso blanco y cuando comenzó a usar vestidos de gris plateado, siempre había en alguna parte de ellos una mancha de uno u otro de estos matices. Había en ella —y creo que se daba cuenta— una cierta cualidad pagana, una

pasión, un temperamento demasiado vigoroso y robusto, y la parte puritana de su sangre y de la educación de su tiempo luchaba severamente en contra de todo aquello.

* * *

Si ella pudiese volver de la tumba solitaria donde yace, creo que no le agradarían las palabras que acabo de escribir. Me miraría conturbada y diría: «¿No luché yo toda mi vida contra aquellas mismas cosas que estás contando de mí, ahora que estoy muerta?», y yo, si fuera posible contestaría: «¡Ah, sí!, nosotros vimos la lucha, pero ¿no sabe usted que la amábamos por esas mismas cosas que usted detestaba?».

Porque cuando pensamos en ella y hablamos de ella, siempre la consideramos como dos personas distintas. Una es la mujer afable, alegre, sensual y de temperamento sanguíneo; una mujer que percibe lo ridículo con rapidez, una actriz nata y una imitadora, haciéndonos reír a todos cuando estaba de humor gracioso y empezaba a remedar la voz, el modo de andar y las maneras de alguna persona; que nos unía irresistiblemente en el coro de alguna alegre canción; que abandonaba repentinamente el trabajo en un día de verano, para ir de excursión a un jardín o a un día de montaña. La otra es la puritana, la mística práctica, esforzándose por alcanzar a Dios, pero sin verlo jamás; siempre proyectando nuevas horas para rezar, para consagrarse más, para una mayor devoción, pero sin cumplir jamás completamente lo que proyectaba y, por este mismo fracaso religioso, sintiéndose obligada a restringirse aún más intensamente por el otro lado, el lado de la pasión y de la emoción, que, según le habían enseñado, era pecaminoso y la alejaría de Dios. Había, pues, en su persona una lucha continua.

Cuando reflexiono en el período de formación de su vida, empiezo a comprender que este conflicto le era innato por su propia naturaleza. De Hermanus derivaba su amor a la belleza, que era inseparable de su ser. De sus buenos abuelos holandeses recibió esa fuerza de voluntad práctica que no la dejaba descansar —un poder de sacrificio en aras de la virtud que residía en su misma sangre—. Se había nutrido de la tradición en la que todo se abandonaba para tomar con resolución el rumbo hacia un nuevo país por amor a

Dios. Poseía el mismo espíritu que animó a los peregrinos. Pero había en esta mezcla, miscelánea ya, el corazón alegre, práctico y no demasiado religioso de la pequeña madre francesa, que amaba apasionadamente no a Dios, sino primero a Hermanus y a sus hijos, y después, por ellos, a Dios.

Sin embargo, años después, cuando conocí mejor a mi país y a mis compatriotas, llegué a conocer mejor también a Carie. Por esta misma desunión, por la riqueza de la variedad, provenientes de los orígenes disimilares de su sangre, de su herencia de *pioneer*, de las rápidas y elementales experiencias de su vida, era ella más genuinamente americana.

Porque a pesar del contento que reinaba en la vida de la gran casa cuadrada, a pesar de la música, del colegio y de las fiestas de la aldea, Carie no se sentía siempre feliz. Es posible que nadie haya sido completamente feliz en su época, pues siempre existe para todo ser el problema del alma.

En los momentos de mayor regocijo, recordaba su alma. A veces, en el colmo de la diversión, cuando sus amigos la oían chancearse y reír, solía detenerse de repente, como si una mano fría se hubiese posado en su corazón, y pensaba, sobrecogida de terror: «¿Qué será de mi alma inmortal?». Otras veces, cuando trabajando en la casa, se detenía a mirar por la puerta abierta hacia el jardín y preguntarse si era posible que el cielo fuese más hermoso, invadía su pensamiento un terror agudo: «Pero no estoy salvada…, ¿veré yo el cielo?».

Era difícil no pensar en tales cosas. Las largas ceremonias en la iglesia los domingos, las oraciones dos veces al día, las preguntas suaves y penetrantes del pastor, el deseo del padre y de la madre de ver «salvado» y unido a la iglesia a cada uno de sus hijos, contribuyeron a privarla de la felicidad completa.

Pero nunca fue temor al infierno lo que impulsó a Carie a buscar a Dios. En realidad, nunca la vi temerosa de cosa alguna y no creo por un momento que haya habido alguien capaz de pintar un infierno suficientemente terrible para obligarla contra su voluntad. No; ella deseaba apasionadamente ser buena. Muchas veces solía decirnos:

—Es muy hermoso ser buena, hija; sé buena, porque es lo más bello que hay en esta tierra.

Quería encontrar a Dios, pues ésta era la única manera, según decía, de ser buena. La Biblia enseñaba que la bondad individual era «un andrajo inmundo» si no se encontraba a Dios.

Me dijo una vez que los años de su adolescencia habían sido desgraciados por la inquietud de esta búsqueda. Uno después de otro, sus amigos, más fáciles de corazón, se «convertían» y comulgaban. Pero Carie, sentada en la pequeña iglesia, rebelde y atormentada, sacudía la cabeza frente al pan y al vino. No quería engañarse a sí misma ni a nadie. Había rezado continuamente.

En su diario de esta época, encuentro escrito:

> *Entre los doce y quince años solía muchas veces a la semana salir a los bosques, detrás de la bodega, meterme en el hueco de un grupo de saúcos y echarme al suelo para implorar a Dios que me diera una señal…, cualquier cosa que me hiciera creer en Él. A veces juraba, como Jacob, que no abandonaría aquel lugar si no me daba una seña. Pero nunca llegó. El tintineo de las campanas de las vacas me anunciaba la tarde, que ellas regresaban para ser ordeñadas y que yo debía ir a disponer la mesa.*

Una y otra vez llevó su problema a la maestra de la escuela del domingo, la señora Dunlop, la esposa del pastor, y esta mujer dulce y apacible se esforzaba por conducir aquel apasionado y sincero corazón.

—No hay más que entregarse a Dios, hija mía; eso es todo —decía, llena de afecto por esta muchacha morena, de modales francos, a quien llegó a comprender completamente—. Me parece que es cosa fácil entregar el corazón a Dios.

Pero Carie exigía más que esto.

—¡Quiero saber si Dios me acepta! —exclamaba—. Yo puedo entregarme, pero ¿por qué Él no me acepta? ¿Por qué no me da alguna señal?

Esto pasaba de la comprensión de la señora Dunlop. Sólo podía repetir, pacientemente:

—¡Entrégate, hija…, entrégate!

Aquéllos fueron años turbulentos para Carie. Frecuentemente, su desesperación al no poder tener la certeza de Dios la conducía a los extremos opuestos de un abandono y de una alegría demasiado

desenfrenados para hacerla feliz. A veces, dándose cuenta con horror del tumulto que había en su sangre juvenil, sentíase irremisiblemente perdida. Se asustó del despertar del deseo en ella.

Era en esta época una hermosa niña morena, madura para sus años, con un agudo sentido del humor y pronta para reír, aunque seria en sus momentos de gravedad. Tenía labios encarnados, mejillas sonrosadas y una mata de pelo crespo, de color castaño natural, que caía en torno a su cabeza como una «cascada de agua».

No sé exactamente cuál fue la experiencia que vivió en es la época, pues jamás se la contó a nadie; sólo sé que durante esos años se enamoró perdidamente del hermoso muchacho con voz bella y jovial que se había reído de ella en la iglesia cuando se le rompió el aro de su vestido. Había crecido y era un joven alto, rubio y de buena presencia, que se regocijaba un tanto de encontrarse entre «los no creyentes», pero que iba a la iglesia para cantar y, quisiera yo creer, por ver a Carie. Encontrábanse en la escuela de canto, una tarde por semana.

—Podía arrancar el corazón a cualquiera con su canto —decía Carie, de mala gana y con los ojos graves. Esto lo decía cuando estaba ya canosa, pero yo podía ver en sus ojos que su imagen vibraba aún en su memoria. Fuera de esto, nada nos decía. Creo que el grande y hermoso cuerpo del muchacho llamaba de una manera irresistible a su sangre apasionada, y ella, la puritana, le temía en extremo. No sé si la amó mucho o poco tiempo.

Sé que la miraba de una manera especial, pues, cuando insistíamos, admitía que él había sido «gentil» con ella y que lo había tenido que «contener» porque ella no quería casarse con él.

—¿Por qué no? —preguntamos, pues nos parecía romántico.

—Porque…, porque… no era bueno. Bebía y venía de una familia de bebedores. No era fácil resistirlo y yo temía que, si me casaba con él, me pondría igual.

No sé si Carie habría tenido fuerza para resistirle sola. Pero ocurrió que fue aquél el año en que su pequeña madre cayó enferma, y Carie fue arrancada de la vida juvenil de su mundo para pasar las noches y los días en presencia de la muerte. Entonces, viendo alejarse a su madre, juró elegir siempre el bien antes que el mal, seguir su espíritu severo antes que el alegre, y luchar toda su vida contra la sensualidad que bien sabía residía en su sangre. Ella

sería buena; se sacrificaría en extremo; se daría enteramente a Dios. ¿Cómo podría sacrificarse más completamente? Si entregaba toda su vida y persona a Dios, entonces quizá le diera Él alguna señal de su existencia y así podría ella encontrarlo y seguirlo.

En esta repentina enfermedad olvidó Carie su propia alma abrumada por un nuevo temor. La madre amaba abiertamente a Carie más que a cualquiera de sus hijos. ¡Carie podía reír con ella con tanta frecuencia! ¡Carie era tan hábil con sus manos! ¡Era tan buena para cocinar y tan económica! ¡Era, también, tan aficionada a coger hierbas y cultivar el jardín! ¡Y era tan fuerte! A veces solía coger a su diminuta madre y levantarla en el aire como a un niño, amenazándola con no bajarla si no prometía trabajar menos o comer más.

—Eres una picara muchachota —exclamaba la pequeña mujer, simulando gran indignación—; ¡bájame en seguida, te digo! ¡Soy tu madre!

Pero esto la encantaba y se apoyaba en la niña. Y Carie hacía aún más que amar a su madre. La admiraba, y las dos intimaban libremente, esto es, en todo menos en la oscura búsqueda de Dios. Ahí tenía Carie que caminar a solas, pues la madre francesa no podía comprender el anhelo del corazón de su hija. Ir a la iglesia, arrodillarse cuando rezaba el padre, mantener la cabeza limpia y preparar las comidas lo mejor posible…, era suficiente para una mujer. De modo que Carie nada decía, y amaba a su madre porque era tan infantil.

Ahora que estaba enferma, la madre se convirtió verdaderamente en un niño, aferrándose a su hija.

La enfermedad había sobrevenido con extrema rapidez. Un día de invierno la madre entró en el helado sótano para llenar una fuente con *pikles* de un jarro, y como estuviera éste vacío, detúvose para abrir un segundo. Así cogió un resfriado. Éste se convirtió rápidamente en una tos que la estremecía y luego en una devastadora consunción. A pesar de que se negaba a creer que su madre se moría, era Carie demasiado honrada para no darse cuenta de la verdad.

Mas no vaciló, ni ante la muerte. Pasó por todo con fortaleza. Mostróse alegre cerca de la cama, y, con flores, mantuvo la habitación de la enferma perfumada, fresca y acogedora; lavó,

almidonó y planchó los gorrillos de encaje que usaba su madre, y fabricó para ella lindos vestidos para la cama, poniendo toda su antigua afición a vestir muñecas al servicio del cuidado de la mujercita de ojos hundidos que yacía en el espacioso lecho.

Hermanus se trasladó en esta época a su otra habitación y Carie durmió junto a su madre comunicando el calor de su robusta juventud al menudo cuerpo, frágil y frío, y haciendo de todo un juego para evitar que su madre sintiera miedo.

Pero una noche comenzó aquélla a toser de una manera terrible y Carie corrió a levantarle la cabeza. Entonces su madre la miró, estremecida por el dolor, y gimió:

—Hija…, ¿es esto la… m-u-e-r-t-e?

Se atrevía solamente a deletrear la palabra.

Llegó de repente a ser insoportable para Carie el temor que veía en los ojos de su madre. ¡Oh, si pudiera saber su madre quién era Dios; si pudiera decirle únicamente: «Yo sé»!

Le era indispensable una señal… Haría el sacrificio de sí misma. «Daré toda mi persona a Dios…, toda mi vida», murmuró con pasión. Su pensamiento se proyectó precipitadamente hacia el futuro. Era necesario no adoptar ninguna resolución a medias, no hacer ningún sacrificio que no fuera completo. «Iré de misionera; ciertamente ésta es la manera más completa de entregarse».

De súbito llegó el fin. Su madre lanzó un débil quejido y Carie la tomó en sus brazos. Vio iluminarse sus ojos empañados. Animó sus pálidos labios una sonrisa de sorpresa y exclamó entrecortada:

—¡Pues…, todo… es *verdad*!

Por un momento miró fija y claramente a través de las paredes de la habitación, penetrando en el espacio de otro mundo, y en seguida expiró. Carie, oyendo la exclamación y percibiendo la mirada en los ojos de su madre, sintió detenerse su corazón. ¿*Era aquélla la señal de Dios*? Con gran respeto y suavidad tendió en el lecho a su madre.

CAPÍTULO SEGUNDO

De esta manera juró Carie sacrificar su vida. Aplicóse con entereza a cumplirlo. Echaba de menos a su madre de un modo trágico. Nunca podía cantar ahora por las tardes con la misma alegría que antes, pues había desaparecido aquella presencia menuda y serena, y retenía en su memoria el momento en que se había entregado a Dios.

Pero Dios aún no le daba la señal de aceptarla. Era necesario esperar para saber qué debía hacer en seguida y, mientras tanto, era fuerza que pasaran los días como antes, en el trabajo y en el colegio. Solamente que ahora era una joven más tranquila y más juiciosa. Rehusaba asistir a las fiestas de la aldea. No quería salir más a paseo con Neale Carter. Quería estudiar con empeño y prepararse para lo que había prometido hacer.

La idea de las misiones no era para ella una novedad. En varias ocasiones habían ido a la pequeña iglesia de la aldea hombres enjutos y tostados por el sol, misioneros en otras tierras, que llevaban sus palabras ardientes y sus historias. Ella escuchaba, involuntariamente encantada por los intrépidos aventureros de Dios. Pero ni siquiera había intentado descubrir un llamamiento en ella misma. ¡Pues ello significaría abandonar América! Ella no podía marcharse de América. Siempre salía furtivamente de la iglesia, evitando un encuentro con la mirada de los misioneros.

Ahora todo eso había cambiado. Debía estar —estaba— pronta para partir. Lo había prometido. Iba por la casa con sobriedad, pero si alguien lo notaba, decía solamente: «Carie siente la muerte de su madre». Pero era mucho más que eso. Empezaba a cortar las amarras de su vida y se preparaba para que alguien le mostrara el camino.

Pasaron dos años, y Hermanus, a medida que llegaban los días de prosperidad, encontró que su ocupación favorita adquiría un

valor práctico para él, pues transcurridos ya los días peores de la reconstrucción, la gente, de todas partes y desde muy lejos, le mandaba reparar sus relojes y engastar sus joyas. Él hacía relojes también, y de éstos había una gran demanda. En sus finos y ágiles dedos había algo mágico que, como por encanto, ponía en movimiento la maquinaria más obstinada. Por primera vez en su vida contribuyó eficazmente a los ingresos de la familia.

Cornelio, sin embargo, con sus clases y su trabajo de la tierra, era todavía la piedra angular. Las dos hermanas mayores tenían en sus capaces manos los menesteres de la casa y el cuidado de los niños menores. El gran problema de la familia era Lutero, el hijo menor y el que más se parecía a Carie por su carácter y su físico. Pero donde en ella había la fuerte voluntad de dominarse a sí misma y un deseo genuino de ser buena, en él, en su juventud, predominaba la carne. Empezó a rebelarse y quería partir para el Oeste, cuyos yacimientos auríferos seducían en aquel tiempo a todos los jóvenes que tenían en sus venas una gota de sangre aventurera. La familia se unió en su intento de retenerlo, pero como él siempre había amado a su madre, que le había comprendido y ahora ella no estaba allí, era difícil sujetarlo. Hermanus, en un momento de cólera tremenda, quiso pegarle, pero el muchacho, un joven alto, de ojos y cabellos negros, erguíase frente a él como una torre, y el pequeño padre, arrogante y marcial, no era capaz, pese a su voluntad, de ejecutar su intención. Cornelio lo fustigó una vez para obedecer a su padre, y arrojó después el látigo con pena en el corazón y no consintió en hacerlo nuevamente. Nada parecía estar completamente en su lugar después de la muerte de la madre. Pero de alguna manera continuó la vida de la familia, y Carie esperaba aún, secreta e intensamente resuelta.

Al cumplir ella los dieciocho años, el anciano doctor Dunlop, el pastor de su infancia, estaba próximo a jubilarse, pues era un hombre obeso ya y torpe en sus funciones. Era manifiesta la necesidad de buscar un nuevo pastor. En éste, como en todos los asuntos de la aldea, Hermanus tomó la iniciativa y, después de muchas pruebas y exámenes de las diversas doctrinas de los jóvenes que fueron a predicar los sermones de ensayo, resultó elegido un hombre alto y serio, que, pese a su corta edad, llevaba el sello de una madurez prematura, consecuencia de su experiencia en la

guerra. Era oriundo del mismo Estado, del departamento de Greenbrier. Había salido del colegio y del seminario arrastrando en pos de sí una nube de *cum laudes*[4], y habiendo sido especialmente mencionado por su facilidad extraordinaria para los idiomas, sobre todo para el sánscrito, árabe, hebreo y griego. Había en la pequeña aldea un marcado gusto por las enseñanzas liberales, y Hermanus, que tenía de su familia la tradición de la cultura, la había mantenido bien. Por lo demás, era el joven pastor de una apariencia agradable, alto, rubio y distinguido, y tenía una esposa pequeña y delicada a quien llevaba del brazo como si fuera una elegante cartera. Su sermón de ensayo resultó ortodoxo desde el punto de vista de la doctrina y explicó satisfactoriamente los aspectos tradicionales de la predestinación y del libre albedrío; además, fue largo, sabroso y completamente incomprensible para la mayor parte de los miembros más jóvenes de la congregación. Era suficiente. Éste era el hombre indicado.

Aquel mismo verano, después de irse a la aldea e instalarse en la casa cubierta de enredaderas al lado de la iglesia blanca, llegó su hermano menor, que aún estaba en el colegio, a visitarlo. A este joven es necesario mencionarlo a causa de Carie. Era un estudiante que aspiraba a ser pastor, un joven alto y delgado, con ojos azules y miopes que tenían en su mirada algo místico y vago, una voz suave y una sonrisa dulce. Era muy tímido y silencioso, y rehusaba con constancia todas las invitaciones para ingresar en el coro o en la escuela de canto. Respondía, sonriendo, que se encontraba muy ocupado, que estaba estudiando con su hermano. Los domingos se sentaba un poco aparte, al parecer sin ver a nadie, con una expresión extasiada de adoración. Carie, cuando lo miraba, lo que no hacía con frecuencia, pensaba que debía de ser un joven extremadamente santo, con cierta falta de sentido del humor quizá, pero de seguro muy virtuoso. Su propio sentido del humor constituía para ella un constante motivo de tropiezos. Sentíase avergonzada de poder notar el lado ridículo de las cosas, aun de las que sucedían en un entierro, y en más de una ocasión había estado dominada por la risa en la iglesia, sintiéndose con esto completamente confusa. Y eran cosas tan triviales —pensaba con pesar— como, por ejemplo, el amontonarse las moscas en la masa de tul que coronaba el sombrero de la pequeña señoril a Nelson,

cuando ésta tocaba el órgano. Allí quedaban prisioneras en los pliegues del género y empezaban, zumbando, a revolverse, mientras la señorita Nelson, que era una dama de cierta edad y tímida, bajo semejante confusión, soportaba esto medio desmayada y con la cara roja de vergüenza. Por lo menos una vez durante la ceremonia se escapaba, en el intervalo entre los himnos, para volver libre del ataque, pero pasaba de este modo sólo un momento, hasta que el olor dulce del almidón del tul atraía nuevamente a las moscas y entraban éstas volando por la ventana, para dirigirse en línea recta a su sombrero. Un verano tras otro constituía esto una trampa para las moscas y un motivo de hilaridad para los miembros jóvenes de la congregación.

Pero el hermano menor del pastor no se percataba siquiera de una escena como ésta en la iglesia. Sus pensamientos estaban lejos de allí —sin duda, donde debían estar—. Carie, siempre humillada por la discrepancia entre sus deseos y la realización de ellos, se ponía seria con la sola expresión de veneración que ofrecía aquel joven rostro, austero y un poco pálido. Pero si alguna vez le dirigía la palabra, el asunto no pasaba de ahí. Era un ser distinto, al parecer a causa de su misma naturaleza y profesión. Lo respetaba inmensamente, pero apenas pensaba en él. ¿No tenía ella que cumplir una misión?

Cuando cumplió diecinueve años, había aprendido todo lo que Cornelio podía enseñarle, y éste no estaba dispuesto a que su brillante talento se detuviera en este punto. La fortuna de la familia se encontraba repuesta de las consecuencias de la guerra. No había una necesidad urgente de ella en la casa. Lutero se había tranquilizado, consintiendo en ir a la Universidad «para adoptar una profesión», y Cornelio se resolvió a enviar a Carie a un Seminario para señoritas a fin de que tuviese la oportunidad de desarrollar no sólo su intelecto, sino también su hermosa y potente voz.

Debía ser superior a un Seminario corriente. Además del plan regular de estudio, exigió Hermanus que fuese sólido en materia de doctrina religiosa, de origen presbiteriano, y que atribuyese especial importancia a la educación y el comportamiento moral. Después de considerables averiguaciones encontróse el lugar ideal, el Seminario de Bellewood, cerca de Louisville, Kentucky.

Carie fue allá a la edad de diecinueve años, con el corazón

palpitante de expectación. Llevaba para el viaje un vestido nuevo de casimir café, hecho especialmente para la navegación. Atrás tenía un alto polisón, seis vuelos en el borde de la falda y vueltas de encajes cremosas en el pecho y en los puños. Un pequeño sombrero de fieltro, de color café, adornado con el mismo encaje, coronaba su rizada cabellera. Estaba perfectamente satisfecha de su apariencia, aunque temía que su boca fuese demasiado grande. Pero tenía en esa época los labios del rojo más intenso y hermosas mejillas rosadas. En una ocasión, muchos años más tarde, su hija le preguntó ingenuamente:

—Madre, ¿era usted bonita de muchacha?

Brillaron sus ojos castaños y dorados y contestó modestamente:

—¡Parece que así pensaba Neale Carter, cuando me despidió al partir para el Seminario!

Los dos años siguientes en el Seminario de Bellewood fueron felices y ricos por las amistades que allí trabó. Había diecisiete niñas en su clase y se puso a la cabeza de ellas, ganando su amistad en forma notable. Era su carácter de tal manera generoso, que sabía albergar en su corazón a cualquier ser humano, distinguiéndose siempre por la variedad de sus amistades. Despertaba instantáneamente su interés el que alguien necesitara de su amor o ayuda. Creo que Neale Carter la habría podido ganar de este modo mejor que de ningún otro —él decía que la necesitaba para ser virtuoso—. Por lo menos, una vez nos contó ella que casi la convenció con este argumento; pero su agudo sentido del humor le hizo ver, a la próxima caída —era adicto a la bebida—, que gozaba demasiado con el pecado y con ser perdonado, y por esto la perdió.

Tengo aquí a mi lado, como reliquias de sus días de colegio, dos ensayos escritos con su hermosa y fina letra de aquellos años. Uno tiene por título: «La Reina Ester», Es una disertación sobre el sacrificio de la reina judía por su pueblo —¡siempre esa atracción del sacrificio!—, y sobre cómo estaba dispuesta a dar su vida por él si hubiera sido necesario. Pero el ensayo termina con la afirmación deliciosamente ingenua de que aquellos que hacen el bien y confían en Dios recibirán seguramente su recompensa. El otro ensayo le mereció una medalla de oro. Ésta tenía un broche que se usaba prendido a una angosta cinta, la cual pendía del cuello. El ensayo es muy hermoso y no tiene en parte alguna ni una corrección.

Evidentemente había sido hecho para un concurso en la clase de Filosofía Moral. Está lleno de un fervoroso dogmatismo religioso. En él puedo ver que, a los veinte años por lo menos, Carie había repudiado la naturaleza inquieta y amante del placer de su adolescencia y que se había convertido en una joven dispuesta a ser noble y cristiana. Casi podría decir que estas páginas revelan una pedante si no fuera porque sé muy bien que siempre existía esa otra cualidad de humor e ironía que le servía de contrapeso. El hecho es que, hasta el fin de su vida, cayó sobre ella un aire de solemnidad cada vez que tomaba en sus manos una pluma y escribía toda clase de amonestaciones, que eran, en realidad, amonestaciones dirigidas a sí misma. Aun en su pequeño diario se fortifica de esta manera. Creo que la razón secreta de esto consistía en que creía necesario fortalecer constantemente su propia alma. Sermoneábase a sí misma continuamente por temor de que su corazón risueño aún pudiese conducirla a su perdición. Ciertamente que, si hubiera sido la persona que aquí veo en su ensayo sobre pruebas morales del cristianismo, ese ensayo excelente y absurdo, no habría podido haber ganado de tal modo el afecto general de sus compañeras de colegio, algunas de las cuales le escribieron durante toda su vida. Las niñas de su clase que aún vivían veinticinco años después de graduarse, hicieron para ella una hermosa colcha a cuadros de seda y terciopelo y, bordando cada una su nombre en su propio cuadro, se la enviaron a la China. Ella la estrechó contra su pecho, sonriente y con los ojos húmedos.

—Esas muchachas adorables… —murmuró, aunque ya todas eran mujeres canosas, como ella.

Recuerdo que por única vez dio rienda suelta a su afición por el color y le puso a la colcha un vivo de un magnífico pedazo escarlata de brocado chino, constituyendo para todos nosotros un tesoro y una gloria. Se conservaba con gran pompa en la cama de la habitación destinada a los huéspedes, pero cuando Carie yacía moribunda en la ciudad china, pidió que se la pusieran y la cubrieran con ella en señal de homenaje y de amor. Por este lado, al menos, me alegro de que muriera antes de ver cómo, en el día de la revolución, cayó en manos de los soldados sanguinarios que llegaron al saqueo. Entonces fue rifada y la recibió un ser tan hosco y salvaje como nunca he visto en mi vida y que abrigó con ella sus

inmundos hombros desnudos.

* * *

Concluyó su educación a la edad de veintidós años y regresó a la aldea sintiéndose ya enteramente una dama. Pero los años de reclusión en el Seminario, con su énfasis sobre la religión, habían fortalecido su resolución de hacerse misionera. Propuso la cuestión a su padre. Sintióse éste completamente sorprendido y muy enojado, rechazando totalmente la idea. ¿Que una mujer joven y bonita se fuera a un país donde la gente era pagana y no vacilaba en comerse a un cristiano…, y que fuera su hija? ¡Jamás!

Carie, infinitamente pasmada, pues creía que el proyecto estaría muy de acuerdo con las ideas profundamente religiosas de su padre, pronto perdió su poca estable serenidad. Discutió el asunto con ardor, diciéndole que debía estar satisfecho de poder entregarla a la causa, pero él, de quien ella heredó su carácter irascible y su testarudez, respondió, con calor y dignidad excesivos, que todas las cosas tenían un límite sensato, aun el culto a Dios. No era propio de una joven soltera de veintidós años de edad marcharse a las misiones.

Era la primera vez que oía Carie tales declaraciones heréticas de su padre. Se deshizo en lágrimas de ira, y, lo que antes había sido una elevada resolución, convirtióse ahora, también en una determinación obstinada.

El hermano menor del pastor volvió aquel año para las vacaciones de Pascua. Era más alto que nunca, más pálido y más ausente. A Carie, en su nuevo y exaltado ánimo, le pareció maravilloso. Neale Carter y su grupo eran groseros y repugnantes. Y entonces oyó a las niñas de su edad murmurar que aquel joven iba a ser misionero. Su corazón dio un salto. ¿*Era aquél el camino*?

Aprovechó un día una oportunidad para hablarle, y su habitual y alegre serenidad se encontró extraña y repentinamente turbada. Ocurrió después de la ceremonia en la iglesia, cuando la gente acostumbraba a permanecer un rato en el umbral o en torno al prado, frente a la iglesia. Él inclinó la cabeza con cortesía, tímido como ella. Le dijo ella, brillándole toda el alma a través de sus ojos dorados:

—¿Es verdad que usted quiere ser misionero en China?

Suspensa, aguardó la contestación.

—Sí, creo que ése es mi deber —respondió sencillamente. Su alta frente se ofrecía tersa y pura mientras estaba de pie, con sombrero en la mano y con sus serenos ojos azules.

Ella exclamó ardientemente:

—¡Oh, yo también hace años que deseo ir!

Por primera vez la miró con cierto interés. Sus ojos azules, vagos y un poco fríos, se encontraron con los de ella, oscuros y resplandecientes.

—¿De veras? —dijo.

Años más tarde, cuando llegó a conocerlo a la perfección, estas sencillas palabras: «Creo que ése es mi deber», fueron para ella la clave de su naturaleza, la explicación de cada uno de sus actos y el argumento irrefutable de toda su vida.

Él no se olvidó. Fue a visitarla formalmente y hablaron, exaltados de la religión y de sus comunes designios. Ella observaba su cara mientras él hablaba explicándole las doctrinas que ella no había tenido paciencia de leer en los polvorientos libros de la sacristía de la iglesia. Le parecía que había sido intención de Dios que se conocieran. No le bullía la sangre cuando estaban juntos. Hablaban fácil y naturalmente de cosas santas. Su resolución se hizo más elevada y más pura. Desvanecíase su antigua naturaleza, mundana y apasionada. Cuando él se había ido, sentíase serena, tranquila y llena de fervor religioso. Nada había de las risas ni de las bromas que la hacían sentirse alegre, aunque medio avergonzada, cuando la cortejaba Neale.

Un día, y muy pronto, recibió una carta. Era una proposición de matrimonio, cuidadosamente escrita y redactada en términos rígidos y formales. Puesto que tenían en la vida un propósito común y un pensamiento idéntico, parecía ser la voluntad de Dios que se uniesen. Por lo demás, su madre no quería que se fuese sin esposa a tierra de paganos. Era su única condición: que encontrase una esposa. No era fácil encontrar una dispuesta a ir tan lejos. Había estado esperando la iluminación de Dios. Parecía haber llegado providencialmente.

Leyó la carta con veneración. Con un hombre de esta naturaleza podría ser buena. Su imaginación rápida y vigorosa bosquejó los años en que estarían juntos, años de austera cooperación entre sí y

con Dios. No era hombre de palabras. Ella, que al hablar demostraba tanta riqueza y habilidad, podría ayudarle en sus sermones. Él proporcionaría los conocimientos profundos, ella la elocuencia; ¡combinación invencible! Veía ya una cosecha de sombríos paganos vestidos de blanco, llegando al bautismo, siguiéndolos con miradas de adoración —una vida de conquistas, y dominada para siempre aquella antigua naturaleza atormentada, apasionada y sedienta de placeres—. Con Neale Carter habría perdido hasta su alma y no habría siquiera salvado la de él. Con este otro hombre no sólo aseguraría el cielo, sino también podría poner el cielo al alcance de muchas otras almas. Si había algún momento sombrío y si sentía oprimírsele el corazón al pensar que debería abandonar este hogar y esta tierra que tanto amaba, en seguida se decía resueltamente que sabía lo que quería. Esto era: la virtud sobre todas las cosas. Era de suponer que, si todo lo sacrificaba —todo—, Dios le daría algún día una señal. Sentía muy próxima aquella señal al hablar con el joven misionero.

Mas no contestó la carta en seguida. Fue tranquilamente donde estaba su padre y le explicó —su elevado espíritu le daba serenidad para ello— que Dios le había señalado el camino, que había decidido casarse con el misionero y que se iba con él al extranjero.

Hermanus era en aquella época un canoso y muy colérico anciano, derecho como un poste y marcial como un comandante. Empuñó su bastón y se dirigió a la puerta. Ocurrió que eran más o menos las tres de la tarde, hora en que el joven misionero solía visitarla. Ya llegaba, caminando lentamente, con su paso habitual, un poco vacilante. El hombrecito colérico voló hacia él y sacudió el bastón en su cara. El joven retrocedió atónito.

—¡Señor, conozco sus intenciones! —vociferó Hermanus con una fuerza fuera de toda proporción con su estatura—. ¡No obtendrá usted a mi hija!

El joven misionero tenía en raras ocasiones cierto sentido seco del humor. Miró desde su altura al hombrecito, y dijo suavemente:

—Sí, creo que la obtendré, señor —y continuó su camino.

Carie lo esperaba en la puerta y el último vestigio de duda desapareció. La oposición de Hermanus había obrado en favor del joven. Ella lo aceptó.

Entonces Cornelio se encargó de ganar al padre, y aunque no

aprobaba enteramente la decisión de su hermana, reconocía que era ya una mujer y que podía hacer su voluntad. Además, el joven era virtuoso y el trabajo de misionero era noble, siempre que se tuvieran para ello deseo y vocación. Pero lo esencial era que Carie haría su voluntad de todas maneras, y era mejor dejar que la hiciera con la aprobación aparente de su casa que permitir que se fuera sin ella. Muy a regañadientes, y después de repetidas reuniones, Hermanus dio su consentimiento.

Después de esto el joven misionero visitaba la casa todas las tardes a las tres; conversaba con Carie por espacio de una hora en el salón, llamándola «señorita Carie» —hasta el día en que se casaron — y a las cuatro tomaba el té con la familia, donde, según era costumbre, se servían vino y pastelitos.

Se casaron el día 8 de julio de 1880. Carie llevaba un vestido de viaje, de color plomizo, pues no parecía apropiada para una misionera la frivolidad de vestir satén blanco con azahares.

Hubo en la estación un momento de ligera confusión cuando se supo que el novio había comprado solamente un billete para el tren.

—Debes acordarte de que ahora tienes esposa —le reprochó su hermano.

La verdad era que para aquel joven la realización de su ensueño de misionero en el momento de comenzar el trabajo de toda su vida era mucho más emocionante que su matrimonio. «Labor», decía entonces, y así la llamó siempre. El último obstáculo había sido removido: la condición impuesta por su madre de que encontrase una esposa. Ahora la tenía. Pero nunca pudo acordarse muy bien de aquel hecho.

* * *

Si alguna vez salieron de viaje dos inocentes, fueron éstos. Ambos habían vivido en ciudades pequeñas y tranquilas y nunca viajaron más allá del colegio. Partían ahora, sublimes y confiados, hacia la otra mitad del globo, y lo único que sabían era que debían viajar primero por tierra y después por mar. Andrés había recibido de la dirección de misiones por cuyo encargo iba, mil quinientos dólares en billetes, que los guardaba doblados en el bolsillo de su cruzada chaqueta. Todo el continente lo cruzaron sentados, pues no sabían que se podía ir en camas. Cuando llegaron a San Francisco

dejaron pasar varios días antes de buscar pasaje en un barco. Cuándo, por fin, llegó Andrés a los muelles, encontró que el *City of Tokio*, un casco crujiente y casi inservible, zarpaba al día siguiente, reservó en él un camarote y se prepararon para esta segunda etapa de su viaje.

Fueron suficientes tres días de vida matrimonial para que Carie se convenciera de que en los asuntos prácticos era ella la que debía asumir la dirección. Andrés podría ser una potencia en materia de oración y de prédicas, pero en los negocios era confiado e ingenuo como un niño. Tenía una fe implícita en la naturaleza humana y, aunque predicaba sobre la bajeza de los hombres, no podía pensar mal de nadie, excepto de los que diferían de él en un punto de doctrina. Fue Carie, pues, quien dispuso el traslado del equipaje al barco y quien averiguó cuáles eran las cosas indispensables en un viaje por mar.

¡Quién sabe hoy día, medio siglo después, qué es lo que sentía en su corazón cuando zarpó de la costa americana en un mimoso día de verano! De sus propios labios supe que tuvo un momento de pánico terrible cuando se dio cuenta de que se iba de su país, y que corrió al camarote para no ver como el barco se alejaba, ensanchando el abismo entre ella y su amada tierra. Sintió en aquel momento hostilidad hacia el santo con quien se había casado; más aún, hostilidad, reprimida al instante, por cierto, hacia el propio Dios, que en aquel momento de separación no quería hablarle desde su morada en las alturas para decirle, mediante alguna señal, que aprobaba su determinación.

Las aguas que el viejo e inestable vaporcito había de cruzar por espacio de un mes quedaron para siempre en la memoria de Carie como un océano de horror. Una hora después de haber perdido de vista la tierra descubrió que no era buena navegante. Apoderóse de ella el mareo en una forma particularmente violenta, pues no sólo sentía náuseas, sino también fuertes dolores de cabeza y en la espalda que, lejos de disminuir, aumentaban al pasar el tiempo. Se había habituado a las montañas y las amaba. Pudo apreciar poco la belleza del mar y solamente en su forma más terrible y abrumadora. Pero esto, creo, se debía parcialmente a que el mar constituyó para siempre como un símbolo de la separación de ella y de su país, de su propio país, al que, al pasar de los años, amaba más y más

profundamente; en efecto, tan grande e insuperable resultó esta separación por el océano, que en sus últimos años no quiso volver a su propia tierra, obligándose a morir en un lugar del extranjero antes que arriesgarse a un viaje por mar.

En una ocasión en que descendía a la tilla de un buque tambaleándose y pálida a causa del mareo, volvió sus ojos brillantes, llenos de humor aún en ese momento, hacia nosotros, y dijo:

—¡Quiero ir al cielo más que nunca desde que sé que la Biblia dice: «Y allí ya no habrá mar»!

Para una novia resultaba particularmente odiosa la circunstancia de que estuviera mareada durante toda la luna de miel, pero ciertamente, tenía menos importancia siendo Andrés el novio que si se hubiera tratado de algún otro. Era Andrés singularmente insensible a la apariencia de las mujeres y aun a la de su esposa. Ella veía esto y se sonreía aunque también le doliera. Recuerdo que dijo en una ocasión, muchos años después, cuando la belleza de la juventud había desaparecido para siempre:

—Andrés nunca se ha fijado ni en mi persona ni en mis vestidos. La única vez en su vida que mencionó mi persona fue cuando casi me moría después de dar a luz a uno de los niños. Él creyó que yo no viviría y estuvo más conmovido que de costumbre. En esta ocasión se sentó al lado de mi cama y me dijo del modo más tímido posible: «Nunca me había fijado hasta ahora en tus lindos ojos castaños, Carie». Esto sucedió cuando ya llevábamos dieciocho años de casados y yo acababa de dar a luz mi séptimo hijo. ¿Ves lo que significa estar casada con un santo?

Entonces, con aquel cambio rápido e irónico que era habitual en ella, agregó:

—¡Bueno, prefiero estar casada con un santo que jamás se fija en mi belleza que con un pecador que se fija en la de todas las demás mujeres!

* * *

En el Japón se pasmaron ambos de la civilización y cultura que alcanzaron a vislumbrar durante los cortos intervalos en que se detenían en los puertos. A Carie, especialmente —que veía encantada la belleza minuciosa y delicada de este pueblo— le

parecía increíble que nunca una nación tan perfecta y etérea fuese malvada. Pero Andrés no era tan fácil de confundir por medio de la belleza, y se sintió seguro nuevamente cuando en todas partes vio cómo la gente rendía culto en los templos, cuando observó que aquél era un país «pagano» aún.

El viejo *City of Tokio* no pasaba del Japón y hubieron de cambiarse a un vapor con ruedas laterales que cruzaba los mares de la China. Durante cinco días hicieron en este barco un viaje atrozmente agitado. Sin embargo, antes de pasar a estas aguas, famosas por su bravura, navegaron apaciblemente durante dos días por el Mar Interior del Japón. Allí las aguas del océano, rodeadas de las islas y montañas del Japón, yacen plácidas y seguras en su belleza. La serena belleza de este mar permaneció para siempre en la memoria de Carie y cada vez que tenía que cruzarlo, constituía para ella una nueva alegría.

Cuando iban llegando a la China buscó ansiosa las costas escarpadas y pintorescas que habían hecho tan memorable su entrada en el Japón, mas no aparecían tales costas. El río Yangtsé fluía denso y sombrío hacia el mar, y sus aguas amarillas y fangosas no se mezclaban con el agua de aquél. Parecía como si el mismo barco tropezara y vacilara al cruzar la línea divisoria entre las dos aguas que se mantenían separadas. A ambos lados del buque, a medida que se iba distinguiendo la tierra, aparecieron extensiones planas e interminables de barro. Sintió en su corazón un poco de desaliento. ¿Iba ella a pasar su vida en un país sin belleza?

Y así arribaron a la China. En Shanghai, que en aquel entonces, como ahora, era el puerto principal de la costa, fueron recibidos en el muelle por un grupo de viejos misioneros; Carie los examinó ansiosamente para ver qué clase de hombres y mujeres eran. Sintióse, en secreto, un poco desilusionada al encontrar que no se diferenciaban en absoluto, externamente, de las demás personas. No mostraban huellas de una extraordinaria belleza ni tampoco de algo malo. Era un grupo de personas buenas y sencillas, un poco pasadas de moda en el vestir, tales como las que podría encontrar en su propia aldea. Las mujeres observaron con secreto entusiasmo los detalles de su vestido de viaje, y a ella le pareció patético que sus primeras preguntas fuesen sobre América. Pero eran hospitalarios y amistosos, y era agradable ser recibida.

Dábales nuevas fuerzas a los viejos misioneros la vista de dos jóvenes y vigorosos americanos, recién llegados de su patria. Había sólo once misioneros en total y durante siete años no había llegado ninguno nuevo. En aquella primera noche de los recién llegados se celebró una comida de bienvenida en casa de uno de los misioneros que vivía en Shanghai, y allí se reunieron todos para conversar, hacer preguntas, gozar de las últimas noticias de la patria y dar consejos.

Nunca puedo pensar en esta comida sin recordar cómo la relataba Carie y el incidente que la acompañaba. Después de comer, Andrés, repleto, extenuado y soñoliento debido al viaje por mar, se quedó dormido, sentada en su asiento. Su joven esposa lo vio con horror y consternación —estaba al otro lado de la habitación—, y no pudo despertarlo. Fue la primera vez que le sucedió esto a Carie, aunque luego había de descubrir que era característico de Andrés, estando cansado o aburrido, quedarse tranquila y obstinadamente dormido, para despertar un poco más tarde despejado y de muy buen humor. Esta facilidad, sin duda, le sirvió muchísimo en sus laboriosos años de *pioneer* y fue un factor importante para mantenerlo en buena salud física; mas nunca dejó de ser para Carie un motivo de angustia. Se acostumbró a sentarse a su lado cuando esto era posible y despertarlo con un hábil y suave movimiento, aunque era preciso hacerlo con cuidado, pues, de otro modo, despertaba con un gruñido perceptible que atraía hacia él la atención de todos.

Una de las veces que la vi más indignada fue cuando él estaba sentado en la plataforma de una iglesia con un grupo de hombres sabios, de los cuales él era uno de los que debían hablar. Encontrando un tanto aburrido al orador que le precedía se quedó tranquila e intencionadamente dormido. Carie, que se encontraba muy adelante, lo notó inmediatamente, y si los ojos pudieran taladrar, los de ella lo habrían horadado y clavado en la pared. Él seguía durmiendo tranquilamente y ella, retorciéndose en su asiento, levantada casi, cuando, al ser anunciado, dormía aún. Pero, milagrosamente, abrió los ojos en el momento oportuno, miró delante de él y, viendo vacío el púlpito, se puso de pie y empezó a hablar. A los reproches que después ella jamás dejó de hacerle contestaba siempre con una sonrisa un tanto avergonzada; pero

para ella resultaba tanto más irritante, cuanto que siempre despertaba al último momento.

El pequeño grupo de misioneros permaneció una semana en Shanghai para reunir sus provisiones de invierno. Aquel puerto era el único lugar donde se podía adquirir mercadería importada, y allí compraban hasta el carbón necesario para el invierno, enviándolo al interior por medio de juncos nativos. Andrés compró allí su primer paletó inglés, pues el invierno en el valle del Yangtsé es húmedo y frío. También compraron ropa de cama y muebles para su habitación, y Carie, a pesar de los escrúpulos de Andrés, adquirió una pieza de muselina rosada para hacer cortinas.

Dividióse entonces el pequeño grupo, unos con destino a Soochow y otros, entre ellos los recién llegados, a Hangchow. Zarparon en unos viejos juncos de madera, lentos y pesados, e invirtieron siete días en el viaje de Shanghai a Hangchow, cosa que hoy día nos parece increíble, pues un buen servicio de trenes reduce ahora la distancia a medio día de viaje, y los hombres de negocios de Shanghai suelen pasar el fin de semana en el Lago de Oeste, en Hangchow. Pero en aquellos días no había en Hangchow más blancos que los de aquel pequeño grupo de viaje: Andrés, Carie y la señora Randolf en uno de los juncos, los Stuart con sus tres niños en el otro. Subieron a bordo de los juncos que los aguardaban en Soochow Creek y que los boteros impelieron con largas varas a través de la ciudad china, mientras en las riberas se agolpaba la multitud curiosa para mirar a los extraños pasajeros.

Carie, examinando a su vez la masa de sombríos rostros, sintió desgarrarse su corazón. ¡Allí estaban los «paganos», las gentes por las cuales había abandonado su propio país, y a quienes había entregado toda su vida! ¡Oh, ella se entregaría, se sacrificaría, por ellos! Sintióse, en seguida, sacudida por la repugnancia. ¡Qué terrible aspecto tenían, qué ojos tan crueles, qué fría era su curiosidad! Pero, al fin, los juncos se deslizaron fuera de la oscura ciudad, donde las casas se amontonaban con tal profusión en las riberas de los canales, que parecían derramarse sobre sus bordes, y aun algunas de ellas estaban construidas sobre postes que se sumergían en el agua.

En el campo, el canal fluía, manso y tranquilo, entre las pequeñas vegas, y Carie pudo respirar nuevamente. La amplitud del

cielo azul, la vista familiar de árboles, de sauces —tales como los que crecían en su propia tierra—, de cosechas maduras…, estas escenas las conocía y no las temía.

Por fortuna, la primera experiencia de Carie en el país nuevo fue la de estos siete largos y hermosos días durante los cuales se deslizaba suavemente entre campos llenos de cosechas maduras. La belleza siempre lograba encantarla, y allí la había, aunque extraña. Terminaba el mes de septiembre y no aparecía una sola nube en el cielo. Nunca es más brillante la luz del sol en el valle del Yangtsé que en esta época, cuando, desaparecido ya el pesado calor del verano, el primer aliento de otoño no hace más que robar del aire y del sol su peligrosa fuerza, dejando sólo una atmósfera agradable. La masa de bambúes con sus ondulantes plumas, los bajos verdes, las aguas tortuosas y doradas del canal, los campos amarillos con los ricos y pesados granos de arroz, las pequeñas aldeas pardas con sus techos de paja que aparecían a cortos intervalos, el ritmo soñoliento que marcaban los mayales desgranando las cosechas en los pisos de la trilla, el dulce y tibio aire de otoño…; por fortuna para Carie, pasó sus primeros días en la China entre tales cosas. Sentada en la proa del junco, miró encantada en su derredor, y se admiraba ingenuamente de que una tierra pagana pudiera ser tan hermosa.

De vez en cuando ordenaban al botero acercarse a la orilla y desembarcaban entonces para caminar a pie. Los juncos no podían avanzar más ligeros que una persona a pie, salvo cuando había viento y se izaban las velas. Pero aquellos primeros días de otoño eran maravillosamente tranquilos y sin viento, y los juncos avanzaban arrastrados por una cuerda amarrada al mástil y cuyo extremo libre cargaba sobre los hombros de los boteros, que seguían por un camino a lo largo de la orilla.

En su avance por la campiña, miraba Carie con sumo interés los rostros de las gentes que veía. No eran duros y crueles como los de la ciudad; eran campesinos bondadosos y tostados por el sol, que miraban a los extranjeros, es cierto, con curiosidad y estupefacción, pero que contestaban inmediatamente a una sonrisa. Y Carie sonreía con frecuencia. Los padres, las madres, los niños alegres como saltamontes; a todos los veía como familias y como gentes que se ganaban la vida en la tierra, y desde entonces, me parece,

cobraron para siempre a su vista un aspecto humano dejando de ser «paganos». Más tarde esto sería el motivo central de su vida entre ellos, aunque tenía, es verdad, cierto prejuicio de raza, que fue el sufrimiento, la necesidad o el encanto de los individuos posiblemente, consecuencia de la época en que vivió. Pero le hacían olvidar inconscientemente sus prejuicios y veía a las personas como seres humanos.

Recuerdo una de las narraciones sobre su niñez que solía contarnos. Su padre, aunque no quiso tener esclavos, prohibía, sin embargo, que sus hijos jugaran con los niños de color. En el extremo de uno de los potreros había una casa de inquilinos en que trabajaba un negro libre. Tenía una familia con muchos niños y Hermanus mandó colocar una alta división de tablas al otro lado de la cual debían permanecer.

Decía Carie:

—Solíamos jugar a veces en aquel potrero, pero a mí nunca me agradaba. Los niños de color se subían a las tablas y nos miraban con gran tristeza. Un día gritó Lutero: «¡No podemos jugar con vosotros!», y los niñitos de color contestaron en un triste coro: «¡Lo sabemos; sabemos que somos negritos!». Nunca he olvidado la pena que sentí, y en ese momento supe lo que significaba ser negro en una comunidad de blancos. Recuerdo que reñí duramente a Lutero por la crueldad que había cometido recordándoselo.

Cuando nos lo refería, el recuerdo llenaba sus ojos de ternura y tristeza. ¡Deseaba ella tanto que las personas fueran felices!

Cuantas veces la he visto pasar a pie por una pequeña aldea china y detenerse, como se detuvo Cristo en Jerusalén cuando lanzó aquella grande y melancólica exclamación de su vida: «¡Ay, Jerusalén!», tantas la he oído exclamar apasionadamente, al contemplar los seres oprimidos por la vida:

—No es necesario que haya grandes cambios. ¡Se necesita tan poco en estas aldeas! Las casas, las calles, los potreros, todo está perfecto. Desearía que permanecieran así. Pero ¡ay!, si solamente la gente se abstuviera de matar a sus hijas recién nacidas, de mantenerlas en la ignorancia, de vendarles los pies, de adorar ciegamente y con temor; si solamente se pudiese remover la basura de las calles y matar a los perros moribundos… ¡Sería un hermoso país si supieran aprovecharlo!

Nunca, en toda su larga vida entre ellos, la vi enseñar algo más complicado que la virtud y el aseo. Su sentido práctico se deleitaba con tomar un producto del país y enseñarles a usarlo.

—No necesitáis cosas del extranjero ni mucho dinero —solía decir a las mujeres—. Tenéis lo suficiente de todo si os dais el trabajo de aprender a usarlo.

Siempre solía murmurar al pasar por una ciudad o por los campos:

—Tienen de todo y en abundancia, salvo dos cosas: limpieza y virtud.

Éstas fueron las dos rocas sobre las cuales edificó su propia vida.

Al pasar, pues, en aquel primer período de su nueva existencia, por los hermosos campos, llenóse su corazón del deseo de dar lo que tenía de estas dos cosas esenciales de la vida. Conmovióse profundamente con la belleza del campo y con la bondad de la gente y recibió de todo esto nuevas energías. Seguramente en un país tan bello como éste no sería difícil enseñar la doctrina del buen Dios. Comenzó en esos años a vivir con un entusiasmo tremendo la vida que había escogido. ¡Había tantas cosas que hacer!… Niños con los ojos enfermos, mujeres que no sabían leer…, ¡oh!, una multitud de cosas por hacer. Tan ocupada se encontró con las cosas que debería realizar, que casi se olvidó de su secreta inquietud: que Dios nunca le había, dado una verdadera señal.

* * *

Arribaron a Hangchow un sábado por la mañana y atravesaron a pie las calles estrechas y atestadas de gente hasta llegar a la casa misional. Carretillas, sillas de manos, vendedores con sus canastos colgados de una vara sobre sus hombros, magos y faquires ambulantes, tiendas en la acera, mujeres lavando ropa en los pozos y contándose a gritos, amigablemente, los chismes de la vecindad; niñitos desnudos que corrían expertamente entre las piernas y los vehículos amontonados… parecía increíble que pudiera haber calles tan estrechas y tanta profusión de gente. Pero de la confusión pasaron por una puerta angosta a un lugar donde todo era paz. Allí, en medio de un prado verde, había dos casas de misiones blancas, cuadradas y de construcción ordinaria, es cierto, pero limpias y con muchas ventanas y largas galerías. Había también una pequeña

capilla blanca que tenía salida propia a la calle. Allí, en aquel recinto de las misiones, iban a establecer su hogar.

Instalaron aquel mismo día sus muebles en la casa vecina a la calle, donde estaba la habitación destinada a Andrés y Carie, y ésta confeccionó y colocó las cortinas rosadas. Fueron para ella, durante mucho tiempo, una alegría y un consuelo.

Al día siguiente, que era domingo, por la mañana fueron todos a la iglesia, y Carie y Andrés experimentaron una gran emoción al adorar por primera vez a su Dios en una tierra donde no era conocido. Hubieron de separarse en el umbral, yendo Andrés a la sección de los hombres, y Carie, con dos americanas, a la de las mujeres. Separaba las dos secciones un tabique muy alto de madera. Sentóse Carie y estuvo observando mientras las otras dos mujeres blancas se pusieron a hablar con alguna de las mujeres chinas reunidas. La señora Stuart charlaba tranquilamente con ellas. De todos lados surgieron saludos amistosos.

Carie, envidiosa, por un instante, se sintió cohibida porque no podía hablar. Pero la señora Stuart se volvió hacia ella para decirle:

—Todas preguntan por usted. Están muy contentas de que usted tenga ojos y pelo oscuros.

Entonces Carie sonrió también y, sintiendo hacia ellas afecto y amistad, miró con el mayor interés a aquellas mujeres chinas de todas las edades, la mayor parte de ellas con un niño en brazos. Examinó sus bonitas chaquetas de algodón, sus anchas mangas y amplias faldas plegadas, y vio con horror sus diminutos y puntiagudos pies. «Esto debe cambiar», pensó, con una fe sin límites en sus propios recursos. Cada mujer llevaba, fuera de otros libros, uno de himnos cuidadosamente envuelto en un pañuelo azul de algodón. Al empezar la ceremonia, dirigióse la señora Stuart al pequeño órgano e inmediatamente se dejó sentir un crujido general de las hojas de los himnos. Carie supo después que la mayor parte de las mujeres estaban aprendiendo a leer y que consideraban que su honor dependía de poder encontrar los himnos que les fuesen nombrados. El pastor, que era el doctor Stuart, esperó pacientemente, con un suave brillo de humor en los ojos, hasta que, después de mucho mirar los libros vecinos y susurrar entre sí, cada una había hallado el sitio. Hizo entonces una seña y la señora Stuart empezó a tocar el pequeño órgano, que era un tanto rebelde y, por

cierto, excesivamente usado.

Nadie había pensado en preparar a Carie para la ejecución de los himnos. En la pequeña iglesia blanca de su niñez, los salmos y los himnos habían sido una parte hermosa y digna de la ceremonia Creyó encontrar allí las melodías consabidas y esperó con atención mientras la señora tocaba una vez «Hay una fuente llena de sangre». En este punto el rostro de cada una de las mujeres chinas se volvió tenso y agitado. En el instante en que la señora Stuart abrió la boca para cantar, comenzó la carrera. Cada una cantaba lo más ligero y lo más fuerte que podía, y, a juzgar por el rugido que llegó desde el otro lado del tabique, sucedía lo mismo en la sección de hombres. Era tan intenso el estruendo en la pequeña capilla, que parecía iba a reventar el techo.

Nadie entonaba la melodía, sino la suya propia. Carie escuchó, presa de una hilaridad atónita. La vieja señora que estaba a su lado se balanceaba hacia atrás y hacia delante, chillando con voz de falsete, emitiendo las palabras a una velocidad vertiginosa y siguiendo los caracteres del libro con su larga uña. Terminó antes que todas las demás cantantes, cerró su libro con un golpe y se sentó, triunfante, para anudarlo nuevamente en su pañuelo. La envidia estaba escrita en las caras de las demás, que redoblaron sus esfuerzos. Entretanto, la vieja dama descansaba, plácida y envuelta en su aire victorioso.

Esto fue demasiado para Carie. Ocultando sus labios con el pañuelo salió, y allí, detrás de la capilla y con la seguridad de no ser oída, se rió hasta que le brotaron las lágrimas. Cuando otra vez reinó el silencio, después que las voces prolongadas y solitarias de uno o dos de los más lentos hubieron llegado resueltamente hasta el fin, volvió y miró a la señora Stuart para ver en qué forma lo había soportado. Pero aquello era para ella algo bien conocido. Había cerrado su libro y estaba pronta para el sermón.

A la mañana siguiente, Andrés y Carie comenzaron su primera clase de idioma chino. Era su maestro un viejecito diminuto, seco y arrugado, vestido con una túnica negra un tanto sucia que le golpeaba los talones, y era notable por su ojo derecho, que vagaba aquí y allá sin expresión alguna.

Su única palabra en inglés era «yes», pero no conocía su significado, y pronto advirtieron que su uso era en él un hábito y no

el de una palabra de su vocabulario.

Usaban para sus lecciones una pequeña hoja en la que aparecían los sonidos del dialecto de Hangchow, preparada por algún americano, y una copia del Nuevo Testamento en chino. Eran éstos sus textos de estudio. El maestro comenzó y al mediodía habían aprendido ya algunas frases. Desde entonces, de ocho a doce y de dos a cinco, estudiaban con el viejo, y por la noche pasaban revista a lo que habían aprendido durante el día.

Carie mostró inmediatamente una facilidad extra ordinaria para el lenguaje hablado; una facilidad que, según me han dicho, Andrés encontraba a veces un poco irritante y que lo hacía ponerse algo terco, pues lo habían educado en la doctrina de la superioridad masculina. Pero tenía más paciencia para aprender a conocer los caracteres y con esto se consolaba, considerando que era ésta la verdadera prueba de erudición. El buen oído de Carie y su pronunciación notablemente natural la ayudaron siempre. Andrés era demasiado tímido para practicar lo que sabía, pues temía parecer ridículo en sus errores; pero Carie no tenía nada de orgullo y timidez. Cada palabra que aprendía la ponía en uso con el primero que quisiera hablar con ella: con el viejo portero, que siempre tenía ánimo para reírse; con la cocinera o con la sirvienta de la casa. Cuando cometía un error sabía reír con el mismo buen humor que los demás, gozando con igual intensidad que ellos. Sacrificaba su dignidad a su afición a divertirse, y, con su sonrisa fácil y sus brillantes ojos oscuros, llegó pronto a ser muy querida de las damas chinas. Esto se debía, también, a que demostraba un sentimiento de afecto tan humano que nadie podía dejar de reconocerlo. Cuando se percató de que aquella gente era igual que ella, empezó a tratarla exactamente como si hubiera sido de su propia raza, sin ningún sentido de extrañeza, y esto no se debía a un esfuerzo estudiado de su parte, sino al torrente natural de simpatía humana que fluía de su corazón. El desaseo y la falta de honradez eran los dos únicos vicios que provocaban su indignación y la hacían pensar, por un momento nada más, si era posible que ellos —la gente—, pudieran llegar a «ser buenos», ya que estas dos faltas parecían, a veces, ser tristemente universales.

Después de estudiar durante el día, daba largos paseos con Andrés, y juntos exploraban la ciudad y los alrededores. No

tardaron en preferir el campo, pues las calles estrechas y tortuosas, los mendigos y la vida profusa y malsana deprimían a Carie de un modo intolerable. Además, las turbas los seguían de cerca por dondequiera que fuesen, y esto resultaba desagradable. Pero creo que lo que más le impresionaba era la vista de las innumerables escenas tristes y en especial, quizá, los ciegos. Muchas veces la he visto apartarse, los ojos llenos de lágrimas e invadida por la compasión, para dejar pasar a un ciego. Ya fuera hombre, mujer o niño, una persona ciega, si era pobre, le hacía buscar algún dinero en su bolsillo.

—¡Oh, qué miseria! —murmuraba—. ¡Hay tantos que nunca verán el cielo, que nunca verán la tierra; que nunca verán nada!

Pero uno de sus paseos preferidos era el que se daba por encima de la gran muralla de la ciudad, cuyos baluartes miran sobre ella, sobre el Lago de Oeste y sobre los ríos que serpentean y se encuentran en torno a la ciudad. Allí había espacio, aire y grandes extensiones sobre las cuales podían mirar sin que nadie los molestara. Pero aun allí debió aprender a no mirar muy de cerca por encima de la muralla, pues al pie de ella había muchas veces pequeños cadáveres de niños que habían muerto, ya naturalmente, ya asesinados.

Pronto llegaron a considerar a la China por lo que era y es hasta hoy día: un gran país de contradicciones, donde lo más bello de la naturaleza o de lo concebido por el hombre está indisolublemente unido a lo que hay de más triste en esta tierra. Esta mezcla de belleza y tristeza iba a ligarla de un modo extraño al país que había adoptado, aunque en algunas ocasiones la hacía refugiarse en su habitación, aterrorizada y asqueada, y anhelando con nostalgia volver a su hogar y a su patria.

* * *

Carie se dio cuenta pronto de que aquel santo suyo era también muy hombre. Antes de los tres meses de su llegada a Hangchow estaba embarazada. Apenas si había pensado en la posibilidad de tener hijos, y en su inocencia —¡inocencia fatal de su generación!— ignoraba lo que le sucedía. Tomó numerosas tabletas para el hígado y otras tantas de quinina, pero al fin fueron los ojos avisados de la señora Stuart los que descubrieron el origen de la dificultad.

Cuando poco a poco Carie se percató de la verdad, la recibió con sentimientos mixtos y con bastante sorpresa. Ella se había imaginado de algún modo que, habiendo dedicado su vida a una causa, no iba a tener hijos. Sin embargo, después de un corto período de reflexión y reajuste, se alegró, era demasiado mujer para no hacerlo. Se aseguraba a sí misma que no había variado grandemente su propósito; se trataba solamente de un nuevo modo de realizarlo; de llevarlo a cabo por medio de un hogar y unos hijos, en vez de seguir a Andrés por todas partes.

Persistió, por lo tanto, en su estudio del idioma, aunque a veces se sentía muy enferma y tenía que permanecer acostada. Era natural en una persona de su temperamento vigoroso que tuviese períodos de reacción y de depresión; durante éstos pensaba con una especie de temor cómo podría educar a sus hijos en un ambiente tan diferente al de su niñez, cómo mantenerlos a la altura de su raza y de sus creencias, y cómo protegerlos del pesar y de la vista de la muerte. Entonces, y a causa de la enfermedad de su cuerpo, sentíase invadida por la nostalgia de su país y de las personas que había conocido en su pequeña aldea natal, personas que tenían la mirada franca y eran rectos en su proceder; nostalgia de todas las costumbres sanas y sencillas de sus vidas.

No había médico en Hangchow, de modo que cuando se acercó la hora del alumbramiento ella fue con Andrés nuevamente a Shanghai, y allí nació su primer hijo. Cuando lo tuvo en sus brazos, olvidó todos sus dolores de cuerpo y alma, animosa otra vez, porque había nacido varón. Era grande y rubio, de ojos azules y pelo de un dorado pálido; lo rodeó de su amor, despertándose en ella un profundo instinto maternal que nunca más se adormecería. Debe confesarse que durante los años que nacieron sus hijos el impulso de su naturaleza impetuosa se dirigió hacia ellos y hacia el hogar, y que durante este tiempo, por lo menos, su entusiasmo por la causa disminuyó, o, mejor dicho, quedó subordinado a lo otro.

Cuando el niño hubo cumplido tres meses, recibió Andrés la orden de reemplazar a otro misionero en Soochow; esto significaba arrancar las débiles raíces que habían empezado a crecer en Hangchow y cambiar no sólo de residencia, sino también de dialecto. Pero había una compensación para Carie: iba a tener su propia casa en vez de tener sólo una habitación.

La casa consistía escasamente en tres cuartos situados encima del internado para muchachos de la misión, y para llegar a ellos había que subir, desde fuera, por una estrecha escalera de caracol. Pero los tres cuartos les pertenecían a ellos solos y desde sus ventanas era posible contemplar la ciudad, con sus tejados oscuros amontonados en las direcciones más variadas, ciudad surcada por angostos y tortuosos canales. A un lado del terreno perteneciente al colegio y a plena vista de su ventana, erguíase aquella pagoda centenaria que aún está en pie como testimonio visible de la gloria de la antigua China. Aunque Carie sabía que representaba lo pagano y aunque ella expresara esta contundente opinión, la pureza de sus líneas, la nobleza de su elevada corona de bronce y el sonido, a la vez discordante y dulce, de las campanitas de bronce que pendían de sus esquinas vueltas hacia arriba, la fascinaron con su belleza. A la sombra de esta vieja pagoda y por encima del bullicio de los niños que jugaban en los patios, su rubio hijito americano iba creciendo y, arrastrándose por el suelo, se subía, tambaleando, para mirar por la ventana.

Cuando estaba ya demasiado crecido para tomarlo en brazos, empezó Carie a participar, junto con su marido, en la dirección del colegio. Primero dedicó su atención a la cuestión de la limpieza. Su aguda vista notó señales de irritación en la región de la larga coleta que pendía de las cabezas de los niños, y cayó sobre ellos con entusiasmo a la vez que con horror, aplicando un insecticida a las raíces de sus cabellos, lavando y frotando sin piedad, completamente sorda a los gritos y a las protestas. En seguida examinó la ropa y la cama de cada uno de los muchachos, fumigándolo todo, y haciéndolos sentirse limpios y cómodos con este aseo.

A Andrés, trabajando por las almas eternas, no se le había ocurrido siquiera la idea de piojos y chinches. Cuando Carie, absorbida por la necesidad del aseo, veía a Andrés orando con algún muchacho refractario, se detenía a pensar con remordimiento:

«¡Cuánto mejor es él que yo! ¿Cómo es posible que me olvide en esta forma de las almas?».

Y entonces murmuraba, al pasar, una de sus rápidas oraciones:

—¡Oh, Dios, ayúdame a recordar que el alma vale más que el cuerpo!

Pero al momento siguiente estaría atenta al pedido de arroz y de legumbres para la cocina, o habría algún niño excesivamente pálido a quien era necesario persuadir para que bebiese un poco de leche, por repugnante que fuera a sus costumbres orientales; o bien le picarían las manos a algún otro y debería correr en busca de la mezcla de azufre. Por muy firmemente que se creyese que las almas eran más importantes que los cuerpos, éstos, no obstante, exigían cuidados más inmediatos.

En aquella época, su deseo de ayudar la indujo a estudiar medicina en varios libros que pudo comprar en Shanghai, y el atender a una pequeña clínica llegó a ser parte de su trabajo diario, tratando allí algunas enfermedades sencillas, curando úlceras e infecciones de la piel y dando consejos a las madres acerca de sus hijos enfermos. Aprendió a cortar con bisturí los horribles carbunclos y a curar los pies vendados que estaban podridos y gangrenosos. Si, como con frecuencia sucedía, su carne se rebelaba contra esto, hasta el punto que en ocasiones no podía comer de asco, por otro lado la salvaba su sentido del humor. Nunca dejaba de sonreír cuando las mujeres miraban, sospechosas, una píldora de quinina. ¿Cómo era posible que una cosa tan insignificante pudiese curar una enfermedad tan terrible como la prolongada fiebre que las hacía ponerse amarillas y, al fin, morir? Sin decir palabra, pero con los ojos iluminados por una sonrisa, aprendió a disolver la píldora en un gran jarro de agua caliente y dar la amarga dosis a alguna vieja dama, quien, al encontrar el sabor en extremo desagradable y ver la enorme cantidad de agua, se consolaba y se la bebía con la completa confianza en una mejoría total.

Pero la principal recompensa por la repugnancia y el horror que sentía su carne sensible contemplando aquellos males descuidados tanto tiempo, era la alegría de ver crecer nuevamente una piel sana y entera y el retorno de la salud a aquellos cuerpos pálidos y demacrados. Esto estaba bien. Esto era un triunfo.

* * *

Aquel año su hermano Cornelio le envió un órgano, uno de buen tamaño de Masón y Hamlin, igual al que tenían en la salita de su hogar. Su tono era extraordinariamente dulce, pues Cornelio lo había escogido personalmente con gran cuidado, y su fino oído

había sabido distinguir lo mejor. Tardó seis meses en llegar, habiendo sido enviado por el Mediterráneo. Llegó un sábado por la tarde, y Carie no pudo ni comer ni descansar hasta que fue abierto el cajón. Ella, ayudada por Andrés, sacó el precioso instrumento. ¡Allí estaba, suyo propio! Sintióse profundamente conmovida y, sentándose respetuosamente junto a él, tocó uno de los coros que solían cantar en su hogar, «Sé que vive mi Redentor», y pronto elevó con júbilo su magnífica y potente voz, haciendo resonar los patios y las calles. La gente se detuvo en el crepúsculo para escuchar lo que nunca antes había oído. Cantó, entonces, un himno en idioma chino, y el criado fue a colocarse en la sombra de la puerta entreabierta. Al notar ella la admiración en su rostro, se le ocurrió con grande y repentina alegría que posiblemente era éste su don especial para servir.

Desde entonces llegó el órgano a ser en su vida como una persona viviente, y hasta hoy día hay quienes piensan en ella tal como la veían sentada, tocando, a veces con el delantal puesto y tal como vestía en medio de su trabajo y de sus deberes caseros, juntando siempre con sus vigorosas manos grandes acordes y lanzándolos en seguida junto con su maravillosa voz. En todos los viajes que el destino le reservaba, su órgano la acompañó siempre, y cuando su casa era una cabaña, de barro y paja, colocaba el órgano en una plataforma de tablas para protegerlo contra la humedad del suelo, pero siempre estaba donde pudiera ella acercarse varias veces al día para hacerlo hablar.

* * *

El segundo verano estuvo otra vez embarazada. Lo pasaron en Shanghai para estar cerca de un médico, pues ella no se sentía muy bien. Justamente cuando se disponía a regresar sufrió Andrés una grave insolación, por lo que se vieron obligados a demorar su regreso. Carie se dispuso a atenderlo, pues el médico aseguraba que su vida dependía de sus cuidados. Edwin, su hijito, fue enviado donde vivía un amigo, y ella se dedicó total y resueltamente a salvar la vida de su marido.

Durante seis semanas estuvo entre la vida y la muerte, y durante seis semanas Carie no se desnudó para acostarse. Solamente se bañaba por la mañana y por la tarde, y, sentada a su lado, lo

cuidaba. El médico se admiró de su resistencia. Durante los calurosos y húmedos días de fines de verano y principio de otoño se mantuvo fresca, vestida de blanco, con una cinta al cuello, el pelo brillante ondulado y perfecto, y el corazón sereno y resuelto. Estaba enteramente decidida a no permitir que Andrés se muriera al principio de la carrera de su elección, había que considerar, también, la suerte del niño que estaba por nacer. Por el bien de este último era preciso no dejarse llevar por el temor y la ansiedad. Andrés deliraba la mayor parte del tiempo, y ella, con la ayuda de un criado, lo sujetaba, bañándolo con agua fría hasta que se calmaba. Fueron recompensados sus cuidados por su mejoría, aunque resultaron afectados de tal modo los músculos de sus brazos y de sus hombros, que nunca recobró enteramente su flexibilidad de movimientos.

En los primeros días de fines de otoño regresaron todos a Soochow, y allí nació su primera hijita, Maude. Era una niñita gorda, bonita y de una piel muy blanca, con ojos castaños y cabellos rubios y rizados. En aquel invierno, los dos niños fueron para ella una felicidad. Edwin había crecido de una manera sorprendente y empezaba ya a hablar y cantar y Carie se deleitaba en colocar a la niña en su cuna y tener a Edwin cerca del órgano, mientras tocaba y cantaba. La niña escuchaba con los ojos abiertos, y en Edwin se desarrolló una vocecita clara y afinada.

Carie era una madre muy alegre. Buscaba aquí y allá entre sus pocos libros y revistas y componía de su propia invención pequeñas rimas y canciones con las que llenaba de alegría la vida de sus hijos. Y así fue que éstos, ya maduros, la recordaron y se dieron cuenta de lo solitario y estrecho que había sido su medio ambiente sin sentir, no obstante, pérdida alguna, pues habían gozado de la rica compañía de su madre. En parte, esta alegría se debió a la exuberancia de su propio corazón optimista, pero también fue una determinación consciente de proteger a sus hijos de la vida oriental que los rodeaba, ya que era ésta demasiado hermosa y demasiado triste para sus corazones infantiles. Siempre se sentía oprimida por la humanidad excesivamente profusa del Oriente, con su resignación a las pasiones y a los sufrimientos humanos. No quería que sus hijos conociesen estas cosas demasiado pronto. Levantaba hasta la ventana a su hijita para que oyese el hermoso tintineo

plateado de las campanitas de la pagoda, pero colocó una cortina en su parte inferior para impedir que Edwin viese al mendigo que, sentado el día entero a sus puertas, ofrecía su cara carcomida por la lepra.

Durante aquel invierno dedicó resueltamente su vida, en primer lugar, a sus hijos; y una experiencia más amplia de la maternidad le permitió comenzar a llevar una vida espiritual más profunda. Reanudó sus antiguas especulaciones acerca de Dios. Durante todos aquellos años había esperado una señal de Dios, una señal concluyente de Su aprobación, y nunca había llegado. En ningún momento podía tener la seguridad de que las emociones turbulentas de su corazón tuviesen otro origen que los deseos de ese mismo corazón. Jamás se le apareció Dios por algún medio o movimiento perceptible. Pero después de algún tiempo le pareció que sus hijos le enseñaban mucho acerca del Dios en quien tenía puestas sus esperanzas: le enseñaban con el ejemplo de su dependencia respecto de ella, con los rostros atentos para comprender sus estados de ánimo, con sus manos cuando se agarraban a ella sujetándola. Hasta el fin de su vida solía decir:

—¡Cuánto más me enseñaron ellos a mí de lo que yo jamás les pude haber enseñado a ellos!

Solía sumirse en la meditación para decir, al fin:

—Me imagino que comprendemos tan poco los planes de Dios, como mis hijos conocían los míos, aun los que yo hacía para ellos. Entregaban a mi cuidado todo su ser, confiados en mi amor, y, por esta razón, dispuestos a creer que yo todo lo sabía. Creo que ésta debe ser nuestra actitud hacia Dios: simplemente, confiar en que Él está presente y que nos ama.

Éste llegó a ser su credo completo.

* * *

Al llegar la primavera se encontró, consternada, con que estaba embarazada nuevamente. Esto, significaba que era necesario destetar a la pequeña Maude, y justamente cuando comenzaba el insoportable calor del verano. Efectuó el destete lo mejor que pudo, sin libros ni ninguno de los innumerables medios de que las madres se pueden valer hoy día. Pese a todas las precauciones, sin embargo, el cambio puso enferma a la niña, y Carie, aterrorizada, decidió que

era preciso trasladarse a algún lugar más fresco si querían que la niña sobreviviera al verano. De modo que, junto con Andrés y los niños, zarpó para el Japón, allende los mares de China, y en una pequeña isla japonesa pasaron lo que aún restaba del verano. Andrés, absorbido siempre su entusiasmo por «la labor», se dedicó a viajar con un misionero japonés; Carie se entregó por entero a los niños. Pasaban todo el día en la playa, donde las transparentes olas del mar rodaban suavemente hasta el borde de los pinos, y Edwin jugueteaba en el agua, tostado y sano, y hasta la pequeña Maude se sentaba con los pies sumergidos en las olitas tibias, con las manos llenas de arena. Se encontraba mejor de salud, pero no enteramente bien, pues era imposible obtener leche fresca y no podía digerir la dulce y espesa leche condensada. A fines de verano estaba aún frágil y delgada, pero viva. Carie, con este consuelo, se dispuso a regresar a China. Andrés se impacientaba ya por reemprender su trabajo.

El viaje por los turbulentos mares de China en el pequeño vapor de ruedas laterales se hizo aún más agitado a causa de un fortísimo tifón. Parecía inevitable el hundimiento del barco bajo las grandes olas antes del amanecer. Carie se sintió terriblemente enferma y más que un poco atemorizada, pero temor y enfermedad fueron absorbidos por el mayor temor respecto a la pequeña Maude, quien desde la primera noche sufrió un violento desorden del estómago, que amenazó ser fatal. Carie, estremecida por las nauseas y temerosa por la criatura que llevaba en su vientre paseaba, tambaleando con la niña enferma, por el pequeño camarote del agitado barco. Andrés era impotente, excepto para orar y sufrir, pues la niña no quería estar con él. Hacíase sofocante el calor en el cuarto cerrado y, por fin, Carie, gritando que prefería ser arrollada por las olas a soportar la desesperación de la niña, salió corriendo, asida al pasamanos, y se arrastró por la escalera hasta los pasadizos superiores. Allí, uno de los pasajeros se percató de su aflicción. Era un viejo misionero, el doctor
W. A. P. Martin
, el cual tomó a la niñita en sus brazos con dulzura y comenzó a pasearse con ella de un lado para otro. Se dio cuenta inmediatamente de que la criatura se moría y observó tierna y tristemente cómo su carita se suavizaba y perdía el conocimiento.

No había médico a bordo del pequeño barco japonés, y Carie, viendo lo que iba a suceder, se sintió arrebatada por la desesperación de la muerte. Se precipitó al camarote, arrojándose al suelo en la agonía de una oración. ¡Si alguna vez Dios le iba a hablar desde Su cielo, que fuese entonces, que fuese entonces! Andrés, orando tranquilamente, no pudo soportar sus exigencias agitadas e importunas con Dios y se lo reprochó con suavidad, pero ella se volvió hacia él, iracunda.

—Tú no eres el que das a luz estos niños —le gritó—. Tú no comprendes lo que significa formar una criatura con la propia carne y, en seguida, verla morir… ¡Soy yo misma la que muere! —Entonces se estremeció de ira contra él—. Si no hubiera sido por esta otra que viene demasiado pronto, podría haberla cuidado durante el verano y haberla salvado. ¡Ay, Maudie…, Maudie!

Corrió nuevamente al pasadizo superior, donde permaneció aún el buen anciano, sujetándose a la baranda, mientras el barco se arrojaba hacia uno y otro lado con el viento. Había cubierto el rostro de la criatura con un ángulo de la frazada y esperaba, reverente, que se acercara la madre. Entonces avanzó hacia ella y le entregó su carga liviana e inmóvil.

—Hija mía —dijo suavemente—, la niña ha vuelto a su Creador.

Sin poder pronunciar palabra, Carie tomó la criatura en sus brazos. Era el primer golpe directo que le asestaba la vida, y ante él se sentía impotente. Estaba ansiosa de soledad. No quería ver a nadie…, ni siquiera a Andrés. Se fue hasta el final del pasadizo y abriendo una pequeña puerta que conducía a la popa del buque, salió a sentarse detrás de un montón de cable enrollado. Las grandes olas negras del mar brillaban con una luz mortecina y grisácea, débil precursora del amanecer. La espuma la roció con una neblina. Envolvió la criatura con su falda y, entonces, levantando la frazada, contempló su cara diminuta. La muerte estaba grabada ya en su faz blanca e inmóvil.

—En realidad se murió de hambre…, en realidad se murió de hambre —murmuraba Carie.

Una ola de espuma cayó sobre ellos y Carie cubrió la criatura. ¡Cómo odiaba el mar, cómo odiaba el mar, aquella cosa enorme e insensible, que se alzaba y se bajaba! Por lo menos aquel cuerpecito precioso no sería arrojado a él perdiéndose en sus profundidades.

Regresaría con él a Shanghai y lo enterraría donde yacía otra gente blanca.

Suspendido sobre el mar rugiente y gris, el cielo se aparecía gris también. ¿Dónde estaba Dios en este caos? De nada servía orar, de nada servía pedir señal. Rodeó, desafiante, la criatura con sus brazos y permaneció encogida, mirando fijamente al mar. Estalló entonces en un gran sollozo. A más de todo aquello tenía que soportar el mareo. Sentada allí con su niña muerta en brazos, sintió que el mareo la invadía sin piedad y era preciso cuidarse de él por el bien de la vida que iba a dar a luz.

Levantándose medio desvanecida, entró buscando a ciegas la escalera, y asida a ella de una mano, con la criatura cuidadosamente sujeta en el otro brazo, se arrastró lentamente hasta el camarote. El viento había desordenado sus largos cabellos oscuros y la espuma los había humedecido. Andrés miraba con fijeza por el grueso vidrio de la ventana del camarote, fuertemente cerrada contra la tormenta. Pero a cada instante el agua oscura la cubría, como si navegara en las profundidades del mar.

Se volvió hacia ella con rostro sereno:

—Es la voluntad de Dios —dijo él con dulzura.

Pero ella, sacudiendo hacia atrás su pelo húmedo y oscuro arrojó con violencia su contestación:

—¡No me hables de Dios!

Y de pronto rompió en un terrible llanto.

* * *

Pasó, por fin, la crisis de su dolor y pudo pensar en el acontecimiento con serenidad, aunque nunca sin dejar de sentir en su pecho una terrible pena. Regresaron a su casa, a la sombra de la pagoda, y ella nuevamente se dedicó con firmeza a su vida, enseñando a Edwin a leer, prodigando a los niños del colegio los cuidados de una madre, enseñándolos a cantar y, además, historia, geografía, aritmética y otras materias de importancia moderna que distinguían a aquel colegio de otros de formas clásicas que había en el país. Mantenía su casita fresca y ordenada, amasaba pan negro, hacía mantequilla con la leche de los búfalos de agua, que obtenía ahora por primera vez, y de cien maneras diferentes ocupaba sus días enteramente. Pero no podía soportar el tintineo de las

campanas de la pagoda. Y cuando el viento las hacía sonar, dejaba presurosamente de lado lo que estuviera haciendo para cerrar la ventana. Grande fue su contento cuando, al cabo de dos meses, Andrés fue enviado repentinamente a Hangchow a cumplir una misión. Fue un alivio volver a un lugar donde Maude nunca había vivido y donde no había recuerdos de su corta vida.

Carie volvió de nuevo a concentrarse en el trabajo de Andrés. No era que estuviese más cerca de Dios, pero no sentía ya rencor. Había pasado esta etapa, puesto que el rencor resultaba tan inútil. Hasta era capaz de decir a veces: «Sea Tu voluntad», sin que su corazón se levantara en rebelión abierta. Dedicóse nuevamente a subyugar su naturaleza apasionada e impetuosa. Era la misma lucha de antaño. Reflexionó, intentó ver en su aflicción una disciplina especialmente enviada; era posible que tuviese un significado. Quizá Dios, deseando ayudarle, le hubiera quitado su hija, porque cuando la tenía se había olvidado de Él en medio de su felicidad. Quizá fuera preciso que fuese salvada por la pena si no podía serlo por la alegría. Se humilló con este pensamiento y empezó a visitar con frecuencia la pequeña capilla blanca que daba a la calle bulliciosa, hablando allí con las mujeres y tratando de enseñarlas a leer. Era agradable ver cómo la reconocían, y sus rostros amables hacían brotar el afecto en su corazón. Cuando una le dijo: «He perdido a mi hijo este año», a Carie se le llenaron los ojos de lágrimas y, tomando su mano morena, la estrechó con fuerza, llena de comprensión.

Pero había en Carie una relación demasiado estrecha entre sus emociones y su cuerpo. Cuando no era feliz se resentía su vigor físico; así durante el invierno adelgazó y experimentó un cansancio crónico. Con la primavera nació una hijita, pero aún esto no logró despertar en ella la alegría. Era demasiado pronto para tener otra criatura entre sus brazos. Aceptó a la niña con serenidad y amor, pero sin júbilo. La niña, a quien llamó Edith, reflejaba el ánimo de su madre, pues era grave y tranquila: fue siempre paciente para su edad, y aun como niña daba muestras de responsabilidad y resignación. En verano se trasladaron todos a la cima de una montaña, lo bastante cerca de una ciudad para que pudiese Andrés continuar sus sermones y enseñanzas, pero al mismo tiempo suficientemente lejos para cambiar de aire y escapar del húmedo calor de las plantaciones de arroz, de aguas estancadas e hirvientes

bajo el sol. En la cumbre de la montaña había un templo y allí tomaron arrendadas dos habitaciones.

Fue para Carie una experiencia nueva. El profundo silencio de los grupos sombríos de bambúes y de pinos; los sacerdotes taciturnos, majestuosos con sus túnicas grises; los vestíbulos oscuros y frescos del templo, llenos de imágenes que soñaban, inmóviles, apoyadas contra las murallas, todo esto le revelaba aún otra faceta de aquel inmenso y multiforme país. Hallábanse los grandes dioses en los vestíbulos principales del templo, pero en la habitación donde ella dormía con sus niños, una pequeña y dorada diosa de la piedad los contemplaba dulcemente desde un nicho en la pared. Edwin la llamaba «la bonita señora dorada», y Carie tejió algunas historias para él acerca de aquel delicado muñeco con amplio ropaje y llegó en cierto modo a sentir afecto por la diminuta y paciente diosa que contemplaba aquellos extraños rostros blancos.

Mientras dormían los niños, Carie los abanicaba y reflexionaba sobre lo extraño de su vida; ella, cuya habitación en su hogar miraba sobre amplias extensiones del campo y limpios caminos rurales, sobre cerros distantes, barridos por el viento, y sobre el ancho cielo…, ella estaba sentada allí con sus dos niños en el oscuro cuarto de un templo chino, desde cuya ventana redonda podía divisar el sendero pavimentado que conducía a la inmensa urna destinada al incienso, urna que se dibujaba sobre el verde profundo de los bambúes. Durante todo el día y toda la noche, a prolongados y regulares intervalos, los cerros devolvían la nota resonante y solitaria de la campana del templo, música extraña y mística llena de tristeza humana.

De repente sintió miedo. Cogió a su hijito en brazos y se prometió que no permitiría que cayese sobre él, un muchachito americano, la sombra de aquel país extraño, ni sobre ninguno de sus hijos; no. De entonces en adelante la principal preocupación de su vida sería enseñarles su propio país. Hacerles conocer en toda su amplitud esa América gloriosa y bella, donde la gente creía que Dios era un espíritu libre y no encadenado a horribles y grotescas imágenes de arcilla pintada.

Desde entonces, al amanecer, y al ponerse el sol, cuando los sacerdotes cantaban sus tristes cánticos y el pequeño Edwin corría a esconder la cara en su pecho al oír la ola creciente de las voces

humanas que le daban cuerpo a esta música pausada y melancólica, ella lo reconfortaba con un tono de voz corriente y natural:

—¡Eso no es más que su manera de cantar los himnos, hijito querido! ¿No sabes cómo cantamos nosotros también?

Y juntando su mejilla a la de él, le cantaba dulcemente: «Es mi delicia cantar la historia de Jesús y de su amor», y, en seguida, acometía impetuosamente alguna melodía de su niñez. Muy pronto la habitación del templo se llenaba con su voz alegre y resonante, envolviendo a los niños con un ambiente de seguro bienestar. Para ellos, el melancólico canto se convertía en un fondo apenas oído, gracias a esta voz cálida y alegre. Siempre terminaba cantando: «*My Country it's of The, Sweet Land of Liberty*». Edwin gozaba con cantarlo a toda voz; fue la primera canción completa que aprendió.

Pero las desgracias habían dañado el cuerpo de Carie sutilmente, y a pesar de su voluntad, no pudo recobrar en sus pasos la elasticidad de antes. El aire lánguido la debilitaba. Pululaban los mosquitos que salían del agua tibia de las plantaciones de arroz. En aquellos días nadie sabía que los mosquitos eran portadores de la malaria, y Carie aceptó como inevitables las fiebres intermitentes. Además, Edwin sufrió una disentería y durante semanas estuvo demacrado y débil.

* * *

Nuevas dificultades se presentaron, también, durante el año siguiente al nacimiento de su tercer hijo. Una vez más fueron trasladados a Soochow, y mientras estuvieron allí, el doctor de la misión, un joven americano recién llegado que vivía en la misma casa con ellos, sucumbió bajo las espantosas escenas de sufrimiento y la inmensidad de su tarea, lo cual le preocupaba de tal manera, que empezó a dar señales de desequilibrio mental. Carie, con una rápida percepción, fue la primera en sospecharlo y vivía en una tensa expectación aguardando la catástrofe.

Un día, después de comer, cuando Andrés ya había salido de casa, el doctor Fishe sacó de su bolsillo un frasco de píldoras y lo puso delante de Carie.

—Señora Stone —dijo él en tono persuasivo—. Usted no se siente bien desde hace mucho tiempo. Aquí tiene algo que la sanará, y pronto. —Lanzó una risa extraña y aguda, y Carie sintió

un escalofrío.

—Pero ahora me siento perfectamente, doctor Fishe —respondió sorprendida, haciendo un amago de ponerse de pie.

Pero él la asió de la muñeca y dijo en voz baja y dura:

—¡Tráguelas…, tráguelas todas, pero inmediatamente!

Carie comprendió en el acto que se trataba de un loco. Su presencia de ánimo no la abandonó. Respondió con todo sosiego:

—Un momento, entonces, por favor, mientras voy a llenar mi copa —y tomando la copa vacía salió tranquilamente de la habitación.

Una vez fuera, corrió en busca de Andrés. Se hallaba en la sala de abajo, predicando a un auditorio traído de la calle; pero cuando le contó, entrecortada, lo ocurrido y su temor por los niños cuando el loco descubriese que ella había desaparecido, acudió Andrés al instante. Afortunadamente, era él el más alto y más fuerte de los dos y, tras breve lucha, logró someter al joven doctor, a quien halló en cuclillas debajo de la mesa, con un gran cuchillo en la mano.

Al día siguiente, Andrés condujo al loco a bordo de un junco chino y, vigilándolo día y noche, lo escoltó hasta Shanghai, donde lo puso en manos de un americano que volvía a los Estados Unidos. El joven doctor pasaba por períodos de completa lucidez, durante los cuales tenía perfecta conciencia de lo que sucedía; y habiendo oído al americano que lo tenía a su cargo explicar a algunos de los pasajeros que el doctor era un desequilibrado mental y que no debían intervenir si lo veían comportarse a veces de una manera extraña, se dedicó en seguida a informarles astutamente de que era él quien llevaba al otro, el cual estaba realmente loco. ¡Los pasajeros y la tripulación estuvieron algunos días en la duda sobre quién era el verdadero loco!

Pero el incidente, al parecer, fue excesivo para Carie, que se sintió extenuada. Notó por primera vez que tenía tos y, con frecuencia, fiebre. Fueron a Shanghai a consultar con un médico; allí le dijeron que padecía de tuberculosis y que debía partir inmediatamente para América.

Regresó a la pequeña y mezquina sala del colegio de la misión a reflexionar sobre lo que debía hacer. Llena de júbilo, pensó por un breve instante: «¡Puedo regresar honorablemente!». Entonces se percató de la cara de Andrés, blanca y afligida. Estaba sentado de

espaldas a ella, con los hombros caídos. Ella le dijo con mucha suavidad:

—Andrés, yo no vuelvo a casa.

Al cabo de un instante, él preguntó:

—¿Qué otra cosa se puede hacer?

Ella replicó apasionadamente:

—No quiero sustraerte a «la labor». Nunca se dirá que fui yo la que te hizo abandonarla. Iremos al Norte de la China, a Chefoo; tomaremos una casa, y allí puedes predicar, y yo sanaré sola.

Ella observó cómo se enderezaban sus hombros. Volvióse a ella con los ojos y la voz llenos de un gran alivio.

—Pues si así lo estimas, Carie…

Ella lo miró en este instante, demasiado orgullosa para hablar de nuevo, herida en lo más íntimo. ¿Comprendía él, siquiera en parte, la lucha que ella tendría que librar? Era capaz de aceptar cualquier sacrificio de ella. Pero no importaba. Ella podría luchar sola. Entonces por primera vez vio claramente que entre aquel hombre y ella no había más relación que estos dos vínculos: la predicación de su fe y los hijos que habían tenido juntos, y aun éstos tan sólo un lazo carnal, pues Andrés no era hombre que comprendiese o amase a los niños. No le disgustaban, pero no tenían para él una existencia real. Su vida se reducía a una mística unión con Dios y con las almas humanas…, siempre con las almas. Los hombres y las mujeres eran para él primeramente almas y raras veces algo más. Pero para Carie los sentidos eran reales; la vida, algo que consistía casi enteramente en carne y nervio, y Dios… ¿Dónde estaba y qué era Dios?

Era el problema de su vida. Por lo tanto, si ella obligaba a Andrés a abandonar su trabajo, ¿qué es lo que les quedaría en común, qué vínculo sería capaz de unirlos verdaderamente? Sabía que él jamás le perdonaría y que ni siquiera abandonaría el trabajo que había elegido. Ella pertenecía a una época en la que el matrimonio, por lo menos entre la gente respetable y, ciertamente, entre las personas religiosas, era irrevocable como la muerte. Se había comprometido para toda la vida con él y lo acompañaría hasta el fin. Respondió, pues, a todas las insinuaciones para que volviese a su país:

—No, iremos al Norte de China y veremos si puedo sanar allá.

No voy a rendirme aún.

Pero cuando se sentía herida era independiente en extremo y no permitió que Andrés retirase más de la mitad de su menguado salario, puesto que ahora estaría incapacitada por algún tiempo de hacer su trabajo en la misión. Después de haberse despedido de su pequeño grupo de amigos, arrendaron un junco y partieron para la costa, sin que Carie supiese si volvería a encontrar alguna vez esos rostros ya familiares por el trato diario. Pero su orgullo y su determinación le dieron fuerzas.

Recuerdo haberle oído que el junco, como muchos otros, estaba infestado de unos ratones enormes, que corrían la noche entera por las vigas bajas sobre su cabeza, y que en una ocasión despertó sobresaltada, a causa de un inmenso ratón que luchaba por librarse de los gruesos bucles de su largo pelo suelto. Tuvo que meter la mano, cogerlo y arrojarlo al suelo, sintiendo repugnancia al contacto con el cuerpo blando y liso que se retorcía en su mano; si hubiera podido, se habría cortado el pelo por el asco que le producía.

Cuando llegaron a la costa, tomaron un vapor para Chefoo, puerto en una bahía de los mares del Norte, en China. Pero no debo olvidarme de referir que fue el día anterior a su partida cuando encontró la mesa ovalada en la tienda de compraventa de Shanghai y que, encantada por sus proporciones vigorosas y delicadas, la compró allí mismo al viejo mercader a quien pertenecía. Esto causó a Andrés, para quien una mesa no era más que una mesa, un gran fastidio, pues, según él, el menaje que tenían ya era suficiente para molestar y entorpecerlos. Si hubiera sido posible, habría viajado con una bolsa, un menguado portamonedas y un libro, y habría eliminado toda otra carga. Pero para Carie el hermoso mueble era su delicia, y cuando estaba desesperada con el mareo, se fortalecía pensando en él, allá abajo en la bodega del barco, recordando su gracia, sus finas curvas y su madera lisa y pulida.

CAPÍTULO TERCERO

Una vez en Chefoo, se pusieron a buscar casa. Andrés hubiera querido arrendar una que se hallaba en la vertiente de los cerros, cerca de la ciudad china, pero Carie no lo consintió. Se hallaba tan débil y enferma, que estaba segura de tener que librar una batalla por su misma vida y era preciso que la casa estuviese en las condiciones más habitables. Además, Edwin padecía aún de la disentería que había adquirido hacía seis meses, pues la horrible enfermedad se prolongaba indefinidamente, y el niño, pálido y delgado, apenas podía tenerse en pie.

Cuando me refirió esto, sus ojos se tornaron tiernos y compasivos.

—A mi pobre hijito —dijo—, me vi obligada a mantenerlo a base de una dieta de hambre, y ¡tenía siempre tanto apetito! Un día vio unos trocitos de algo en el suelo del comedor y, agachándose, humedeció su dedito en la lengua recogiéndolos para comerlos. ¡Creyó que eran migas de galleta, y lloró cuando encontró que sólo eran caliches, caídos de la pared pintada con carburo! Me desgarró el corazón.

Anhelaba para él y para sí misma poder llevarlos a todos a través de mar y tierra hasta su propio hogar, hasta las amplias y dulces habitaciones de su niñez. Pero ya que esto era imposible, buscó y halló una casa en un cerro sobre el mar, donde soplaban los vientos frescos de los espacios del océano, libres de la contaminación de la fétida vida humana. No había otro remedio que Andrés anduviese un poco más para llegar a su trabajo.

La casa era un *bungalow* bajo de piedra, construido sobre un farallón que terminaba bruscamente en las profundas aguas azules y transparentes cuyas olas espumosas se precipitaban contra él. Tenía un pequeño y arenoso jardín y un muro de piedra, que, mientras era suficientemente alto para la seguridad de los niños, no impedía que

ella se apoyase en él para horadar el horizonte con la vista y soñar con la silueta de una costa muy amada a diez mil millas de distancia.

Se dedicó, pues, a salvar su propia vida. Andrés no supo jamás hasta qué punto estaba verdaderamente enferma; pero Carie sabía perfectamente que el dolor en su costado, aquella constante tosecita, seca y agotadora, y esa languidez con algo de calentura que sentía diariamente, tenían un significado fatal.

Mandó trasladar su lecho a una esquina del pórtico y colocarlo sobre ladrillos para poder mirar el cielo y el mar por encima de la muralla.

A su derecha, las montañas arenosas alzaban sus perfiles desnudos y áridos, pero de la ciudad china al pie de ellas nada veía. Esto era lo que ella deseaba. Para salvar su vida misma era preciso olvidar las calles atestadas de gente, los mendigos ciegos y la tristeza que desgarraba su corazón, porque ella era impotente para cambiarlo. No obstante, acostada allí, aún reflexionaba sobre ello.

Andrés era capaz de ver a los miserables, pensaba, y después de haber rezado por ellos, quedar satisfecho. Dios salvaría sus almas y en el cielo serían felices. Mas Carie rezaba, por supuesto, y, sin embargo, lo hacía con cierta rencorosa pasión, pues siempre le parecía equívoco que pudiese existir tal estado de cosas y que no hubiese en el cielo poder para extirpar lo que en la tierra sucedía. Más aún, si Dios, como aseguraba Andrés, permitía tales sufrimientos, esto en nada aliviaba las heridas de la carne temblorosa, ni alumbraba los ojos de los ciegos, ni daba libertad a las vidas quebrantadas y serviles. Pero de aquí no permitía que pasara su pensamiento, pues no hallaba solución en parte alguna. Se obligaba a obedecer con toda la fuerza de los años de disciplina aprendida en la iglesia de su aldea.

«Es preciso que tenga confianza y obedezca», se decía, reprochando a su propio corazón.

Pero no podía, como Andrés, retirarse a su habitación para rezar y quedar, al fin, satisfecha, porque él sólo veía las almas de los hombres. No; si su cuerpo había sido quebrantado bajo el peso de su vida, fue porque, debido a su propia angustia, siempre le había sido necesario, donde era dable, lavar, vendar, curar y dar remedios a los enfermos y cuando se hacía imposible la humana asistencia y

no había quien pudiese evitar el dolor y la muerte se había lamentado como si el mal hubiese caído sobre su propia carne.

En una ocasión la vi velar la noche entera con una madre, junto a un niño moribundo, rezando en voz alta mientras trabajaba, y cuando al amanecer la criatura murió, abrazar al pequeño y llorar en la angustia de su pesar y de su derrota. Cuando Andrés lo supo y, abriendo los ojos de sorpresa, dijo suavemente: «Sin duda era la voluntad de Dios, y el niño está en el cielo», precipitóse hacia él, diciendo:

—¡Ah!, ¿y crees tú que eso llena el corazón y los brazos de una madre? —Pero inmediatamente añadió, muy abatida—: ¡Oh!, yo sé que está mal decir eso…, sé que debiera decir «hágase la voluntad de Dios…», pero eso no llena los corazones ni los brazos vacíos.

Una vez oí decir del niño de alguna persona:

—Ya el cuerpo no es nada ahora que se ha ido el alma.

Pero Carie dijo con sencillez:

—¿No es nada el cuerpo? Yo amaba los cuerpos de mis hijos. Siempre fue insoportable para mí ver cómo los enterraban. Yo hice esos cuerpos, los lavaba, los vestía y los cuidaba. Eran cuerpos preciosos.

La muerte y el dolor fueron siempre incomprensibles para ella, cuya ternura de corazón le impidió hacer jamás daño alguno a un ser viviente. Era muy difícil para ella apreciar al Dios de su época, y, en realidad, nunca lo comprendió.

En una de estas hondas experiencias humanas conoció a una mujer que se puso a su servicio y que en ningún momento la abandonó hasta que su extrema edad la incapacitó para el trabajo. La mujer había estado viviendo con un hombre, que no era su marido, el cual había aplastado el cráneo de su hijita el día en que nació. Carie, pasando aquel día cerca de una cabaña oyó unos quejidos desesperados; su fino oído adivinó que se trataba de un sufrimiento excepcional, lo que al instante la movió a investigar la causa del mal. Entró; allí yacía el pequeño cadáver en el regazo de la madre, escurriéndosele los sesos del cráneo. El hombre estaba tendido en el camastro de tablas, sombrío y echando maldiciones, y la mujer se encontraba como aturdida en una silla. Era, de todos modos, una pobre criatura mal alimentada que no habría podido vivir largo tiempo. Carie, con su perfecto dominio del dialecto,

inquirió el asunto. El hombre estaba completamente atónito por su entrada, y, espantado por sus brillantes y encendidos ojos, se fue sin preámbulos; pero Carie, volviéndose hacia la mujer amarilla, se arrodilló, preguntando qué había sucedido. Las dos madres se hablaron. La ira apasionada pero tierna de Carie, condenó el acto y la perfidia de la mano que lo había cometido.

—¡Oh, la pobrecita! —exclamó apasionadamente. Y la mujer, mirando fijamente por encima de la criatura muerta, comenzó, de pronto, a llorar—. ¡Oh, ese hombre merece morir! —añadió Carie, fieramente.

—¿Quién puede tocar a un hombre? —sollozó la madre china—. Un hombre puede matar a una niña si quiere… ¡Oh, que me hubiera matado a mí también!

—Por lo menos, no te quedarás con él —insistió Carie.

—¿Adónde puedo ir? —replicó la mujer—. Los hombres son todos iguales. He vivido aquí y allá, y los hombres son siempre iguales.

Carie se percató de la sencilla sinceridad de la mujer, y dijo impetuosamente:

—Vendrás a vivir conmigo. Necesito a alguien que cuide a mi hijita.

La mujer se levantó lentamente.

—Buscaré un pedazo de estera para envolver a esta pequeña —dijo—. En seguida iré.

Carie no averiguó nada más acerca de esta mujer. La recibió en su hogar, la inició en las costumbres de la casa, incluso intentó enseñarla a leer, mas esto la mujer no pudo aprenderlo. Pero por amor a Carie llegó a cuidar tiernamente a Edwin y a la niñita blanca. Cuando supo lo de Maude lloró un poco. Entonces, recordando su propio caso, dijo:

—Pero el amo no la mató con una piedra mientras mamaba de tu pecho.

—No —dijo Carie, complacida, en voz baja. Vio su oportunidad —. No permitimos estas cosas en nuestro país —dijo—. Es porque creemos que nuestro Dios quiere que seamos bondadosos.

¡Ah, hermoso país el suyo, pensó ardientemente la china, y amado Dios, creyendo en el cual los hombres aprendían a ser buenos!

—Desearía saber algo de eso —dijo la mujer.

Carie, medio vacilante, empezó a hablar. Al fin y al cabo, pensó, ¿no aprendía más de la sencilla mujer de lo que pudiese ella enseñarle? Dios debía de existir, porque donde no se le conocía, los hombres se volvían muy bestiales. De tales observaciones, sus propias esperanzas tomaban, a veces, fuerzas.

Desde entonces, la mujer siguió a Carie por doquier y fue una parte de su hogar, criando a todos los niños que aún habían de tener Carie y Andrés. Años después, cuando estos niños amaban y fastidiaban a Wang Amah, como ellos la llamaban, «madrastra», recuerdo que Carie solía mirar afectuosamente a la vieja mujer, ya delgada, canosa y llena de arrugas, y en una ocasión dijo:

—Creo que Wang Amah fue lo que la gente suele llamar una mala mujer y temo que nunca comprenderá mucho de nuestro Evangelio. Pero jamás la he visto sino llena de bondad para los niños, ni le he oído nunca decir una mala palabra; y si no hay en el cielo un lugar para ella, le daré la mitad del mío…, ¡si es que tengo uno!

Wang Amah estuvo con ellos en Chefoo, también, y cuidaba a Carie y a los niños, haciendo posible que aquélla quedase libre de preocupación por éstos. Andrés continuó sus predicaciones, siempre fervoroso y tan inconsciente de todo lo demás como lo fue San Pablo. Mas Carie vivía echada al aire puro y penetrante, durmiendo, alimentándose, leyendo y recobrando resueltamente la salud.

Al cabo de seis meses la tos había desaparecido, y pudo levantarse para hacer trabajos ligeros durante algunas horas cada día, en el jardín y en la casa, sin que esto le produjera fiebre. Fue ésta una de las épocas más felices de aquellos años: los meses de convalecencia en la casita encaramada en lo alto sobre el mar, sin que se interpusiera nada entre ella y su propia tierra, salvo el libre océano. Tenía la satisfacción de ver a Andrés ocupado en el trabajo de su elección; sentía palpitar la salud en sus venas, y estaba saturada de la viva belleza del cielo, de los cerros y del mar.

Grande fue la alegría de todos nosotros cuando pudo volver a cantar, al principio suavemente y algún tiempo después con las notas llenas de antaño.

Para los niños, esta enfermedad de Carie tuvo su lado bueno. Pasaba una gran parte del tiempo observándolos orgullosamente en

sus juegos y meditando. Contábales historias y los enseñaba a no imitar algunas de las cosas de la vida que veían en su derredor. Decía con frecuencia:

—¡Nosotros somos americanos! ¡No nos conducimos en esa forma!

El 4 de julio fue siempre día de fiesta. Izábase una bandera confeccionada por ella misma, se disparaban fuegos artificiales, se cantaba *The Star Spangled Banner*[5] en torno al órgano. Mucho antes que los niños hubiesen visto América, aprendieron a llamar al tiempo de licencia: «volver a casa».

Frecuentemente se sentaban al atardecer en la playa, mirando al mar, y Carie les hablaba de la tierra, de su propia tierra, que estaba allá, lejos, y a la cual ellos pertenecían. Les hablaba de la gran casa blanca, de los porteros, del huerto y de la fruta que podían coger y comer al natural, porque el viento y el sol la mantenía limpia y la hacía dulce. Les sonaba a algo celestial a los niñitos blancos, quienes durante toda su vida habían estado acostumbrados a ser minuciosamente vigilados por temor a que pusiesen en sus bocas algo que no estuviese esterilizado y enfermasen, como lo había hecho Edwin sin que nadie supiese cómo y a pesar de todas las precauciones, con la consecuencia de que hasta después de algunos meses no recobró su acostumbrada salud. Hasta el fin de sus días, América fue imaginada por estos niños como el mágico país donde no se necesitaba hervir el agua antes de beberla y donde las manzanas, las peras y los duraznos pueden cogerse del árbol y comerse tal como están.

* * *

Todos los días se bañaban en el mar, excepto cuando se desencadenaba un tifón y las olas estaban demasiado agitadas. Una vez sucedió una cosa curiosa que constituyó una historia digna de contarse en años posteriores. Las manos de Carie estaban aún muy delgadas y una mañana se cayó en el agua su anillo matrimonial sin que ella lo notara; sólo después se dio cuenta de que había desaparecido.

Regresó inmediatamente a la playa y entre todos lo buscaron, pero en vano. Alquiló a un muchachito chino de la playa para que se zambullera en el sitio donde se había bañado por la mañana,

pero nada halló. Muy avanzada la tarde y en un último esfuerzo, aunque habían abandonado ya toda esperanza, caminó lentamente a lo largo de la playa, y, de pronto, los últimos rayos del sol que declinaban parecieron penetrar en el agua mansa y serena. Un rayo iluminaba hasta el mismo fondo, y allí, en una concavidad poco profunda, relucía el anillo. El muchacho se zambulló una vez más y lo sacó, y ella lo volvió a colocar, triunfante, en el dedo. Andrés, cuando lo supo, observó tranquilamente:

—Presentía que lo ibas a encontrar; yo recé.

Cuando refería este hecho años después, sus hijos exclamaban siempre:

—Mamá, ¿se debió realmente a la oración de papá?

Brillaban sus vivos ojos y decía:

—Es posible…, pero no se habría encontrado si yo no hubiese vuelto a buscarlo por última vez. Está bien rezar, naturalmente… ¡Pero siempre vale la pena volver a intentar las cosas personalmente!

* * *

Ahora que Carie gozaba nuevamente de buena salud, vio que era preciso ganar dinero de algún modo hasta que estuviese suficientemente fuerte para abandonar la costa y volver al verdadero campo de la misión de Andrés. Con el verano llegó a la costa un pequeño grupo de personas blancas. Carie trasladó a su familia a las habitaciones del desván y llenó su casa con huéspedes, ganando de esta manera lo equivalente a lo que pecuniariamente había sacrificado. Pero más importante para ella que el dinero fue la prueba a que sometió su salud. Tenía que amasar pan, lavar, cocinar y atender a la docena de personas que había en su casa, sin otra ayuda que la de un criado y la de Wang Amah para cuidar a los niños. Fue capaz de todo y, además, encontróse nuevamente embarazada. Pero no volvieron ni la fiebre ni la tos y se sintió curada. Al término del verano, cuando los huéspedes se habían ido, cerró la casita con su jardín arenoso y rodeada del mar, y regresaron nuevamente a la China del Sur.

Pero suplicó a Andrés que no volviese a la boca del Yangtsé, donde antes había estado. Se encontraba bien, pero no se sentía fuerte; de modo que fueron enviados a Chin-kiang, en una región

intermedia, un puerto del río, famoso desde los tiempos de Marco Polo por sus grandes templos, su pagoda y su comercio activo, pues había estado largo tiempo en la intersección del río con el Gran Canal. Carie se prendó inmediatamente del lugar por las montañas que se alzaban, majestuosas, desde la orilla del río, Pero la población era demasiado cosmopolita para la sangre de explorador que corría por las venas de Andrés. Allí había otras misiones y otros hombres blancos y él anhelaba ir por las grandes extensiones donde no había quien predicase a las multitudes. Él estaba descontento. Carie no se atrevió siquiera a pensar en tener un jardín. Los jefes de la misión, dándose cuenta de que él se desarrollaba mejor en trabajos de exploración, diéronle permiso para ir donde quisiera. Alquiló una casa, tres habitaciones sobre una tienda china a la orilla del río, y, dejando allí a la familia, tomó un junco y zarpó en dirección a la parte superior del Gran Canal, en la región de la provincia de Kiangsu.

Dedicóse Carie una vez más a formar un hogar para sus hijos. Las tres habitaciones tenían vista sobre el río Yangtsé, ancho, rápido y amarillo con la tierra que había arrancado de sus riberas en el curso de los miles de millas que venía precipitándose desde sus orígenes. Durante los meses siguientes, Carie llegó a odiar y temer a este grande e implacable río, tan rápido en los desfiladeros y tan tardo y sombrío cuando se desplegaba sobre las regiones inferiores de su curso. Para su imaginación vino a ser un símbolo de la abrumadora, desbordante e insensata vida del Oriente —que parecía aniquilar toda otra vida que se colocara en su camino— y contra la cual ella se ponía en guardia cada vez que construía un hogar americano para sus hijos.

Muchas veces se sentaba a la ventana para coser y con frecuencia levantaba los ojos para contemplar el curso del río, que ya se arremolinaba, ya se remansaba lentamente. Veía las pesadas balsas que iban y venían de la ciudad, en la otra ribera; veía los livianos botecillos llamados sampanes, que flotaban a la deriva como hojas de un árbol que hubiesen caído por casualidad, a veces de tal modo cautivos de las corrientes, que les era preciso a los boteros emplear toda su pericia para escoger su camino por entre la red de las aguas.

Durante la primavera crecía el río, hinchado con los deshielos de

las montañas y desfiladeros en sus zonas superiores, y entonces era una cosa amenazante y terrible. Apenas si se atrevía a mirarlo, pues en más de una ocasión vio volcarse un bote lleno de personas, luchar éstas con las aguas y no salvarse ninguna. Aún presenció en dos ocasiones cómo una balsa, excesivamente cargada de personas que se colgaban hasta en sus mismos bordes, dio la vuelta, con movimientos de una enorme bestia, flotando al revés. Por un instante las cabezas negras aparecieron sobre el agua amarilla, lanzáronse algunos brazos desesperadamente hacia arriba y, en seguida, el río los sepultó a todos y siguió como antes, excepto la balsa, que viraba locamente de un lado para otro.

Decíase que el que caía en este río jamás podía ser salvado: tan profundas y rápidas eran las corrientes bajo la superficie lisa y llena de hoyuelos. Cada cierto número de días era cogido un sampán y tirado hacia abajo. Mas, con el extraño fatalismo del Oriente, la gente continuaba viajando de un lado para otro sobre las peligrosas aguas en toda clase de embarcación ligera. Carie llegó a aborrecer el río con un odio profundo, pues veía cómo oprimía a la gente, sobre todo aquella que dependía de él para ganarse la vida. Era necesario vigilar constantemente a Edwin y a Edith para que, dada su afición a mirar los barcos desde la ventana, no viesen el terror de los hombres y de las mujeres cuando luchaban y se ahogaban.

* * *

Como había aprendido ya a establecer un hogar donde fuese preciso, construyó uno cerca de aquel río, aunque lo odiara. Blanqueó las tres habitaciones con carburo, y tomando un pintor nativo a su servicio, le mandó que pintara los suelos y las instalaciones de madera. En seguida compró una muselina blanca en una tienda de tejidos china, muselina como la que se usa para las redes contra los mosquitos —las cortinas rosadas se habían gastado hacía mucho tiempo—, y fabricó unas delicadas cortinas con vueltas para las ventanas, suficientemente anchas también para cerrarlas contra el río inhumano. Y no habiendo espacio para un jardín clavó al lado de fuera de la ventana un cajón lechero vacío y, tomando un día a los niños y a Wang Amah, se fue a los cerros que rodeaban la ciudad, regresando con una buena tierra negra; con ella llenó el cajón, plantando en él unos esquejes de geranios que había traído

del pequeño jardín arenoso de Chefoo y las rosas que siempre conservaba. Pronto miraba el río a través de una mancha de color.

Debajo de las tres habitaciones, que fue todo lo que Andrés pudo encontrar para alquilar, había unos grandes almacenes, donde el propietario chino vendía una mezcla de alimentos envasados, artículos importados, productos chinos y, sobre todo, *whisky* y coñac extranjeros. Eran sus clientes las pocas personas blancas del puerto y un número menor de chinos. Los principales clientes eran los marineros y los soldados de los buques de guerra americanos y europeos que se ponían de vez en cuando al abrigo de los muelles. Era tan vasto el río y tan profundo, que los grandes barcos podían remontarlo aun mucho más arriba del puerto. Para Carie era emocionante ver la bandera americana, flotando, animosa, sobre aquel oscuro y peligroso río.

Sin embargo, fue por estos hombres de su propio país por los que Carie llegó a sentir una profunda compasión. Desembarcaban, llenos de expectación, muchachos jóvenes y toscos de todos los Estados de la Unión; risueños, recios y ansiosos de divertirse, no encontraban, empero, nada que hacer y a falta de otra cosa se amontonaban en el inmundo y menguado establecimiento para comprar chocolate añejo, galletas inglesas y, sobre todo, botella tras botella de *whisky* escocés. Durante las altas horas de la noche y hasta el amanecer, solía ella oírlos desde arriba en su habitación, cantando, gritando y llorando en medio de su embriaguez. Las botellas caían en pedazos lanzadas contra las paredes, y, entremezclado al estruendo, podía distinguirse el alto falsete, como de un mosquito, de las cortesanas de los burdeles chinos. Sonaban a veces alaridos y gritos, pero no quiso preguntar lo que sucedía, intensamente entristecida por estos muchachos que se hallaban tan lejos de su hogar, y avergonzada porque eran sus paisanos y se comportaban en tal forma delante de un pueblo extraño, altivo y desdeñoso.

Algunas veces, a la mañana siguiente de una de aquellas noches, iba ella a la tienda a comprar, y por todas partes se le presentaba una ruina de porcelana quebrada y mercaderías esparcidas. El propietario, de cara amarilla y gesto torcido, miraba, malhumorado, la devastación. En una ocasión ella le preguntó:

—¿Por qué les vendes aquello si los vuelve tan malos?

—¡Oh, si el hombre blanco rompe algo, yo se lo hago pagar!

No podía olvidar la lástima y vergüenza que sentía por sus compatriotas, y por eso empezó lo que continuó haciendo durante muchos años. Cuando estaba para llegar al puerto un buque extranjero, hacía unas tortas al horno, grandes tortas de coco blandas como la nieve; ricas tortas negras de chocolate, cuya contextura espumosa había aprendido a conseguir en la fresca cocina llena de loza de su hogar; pasteles y bollos, y entonces convidaba a los muchachos a tomar el té. Tenían poco en común aquellos toscos jóvenes que se amontonaban, sonriendo con timidez, en las pequeñas habitaciones, con la mujer cultivada y bondadosa. Pero para ella existía el estrecho vínculo de la raza y del país, y colmábase su corazón de alegría al verlos hartarse con las buenas tortas y pasteles y beber litros enteros de limonada. Cuando habían comido hasta el límite de su capacidad, solía cantar y a veces se sentaba sencillamente para oírlos hablar, privados como estaban de todo contacto con mujeres. Cuando se habían ido, sentíase triunfante, pues una vez siquiera los había alejado del peligro: los había protegido y les había dado un poco de América.

* * *

Durante aquel invierno nació un hijo, a quien le dieron el nombre de Arturo. Una vez más resultó una criatura de ojos azules y cabellos rubios, y una vez más experimentó una nueva alegría por esta vida nueva. Ninguno de sus hijos dejó de ser recibido con gran júbilo, fuese lo que fuese el costo de su llegada, y esta vez Wang Amah desbordaba de alegría porque se trataba de un hombre. La criatura, que era un hermoso niño, aunque desde el principio no muy fuerte, tenía ya dos meses cuando su padre lo conoció.

En el diario de Carie, escrito con intermitencias durante estos años, encuentro una y otra vez esta exclamación: «¡Qué rica me siento con mis hijos!». Aunque carecía de los amigos que normalmente hubiese tenido en su propio ambiente, y aunque Andrés estaba siempre lejos en uno de sus largos viajes, se hallaba, sin embargo, contenta con sus niños, y éstos, a su vez, con ella. Una vez que escuchábamos la historia que refería cierta mujer acerca de un grande y romántico amor que había tenido en su vida, vi en los oíos de Carie una mirada de melancolía. Pero luego pasó, y dijo ella

tranquilamente:

—Mis hijos han sido la gran ilusión de mi vida.

Edwin y Edith mostraron tener dotes mentales excepcionales y ella se deleitaba en satisfacer sus deseos de aprender a cantar y a leer. Lo que encontraría más adelante en esta extraña vida que llevaba no lo sabía, pero aquel invierno se dedicó entera y libremente a sus hijos. No había jardín en qué jugar, y la calle era vil y estaba atestada de gente; pero cada mañana que hacía buen tiempo, y después de haber dispuesto el trabajo para el día, ella y Wang Amah tomaban a los niños, llevando Carie la criatura en brazos, y caminaban por las callejuelas secundarias donde llamaban menos la atención, hasta llegar a la carretera que conducía a los cerros. Afortunadamente, no estaba lejos, y pronto llegaban a un camino que, serpenteando a través de los árboles y bambúes, terminaba en las verdes tierras del cementerio.

Jamás dejaban de entristecer a Carie aquellos campos de sepulturas, verdes en primavera y verano, y desnudas y pardas en invierno, cuando se había cortado el pasto para que sirviera de combustible. Solía meditar sobre las vidas enterradas y, muchas veces, olvidadas. Las tumbas, pequeñas y tupidas, eran de soldados caídos en una guerra; las grandes, rodeadas de paredes de adobe, pertenecían a algún hombre pudiente y a su familia; cada una tenía su historia. Pero ella siempre protegía a sus niños de tales tristezas y ellos jugaban felices, sobre las sepulturas, cogiendo flores silvestres y corriendo hacia arriba y hacia abajo por las pendientes inclinadas. Más tarde, cuando llegaron a su propio país, se sorprendieron de encontrar los cerros lisos y sin montículos, dándose cuenta por primera vez de que toda su vida habían estado jugando sobre las tumbas de los muertos. Así protegía y mantenía alegres a sus hijos esta madre americana.

Sobre el cerro donde con más frecuencia jugaban caía la sombra de una fortaleza que se encontraba en la cumbre. Allí había un llano por el cual marchaban los soldados. El gran placer de los niños consistía en observar a los soldados vestidos de azul y rojo entrenándose con lanzas y sables, o en escuchar los disparos del anticuado y solitario cañón, profundamente incrustado en el adobe del muro que rodeaba la fortaleza.

Al pie del cerro el río describía una curva. Retirábase poco a

poco, dejando al descubierto una rica llanura de la cual surgía bruscamente la isla puntiaguda que hasta el día de hoy se llama Isla Dorada. Una pagoda exquisita, admirada por Marco Polo en su época, señalaba el cielo desde los tejados curvos de la isla.

Pero si los niños se deleitaban con el brillo de los soldados y con la repentina explosión del cómico cañoncito, encantábase la madre con las montañas distantes que alzaban sus cumbres allende del río. Claras y azuladas al mediodía; envueltas en niebla por la mañana y por la tarde, Carie las amaba en extremo y recibía de ellas algún consuelo por la falta de aquella otra cordillera cuya silueta se dibujaba en el cielo norteamericano, a diez mil millas de distancia, en tomo a las llanuras de su propio hogar.

Aproximábase de nuevo el verano, aquella estación tan temida cada año por Carie por sus días interminables y húmedos. Elevábase hasta las tres pequeñas habitaciones el hedor de las calles llenas de basura. Enfermaban y morían los geranios con el calor y las rosas se desvanecían. Las moscas pululaban en torno a los montones de inmunda podredumbre que hervían bajo el sol abrasador. Saturábalo todo el aire cálido como una neblina impura. De alguna manera, decíase Carie, en alguna forma, era preciso trasladarse con los niños a las montañas.

Encontrábase en uno de los cerros, no muy lejos de la fortaleza, el recinto de una antigua misión, y allí, tras largas averiguaciones, encontró un *bungalow* desocupado durante el verano. Tratábase de una casa baja y cuadrada, con seis habitaciones, tres a cada lado de un vestíbulo que atravesaba el edificio de parte a parte, y rodeada en sus costados por una galería. Era, desde luego, un paraíso, comparado con las tres habitaciones encaramadas sobre la bulliciosa y amontonada calle. Mudáronse allí y pasó el verano. Inquietábase a veces por los ciempiés, que buscaba todas las noches por temor a que se introdujesen en las camas de los niños y que, al picarlos, les causaran alguna enfermedad; por las lagunas y los arrozales de los apretados valles en torno al cerro, que criaban una multitud de mosquitos, y por los grandes jarrones de estiércol usados por los campesinos para fertilizar sus tierras, que engendraban nubes de moscas. Pero, por lo menos, era posible contemplar los fértiles valles y los bajos cerros, cubiertos de bambúes, y el temible río, que estaba a una milla de distancia

presentándose como una ancha faja amarilla en el horizonte. En las primeras horas de la mañana una densa y plateada niebla llenaba los valles, y los cerros alzaban sobre ella sus cúspides cual islas verdes. Era bello, especialmente porque hacía a Carie recordarle su propio hogar, salvo que donde estaban las neblinas eran cálidas y pesadas, mientras que las de las montañas de la Virginia Occidental eran afiladas como escarchas.

Pero lo mejor de todo era el pequeño prado de hierba, donde podían juguetear los niños, y un pedazo de terreno para jardín. Carie plantó flores. Levantábase temprano para cultivar la tierra y hacer que floreciera luego, antes de verse obligada a dejarla. Fue el primer jardín verdadero que tuvo en este país.

Pero terminó el verano y Andrés volvió, trayendo noticias de una casa que los esperaba en el Gran Canal, en una ciudad llamada Tsinkiangpu, de la cual él había hecho su centro de operaciones durante todos aquellos meses. Desde aquel lugar había viajado sobre una amplia extensión de terreno, en mula, en carreta y a pie, predicando y enseñando su mensaje en cada aldea, pueblo y ciudad. Se sentía ya suficientemente conocido en la ciudad central para tener allí su hogar, y, por consiguiente, había alquilado y reparado una casa china.

Con pesar, pues le había tomado cariño al *bungalow* cuadrado y sus flores aún no eran más que capullos, Carie se embarcó con su equipaje, sus muebles, sus niños y Wang Amah en un junco, y, después de diez días de tranquila navegación por el apacible canal, llegaron a la vieja ciudad china, de cuyos habitantes eran ellos los únicos blancos. Andrés había tomado una casa excepcionalmente grande y que tenía un espacioso patio. Nadie se atrevía a vivir en la casa, pues corrían rumores de que penaba en ella el ánima de una mujer, la maltratada esposa del que antes fuera su dueño, apareciendo aquélla en forma de comadreja. Por consiguiente, el dueño actual sentíase satisfecho de arrendarla aunque fuera a un extranjero.

Pero, cualquiera que fuese el motivo, Carie se sentía complacida con la casa y se dedicó una vez más a instalar su hogar. Casi había llegado a concebir una fórmula: los muros blanqueados con cal, las ventanas anchas abiertas en las paredes y frescas cortinas con vueltas, esteras limpias en los suelos, el patio plantado de hierba y,

nuevamente, de flores: crisantemos comprados a los comerciantes en flores y pequeñas y alegres rosas simples, coloradas, rosadas y amarillas. Cuando ya el muy amado órgano y la mesa estuvieron en su lugar y una vez instaladas las camas, unas pocas sillas de mimbre y una cocina, se formó nuevamente un hogar. Afuera corría la bulliciosa calle —que era la gran vía de los negocios— de este a oeste atravesando el pueblo, y oíanse en ella aquel estruendo de la ciudad, los gritos de los vendedores y de los peones de sillas que buscaban su camino por entre la multitud, y el chirriar de las carretillas. Pero dentro del muro y del portón ofrecíase este sitio de paz y de limpieza donde una mujer norteamericana había reproducido un pequeño fragmento de su propio país en el cual podía criar a sus hijos y en donde solía introducir frecuentemente a alguna mujer china, la cual se maravillaba y suspiraba al ver lo bello que era.

* * *

Andrés había inaugurado numerosas capillas en las calles de la ciudad y tenía ya una red de lugares donde predicar en los campos circundantes. Iba de uno a otro lado, lleno de entusiasmo por su misión. También había adquirido ya un buen dominio del idioma e invertía una parte de su tiempo en hacer libros para sus oyentes.

En esta época de su vida, Carie no abandonaba hogar e hijos para seguirlo. Pero iba con frecuencia a las capillas a tocar el diminuto órgano, conduciendo los cantos con su clara voz. Después de haber predicado Andrés, instruía a los pequeños grupos de mujeres que iban a aprender de qué trataba la extraña doctrina. La mayoría de estas mujeres eran almas desencantadas y tristes, cansadas de vivir y oprimidas por algún infortunio, y hastiadas con las exigencias de los sacerdotes de sus propias religiones. Algunas de ellas no podían comprender la nueva religión; en realidad, es dudoso que las palabras pronunciadas por Carie tuvieran el significado que se esforzaba en infundirles.

Más efectiva que sus palabras era la simpatía instantánea, propia de su carácter, con que escuchaba las tristes historias que se le referían. Su primer impulso era siempre «buscar algún remedio». Llegaron a apellidarla «la Americana de las Buenas Obras», y muchas mujeres iban a su casa —mujeres a quienes jamás había

visto— porque habían oído hablar de ella. Luego de haber relatado sus historias, terminaban diciendo anhelantes:

Me dicen que siempre puedes hacer algo…, que siempre tú encuentras un camino.

Éste era el gran servicio que prestaba, encontrábase siempre dispuesta a detenerse y atender a sus desgracias. La recuerdo, en muchas ocasiones, sentada en la ventana de su pequeña sala, su rostro móvil torcido en un gesto de simpatía, escuchando con grave intensidad alguna voz quebrada que se prolongaba interminablemente. Los niños jugaban y gritaban, felices en el jardín, y de vez en cuando ella los miraba y sonreía, pero continuaba escuchando, tristes los ojos. Muchas de esas mujeres eran de las más oprimidas de sus semejantes y nunca en toda su vida habían tenido el consuelo de alguien que se sentara a recibir el peso de sus pobres corazones. Parecía que no se cansaban de repetir su historia, una y otra vez, por el alivio que experimentaban hablando a un oído atento. En una ocasión oí que una mujer le decía:

—Dime lo que debo hacer y lo haré. Dime lo que debo creer y lo creeré. No ha habido en toda mi vida una persona que haya atendido a una palabra mía o a una lágrima que cayese de mis ojos. Mi padre no me quería, porque no era niño; mi marido no me amaba; mi hijo me desprecia. Toda mi vida he sido desdeñada por ser mujer, ignorante y fea. Y, sin embargo, tú, americana y extranjera, me prestas atención. Por eso, lo que tú crees yo lo creeré, pues debe de ser verdad para que seas tú de este modo…, ¡bondadosa hasta conmigo!

* * *

Fue uno de los inviernos más felices de aquellos años de su vida. La casita china estaba acogedora, con su estufa de latón, hecha, según instrucciones, en el taller del hojalatero. En las ventanas abríanse las flores. Tenía ella un talento especial para hacerlas florecer rápidamente, y las habitaciones, que de otro modo hubiesen resultado desnudas con el escaso mobiliario que poseía, veíanse siempre hospitalarias y parecían amuebladas con la presencia de estos seres vivientes.

Mas la primavera y el verano se aproximaban nuevamente. «¡Si

solamente pudiesen evitarse los veranos!», pensaba Carie. Aquel año fue peor, pues resultó un verano excepcionalmente seco. Día tras día, durante la primavera, se anhelaron las lluvias, y los campesinos, esperando que las inundaciones de la época lluviosa llenasen sus arrozales, vieron secarse las mieses nuevas ante sus propios ojos. Aproximóse el pleno verano, increíblemente caluroso. No había, pues, esperanza de cosechar arroz aquel año, y los campesinos se apresuraron a sembrar un poco de maíz aquí y allá para no quedar enteramente en la miseria.

Carie, con su aguda intuición, sensible siempre a los matices en cuanto al humor de las personas, se percató de un cambio en la actitud de la gente de la ciudad. Hubo una notable disminución en la multitud que desde el principio había acudido a los servicios religiosos. Cierto domingo no se presentó una sola persona.

Al día siguiente regresó Wang Amah de sus compras y dijo a Carie:

—Es mejor que no salgas ahora a la calle.

Cuando se le exigió una explicación, agregó de mala gana:

—La gente dice que los dioses están iracundos porque han venido extranjeros a la ciudad. Jamás ha habido una sequía como ésta, y éste es el primer año que en la ciudad han vivido extranjeros. Dicen que por eso los dioses están enojados.

Aun Andrés, ordinariamente ciego a todo lo que no fuera «la labor», notó la hostilidad de los rostros ceñudos cuando hablaba en las calles o trataba de repartir sus folletos. En una o dos ocasiones un hombre tomó el folleto y lo rompió en su misma cara. Era éste un acto significativo en un país donde la palabra escrita es en sí misma sagrada. Pero era Andrés de una naturaleza tal que con la oposición se volvía más resuelto, y encontrando que por un tiempo se dificultaba su trabajo en la ciudad, partió en uno de sus largos viajes por los campos. Estuvo ausente durante muchas semanas, y Carie se quedó sola con sus hijos y con Wang Amah.

Cierto caluroso día de agosto encontrábase cerca de la ventana, cosiendo. El aire estaba pesado y sofocante, y todos los ruidos de la calle parecían amplificados por su densidad. Oyó un susurro de voces debajo de la ventana abierta. Prestó atención, con los oídos aguzados por el temor. Había dos hombres que estaban tramando alguna cosa.

—A medianoche —decían—, a medianoche violentaremos las puertas, los mataremos y arrojaremos sus cadáveres ante los dioses para que venga la lluvia.

Levantóse presurosa y fue en busca de Wang Amah.

—Sal y escucha en la calle —dijo—. Averigua lo que puedas sobre lo que están fraguando para esta noche.

Sin decir palabra, Wang Amah se puso su abrigo más pobre y salió. Al poco rato volvió con los ojos muy abiertos. Cerró cuidadosamente todas las puertas y fue en seguida donde estaba Carie, aplicando los labios a su oído.

—¡Oh, señora mía! —exclamó, entrecortada—. Vienen esta noche a matarte…, a ti y a los niños. Se ha de matar hasta el último blanco.

Carie la miró.

—¿Crees tú que realmente lo harán?

—¿Por qué no? —contestó Wang Amah, tristemente.

Levantando un ángulo de su delantal, se secó los ojos en silencio.

—Todas esas personas con quienes te has mostrado bondadosa —murmuró—, todas esas personas…, ninguna de ellas osará ayudarte ahora. Si te ofrecieran ayuda, las matarían a ellas también.

Carie se mantuvo quieta, sin decir palabra, reflexionando con rapidez. Wang Amah miró los ojos de la mujer blanca.

—Pero aún quedo yo —dijo con firmeza.

Carie se acercó a ella y tomó sus fieles manos, endurecidas y morenas.

—Yo no tengo miedo —dijo tranquilamente—. Iré a rezar a mi Dios.

Carie se fue en seguida a su cuarto y, cerrando la puerta, cayó de rodillas junto al lecho. Por un instante le causó vértigos la agitación de su corazón. ¿Sería, en verdad, aquel día el fin de su vida…, de las cortas vidas de los niños? Elevó su corazón hasta aquellas vagas alturas donde le habían enseñado que Dios moraba, y rezó:

—Si es Tu voluntad, sálvanos, pero, en todo caso, ayúdame a no sentir temor.

Y entonces, después de una larga pausa, rezó de nuevo:

—Si ha de llegar el tiempo de morir, ayúdame para que los

niños vayan primero.

Quedóse entonces largo tiempo arrodillada, pensando en lo que debía hacer. Esperó, pues, un buen rato. No recibió, como de costumbre, contestación alguna, mas al fin se levantó, fortalecida con su propio coraje y con un sano y robusto sentimiento de ira que empezaba a surgir en ella.

«No permitiré que me mate esta gentuza ignorante y supersticiosa, y no debo tolerar el asesinato de los niños», resolvió, un tanto sorprendida de su propia serenidad. Ella pondría su confianza en Dios, aunque Él guardara silencio, y no temería lo que pudiesen hacerle los hombres.

Aquella noche acostó temprano a los niños y en seguida se sentó tranquilamente, poniéndose a coser. Había conservado su indignación durante todo el día.

«No tengo la menor intención de morir», decíase en voz alta con gran firmeza. Poco a poco se le había ocurrido lo que era preciso hacer.

Acercóse a la ventana y, mientras cosía, se puso a escuchar. El murmullo de la ciudad se difundía a través del aire sofocante y polvoriento. Lo escuchaba con los nervios en tensión para tratar de captar algún cambio en él. Varió alrededor de medianoche. Creció el murmullo que parecía arremolinarse en torno a las paredes de la casa. Aproximábase la hora. Se levantó y llamó suavemente a Wang Amah, que estaba sentada en silencio en la sombra del patio.

—Wang Amah, prepara ahora el té, por favor.

En seguida descendió al piso bajo y dispuso tazas y platos en la mesa ovalada, colocando tortas en los platos. Entonces, cuando todo estuvo preparado como para una fiesta, barrió la habitación y puso en orden hasta el último detalle, arreglando las sillas como para recibir huéspedes. Después salió al patio, y llegando hasta el portón, lo abrió de par en par.

Había en el umbral una vanguardia de hombres, de rostros invisibles en la oscuridad de la noche calurosa. Retiráronse a la sombra, pero ella no vaciló ni dio señales de haberlos visto. Volvió a la casa y, dejando la puerta abierta hacia el patio, hizo arder brillantemente la lámpara de aceite, de modo que la luz se proyectara hacia fuera, y en seguida subió. Despertó a los tres niños, los vistió y los condujo abajo, estaban sorprendidos y

callados por lo insólito de aquella manera de proceder, pero ella les habló con naturalidad, les cantó una canción y, colocándolos sobre la estera, les dio, para que se entretuviesen, sus juguetes domingueros. Se pusieron felices a jugar. Ella tomó de nuevo su costura y se sentó. Wang Amah había traído unas teteras y se había colocado, inmóvil y sin expresión alguna en su cara, detrás de los niños.

En torno a toda la casa el murmullo había aumentado hasta convertirse en el rugido de muchas voces. Cuando las voces se hicieron articuladas y estaban muy próximas, levantóse Carie como fortuitamente y, dirigiéndose a la puerta, dijo:

—Haced el favor de entrar.

Estaban ya en el patio y, al oír su voz, avanzó con violencia una masa de hombres sombríos e iracundos de la baja clase trabajadora, con palos, mazos y cuchillos en las manos. Los llamó de nuevo bondadosamente, haciendo sonar en su voz, a pura fuerza de voluntad, un tono cordial:

—¡Entrad, amigos vecinos! Tengo preparado el té.

Se detuvieron los hombres, inseguros. Unos pocos avanzaron. Apresuróse Carie a servir el té y se adelantó con una taza en cada mano, según la costumbre de las buenas maneras. Ofreció una al hombre rudo, alto y medio desnudo que parecía ser el jefe. Éste abrió la boca asombrado, mas, incapaz de resistir, tomó la taza. Carie miró con su sonrisa más amable los rostros que brillaban a la luz, en la puerta abierta de par en par.

—¿Queréis entrar y serviros el té vosotros mismos? —dijo ella—. Y sentaos también. Os doy excusas porque mi humilde casa no tiene bastantes asientos, pero es vuestro cuanto tengo.

Volvió entonces a la mesa y simuló ocuparse algo en ella. Los niños dejaron de jugar y corrieron a su lado. Pero ella los tranquilizó con suavidad:

—No es nada, hijitos. Sólo algunas personas que han venido a ver cómo somos…, ¡gente tan cómica que quiere saber cómo son los americanos! Nunca han visto americanos.

La multitud empezó a introducirse en la habitación, mirándola maravillada y por un momento distraída. Alguien susurró:

—¡Es extraño que no tenga miedo!

Carie alcanzó a oírle.

—¿Por qué voy a temer a mis vecinos? —preguntó, demostrando una bien simulada sorpresa.

Otros empezaron a examinar los muebles, las cortinas y el órgano. Uno tocó una nota, y Carie le enseñó a hacerla sonar. Sentóse entonces y comenzó a tocar suavemente y a cantar en chino «Jesús, Amo Tu Nombre».

Reinaba en la habitación un silencio de muerte hasta que hubo terminado. Por fin los hombres se miraron, vacilantes. Uno murmuró:

—Aquí no hay nada…, sólo esta mujer y estos niños…

—Yo vuelvo a casa —declaró otro, y salió.

Tardaron otros, sombríos aún, y el jefe se detuvo para mirar a los niños. Tendióle la mano a Arturo, y el niñito rozagante y amistoso, habiendo visto toda su vida rostros oscuros en su derredor, sonrió y asióse del dedo flaco y moreno del hombre. Rióse éste, encantado, y exclamó:

—¡Aquí hay uno bueno para jugar!

Agrupóse entonces la multitud en torno a los niños, contemplándolos, empezando a ponerse locuaz en sus comentarios y levantando los juguetes americanos para examinarlos y jugar con ellos. Carie atisbaba, torturada por el temor de que uno de los niños pudiera asustarse de algún movimiento brusco y cambiar de este modo el humor de los hombres. El oscuro rostro de Wang Amah vigilaba severamente desde la puerta. Levantóse por fin el jefe y anunció ruidosamente:

—Aquí no hay más que hacer. Yo vuelvo a casa.

Era la señal para seguirlo. Uno por uno, mirando para atrás, salieron al patio y a la calle. Sentóse Carie de nuevo, desfallecida de pronto, y tomando a la criatura en su regazo, la meció suavemente. Los hombres, vacilando por un momento en el umbral del portón, la contemplaron por última vez en esta actitud.

Cuando todos se hubieron ido, adelantóse Wang Amah con sigilo y, apoderándose de la criatura, la estrechó con vehemencia.

—Si alguno de ellos le hubiera hecho daño, yo habría matado a ese demonio —susurró, y del escote de su abrigo Carie vio asomarse el mango de un cuchillo. Rióse Carie, trémula, y levantando a Edith en brazos y tomando a Edwin de la mano, se los llevó arriba. Bañó a los niños nuevamente en agua fresca y volvió a acostarlos. Bajó

entonces y cerró el portón del patio que daba a la calle, silenciosa y desierta ya, pues faltaba poco para amanecer. Detúvose en la puerta de la casa. Se había levantado el viento del sudeste, como el heraldo de un tifón. Púsose a escuchar. Creció repentinamente y entró por las ventanas abiertas haciendo flamear las cortinas. Era refrescante y puro, con la pureza del mar lejano.

Subió entonces a acostarse y quedóse quieta, escuchando. ¿Traería aquel viento la lluvia? Permaneció sin dormir por espacio de una larga hora y se sumió por fin en un sueño ligero, para despertar más tarde. Sobre ella caía la música de la lluvia torrencial en el tejado, precipitándose desde las esquinas de la casa y golpeando en las piedras del patio. Quedóse transportada de alegría, relajándose por fin su cuerpo bajo la impresión del aire húmedo y refrescante. Aquella horrible noche… ¡había terminado ya!

Se levantó para acercarse a la ventana. Sobre los tejados amanecía el día gris, pero ni una alma se movía. Extenuada por el pasado calor, la ciudad dormía, y la buena lluvia se vaciaba en las calles desiertas de líneas largas y continuas. Estaban a salvo… ¿Era aquello, al fin, una señal?

* * *

Acercóse el fin del verano y Carie se sintió por ello dichosa. Entonces, como si la alegría nunca pudiese ser duradera para ella, Arturo cayó súbitamente enfermo con fiebre en los primeros días de septiembre. El niño había tenido el día anterior una caída grave en un desagüe de baldosas, en el patio, mostrándose lánguido durante algunas horas. Carie lo observó con ansiedad. Pero por la tarde pareció haber recobrado sus bríos habituales.

A la mañana siguiente, sin embargo, la languidez había vuelto y al mediodía estaba rojo por la fiebre. Ella le suministró los sencillos remedios a su alcance, bañándolo en agua fresca mientras Wang Amah lo abanicaba sin cesar. A pesar de todo, la fiebre subía y por la noche el niño había perdido el conocimiento. Toda la tarde se había quejado de dolor, pero era demasiado pequeño para decir dónde lo sentía, aunque Carie había reconocido su cuerpecito una y otra vez. Por último, cuando cayó en una terrible quietud, con los labios blancos, ella se inclinó sobre él presa de terror y de

impotencia. Wang Amah palpó sus piececitos.

—Se está muriendo —dijo suavemente.

No había en la ciudad un médico blanco, pero la madre no podía dejar morir a la criatura sin auxilio alguno. Volvióse, frenética, a Wang Amah:

—¡Anda…, anda…, busca al mejor médico chino de la ciudad; pídele que venga al instante…, dile que muere un hijo!

Wang Amah desapareció inmediatamente y al poco rato regresó con el médico, un viejecito flaco y huesudo, con un sucio ropón negro y en la nariz unas enormes gafas con montura de bronce. Entró silencioso e imperturbable en la habitación, sin mirar a ningún lado, y dirigióse derecho a la cama. Sacó de la manga una mano sucia y de largas uñas como una garra y tomó con delicadeza la diminuta y calenturienta muñeca. Y así permaneció durante un largo rato, con los ojos cerrados. Levantóse después y, sacando de su pecho una hoja doblada de papel y de su cinturón su tinta y su pincel, pintó rápidamente unos cuantos jeroglíficos.

—Lleva esto a la tienda de remedios —ordenó a Wang Amah—. Tráelo aquí y hiérvelo en agua caliente, dándole de beber al niño un litro cada dos horas.

Tendió la mano para recibir sus honorarios y se marchó.

Fuese Wang Amah con el pedazo de papel y regresó con un paquete de hierbas y un gran anillo de bronce verdusco por el tiempo, cubierto de cardenillo. Se dispuso, presurosa, a preparar el brebaje, mas Carie la llamó:

—¡Amah…, Amah! —La llamada era un alarido, y Wang Amah corrió a la habitación del enfermo—. Mi hijo…, mi hijo…

Carie lo tenía en brazos; moría de una convulsión. Wang Amah dio un gruñido de comprensión y, tomando de la cama un pequeño vestido que él había usado, salió corriendo, cogiendo al pasar una lámpara encendida. Un momento después Carie oyó su voz que se levantaba en la calle:

—Niño, vuelve a casa…, vuelve a casa…

Repitióse una y otra vez el llamamiento, más débil, con la distancia.

Era un llanto que había oído Carie en muchas ocasiones, y cada vez se había estremecido de tristeza. Muchas veces también, había pasado por el lado de una madre llorosa que llevaba una linterna

encendida y en la mano un vestidito; entonces el corazón de Carie se apenaba profundamente, pues sabía que en alguna parte yacía un niñito moribundo y que la madre, en su última esperanza, salía para invitar a la pequeña alma errante a regresar a casa.

Y ahora la pequeña alma errante era el alma de su propio hijo. Estrechó el cuerpo frágil, y mientras lo estrechaba, estremecióse éste y quedóse inmóvil.

Al día siguiente envió un mensajero a buscar a Andrés dondequiera que estuviese, pues en aquella época no había otro servicio postal. Wang Amah compró un pequeño ataúd y Carie lo forró con un pedazo de seda azul que tenía. Juntas las dos mujeres bañaron al hermoso muchachito americano, colocándolo en seguida en su lugar, y, a juzgar por su triste llanto, nadie habría podido decir cuál de las dos era la madre. Se mandó buscar a los selladores de féretros, pues el aire conservaba aún el calor de verano. Cuando todo estuvo ya concluido, Carie se dispuso a esperar el regreso de su marido, quien llegó la noche siguiente, extenuado por su viaje forzado. Fuese Carie a su encuentro, sin lágrimas ya y desesperada.

—Es preciso que me vaya de aquí —le dijo—. Es necesario que vea a alguna mujer blanca…, alguien de mi propia clase. Llevémonos a éste y pongámoslo al lado del otro, en Shanghai. No puedo soportar… que mi hijo… quede solo aquí, en… en esta ciudad pagana.

Diose cuenta Andrés de la desesperación que había en su voz y asintió. Al día siguiente alquilaron un junco y partieron para la costa en un viaje de catorce días por canal y por río.

Pero nadie les había dicho que se había desatado el cólera en Shanghai. No había periódicos ni correos que llevasen las cartas con rapidez. A través de las calles ensombrecidas por la muerte llegaron a la pobre casa de huéspedes de la misión. El primer día Carie vio pasar más de cincuenta ataúdes por delante de la ventana. Sentíase aterrorizada y se apresuraron a marcharse después del entierro.

Mas, al amanecer del día en que debían regresar, apoderáronse de Carie unos vómitos terribles, y una hora después Edith, la cual contaba ya casi cuatro años de edad, también era víctima de ellos. Andrés intentó hallar un médico, pero fue imposible, pues era el día de las carreras de otoño y la gente blanca se encontraba en el hipódromo, que estaba en los alrededores de la ciudad. Se perdieron

dos horas, y Carie yacía moribunda. Cuando llegó el médico, se puso a trabajar en ella con rapidez, dirigiendo a Andrés y a Wang Amah para que siguiesen su ejemplo con la niña enferma.

Carie ya había perdido el conocimiento, pero su cuerpo reaccionó una vez más y pudo recobrarlo. A las diez de la noche tenía ya bastante fuerza para murmurar:

—¿Edith…, Edith?

Andrés, que jamás pudo ocultarle nada, tartamudeó:

—Trata de convencerte de que…

—No está muerta, ¿verdad? —sollozó la pobre madre.

—Sí —dijo Andrés, afligido.

Al día siguiente se compró el pequeño féretro, acompañándolo sólo Andrés al cementerio. Abrióse la sepultura, la sepultura donde yacía Maude también, y enterró allí a la tercera criatura. Carie, tendida en el lecho, amargada y sin lágrimas, trató de sentirse humilde ante este poder que de tal manera la devastaba. «Yo tengo fe…, después de esto seré mejor…, tendré fe…». Pero en lo profundo de su corazón, de su indomable corazón, que no quería ser subyugado, lloraba y exclamaba: «¿*Tener fe en qué*?».

* * *

Después de su larga y fatigosa convalecencia tomaron de nuevo un junco en dirección a la ciudad del interior. La casa, con Edwin, un muchacho de nueve años, una vez más el único hijo, parecía demasiado grande y vacía. Era difícil mantenerlo contento y ocupado. Quería que su hijo fuese vigoroso y varonil, pero no había en aquel ambiente estrecho y enervante nada que pudiese ayudarlo, excepto ella misma, y estaba demasiado entristecida para ello. Ahora tan sólo le quedaba él, lo cuidaba con un exceso de temor y de ternura que ella misma sabía perjudicial.

A través de los días y de las noches su corazón sangraba por sus niños muertos. Andrés podía volver a su trabajo nuevamente; era necesario que volviese, y ella debía estar sola. Wang Amah era siempre su amiga y ayudante, pero Carie necesitaba algo más que su simplicidad.

Reanudó otra vez su antiguo trabajo, curando donde era capaz, visitando la pequeña capilla; pero cuando debía dirigirse a Dios, su corazón estaba árido y silencioso. ¿Qué sabía de Dios fuera de las

palabras huecas que había aprendido? No había en sus labios mensaje alguno. Sólo sus manos obedientes continuaron trabajando.

Aun cuando cantaba los cánticos de antes, no podía terminarlos sin llorar. Quebrantóse, al fin, su cuerpo bajo esta tensión, no sólo por el peso de su pérdida, sino también por su eterna búsqueda de Dios. Rezaba con frecuencia, poniendo sus esperanzas en Dios, porque no conocía otra cosa en que pudiese creer, y era esencial para su carácter positivo tener fe en algún bien tangible. Pero su oración parecía volver a ella como el eco de un llamamiento en el desierto.

Entonces Wang Amah, viéndola en este estado, fue al encuentro de Andrés un día que regresaba y le dijo que su señora también se moría si no se le ponía algún remedio y un remedio inmediato. Andrés se fijó entonces en su esposa. Era verdad que estaba triste, pálida y delgada, y la mirada opaca de sus oscuros ojos le causaba miedo.

—Carie —dijo vacilante—, vamos…, ¿te gustaría regresar a casa algún tiempo?

Turbada, lo contempló, y de pronto llenáronse sus ojos de lágrimas. A casa…, a casa…, era lo único capaz de salvarla.

Habían estado diez años en el extranjero y, según la costumbre de su misión, Andrés tenía ya derecho a un año de permiso. Antes de un mes se pusieron una vez más en camino hacia la costa.

* * *

Pero en Shanghai una extraña repugnancia asaltó a Carie. Encontró de pronto que no quería volver a casa. Le parecía que, con su corazón aún herido y sensible, no podría soportar la condolencia en los rostros de su hogar y la renovada sensación de su desgracia. Andrés, muy aturdido por este cambio, consultó con un médico, que le recomendó un ambiente totalmente diferente…, «algo que no hubiese visto jamás». Este algo era el Mediterráneo y Europa.

Durante tres meses vagaron por Europa, y Carie se mostró pasiva como nunca lo había estado antes. Desembarcaron en Italia y de allí se dirigieron a Suiza. Permanecieron un mes en la exquisita Lucerna, y comieron la dorada miel contemplando sobre el más azul de los lagos las blancas y relucientes montañas. Era el remedio indicado. La belleza restableció a Carie más eficazmente que

ninguna otra cosa, y la vista de la belleza de aquellos lugares refrescantes, de la gente limpia y tranquila, de las pequeñas iglesias con sus torres puntiagudas y de las grandes y sombrías catedrales, le curó el alma. De algún modo recobró un vago reconocimiento de que la vida aún era buena; y que si era buena Dios debía de existir; y que en un futuro lejano sería necesario reconciliar su dolor con este hecho. Una vez había experimentado ira, dos veces, aflicción; pero cuando a su hermosa y brillante Edith, de cuatro años, también se la llevaron, sintió romperse su corazón, cayendo, por último en el silencio. También las vidas dolorosas de la gente entre quienes había trabajado intensificaron esta sensación de desgracia en todas partes. Necesitaba ver países donde la gente estuviese modestamente próspera y donde el sufrimiento no se ofreciera a la vista.

Finalmente se dirigieron hacia el Norte, a Holanda, y allí buscó ávidamente Utrecht y la antigua fábrica de muebles de Mynheer, más moderna ahora y todavía una gran casa de negocios. Era encantador conducir a Edwin y enseñarle la ciudad y la casa de los abuelos, y observar al mismo tiempo cómo empezaba a crecer en él el orgullo de su vigoroso linaje. Salió del aislamiento en que había vivido durante los diez últimos años y arraigó de nuevo entre su propia gente.

Las dos semanas pasadas en Inglaterra durante los últimos días de verano llenaron su alma de belleza. Le parecía que su cuerpo era ya el mismo de antes y que su ánimo estaba un tanto restablecido. Por lo menos, pudo olvidar su antiguo dolor, y si no le era posible mirar hacia lo futuro, podía, sin embargo, pensar con alegría y emoción en su país y en su hogar.

* * *

¿Cómo era posible que en diez largos años aquella llanura hubiese permanecido apacible y bella? De nuevo se sentó a la ventana del cuarto de su adolescencia, contemplando la escena de antaño; jamás podría hartarse de tanta tranquilidad ni de aquella vista. Era para ella más dulce que la música admirar los cerros cubiertos de bosques que surgían de los campos serenos y fértiles; contemplar la calle de la aldea bajo sus amplios olmos y arces; entrar una vez más en la pequeña iglesia blanca de la cual aún era

pastor el hermano de Andrés, oír sus sermones, un poco más vagos; observar a su esposa, un poco más redonda, y reconocer que todo lo demás continuaba igual, excepto en los diez años más de vida sobre cada uno de los rostros familiares.

Encontró en su casa a los mismos que conocía y amaba; su padre, con la cabeza blanca como la nieve, con el genio más caprichoso que nunca y todavía un poco terco con Andrés; Cornelio, casado ahora con una linda mujer de cabellos negros, mucho más joven que él y que lo dominaba por completo. Todas las hermanas estaban ya casadas, salvo la mayor y la menor; y Lutero… ¿era posible que aquel muchacho turbulento se hubiese convertido en este próspero y floreciente hombre de negocios, con mujer y dos hijos?

Todos se mostraron muy contentos de verla, tiernamente condolidos, recibiéndola de nuevo en su antiguo hogar; y, sin embargo, ¡cuán vasta e irrevocablemente separada estaba su vida de ellos! Acompañábala constantemente una morbosa sensación de extrañeza, recuerdos de otros rostros, de tierras más peregrinas. Conversó con cada uno de su familia; celebraron las alegres veladas musicales de otro tiempo; visitó los hogares de sus hermanas y participó en todos los detalles de su vida, cocinando, lavando, limpiando la casa y concurriendo a los largos paseos por la hermosa campiña otoñal en el birlocho, tras los dos viejos caballos, encontrándose todo el tiempo medio ausente, hasta que al fin cayó en la cuenta de que el vasto abismo del conocimiento de la vida era lo que separaba su experiencia de la de sus hermanas. Vivían seguras y amparadas en una tierra rica, fértil y nueva. Por su parte, ella conocía ya también aquel otro país, aquella tierra antiquísima, fétida a causa de la vida demasiado prolífica y excesivamente atestada de gente que padecía…, una vida que nacía y moría con excesiva rapidez, una vida sombría y ardiente.

Poco a poco se dio cuenta de que, no obstante las raíces que su nacimiento y su amor habían plantado en su país, en América, estaba, sin embargo, unida también a China: unida por lo que de ella conocía; unida por almas, como Wang Amah; unida por los tres cuerpecitos que dormían en aquel antiguo suelo y que terminarían fundiendo sus pálidos restos mortales con su oscuridad. ¡Ah!, aquel país no era ya extraño para ella. Sería soportable regresar algún día,

porque yacía en él una parte de su propio espíritu y de su propia carne.

Mas, durante algunos meses, nada se habló de regresar. El maravilloso otoño pasó… ¿Siempre era tan maravilloso? ¿Habían florecido los arces de idéntica forma en cada uno de aquellos diez años pasados? Llegó el invierno y reuniéronse para celebrar la Pascua los hijos y las hijas y los nietos bajo el techo de la gran casa blanca. Encontrábase Edwin entre ellos, fuera de sí de alegría. Demasiado excitado para hablar con coherencia, precipitábase a través de los días risueños y llenos de diversiones, con una libertad en la casa, en los bosques, en los campos, en la nieve y en el hielo, como jamás lo había soñado.

—¡Oh, me encanta América, madre! —exclamaba sin cesar.

Esta exclamación llenaba a Carie de angustia. Si volviese de nuevo allá, ¿le privaría de este hermoso país, que era su herencia? Mas existía aún entre ella y la otra tierra aquella tácita y melancólica unión. No, no se resolvería por ahora.

Después de la Pascua fueron a visitar el hogar de Andrés una inmensa e informe casa de campo en el río Greenbrier. Allí la gente era diferente de la de su aldea. Prodigaban la comida, y el despilfarro chocaba grandemente con el económico espíritu holandés; no obstante, siempre había escasez de dinero, aunque la fruta y los productos estaban desperdiciados por doquier en la extensa finca. El padre de Andrés era un hombre alto, delgado y sombrío, con ojos profundos y religiosos, y de carácter terco y místico. Sonaba su voz con la solemnidad del que habla desde el otro mundo.

La madre de Andrés, en cambio, era una anciana de un sarcasmo burlón y tenía una lengua agria y mordaz. Cuando cumplió los setenta años decidió retirarse de la vida activa, y aunque todavía conservaba una salud robusta, pasaba sus días en su mecedora o en cama, y desde estos dos puntos estratégicos contemplaba el mundo. La gran diversión de su vida la constituían los interminables altercados que sostenía con su marido, quien, no teniendo talento para discurrir, le contestaba con voz de trueno hasta reducirla al silencio.

Todas las noches hacía encender el anciano un fuego de leños en la gran chimenea de piedra y, tendiéndose en la piel frente al hogar,

miraba las llamas, ceñudo y en silencio. Nadie sabía en qué soñaba, pero por aquella época, cuando la gente temía el misterioso mal de las corrientes de aire, tenderse frente al fuego todas las noches en esa forma venía a ser una verdadera hazaña. Su vieja y burlona esposa jamás dejaba de gritarle:

—¡Te va a pillar la muerte, tendido ahí!

O si esto resultaba demasiado moderado para provocar una respuesta:

—¡Te estás portando como un niño chico, acostado ahí!

No descansaba hasta que, habiéndole regañado lo suficiente, lo veía volverse a ella, fruncidas las cejas, hirsutas y canosas, y le oía tronar:

—¡Silencio, mujer!

Después de lo cual se ponía alegre y no le hablaba más, excepto para emitir un bufido de vez en cuando durante la tarde, cuando descansaban sus ojos sobre él.

De este matrimonio y de esta casa severa y sin alegría salieron dos hijas y siete hijos, de los cuales todos, menos uno, eligieron la carrera eclesiástica. Parecióle a Carie un extraño hogar carente de todas las pequeñas elegancias y finezas de la vida que habían hecho del suyo un lugar tan agradable. Pero a la luz de su visita, que intentó abreviar en lo posible, comprendió mejor a Andrés con su austeridad, su fuego reprimido de un modo tan singular y el poderoso impulso místico de su vida.

* * *

Al final del otoño se había dado cuenta de que otra vez iba a dar a luz un hijo, y le parecía que debía quedarse en su viejo hogar hasta que comenzara aquella pequeña vida. Volvió, por lo tanto, a su vivienda para esperar, y vivió durante la hermosa primavera americana negándose a pensar en lo pasado y en lo futuro, participando con Edwin en el encanto de la siembra y de la fruta tempranera, gozando, como en un sueño, de coger manzanas del árbol en junio, y de comer fresas y guindas humedecidas aún por el fresco y plateado rocío de la mañana.

Entregóse por entero a la vida sencilla y perfecta, contentándose con no pensar en nada hasta que hubiese nacido el niño. Hasta las mismas tareas de aquella vida eran alegrías: lavar la ropa bajo los

árboles, en el patio interior, donde las tinas se colocaban bajo un gran olmo, la caldera colgaba de una armazón de hierro y el agua profunda y clara se extendía de un pozo cercano; planchar la ropa, blanca como la nieve, en la frescura de la bodega, con la puerta abierta hacia el verde jardín, mientras zumbaba una abeja en torno al trabajo; batir la mantequilla y verla constituir primero granos dorados sobre la superficie de nata de la leche, y juntarse en seguida en una sólida masa dorada; y moldearla, salada y fresca, con el viejo molde que usaban para las fresas.

Edwin estaba en todas partes exigiendo su participación en cada una de las actividades, pero escapándose de vez en cuando para brincar, descalzo, con sus primos, a través del huerto y de las cuadras. Restablecióse Carie más que nada con la vista de cómo desaparecía la palidez que le había dado el Oriente, y cómo crecía, fornido, sano y despierto, y bullicioso y alegre, como nunca antes lo había visto.

Lo mejor de todo eran las mañanas del domingo, con el desayuno en el grande y fresco comedor, y servido tan tarde que hasta Hermanus se encontraba presente. Inundaba toda la casa, inmaculada por la limpieza del sábado, una atmósfera de serena santidad. Venía en seguida la parsimoniosa caminata a la iglesia, vestidos todos con sus mejores trajes, con la amada cabeza blanca de su padre conduciendo la columna de la familia que avanzaba por la sombreada calle de la aldea; oíanse allí los saludos graves y amistosos de los vecinos, la música de las campanas de la iglesia —la música más dulce para Carie—, y después la hermosa calma de la santidad en el apacible templo. Allí, de seguro, estaba Dios, casi visible.

Con esta belleza y esta paz sintió Carie que su país la curaba. Y entonces, sin visión repentina y sin señal alguna, el recuerdo de su antiguo propósito vino a alojarse de nuevo en su corazón. En su país todo era bello, virtuoso y puro, allá estaban las manos oscuras y vacías, los cuerpos quebrantados y el llamamiento patético e irresistible de los desamparados a su demasiado tierno corazón. Sin señal alguna pues, y sin visiones repentinas de Dios, sino solamente por el eterno y silencioso llamamiento de los hombres infelices y, según ella, de algún modo condenados, sabía que era preciso volver.

* * *

Su hija nació en un hermoso día de verano y, pasada ya una hora, volvióse en el lecho para mirar la llanura y las montañas. De alguna parte la dicha de vivir le vino a inundar de nuevo su corazón. Una vida nueva… Un diminuto ser tendido a su lado… ¿Qué mejor nombre podía darse a la criatura que éste; su pequeño Consuelo? Y así la nombró.

Pasaron todavía cuatro meses antes de que la niña estuviese bien lanzada a la vida; al cabo de este tiempo se había convertido en el centro de la casa. Todos los días las primitas lavaban su ropa con orgullo, y se la llevaban doblada, recién planchada y fragante de viento y de sol. Todos estaban orgullosos de la rubia lindeza de la criatura en una familia en que ordinariamente los ojos eran oscuros, y para la madre convirtióse Consuelo en esperanza también.

Con la pequeña Consuelo, pensaba para sí, incluso le sería posible abandonar de nuevo su país; con la hijita americana, nacida en su propio hogar, podría volver a aquella otra tierra. Si alguna vez se sentía invadida por el temor, pensando con cuánta rapidez habían nacido y desaparecido aquellas otras vidas breves, sabía, sin embargo, que era preciso partir por consideración a Andrés, quien no se contenía ya de impaciencia por llegar y ponerse a trabajar.

Sí, era necesario partir. ¿Había sido precisa la muerte de aquellos tres para doblegarla a la voluntad de Dios, a su silenciosa voluntad? Estaba, pues, doblegada y acataría su voluntad. No pediría más señales de Dios. Obedecería ahora y tendría confianza. No podía menos que obedecer al llamamiento, si no de Dios, ya que Él no hablaba, por lo menos al de aquellos que vivían en aquel otro país, los menos felices, los menos afortunados, los oprimidos por la vida. Quizá fuera en esta forma como Dios hablaba. Pero, hablase o no, ella obedecería e «iría por todas partes».

* * *

Regresó, pues, por mar y tierra. Sentía en su corazón el terror del océano e invadiéronla una multitud de recuerdos terribles cuando el consabido mareo le robó su leche, viéndose entonces obligada a alimentar artificialmente a su criatura. Tampoco fue posible lograr que la niña, que era por naturaleza pequeña de cuerpo, pero de una poderosa voluntad, tomase de la botella, y uno de los recuerdos graciosos de Carie sobre este viaje fue el de Andrés

sujetando, en sus grandes y torpes manos, a la criatura jovial, pero obstinada, y haciendo equilibrios para alimentarla con la leche de una taza tomada con cuchara. Y de esta manera se le alimentó en la travesía, gracias a los esfuerzos combinados de Andrés y de la camarera, que, afortunadamente, era una mujer bondadosa que concibió afecto por aquel ser diminuto, sonriente y porfiado.

Prosperó, sin embargo, la criatura y se la llevaron a tierra, en Shanghai, vigorosa, alegre y aparentemente inconmovida por sus diez mil millas de viaje antes de que hubiese cumplido seis meses de edad. Era exactamente la hija que le hacía falta a Carie, una niña redondita, animosa y divertida llena de pequeñas exigencias y de buen humor. Wang Amah había tenido noticias de su llegada y había ido a la costa. Fue su cara radiante, con el labio inferior un tanto caído, la primera que divisó Carie al pisar el muelle. La buena vieja de color se precipitó sobre Edwin y, con grande y varonil desagrado de éste, lo estrechó contra su pecho. Tomó, entonces, en sus brazos a la niña rubia y redondita —siendo ésta para ella la reencarnación de las dos criaturas muertas— y la abrazó, riendo y llorando a la vez. Cuando Carie quiso llevar ella misma la niña al hotel, en la *rickshaw*, no consintió Wang Amah en entregársela. En cuanto a Consuelo, aceptó este nuevo cariño como un derecho suyo, admirándose un poco del rostro amarillento y del aspecto extraño de Wang Amah, concediéndole, sin embargo, su aprobación.

Detuviéronse tan sólo un día en la costa, pues estaban ya a fines de otoño, el tiempo era fresco, y Andrés ansiaba reanudar sus viajes por el campo. Aquel día, sin embargo, encontró Carie una hora para visitar el diminuto pedazo de terreno en que yacían sus tres hijitos y plantó allí una estaquilla de rosal blanco, que llevaba de su casa. El día de su partida la había desenterrado y, envolviéndola bien en tierra vegetal y arpillera, la había regado durante todo el camino a través del mar.

—Estos tres pequeños no vieron jamás nuestra América, su propia tierra —dijo ella a Edwin con tristeza, mientras éste la ayudaba—. Nacieron y murieron en un país extraño, y siempre será un consuelo para mí pensar que sobre ellos hay algo de América y de nuestro propio hogar para adornarlos y protegerlos.

Crecía una gran palmera junto a la sepultura y bajo su sombra prosperó y floreció el blanco rosal americano.

En seguida zarparon nuevamente, viajando primero en vapor por el río Yangtsé y después en junco por el Gran Canal. Dirigíanse a su antigua vivienda de Tsinkiangpu.

Quedaban en la casa los dolorosos recuerdos… Aquel horrible desagüe donde se había lastimado Arturo… no pudo soportarlo y lo tuvo que llenar y cubrir con un macizo de flores. Pero no quiso pensar en el pasado. Encontrábase en la casa aquella nueva presencia, menuda, alegre y exigente; era necesario educar a Edwin; venía otra familia americana a vivir allí también; habría un compañero de juegos para Edwin, y ella tendría como amiga una dulce y suave mujer americana. Sobre todo, estaban aquellos que le habían vuelto a llamar con el mismo silencio de sus sufrimientos: las oscuras turbas que vivían en la tierra de su regreso. Había ido la primera vez por amor a Dios; entonces iba por amor a ellos.

* * *

Yo misma puedo empezar ahora a contar algo de esta historia, por haber iniciado propiamente en esta época mi conocimiento con esta mujer americana. Mis primeros recuerdos de ella son de la casa de Tsinkiangpu. Son recuerdos muy triviales, apenas unos cuadros vagos y repentinamente iluminados de cuya realidad dudaría si no estuviesen tan inamoviblemente en mi espíritu.

Recuerdo una mañana temprano de primavera, en el patio, donde crecían las rosas por todas partes, adornando la muralla gris de ladrillos y ardiendo al borde de un pequeño prado verde. Estoy sujeta de la mano de Edwin y camino, vacilante, por el gran portón, cerrado siempre contra el mundo que pasa al lado de afuera. Álzase el portón como seis pulgadas del suelo, y debajo de él marcha una procesión interminable de pies…, pies desnudos, pies con sandalias de paja, pies calzados de terciopelo. Son para mí el desconocido mundo exterior. Me detengo y con mucho cuidado, pues soy algo obesa, me inclino hasta el suelo y atisbo por debajo del portón. Pero, por mucho que escudriño, no veo más arriba de los vestidos ondeantes, que llegan hasta las rodillas o hasta los pies, y las piernas desnudas y oscuras cuyos músculos sobresalen como cuerdas. Nada puedo comprender de esto y, sacudiéndome, me vuelvo a levantar.

En este preciso instante sale ella, la persona en torno a quien

gira nuestro mundo interior. Lleva un vestido blanco con vueltas y toca sus cabellos castaños y rizados con un grande y viejo sombrero de paja rodeado de una cinta roja. Lleva un par de tijeras de poda y empieza a cortar rosas, húmedas por el rocío, hasta completar una gran brazada.

Con el brazo extendido las sujeta y sus ojos contemplan una rosa blanca y perfecta, grande, según me parecía, como un plato. Está cubierta de relucientes gotas de agua. Por último, la acerca delicadamente a su nariz, y yo, viendo la expresión extática de su rostro, reclamo también para mí este privilegio, por lo cual me ofrece la rosa y yo sepulto en ella la cara con temeridad. Es aún más grande y más mojada de lo que yo había pensado y me retiro de ella estornudando, boqueando y empapada, con toda la sensación de haber sido repentinamente sumergida en un pozo helado.

Paréceme que durante todo un verano apenas la vi. Yacía día y noche en su cama, muy disminuida y delgada, con sus ojos enormes. Una vez por la mañana y otra por la noche, Wang Amah me conduce a su lado. Pero antes me pone siempre un vestido blanco y limpio y me ensortija el pelo rubio en forma de un largo túnel que corona mi cabeza, operación que se hace perfecta en el moreno dedo de Wang Amah, que, mientras trabaja, hace salir su lengua de la boca. Cuando su lengua vuelve a entrar, sé que ha terminado y que puedo moverme otra vez. En verdad durante todo este verano Wang Amah se me parece mucho más importante que ninguna otra persona. Me baña, me alimenta, me canturrea las más lindas de las melodías chinas, me llena la cabeza de rimas chinas, me riñe en todos los tonos por mi excesiva independencia y, dos veces al día, me prepara para el rito de entrar al aposento de aquella otra mujer, de la mujer blanca.

Mucho después, cuando Carie volvía a referir la historia de aquellos días, supe que había sido víctima nuevamente de uno de los temidos gérmenes intestinales de la disentería, y que había pasado tres largos meses tendida en su cama, durante todo el caluroso verano. Decía que se vio obligada a entregar los niños al cuidado de Wang Amah, y aunque Edwin era un muchacho grande, Consuelo contaba sólo dos años. Temía constantemente por la criatura, pero dos veces al día se la llevaba Wang Amah, fragante, inmaculada y fresca, con el pelo recién cepillado y encrespado y la

carita contenta y de buen humor. En aquellos días no había un médico allí, pero una amiga de Carie, una de las muchas a quienes había prestado en alguna ocasión un buen servicio, que era inglesa y, además facultativa, dejando su propio trabajo y su puesto, en vez de tomar vacaciones, fue a cuidar a Carie, atendiéndola durante todo el verano. De no haber sido así, Carie habría muerto con seguridad, pues estaba nuevamente embarazada.

La disminución del gran calor de septiembre trajo consigo, en una mañana fresca y borrascosa, un hijo, a quien su madre llamó Clyde, un muchachito gordo, de pelo negro y ojos azules. Carie, viendo al niño rollizo y sano, se admiró de que su gastado cuerpo hubiese podido dar un fruto tan robusto y vigoroso. El tiempo fresco le trajo, sin embargo nueva salud, y su magnífico organismo respondió una vez más.

* * *

Fueron éstos, en suma, años de felicidad para ella. Reanudó poco a poco su trabajo entre la gente, abrió de nuevo su pequeña clínica para madres y niños, así como sus clases de lectura, y volvió a recibir a un sinnúmero de personas que acudían a ella en busca de ayuda de cualquier especie. Pero, con todo, no abandonó a los niños. Atendía la clínica junto al portón, y enseñaba y recibía las visitas en una habitación de la casa desde la cual podía mirar, por la ventana, a los niños que jugaban en el patio.

Hacía este trabajo por la tarde. Por la mañana había que enseñar a Edwin, pues ya era un muchacho grande y desarrollado para sus años; en cuanto a Consuelo, antes de que uno se pudiera dar cuenta, clamaba que quería que se le enseñase a leer. Crecían, pues, sus hijos, a pasos agigantados, fuertes, sanos y de una inteligencia despejada. Deleitábanse los niños con la música y con los colores. Veíase en la necesidad de inventar para ellos una variedad de cosas, porque aquella madre americana tenía que suplir, con su propio ingenio y sus propios recursos, todo aquel ambiente americano que era la herencia de sus hijos. En aquella época fue objeto especial de su preocupación Edwin, que se convertía ya en un talludo adolescente y que terminaba sus estudios y las tareas que ella le imponía con más facilidad de la conveniente. No quería ella que tuviese demasiado ocio, demasiado tiempo para vagar por las calles.

La familia americana en quien había puesto tantas esperanzas no se quedó sino un tiempo corto, y nuevamente era ella la única compañera de Edwin. Su temor constante era que no pudiese mantener sus hijos a la altura del nivel de costumbres y de pensamiento de su propio país, y que, a pesar de ella, la lánguida aceptación oriental del estado presente de las cosas se infiltrase en las almas de sus niños y los enervase.

La única disputa verdadera que tuvo con Wang Amah fue a causa de esto. Carie, viendo que a Edwin le disgustaban las actividades físicas, le impuso la tarea de llevar todos los días la madera para encender las estufas y, además, la de mantener su propio cuarto limpio y ordenado. Era esto un sacrilegio para Wang Amah. ¡El hijo mayor… obligado a hacer el trabajo de un criado de la casa…, era absurdo! Mientras estaba la familia desayunándose, solía dirigirse con sigilo al cuarto de Edwin y lo ponía rápidamente en orden; cuando entraba el joven, allí estaba su cuarto, brillante, inmaculado y con su trabajo hecho. Guardó un discreto silencio, hasta que un día Carie descubrió a Wang Amah en la ejecución de su servicio de amor.

Carie poseía un carácter violento y, en ciertas ocasiones, una lengua incisiva; en aquella época tenía ya un completo dominio del idioma chino. Además, no toleraba intervención alguna en lo que concernía a sus hijos, en especial tratándose de lo que ella consideraba necesario para su educación y su virtud. Diole a Wang Amah su franca opinión, y la suave y vieja mujer respondió, excusándose:

—Para nosotros es algo vergonzoso hacer trabajar al hijo mayor. Con las mujeres sí, eso está bien, pero no con los hombres.

—¡Sí! —exclamó Carie, indignada—, y así es como vuestros hombres llegan a ser tan ociosos y demoníacos como aquel del cual yo te libré.

Era una respuesta completa, y Wang Amah, herida, se alejó. Más tarde, Carie, instantáneamente arrepentida, como siempre, intentó explicarle que era necesario obligar a los muchachos a trabajar si se quería que llegasen a ser algo, y que en América a los hombres y a las mujeres se les enseñaba y evaluaba en igualdad de condiciones. Pero era éste un orden social demasiado elevado para la comprensión de Wang Amah. Ésta no volvió a protestar.

En aquella época, pues, dedicó Carie una gran parte de su esfuerzo a la formación de su hijo mayor; no era fácil acostumbrarlo a ser cortés con su madre, su hermana y las mujeres chinas que iban de visita, en un país donde todo el ambiente tendía a darle una opinión falsa y exaltada de sí mismo. Era, pues, Edwin un muchacho altanero, y como las sirvientas lo trataban con una excesiva deferencia y él oyó hablar de su posición como hijo mayor, encontró Carie gran dificultad en contrarrestar todo aquello. Hallábase Andrés continuamente lejos del hogar y cuando volvía por un breve espacio de tiempo a descansar se sentía demasiado extenuado para penetrar en el interior de la vida de su hijo.

Tengo como recuerdo de esta época de su vida un pequeño periódico que él redactaba todas las semanas a insinuación de ella, una hoja ilustrada con un ingenioso dibujo a pluma de un junco. El junco navega a toda vela y salta con el viento; es, en efecto, un dibujo vivo y animado. Este periódico fue idea de Carie, pero Edwin, cuya inclinación natural era escribir y dibujar, la acogió con entusiasmo. Reunía noticias de diversos lugares y enviaba avisos a las misiones y a los puertos más alejados, encontrando no pocos suscriptores que sin duda se alegraban de poder ayudar al muchacho con unas pocas monedas al mes. Acumuló de esta forma un poco de dinero sobrante que él gastaba, según me temo y a pesar de la vigilancia de Carie, en dulces, como tallarines chinos, confites de sésamo y los pastelitos mantecosos que vendían los buhoneros ambulantes.

Pero si era Edwin un continuo problema, era también para ella una alegría. En cuanto a Carie, Edwin me ha dicho que ella llenaba su vida de una manera notable. Su recuerdo de ella es el de una compañera alegre, animosa e interesante, a quien siempre se le ocurría una solución. En cualquier momento podían iluminarse aquellos ojos jaspeados de oro, y entonces exclamaba:

—¡Ya sé lo que podemos hacer!

Y siempre hacía algo encantador. Le enseñaba a leer y a tocar el violín, y simpatizó siempre, aunque era a la vez un crítico severo, con sus intentos de escribir una novela y un poema épico. Es verdad que no aprobaba lo de la novela. En realidad, con nada se deleitaba tanto, aunque en secreto, como con una buena novela, pues era humana hasta el fondo de su corazón y los asuntos de los hombres

le interesaban sobre todas las cosas. Pero la religión de su época le había enseñado que las novelas eran pecaminosas y que debían clasificarse junto con el baile y el juego, y era característico de la dualidad de su naturaleza que pudiese reír con el más sano placer al leer *Pickwick Papers* y sentir, en seguida, remordimientos por haberlo encontrado divertido. Adoptó un término medio de conducta al prohibir todas las novelas en su casa, excepto las de los clásicos, y por lo menos a esto se debió el que los niños, desde un principio, sintieran un gusto exclusivo por lo más selecto. A los siete años encontrábase Edwin sumergido en la lectura de Dickens, Thackeray y Scott, como les ocurrió más tarde a los otros niños también; y desde entonces, como habían ya gozado de este alimento fuerte, hallaron incoloros e insípidos a los escritores de menor calibre.

No fueron suficientes sus siete hijos para enseñar a Andrés a tomar una criatura en brazos o a vestir un niño. Nació profeta y santo; fue un hombre alejado de la vida diaria de la humanidad. Aun cuando se encontraba en su propio hogar, parecía mantenerse a una gran distancia. A ninguno de sus hijos se le ocurría acudir a él para que le abrochara un zapato o un botón. He oído cómo se reía Carie al decir:

—Era la cosa más cómica cuando yo caía enferma, y él tenía que ayudar un poco a Wang Amah en el cuidado de los niños. Me los solía traer con sus vestidos al revés. Se veían tan raros… ¡Una no sabía si iban o venían!

Era, en verdad, un hombre como San Pablo, con quien muchos lo han comparado; un hombre religioso y por naturaleza explorador, que carecía de temor ante muchas cosas, dedicado a lo que él creía su deber y ciego para todo lo demás. Fue siempre para sus hijos una figura un poco vaga que vivía fuera de su mundo. Cuando lo recordaba era muy estricto con ellos, deseando sinceramente su virtud sobre todas las cosas, y, no obstante, sin lograr jamás que la virtud pareciese atrayente. Preferían la impetuosidad de la madre, con sus pequeños arrebatos y sus demostraciones afectuosas e instantáneas de arrepentimiento, sus grandes y estrechos abrazos, sus chistes y su expresión alegre, a la fría virtud del padre.

Sin embargo, en honor a Carie, es preciso decir que ella jamás

dudó de la importancia ni de la primacía de la misión de Andrés. Por mucho que la impacientasen a veces los sufrimientos que ésta le imponía, pensaba secretamente que había en su misticismo algo demasiado elevado para la comprensión de ella y de nosotros, y que nuestro único deber era seguirlo. Alrededor de esta época, por ejemplo, recuerdo lo que llamábamos el «Nuevo Testamento de Papá». Tenía Andrés un agudo sentido crítico de la literatura y durante mucho tiempo se había sentido insatisfecho con la única traducción que se había hecho de la Biblia al chino. Poco a poco, a través de los años, formóse en su cabeza la idea de traducir directamente del griego al chino, por lo menos el Nuevo Testamento. Era un erudito versado en griego, y en sus devociones personales siempre leía la Biblia en el original hebreo y griego. Recuerdo el borde dorado y raído de la edición de bolsillo del Testamento griego que llevaba en el bolsillo interior de cualquier traje que tuviera puesto. Cuando murió y lo sepultamos para el sueño de la eternidad, sabíamos que no podría descansar si no lo llevaba consigo y se lo colocamos para siempre a su lado.

Y así comenzó a trabajar en la traducción por las tardes o durante los pocos días de vacaciones de verano. Al correr de los años, el montón de manuscritos con las largas líneas de escritura china, un poco angular, creció en su mesa escritorio. Llegó a ser un miembro de la casa el viejo encorvado letrado chino que acudía con frecuencia a su llamamiento para consultarle sobre el estilo y las frases.

Mas llegó el día en que el trabajo estuvo terminado y pronto para ser publicado, pero no había más dinero con que hacerlo que el que pudiésemos sacar de nuestros ya menguados haberes. Lo discutieron Carie y Andrés, pensando ella en sus niños y él en su libro. Dijo ella:

—Pero, Andrés, no es posible que los niños tengan menos ropa que ahora; yo la remiendo, la vuelvo y la aprovecho nuevamente y no me atrevo a reducirles el alimento.

—Ya lo sé —dijo él, desesperado y ansioso.

Entonces ella lo miró y, viendo lo que significaba para él aquella publicación, y que era su sueño dorado, le dijo por ultimo:

—De alguna manera lo haremos. Aparta cinco dólares todos los meses y déjalos a un lado; nosotros nos arreglaremos lo mejor que

podamos. Tendré que economizar un poco donde sea posible.

Sentíase nuevamente feliz, aunque desde entonces los niños llegaron a pensar en el «Nuevo Testamento de Papá» como en una especie de pozo en el que se perdieran los juguetes que anhelaban, un vestido nuevo en que tenía puestas sus esperanzas una niñita o los muchos libros que ellos ansiaban tener. Acostumbráronse a preguntar, tristes y anhelantes:

—Mamá, cuando papá termine su Nuevo Testamento, ¿podremos comprar alguna cosa si la deseamos?

Nunca olvidarían el rostro de su madre cuando le hacían esta pregunta. Se la veía enojada, pero no con ellos, y decía con mucha firmeza:

—¡Sí! Cada uno de nosotros podrá comprar la cosa que más desee.

Pero nunca fue así, porque ella murió mucho antes de que Andrés hubiese terminado. Publicó una edición tras otra, revisando cada una para perfeccionarla, y durante toda su vida sufrió de pobreza a causa del Nuevo Testamento. Lo privó del pequeño margen entre la amarga necesidad y la modesta holgura. Mas no permitió ella ni por un momento que los anhelos de sus hijos se convirtieran en quejas. Había tomado una resolución y adaptó su vida a ella, obligándolos a respetar el ensueño de Andrés, aunque ella se rebelara, y a veces sin mucho disimulo, en contra.

Era imposible, sin embargo, que los niños no se dieran cuenta de la gran diferencia entre sus padres. Uno de los problemas que permanecieron largo tiempo en la cabeza de Consuelo, cuando era pequeñuela, fue el siguiente: su padre se presentaba todas las mañanas al desayuno con tres manchas rojas estampadas en la frente, alta y blanca. Desvanecíanse las manchas poco a poco en el curso de la mañana, pero cuando aparecía por primera vez al desayuno e inclinaba la cabeza para rezar la acción de gracias, se veían muy rojas y marcadas. Animóse un día a preguntar a Carie:

—¿Qué causa las manchas rojas en la frente de papá?

—Son las marcas de sus dedos cuando apoya la cabeza en la mano para rezar —contestó Carie con gravedad—. ¡Tú padre reza durante una hora entera todas las mañanas cuando se levanta!

Tanta santidad inspiraba pavor. Los niños buscaron señales de ella en la frente de su madre y uno preguntó:

—¿Por qué no rezas tú también, mamá?

Carie contestó con un no sé qué de aspereza:

—Si lo hiciera, ¿quién os vestiría y prepararía el desayuno, y quién limpiaría y os daría clases? Algunos tienen que trabajar, supongo, mientras otros rezan.

Salió Andrés de su habitual abstracción al oír esto último y observó suavemente:

—Si dedicases un poco más de tiempo a tus oraciones, Carie, quizás el trabajo fuera mejor.

A lo que respondió Carie con bastante obstinación:

—El tiempo es limitado y el Señor no tiene más remedio que comprender que una madre de familia se ve obligada a condensar sus oraciones.

La verdad era que Carie no servía para hacer largas oraciones; rezaba a veces rápida y concentradamente, pero lo hacía mientras trabajaba, y siempre tenía involuntariamente conciencia de que su voz se alzaba; entonces volvía a su tono primitivo aunque no tuviera nunca la seguridad de llegar a ser oída. Durante este período medio de su vida relegó intencionadamente la antigua búsqueda de Dios a un plano secundario de su existencia atareada. No era ella pasiva, y jamás podría serlo, pero tenía certeza tan sólo de una cosa, y esto era que debía hacer lo que estuviera a su alcance para ayudar a los que acudían a ella en busca de auxilio: sus niños, sus vecinos, sus criados o cualquier extraño. Condensó su religión, por último, en tres palabras: «Confía y obedece». Estaba obligada a aceptar gratuitamente la existencia de Dios, si es que la tenía, y ella se comportaba como si realmente estuviera Él allí, y haciendo todas las cosas prácticas sin las cuales ninguna religión tiene valor social. Creo que en ningún aspecto de su vida se demostraba tan típicamente americana como en sus dudas intelectuales, en la secreta seguridad de sus creencias teóricas, y en las rápidas e instantáneas generosidades de su naturaleza.

Las únicas veces que Edwin se acercaba a su padre era cuando, habiendo estado especialmente inquieto en la casa, Carie, desesperada, rogaba a Andrés que llevase ocasionalmente consigo al muchacho en sus excursiones por el campo. Viajaban juntos en junco y en mula sobre grandes extensiones de terreno, y la camaradería obligada de compartir las comidas y el retiro por las

tardes, siendo ellos, allá, los únicos de su raza, hizo que Edwin comprendiera por primera vez la verdadera naturaleza del trabajo de su padre, y, por primera vez también, esta preocupación por la salvación de las almas humanas se revistió para él de una vaga belleza.

La influencia de los dos, pues, de su padre, con su amor por las almas humanas, y de su madre, con su ardiente y vivo interés por el bienestar humano de los hombres y de las mujeres, iba a dejarlo para siempre insatisfecho con cualquier trabajo que tuviese por único fin el dinero. El escepticismo inherente de su madre, que ella dominó durante toda su vida mediante el más tremendo esfuerzo de voluntad, floreció en él y en su época, de modo que jamás pudo volver a una misión religiosa, pero subsistía en él la influencia sutilísima que lo había formado irrevocablemente y de tal manera que veía ante todas las cosas a la Humanidad y estaba siempre dispuesto para responder a sus necesidades.

Entretanto Andrés había llegado a una de sus periódicas conclusiones de que debía penetrar aún más al interior, donde nadie hubiese predicado todavía el Evangelio, y le comunicó a Carie que nuevamente «sentía el llamamiento».

Carie escuchó con la más completa consternación. Aquella casa y aquel patio habían llegado a ser su hogar. Allí estaban sus flores y había espacio para que los niños pudiesen vivir y crecer. Rodeábale la ciudad tenebrosa, mas ella había llegado a aceptarla y había hecho en su centro el oasis de un hogar americano. Era de aquellas personas que revisten sus bienes con algo de su propia personalidad. Su jardín, sus habitaciones, su caja de costura, su silla…, todo parecía de algún modo pertenecerle y formar parte de ella.

Pero antes que estas raíces, que empezaban a profundizarse, había otras igualmente profundas. Tenía a sus amigas, mujeres chinas atraídas a ella por su simpatía para con sus necesidades o por su amabilidad, que les permitía vagar a su antojo por la casa y contemplar la magia de las estufas, de la máquina de coser, del órgano y de todas las maravillas de un país extranjero. Carie había llegado a querer a aquellas mujeres, olvidando fácilmente, según su costumbre, las diferencias de raza y de educación. Por lo demás, iban a llegar dos familias blancas, y ella se deleitaba por anticipado

ante la perspectiva de tener dos amigas de su propia raza. Pero estas raíces en un lugar y en un grupo que ella amaba inquietaban a Andrés. Sentía que se acumulaba un exceso de trabajadores en un sitio; era preciso penetrar en nuevos campos de acción.

Carie discutió, suplico, estuvo muy enojada, hasta lloró un poco y, de repente, capituló. Bien sabía en aquel campo que nada había tan inconmovible como un hombre de Dios cuando cree que su Dios le ha hablado. En medio de un silencio pétreo embaló sus bienes y desenterró las raíces de sus rosas, mientras Wang Amah envolvía sus cosas en una cama y en un gran pañuelo azul. Y estuvieron dispuestos para partir.

CAPÍTULO CUARTO

Andrés había elegido para su nueva base una pequeña ciudad al norte. Pero la gente era muy hostil a los extranjeros y no quiso ofrecerles una casa en arriendo, de modo que, por último, Andrés llevó a su familia a una hostería y vivieron allí en tres habitaciones miserables, con muros de adobe, techo de paja y piso de tierra aplanada. En todo su derredor, y separada tan sólo por una baja pared de barro, vivía una multitud de gente ordinaria en la más sórdida y promiscua inmundicia.

Carie plantó sus rosales en macetas y se entregó valientemente a la tarea de formar aún otro hogar americano. Mas le había abandonado algo de su espíritu. Lo desconocido era para Andrés ya esencia de la vida y un desafío para su alma; pero para ella el nuevo comienzo en tales condiciones, con las habitaciones atestadas y la falta de jardín, la proximidad de las enfermedades y de la inmundicia, y sobre todo, la sombría hostilidad de la gente, era terrible. Apoderóse irresistiblemente de ella el recuerdo de sus tres hijos muertos. Sus vidas breves habían llegado a representar para ella sacrificios a Andrés y a su Dios. Vigilaba celosamente a los tres que aún le quedaban… ¡No más sacrificios!

Mas para Andrés fue un año de oportunidades estimulantes, aunque también lo fue de grandes penalidades. Se estaba en guerra con el Japón y en aquellas regiones remotas cualquier rostro extranjero era tenido por japonés. Encontrábase una mañana Carie sentada tomando el desayuno con sus niños. No había visto a Andrés durante muchas semanas, cuando entró éste de improviso. Vestía tan sólo su ropa interior, andaba descalzo y le sangraban unas heridas en la espalda y en los hombros.

Le habían robado la mula, el equipo de viaje, las provisiones y cuanto poseía, y había sido acuchillado por una banda de soldadesca errante, quienes insistían, no obstante sus protestas, en

que era japonés…, ¡cuando Andrés medía seis pies de estatura, tenía ojos azules y en aquellos días lucía una barba rojiza!

* * *

Durante el invierno la casa de adobe con techo de paja probó que era peligrosa por lo húmeda, pues el pequeño Clyde cogió un resfriado que se convirtió luego en pulmonía. Andrés, como de costumbre, se encontraba ausente. No había un médico en muchos cientos de millas a la redonda y Carie experimentó una vez más el antiguo terror a la muerte. Colgó unas frazadas en una esquina del aposento, formando un pequeño sitio donde no pudieran penetrar las corrientes de aire, y dentro de este refugio, ella y Wang Amah no cesaron de velar durante diez días interminables, hasta que, por fin, y como de mala gana, el lánguido muchachito emprendió el largo camino hacia la salud.

Abrazándolo, Carie se dijo con violencia que aquello había llegado a su colmo…, ¡a su colmo! En toda aquella ciudad no había uno al que le importara si su hijo vivía o moría por la causa del Dios de Andrés. ¿Acaso al mismo Dios le importaba?… No toleraría más sacrificios de sus niños.

Inflexible, empezó a embalar sus cosas y a prepararse para abandonar aquella zona. Había estado lloviendo durante días enteros y el agua había brotado a través del suelo de barro, de modo que tuvieron que colocar tablones sobre ladrillos para poder pisar. Encontrábanse sumergidas las mesas y las sillas en varias pulgadas de agua, pero al amado órgano se le había alzado sobre una plataforma de tablas. Todo lo embaló, y se puso a esperar el regreso de Andrés. Viéndolo llegar una mañana temprano en primavera, corrió a ponerse el sombrero y el abrigo, saliendo a su encuentro con gran sorpresa por parte de él al verla así. Él observó los muebles envueltos en esteras y los rosales otra vez desenterrados. Ella no le permitió pronunciar una sola palabra. Por una vez le hizo callar. Sus ojos se habían tornado dorados y terribles de ira.

—Puede usted predicar desde Pequín a Cantón —le dijo con una voz terriblemente serena—; puede usted ir desde el polo Norte al polo Sur, pero yo y estos niños no lo acompañaremos otra vez. Los llevaré a Chiangkiang, a aquella casa de las montañas, y si está

vacía, nos quedaremos allí, donde hay paz, montañas y aire puro. De otro modo me volveré a nuestra tierra. Ya he ofrecido tres hijos; ya no me quedan más que darle a Dios.

Andrés estaba escandalizado, pero no pudo hacer nada, pues ella ya se encaminaba hacia la verja llevando de la mano a Edwin y seguida de Wang Amah, que en su brazo sostenía a Clyde y daba la otra mano a Consuelo. Andrés, por primera vez, no podía hacer sino seguirla. Bajaron hacia el canal, alquilaron un junco y emprendieron el viaje hacia el Sur. Mantuvo ella su fría determinación hasta que llegaron a Chiangkiang, en un viaje de casi tres semanas. Por fortuna, el pabellón estaba desocupado y, sin decir palabra, se instalo en él.

En esta ciudad estableció un hogar, y durante veintisiete años nadie pudo conseguir que se moviese de allí.

El vivir en la montaña no salvó, sin embargo, a Carie del problema más importante de su vida en aquel momento, y este problema era Edwin nuevamente. Otra vez, cuando estuvieron instalados y en paz, sintióse el muchacho inquieto y solo, sin tener compañeros de su propia edad ni raza. Estaba preparado para ir al colegio, pues era ya crecido con sus quince años. Luego se dio cuenta Carie de la necesidad de enviarlo solo a América. Llegó a esta decisión con tanta rapidez cuanto que anhelaba estampar en él la verdadera América, antes de que llegase enteramente a la madurez. Fue esto un nuevo golpe para su corazón, un nuevo sacrificio por una causa cuyo fin no vio jamás con entera claridad, pero había aprendido ya a ceñirse a la decisión de su vida y a no quebrantarla, y el verano siguiente Edwin fue enviado con unos amigos a América.

Escribió Carie a su hermano Cornelio unas cartas largas y suplicantes, encomendando el muchacho a su cuidado, para que cuando estuviera de vacaciones pudiese ella imaginárselo rodeado de aquel ambiente sano y apacible. Sintióse aliviada cuando hubo partido, pero, a pesar de todo, no faltaron muchas noches interminables en que, atormentada, se desvelaba, reprochándose por haberlo alejado a tan corta edad. Él, que a su lado le había parecido un hombre, volvía a ser un niño al encontrarse lejos. Escribíale largas cartas llenas de amor y de aprensiones, tratando de adivinar todo lo que sentía y pensaba. Estuvo tristísima durante

muchos días cuando supo que había aprendido a fumar, porque temía que hubiese aprendido otras cosas también. Pero Cornelio le envió informaciones favorables sobre el talludo mozo, y éstas las leyó con orgullo. Al final de la carta observaba cautelosamente: «A Edwin lo encontramos un poco perezoso». Alegrábase Carie, entonces, de que su hijo llevase la vida dinámica y activa de su propio país, lejos del ambiente ocioso y soñador del Oriente. Le convenía…, le convenía… ¡Pero había un vacío en su hogar!

* * *

No estaba destinada a conservar mucho tiempo el *bungalow* de la montaña. La familia a quien pertenecía volvió de sus vacaciones y nuevamente se vieron obligados a mudarse. En esta ocasión encontró Andrés una pequeña casa en la ciudad china, pero afortunadamente en los suburbios, de modo que sin dificultad podía Carie llevar a sus dos niños todos los días a pasear por los cerros.

Pero la casa se encontraba cerca del Bund, en el terreno que los chinos se vieron obligados a ceder a los ingleses por el tratado posterior a las guerras del opio, y el barrio estaba plagado de casas de mala reputación. Dábase prisa en pasar con sus niños frente a las puertas abiertas donde holgazaneaban, medio desnudas, mujeres de todas las razas, y alegrábase Carie inmensamente de que no estuviese allí Edwin, con sus agudos ojos de adolescente. Daban vueltas en torno a los burdeles los hombres blancos de los barcos, y esto era para Carie infinitamente repugnante, mucho más que si sólo hubieran sido chinos. Sentía vergüenza y desesperación al ver que desde su hermosa patria, de la que tanto se enorgullecía, pudiesen proceder los dos tipos: Andrés, con la pura llama de su virtud, y aquellos hombres beodos, blasfemos y viciosos. Y, sin embargo, su corazón se abría para ellos también, pues si eran jóvenes —a veces tanto como su propio hijo—, todos estaban lejos de su hogar; y si eran viejos, entonces habían estado alejados tanto tiempo, que no poseían ya hogar en este mundo, y eso era aún más triste.

Volvió una vez más a su antiguo servicio y se mantuvo alerta con los barcos que llegaban de otras tierras, cocinando, asando y llenando su casita con marineros mercantes y de guerra, de quienes escuchaba las ávidas confidencias, supliendo para muchos la falta

de una madre, de una hermana, de una amiga.

* * *

En aquellos días Carie se deleitaba especialmente con Clyde, porque, de todos sus niños, era el más semejante y el más unido a ella. Llegó a ser un niño excepcionalmente valiente y hermoso, de carácter a la vez grave y alegre y, como ella, de un corazón demasiado sensible para su propia conveniencia. Volvíase a su madre instintivamente, como una flor que se vuelve al sol, y cuando se encontraban juntos parecían estar saturados de felicidad.

Ella le había dado su corazón intrépido, y nunca la he visto más emocionada que aquel día en que, teniendo casi cinco años, Andrés lo castigó severamente por alguna falta Infantil —tenía Andrés una mano dura y severa—, y Clyde, tras un breve acceso de llanto, comenzó a cantar valientemente «Adelante, Soldados Cristianos», con los ojos llenos casi de lágrimas y las caderas marcadas y doloridas. Años después, cuando era ya tan sólo un recuerdo, pensaba todavía en su carita húmeda, sus ojos azules, grandes y animosos, y su vocecita temblorosa, y agolpábanse entonces las lágrimas en sus propios ojos. Tenía la misma pasión por la belleza que su madre, y recuerdo cómo, dando grandes voces, corría a saludar los primeros amargones de la primavera, y cómo, cada primavera también, después de su muerte, cogía ella puñados de estas flores para adornar su sepultura con ellas porque él las había amado tanto.

Porque este niño predilecto, cuando tenía apenas cinco años, fue invadido por una fiebre alta y encontróse luego gravemente enfermo. No había otros médicos en la ciudad que un indio mestizo, un hombre suave y bondadoso, sin grandes conocimientos de medicina, y el doctor de las aduanas inglesas, un borracho tan empedernido que nadie podía apreciar su capacidad. El indio declaró que la enfermedad era bronquitis, pero Carie temió desde un principio que fuese difteria, pues había adquirido ya, por sus propios estudios y por su experiencia con los chinos que acudían a ella, un considerable conocimiento práctico de la medicina.

Lo veló constantemente, pero Clyde empezó a agravarse tan rápidamente que ella envió un mensajero en busca de Andrés, que se encontraba en el campo a tres días de distancia. Por último, se le

obturó completamente la garganta al niño, y era evidente que nada podía salvarlo. Antes de que pudiera llegar Andrés el niño murió, y una vez más Carie estrechó un hijo muerto en sus brazos.

Andrés llegó a tiempo para ver a su hermoso hijito en el ataúd. Al día siguiente, el de los funerales, estalló una gran tormenta: la lluvia caía sin cesar. Carie, cansada y enferma, y llevando otra vez en su seno una vida nueva, no pudo seguir al pequeño cortejo hasta el recinto donde yacía la gente blanca.

¡Ah, la infinita tragedia de esos pequeños cuadros de terrenos diseminados aquí y allá en ciudades chinas como aquélla; los recintos en que los hombres blancos y extranjeros se han preparado un reducido espacio para tenderse muertos! Estos recintos siempre están rodeados de altos muros, y los grandes portones, coronados de puntas de hierro, quedan cerrados con unos inmensos barrotes de metal. En el interior de esos sitios extraños y apacibles hay unos pocos árboles, unos senderos arenosos diseñados con orden, y las tumbas, muy juntas entre sí, muchas de las cuales son de mujeres y de niños…, de muchos, muchos niños. También hay sepulturas de marineros, y siempre las de aquellos que, según los epitafios, fueron asesinados a manos de las turbas encolerizadas. Pero si todos ellos en vida fueron extraños en la tierra china, no lo son menos en la muerte; no, aún lo son más cuando muertos. Es como si, aun en la muerte, se quisieran proteger contra la invasión de las multitudes prolíficas e indiferentes.

Recuerdo que el día en que enterraron a Clyde, Carie llorando, contemplaba por la ventana la corta procesión que desfilaba por el sendero del patio, y yo, sintiendo sus lágrimas en mi corazón desnudo y comprendiendo tan sólo a medias, me acerqué a su lado y miré afuera. Caía la lluvia en largas columnas y golpeaba sobre el pequeño féretro que salía por el portón. Cuando ya no lo pudimos ver, seguía ella llorando, no ya apasionada o iracunda, sino como quien llora sin esperanza en el corazón.

Aquel día perdió Carie una cualidad; una parte de su vida dejó de existir. Había querido que los otros fuesen sepultados en la tierra internacional de Shanghai; pero no pudo soportar la separación del pequeño, ni aun en la muerte. Ya que la vida de su madre había de transcurrir en el lejano país, era preciso que su hijito la acompañara siempre.

* * *

El día siguiente al entierro de Clyde, Consuelo cayó gravemente enferma, y Carie, aterrada de nuevo, vio desarrollase los síntomas de la misma dolencia. ¿Iba, pues, a ser privada de todos sus niños? Ya no pudo soportar la vista del médico indio con su mirada tétrica y sin vida y sus movimientos lánguidos. Tomando una silla de manos para llegar más pronto, salió a la lluvia y al viento en busca del médico borracho del puerto. Lo encontró en un burdel con una muchacha china en las rodillas y, precipitándose a su ludo, lo sacudió por el hombro para despertarlo.

—Mi hija se muere —dijo simplemente—. Es difteria. ¿Quiere usted venir?

Algún sentimiento del deber, ya largo tiempo olvidado, se manifestó luchando en los ojos, inyectados en sangre, del hombre blanco. Tambaleando, se levantó, y sin vacilar siguió a Carie, mientras murmuraba:

—Tengo una cosa nueva…, mucha difteria…, lo conseguí en Shanghai; podría probar esa cosa nueva.

Ella descubrió después que, en sus momentos de lucidez, era un médico de no poca calidad, y que el día antes había recibido de Shanghai una cantidad de la nueva antitoxina. No se atrevió Carie a abandonarlo ni un instante, por temor a que perdiese el conocimiento, y ordenó a los portadores de la silla que lo siguieran hasta su vivienda. Entró con él en la casa, lo despertó cuando se sentó y empezó a dormir, registró su laboratorio en busca del pequeño frasco que él, demasiado confuso, no podía hallar, encontró su jeringa hipodérmica, y en seguida lo empujó hasta su casa, al lado de la cama de la enferma.

Allí se repuso él de improviso, mostrándose inesperadamente lúcido y firme de pulso. Suministró la droga. Al primer día la niña estuvo mejor. Con dos inyecciones estuvo ya fuera de peligro. Entonces a Carie, pasada la crisis, se le acabaron repentinamente las fuerzas y no había quien cuidara a la niña durante su convalecencia. Andrés, que se había quedado en casa hasta pasado el peligro, consideró que debía partir para su trabajo. Por lo demás, de nada habría servido su presencia, pues Consuelo no lo soportaba.

Presentóse en aquella ocasión una de las amigas que siempre parecían rodear a Carie, una persona a quien en alguna ocasión

había hecho un buen servicio. Resultó, esta vez, ser una joven inglesa, ignorante y sin educación, que había llegado en calidad de aya de la familia de un oficial de aduanas y que se había enredado en una de las sórdidas aventuras de amor de la vida local. Cuando se vio obligada, por último, a abandonar la casa en que estaba empleada, acudió en el acto a Carie, quien le dio protección y auxilio hasta que, reconociendo su locura y despreciando al hombre que la había deshonrado, consintió en tomar su pasaje de vuelta. Pero retrasó su partida y quedóse para cuidar a Consuelo, tarea que no era fácil, pues durante su convalecencia la niña demostró su fuerza de voluntad y su testarudez. Sintióse Carie tiernamente agradecida por esta ayuda, y la amistad entre ambas mujeres se prolongó a través de los años, continuando mucho después de mejorar Consuelo y de haberse hecho mujer.

Parecióle a Carie que nunca más iba a sentirse fuerte y alegre. Permaneció en el mismo estado durante el invierno y luego se estremeció con el húmedo hielo del río, en los primeros días de la primavera. Otra vez presentaba la casa un aire de melancolía y abandono, ahora que vivía en ella un solo niño y que Edwin estaba muy lejos, absorbido por su nueva vida. No se sentía en absoluto dichosa con la idea de la criatura que estaba al llegar, pues le parecía fútil continuar dando a luz y perder tantas vidas… ¡Era una pérdida, un derroche de vidas tan terrible y desolador!

Volvió a abrigar el antiguo y mórbido temor de que por algún pecado suyo hubiese perdido a sus hijos, algún pecado y rebelión anteriores. ¿No había, en efecto, abandonado su ansiosa búsqueda de Dios y no se había sentido satisfecha con el mero servicio de los hombres? Pensaba que nunca había puesto verdadero empeño en hallar a Dios. Y ahora le parecía que Dios le asestaría un golpe tras otro hasta que ella se sometiese. Empezó a luchar por dominarse ante el temor de un nuevo golpe… Mientras tuviese un hijo, Dios podría nuevamente quebrantarla.

Empezó a dedicar más tiempo a sus oraciones y se esforzó por acallar el antiguo deseo de que Dios le concediese una prueba de que la había escuchado. Estudió libros de prácticas religiosas e intentó seguir ciertas reglas para rezar y para leer la Biblia. Pero su espíritu impaciente y práctico se liberaba de las palabras y a la vez que leía meditaba sobre otras cosas.

Sólo la belleza, pensó, por último, en una especie de desesperación, sólo la belleza sería capaz de sanarla. Recordaba la serena belleza de las nieblas sobre los valles, de las cumbres de las montañas, de las pequeñas hileras de flores que había tenido en todos sus hogares. La belleza de la música y de la poesía dábale también una cierta paz, que, sin embargo, temía, pues no podía sentirse segura de que fuese la paz de Dios, o que, después de todo, no fuese otra cosa que la satisfacción de aquella parte complaciente de su naturaleza que siempre debía subyugar. Toda su vida le habían predicado la austeridad de Dios, y en ella no había austeridad, ni podía sanar con ella.

Cuando en mayo nació su hijita, una niñita de ojos azules y pelo oscuro, Carie apenas pudo sonreír. Pasaron los días y parecía incapaz de reponerse del alumbramiento. Declaróse por último la fiebre y se hizo evidente que tenía la sangre envenenada. Secósele la leche, y dejáronse oír en la casa silenciosa los gritos hambrientos de la criatura recién nacida. Entre Andrés y Wang Amah intentaron alimentarla con una mezcla de leche, de la cual, a pesar de su hambre, se quejaba amargamente. Pero ya la madre no se encontraba en estado de saber lo que a la niña le sucedía.

Entonces Wang Amah previo con angustia esta última catástrofe. Desaprobaba en absoluto los caldos débiles y las aguadas sopas de leche que prescribía el médico para su ama. Una noche, según Carie me refirió después, el caldo que le llevaron tenía un marcado gusto de pescado. Era repugnante, pero supuso vagamente que lo habían colocado cerca de algún pescado y que no podría realmente dañarla, y como necesitaba el alimento lo tomó. Pero después que lo hubo tomado experimentó un raro estímulo. Quedóse dormida al instante y con más tranquilidad de la que había tenido durante muchos días, sintióse mejor al despertar por la mañana. Desde entonces empezó a reponerse.

Muchas semanas después, cuando Carie estaba ya en pie y con buena salud, le confesó Wang Amah que no había podido soportar verla morir y, en efecto, habría muerto si al doctor blanco se le hubiese permitido continuar con su tratamiento. En consecuencia, había preparado un caldo hecho con un pescado especial y unas hierbas que los chinos usan para la fiebre puerperal, y había sustituido por aquél la taza habitual del otro caldo: esto era lo que

Carie había bebido.

—No sé si fue eso lo que me salvó —solía decir—, o si la fiebre estaba a punto de desaparecer. Pero el caldo de Wang Amah no me hizo daño, y tenía ella muchos conocimientos de este género que la vida le había enseñado.

En todo caso, Carie se encontraba de nuevo bien, y eso era suficiente para nosotros.

* * *

Al verano siguiente el *bungalow* de la montaña se encontraba nuevamente desocupado, pues la familia que vivía en él había regresado definitivamente a América. Entonces fue destinado a Andrés y Carie como vivienda. A cualquier otro le podría haber causado escasa alegría, porque era una decrépita casita de ladrillos cuyos suelos combados estaban plagados de ciempiés y de escorpiones. Recuerdo el rito regular de cada noche en el tiempo de calor, en el que Andrés sostenía la luz en alto, mientras Carie, con su enérgico brazo, aplastaba los insectos venenosos con una vieja zapatilla de cuero. Escondíanse los ciempiés en los sitios más íntimos; en una ocasión, Carie encontró un nido de ellos debajo de su almohada, y en otra, Andrés extrajo uno grande de su esponja, mientras se bañaba por la mañana. Pero la casita era para Carie la felicidad. Había un viejo jardín, grandes árboles y un rosal blanco que trepaba por la galería. Cuando en mayo se mudaron a la casa, el rosal estaba en flor y se ofrecía en racimos de diminutos botones blancos, pesados y dulcemente fragantes. Allí tenía su nido la tórtola.

En el *bungalow* Carie se dedicó por entero a su vida. Consuelo llegaba ya a la adolescencia y debía ser iniciada en todas las costumbres de las mujeres de América, y también estaba la niña Fe. Carie podía, además, vivir plenamente contenta, pues en su derredor se desplegaba la belleza de los cerros y de los pequeños valles en cuyos campos como jardines trabajaban las diminutas figuras amarillentas, y para Carie la belleza era una especie de oxígeno que le daba vida y energías. Allí se elevaban al amanecer las neblinas desde el río envolviendo los bambúes esponjosos, y la alta hierba plateada cubría las sepulturas en los cerros. Veíanse en los campos de estos valles las redondas lagunas de agua guarnecida

por sauces y duraznos, y en la primavera le parecía que era lo más bello que en su vida había visto.

Diéronle las cartas de Edwin, también, nuevos motivos para alegrarse, pues sentíase el muchacho más feliz que antes. Al principio se había encontrado desesperadamente solo, y el país al cual ella le había enseñado a llamar patria mostrábase para él, sin embargo, extraño. Habíase ella acongojado por esta razón, y pensó ahora:

«Hice bien en mandarlo entonces, pues, de lo contrario, jamás se habría adaptado a su país».

La conciencia de haber obrado bien con su hijo le proporcionaba, así, un consuelo. Cuando él empezó a ambientarse y a descubrir a América por sí mismo fue para ella misma como la renovación de su amor por su patria.

En cuanto a los cuatro que estaban muertos, nunca se encontraban lejos de su pensamiento. Cuando le era posible, visitaba a los tres que estaban en Shanghai, y el pequeño recinto encerrado en que yacía Clyde se encontraba a una distancia tan fácilmente accesible a pie que podía escaparse furtivamente y sentarse un rato junto a la apacible sepultura.

Y así se dedicó resueltamente a esta etapa media de su vida; una vida, como siempre, de múltiples actividades. Estableció un nuevo hogar, y por primera vez con una impresión de permanencia. Las seis habitaciones eran espaciosas, con anchas ventanas que se abrían de par en par sobre el jardín, el valle y la montaña; era para ella una delicia establecer allí su hogar.

Mis recuerdos de aquella casa son los de un lugar de encanto para todos nosotros por su sencillo orden, por su limpieza y por el adorno de sus flores, y tengo aún en mis sentidos el dulce olor de las esteras en los suelos. Allí empezó Consuelo a convertirse en una mujer y allí empezó Fe a caminar, a hablar y a convertirse en una adolescente. De la casa partía Andrés, con nuevas fuerzas y nuevas esperanzas, en sus largas jornadas de predicación y enseñanza. En ella resplandecía también la generosa hospitalidad de Carie: jóvenes parejas americanas, desorientadas en sus primeros días por el Oriente, comenzaban su vida en el cuarto para huéspedes; misioneros fatigados encontraban allí refugio; dormían en ella vagabundos extraviados, aquellos extraños desperdicios de la raza

humana que arrojados al azar por el gran océano oriental, apenas parecen darse cuenta de dónde vienen y, desde luego, ignoran adónde van… Todos aquellos que se sentían amargados y que carecían de hogar llegaban por alguna senda desconocida hasta su puerta, y ella los recibía y los mantenía hasta que estuviesen dispuestos para partir, limpios, alimentados y reanimados.

Ella no les hablaba sino de los asuntos corrientes de todos los días con su modo alegre y práctico, pues jamás supo predicar. Si alguna vez deseaba hablar a alguien del espíritu, lo hacía generalmente por medio de su canto: por la música de algún himno u oratorio predilecto.

En una ocasión fue a alojarse en nuestra casa un vagabundo desconocido y se quedó una semana. Nadie sabía quién era; según él, era americano, y, en realidad, tenía el acento de un tendero yanqui. Pero había recibido un trato en el mundo que le había quitado casi por completo la apariencia de un ser humano. Se alojó y comió con voracidad, escuchando la mayor parte del tiempo en silencio, porque apenas podía hablar sin lanzar una blasfemia, y se percató de una manera nebulosa de que tales palabras no estaban allí en su lugar. Cuando los dejó, repuesto, limpio y llevando un traje y unos zapatos de Andrés, vaciló un momento en la puerta y murmuró por último:

—¡Nunca pensé que vería nuevamente a América…, pero la he visto, y en este mismo lugar, señora!

* * *

Más o menos en esta época de la vida de Carie confiaron a su cuidado una persona a quien ella llamó su hija china. Una mujer china a quien ella había socorrido en un momento de gran necesidad, una viuda, murió, dejando una niñita de diez años llamada Hermosa Nube. Cuando murió la mujer, encontrábase Carie a su lado, y díjole la madre por último:

—Nadie me ha tenido el afecto que me has tenido tú. Mi padre no me quiso, pues yo no era sino una muchacha en una familia demasiado numerosa ya. Mi marido no me amó, porque yo llegué a su casa para reemplazar a su primera mujer, que murió; mi hijo no me quiere. ¿Por qué me has querido tú, que no eres de mi sangre?

Carie, sonriendo con tristeza, replicó suavemente:

—Solamente sé que el sufrimiento de tu corazón ha llamado al mío y, después de todo, somos hijos de un solo Padre.

Dijo la mujer:

—Tengo una única posesión que te puedo dejar, porque sólo hay una cosa que yo estime. Toma a mi hijita para ti y haz de ella una mujer como tú.

Carie adoptó esta niña cuando murió la madre, y durante varios años Hermosa Nube formó parte de la casa y del hogar. Fue enviada durante un año a un internado chino, donde se la educó en su propio idioma, pero Carie no quiso aislar a la niña de su gente porque no podía concebir una soledad mayor que ésta. Vistió a Hermosa Nube con trajes chinos, pero no vendó sus pies. Sentíase Hermosa Nube al principio un poco avergonzada de sus grandes pies, en la época en que a todas las muchachas se los vendaban; mas Carie se tomó las mayores molestias para darle lindos zapatos y para que estuviesen hermosamente bordados, con mucha superioridad a lo corriente, con el objeto de que Hermosa Nube viese que los pies naturales también podían ser bonitos.

Cuando Hermosa Nube cumplió diecisiete años y terminó sus estudios en el colegio, Carie, siguiendo siempre las costumbres del pueblo de esta niña, la comprometió con un chino joven y educado, de cuyo buen carácter tenía seguridad. Concedióle el privilegio de averiguar primero si Hermosa Nube lo deseaba, facilitando el encuentro de los dos jóvenes en su propio salón…, cosa por lo demás desconocida en aquella época. Hermosa Nube era una joven muy bonita y suave, y el joven, digno y bien parecido, sintiendo ambos una mutua atracción desde el primer momento. Carie estudió sus temperamentos con cuidado, divertida, también, con este nuevo papel de agente matrimonial, y presintió que serían felices; en efecto, fue así después de la boda, que Carie trató de hacer lo más típicamente china posible en todos sus detalles. Hermosa Nube llamaba a Carie madre, y después sus hijos la llamaron abuela, acogiendo Carie de este modo, en su amplio y profundo corazón, también a estos hijos.

Habrían podido darle muchos niños si hubiera estado en situación de aceptarlos. A veces fueron verdaderamente trágicas estas oportunidades. En una ocasión entró un hombre, en la capilla donde hablaba Carie con algunas mujeres, llevando en sus brazos

una figura alta y lacia que depositó a sus pies en el suelo de ladrillos.

—He aquí nuestro hijo —dijo él con dureza—. Es tal como tú lo ves y no sirve sino para morir. Sin embargo, si quieres tomarlo, nos ahorrarás ese acto. Después de todo, es un hijo.

Carie examinó la pobre criatura. Era un niño idiota, desvalido en todo. Por mucho que conmoviese su corazón, no podía recibir al niño y, en consecuencia, movió la cabeza con pesar e intentó convencer al hombre de su responsabilidad, aun por un niño como aquél. Pero el hombre nada contestó, limitándose a recoger el cuerpo largo, pálido e inútil, y a salir. Hasta el fin de sus días caviló Carie sobre esto, y solía decir, preocupada:

—Me pregunto si, después de todo, no debí haber aceptado a la pobre criatura. ¡De alguna manera, quizá, me habría arreglado!

Esta etapa media de la vida de Carie transcurrió llena de actividad y, por lo tanto, de felicidad para ella, aunque la antigua vivacidad de su aspecto y de sus modos se había convertido en una serenidad tranquila y apacible. Había visto demasiado de la vida, demasiado de lo que no pudo llegar a comprender, a lo cual, sin embargo, le fue preciso resignarse, abandonando, en consecuencia, su antigua e imperiosa búsqueda de Dios. Sólo tenía ya momentos festivos aislados, pero aún los tenía y sus dos niñitas los acechaban ansiosas, pues eran estos momentos de alegría de su madre los más felices de sus vidas. Aparecían sus humoradas como un alegre soplo de viento, empezando por un vivo y escondido brillo de sus ojos castaños y dorados. Parecía irradiar de ella una luz y entonces las niñas contenían el aliento en espera de sus palabras; pues siempre seguía «algo divertido» a esa luz sonriente; alguna rima absurda o una chispa de ingenio. Tenía una gran facilidad para rimar, y a veces solía, por simple travesura, inventar versos extravagantes uno tras otro.

Esto hacía que las niñas gritaran de alegría, pero siempre se molestaba Andrés con tales disparates. Alzaba la mano en señal de protesta, primero con suavidad, pero irritado por último.

—¡Carie…, Carie…, por favor! —Le imploraba.

Pero ante sus protestas se apoderaba de ella algún demonio de perverso júbilo y, encendida la cara, rimaba con más ingenio que nunca, terminando con algún airoso giro sólo cuando veía que

realmente Andrés se molestaba. Otras veces regresaba a casa después de haber oído hablar, tal vez, a alguna estúpida pero bienintencionada persona, y entonces imitaba los acentos pomposos, con grande horror de Andrés y placer de las niñas, pues tenían ellas el mismo agudo ingenio de su madre y su afición a las chanzas. Érale innata la facultad de remedar, y cuando lo hacía, transformábase realmente en la otra persona, casi hasta en la expresión de su rostro.

Pero nunca dejó de refrenar esta alegría. Con frecuencia cuando las niñas batían las palmas y daban alaridos de risa, se detenía, vagamente perturbada, para decir con repentina sobriedad:

—Está muy mal que yo haga burlas de un buen hombre como el hermano Jones…, un hombre tan bueno. Queridas niñas, no debéis ser como vuestra perversa madre.

Era la antigua lucha entre su naturaleza sana y robusta y la influencia de la religión puritana de su juventud sobre su tierna conciencia. Se esforzaba siempre por ser lo que ella llamaba «buena», por lograr esa fría —¿era también egoísta?— absorción en una mística relación con Dios que Andrés poseía.

* * *

Pero nunca estaba destinada esta mujer americana a gozar de la paz por mucho tiempo. Llegó en 1900 aquel trastorno en China que ha sido llamado la rebelión boxer, cuando, en un último esfuerzo por mantener a la vieja nación con su poderío, la anciana emperatriz intentó limpiar el país de extranjeros por el sencillo método de matar a todos los que en él se encontraban, sin dejar entrar a ninguno más.

El edicto real fue expedido secretamente a todas las provincias, y durante el verano de aquel año comenzaron a llegar relatos aterradores de la matanza, aquí y allá, de grupos de personas blancas. Alzóse el corazón de Carie en defensa de estas dos hijas que aún le quedaban. Con gran ansiedad aguardó la decisión del virrey de su provincia.

El de Wiangsu era un hombre inteligente que no dejó de ver la torpeza del edicto real. Era la emperatriz una mujer ignorante, estrecha y provinciana. Fiel a sus esperanzas, el virrey no estaba dispuesto a ejecutar el edicto matando a la gente blanca de su

dominio. En su lugar concluyó un pacto con los cónsules extranjeros, por el cual, si ellos se comprometían a no permitir la entrada de buques de guerra en sus aguas, él por su parte daría su protección a los blancos.

Esto era en parte un consuelo, mas sólo en parte, pues nadie podía estar seguro por cuánto tiempo cumpliría él con su promesa, o si ella era en realidad una trampa para que, cuando viese indefensos a los blancos, pudiese proyectar su matanza con más facilidad. Celebraron Andrés y Carie largas consultas con sus amigos chinos. Andrés era partidario de poner su confianza enteramente en Dios y de quedarse allí. Carie conservaba el recuerdo de cuatro ocasiones en que la fe no había logrado salvar a sus hijos. Pero decidieron quedarse indefinidamente.

Alquiló Andrés los servicios de un viejo cristiano que era dueño de un junco y le mandó permanecer en cierto lugar próximo al final de una calle que descendía hasta el río. Carie discernió un camino secreto y directo hasta el lugar, con el fin de que en cualquier momento pudiese escapar con los niños y Wang Amah, por los bambúes de detrás de su casa a través de los cañaverales de las lagunas y de los valles, hasta la ciudad.

Día y noche, durante el verano caluroso, estuvieron dispuestos para el momento eventual, con un pequeño canasto de alimentos para la criatura y un par de zapatos envueltos en una muda de ropa interior para cada persona. Carie colocó, también, en una pequeña caja, algunos de los objetos que estimaba: un poco de vajilla de plata que había pertenecido a su abuelo, un grupo de amatistas engastadas en plata por su padre y unos libros de su madre, y los enterró en el suelo de la bodega, con ayuda del criado.

Entretanto, Carie estaba resuelta a no dejar caer sobre las niñas ni sombra del temor que en todas partes se manifestaba. No quería que se desfiguraran ni que sus espíritus juveniles fuesen oscurecidos por las sombras de la tierra en que habían de vivir. Siempre se esforzó porque tuviesen una niñez tan alegre y normal como la que habrían tenido en su propio país. Y así jugaron, felices y contentas, durante los días de verano de aquel año, ocupadas sus mañanas por las cosas que ella les inventaba mientras hacía su trabajo en la casa. Jugaba con ellas también, y esta camaradería la recuerdan hasta hoy día. Disponía de más tiempo que nunca, pues no recibía visitas.

La gente sentía terror por lo futuro, y si la emperatriz estaba contra los extranjeros, no era prudente mantener relación con los americanos.

Unos pocos amigos leales, empero, visitábanla aún, y a éstos Carie los estimaba en mucho, pues apreciaba todo lo que fuese arrojado y valiente. Despertábase en ella una cierta nobleza heredada cuando les decía sencillamente que era preciso mantenerse firmes en la fe —como era el deber de todos—, si la hora de la persecución les llegaba, porque así lo habían hecho otros antes que ellos. Esto mismo podría hacerlo ella, pues el vigor de la sangre dé *pioneer* que corría en sus venas la hacía serena, fuerte e impertérrita. Ella siempre era así cuando debía sufrir penalidades y había algo que soportar.

Por último, el cónsul americano, que vivía en el Bund, tuvo sus razones para temer una traición, y les mandó decir que observasen la bandera del consulado, la cual podían divisar desde sus balcones. Si el peligro se hiciera inminente, dispararía un cañonazo y la bandera americana sobre el consulado bajaría tres veces. Ésta era la señal. Debían abandonar la casa sin perder un instante y dirigirse inmediatamente a la orilla del río, embarcándose en un vapor que los estaría esperando allí. Todos los demás blancos habían partido ya.

Carie tenía que soportar la división de sus sentimientos. Allí estaban sus propios hijos y el impulso de su corazón era huir con ellos a un lugar seguro. Mas el pequeño círculo de amigos y cristianos chinos era presa del pánico. Habíanse, hasta cierto punto, separado espiritualmente de su gente y no sabían qué sería de ellos. Era para Carie el llamamiento de siempre; el llamamiento irresistible a su compasión.

Se convino, por consiguiente, que cuando llegase la señal, Carie partiría con los niños y Wang Amah, mientras que Andrés se quedaría reforzando el ánimo de su gente. Carie consintió en ello, pensando —con un poco de envidia, según creo— que Andrés era «mejor» que ella, la cual con demasiada frecuencia era impetuosa e impaciente aun cuando quisiera ser blanda de corazón. Aquellas semanas vividas con la presencia eventual de la muerte la hicieron ponerse muy grave y pensativa. Una vez más se dio cuenta de que subsistía en ella con vigor su naturaleza de antaño, aún después de

todos sus infortunios, y de que todavía no estaba determinada su primitiva búsqueda de Dios. Esto le imponía silencio y la hacía sentirse muy humilde, pues cuando llegase el fin, si era necesario que llegase, ¿cómo podría ella señalar a Dios a la gente, el Dios a quien ella misma no había encontrado en su plenitud?

Con humildad, pues, cuando llegó la señal en una tarde húmeda de un sábado, en agosto, tomó a las dos niñitas y Wang Amah, y con Andrés caminaron lo más ligero posible por las callejuelas secundarias hasta el vapor. Embarcóse y se volvió para mirar a Andrés, parado en la orilla. En aquel momento sintió, quizá, más respeto por él que en ningún otro. Allí estaba: era una figura solitaria y extranjera con su traje blanco y su sombrero, alto y blanco también, entre las pequeñas figuras de color que lo rodeaban en el muelle. No sabía ella si alguna vez volvería a verlo.

* * *

Pasaron ocho meses, Andrés en su puesto y ella con sus hijas en un pequeño aposento de una pensión, en Shanghai. Ella las enseñaba con regularidad todos los días, y a modo de recreo frecuentaban un pequeño parque situado en un angosto espacio de terreno a orillas del río Whangpoo. Allí jugaban los niños, con el mejor aire que podía ofrecer la ciudad encerrada. La delicia del día la proporcionaban los barcos, juncos y sampanes que transitaban por las aguas. A veces navegaba majestuosamente frente al muelle un gran vapor transoceánico, y éste era para todos un momento lleno de emoción. Carie estrechaba a las niñas y lo señalaba…, un barco directo de América…, ¡de la patria! Wang Amah miraba con los ojos muy abiertos, y las dos muchachas lo contemplaban con ojos soñadores. Ninguna de las dos sabían aún lo que era América, salvo por los sueños que se forjaban en su imaginación, sueños de una belleza sin límites…, de rosadas flores de manzanos que se desplegaban bajo un cielo azul; de frescas uvas otoñales que se podían coger y comer incluso sin lavar; de manzanas en el suelo que podían obtenerse con la sola molestia de recogerlas; de caballos de montar, de vegas para correr, de azúcar de arce, de grandes árboles que en otoño se teñían de oro… ¡Todo esto, y cuanto había en América, les pertenecía! En días como aquellos en que pasaban los barcos, dejaban de lado sus juegos y hacían a Carie mil preguntas

acerca de su tierra; y cuando llegaban al estrecho aposento de la pensión, lo ensanchaban con sus palabras y con su sueño de un vasto, pero muy vasto país que era su herencia.

Pasaron diez meses antes de que la expedición enviada contra los chinos por las naciones occidentales hicieran posible su regreso al *bungalow* de la montaña, y fue un día feliz aquel en que pudieron reunirse nuevamente. La casa y el jardín se encontraban intactos, aunque la pequeña caja de valores enterrada por Carie había sido violada, según lo supuso ella siempre, por el criado que la había ayudado a cavar el hoyo. Tuvo su momento de buena indignación, pero, como siempre, tales momentos eran seguidos de compunción, y dijo:

—El pobrecito pensó, supongo, que alguien la robaría, y si era así, ¿por qué no había de ser él?

Era característica esta actitud de ella frente a una falta de la cual abominaba. No odiaba menos la falta con el tiempo, más bien al contrario, pero había en ella una cierta amplitud de criterio que le hacía comprender a la vez que odiar. Así llegó a aguzarse en ella su facultad de descubrir cuándo se la engañaba. Recuerdo como ejemplo de ello a un ayudante chino de Andrés, que al invierno siguiente de su regreso acudió a cobrar su salario. Andrés no estaba en casa, y Carie dijo que en su ausencia ella le daría el dinero. Subió a su pequeña caja de fondos privada a buscar el dinero en dólares y se lo dio al hombre. Entonces la llamó una de las niñas y lo dejó un momento. Cuando volvió, él le dijo:

—Uno de los dólares que usted me ha dado no es bueno. ¿Puede usted cambiármelo, por favor?

Tendióle un dólar que, sin lugar a dudas, era de plomo. Rápida como el pensamiento, Carie lo tomó y lo palpó. Estaba tibio. Eran helados los dólares que había sacado de una habitación fría. Aquél estaba tibio con el calor vital del hombre.

—Está usted equivocado —le dijo tranquilamente—. Éste es un dólar que usted ya llevaba.

Lo miró con fijeza; sus ojos estaban llenos de compasión.

—Amigo mío —dijo con pesar—, ¿es usted capaz de robarse su propia honradez hasta por un dólar?

En silencio, el hombre dejó caer la vista y se alejó. Mas ella se quedó triste, porque lo había creído un hombre sincero.

* * *

Pero me he anticipado al referirme a aquel invierno, pues el otoño anterior a él trajo consigo una aflicción. Cada año, después del verano, una epidemia de cólera barría el país, y cada año Carie vivía aterrada hasta que hubiera pasado, vigilando con sumo cuidado la preparación de los alimentos y el cocimiento del agua. En aquellos días, antes que su tratamiento fuese completamente adecuado, era el cólera una enfermedad tan rápida y mortífera, que, en cuanto se caía víctima de ella, seguía la muerte, muchas veces tan pronto que no era posible remedio alguno. El otoño de aquel año, Wang Amah cayó una noche repentinamente enferma y permaneció sin llamar a su ama, pues no deseaba interrumpirle el sueño.

Pero el ruido de los vómitos y quejidos de Wang Amah despertaron a Carie, que siempre tenía el sueño ligero y había aprendido en aquella tierra de sorpresas a dormir, según decía ella, «medio despierta». Levantóse al instante y se encaminó al cuarto de Wang Amah descalza, según su costumbre de noche, pues fue siempre demasiado impaciente para detenerse a buscar sus zapatillas, aunque resultase aquello muy peligroso en un lugar donde abundaban los ciempiés. Apoderóse de ella un gran terror ante la escena que allí se ofrecía. Wang Amah perdía rápidamente el conocimiento. Entonces, como siempre, acudió su valiente indignación en su ayuda. ¡Sencillamente, no permitiría que se muriese Wang Amah! Corrió a la estufa de la cocina, y en un momento hizo un gran fuego, calentando en él una inmensa cuba de agua. Vertió, en seguida, agua caliente y *whisky* en la garganta de Wang Amah, frotándole las manos y los pies y suministrándole las drogas que tenía. En cuanto el baño estuvo caliente, sumergió enteramente a Wang Amah en él, excepto su cara, y en seguida vertió en su boca leche y agua, manipulando su garganta para obligarla a tragar. Con este recio tratamiento, Wang Amah, muy débil, es cierto, pero viva, había recobrado el conocimiento al amanecer.

Entonces Carie llamó a Andrés —pues en su apremio no se había detenido a avisar a nadie—, pidiéndole que se mantuviese a cierta distancia por temor a la infección, y dándole instrucciones acerca de las niñas. También le suplicó que pusiera en juego todas las

facultades prácticas de que estuviese dotado.

—No te entretengas con tus oraciones esta mañana, Andrés —le imploró—. Las niñas se van a encontrar con toda clase de dificultades antes del desayuno.

Dirigióle Andrés una mirada de reproche en silencio, pero durante una semana entera trató de cumplir fielmente sus instrucciones, vociferadas desde el extremo del jardín, donde había un pequeño cuarto utilizado ordinariamente para guardar las herramientas y al que había sido trasladada Wang Amah.

Después de una semana fue posible desinfectar a Wang Amah y llevarla nuevamente a su habitación. Carie pudo volver otra vez a sus niños. Desde entonces el vínculo que unía a estas dos mujeres se hizo más estrecho que nunca. Wang Amah jamás pudo olvidar que Carie había abandonado a sus niñas para cuidarla a ella y que había expuesto su vida al peligro del contagio. Preguntó a Carie, admirada:

—¿Qué clase de mujer eres y qué corazón tienes, que por una persona ordinaria como yo, a quien nadie se ha preocupado de mirar dos veces, eres capaz de sacrificar tu vida?

Carie siempre se sentía confundida por la adoración, y entonces, en su humildad, confesó a Andrés que, de haber pensado en lo que hacía, temía que jamás lo hubiese hecho, pero que se sintió indignada de ver cómo una enfermedad tan inmunda como el cólera iba a llevarse a Wang Amah y que no se había detenido a reflexionar. Su indignación era para ella un estímulo para luchar.

—Temo que no lo hice por amor al Señor —dijo ella con los ojos turbados. Por algún motivo, siempre se olvidaba de aquello.

—Si solamente te acordases de hacer las cosas en Su nombre… —dijo Andrés, preocupado por su alma.

—Pero, Andy, no tengo tiempo —protestó ella con gravedad—. Cuando una persona se está muriendo, no hay tiempo para pensar por qué hay que salvarla… ¡Hay que comenzar a hacerlo inmediatamente!

Había entre ellos dos todo un mundo de diferencia, y se miraron sin comprenderse. Andrés jamás hacía nada sin pensar en Dios. La vida con todas sus riquezas era para Carie casi suficiente.

* * *

Alrededor de esta época de su vida he de referirme a Kfuling. Creo que el episodio pertenece aquí, después de la enfermedad de Wang Amah, pues Carie había dicho una vez más:

—Todos los veranos nos pasa algo terrible. Si solamente pudiésemos salir de este espantoso calor del valle Yangtsé por un corto tiempo en el verano, el gran temor de mi vida por los niños se habría desvanecido.

Otras personas blancas que habitaban el valle, aquí y allá, sentían por sus niños un temor semejante. Un inglés, cazando en las montañas Lu, había descubierto un lugar para un refugio veraniego: un grupo de hermosos y poco profundos valles, situados en las cumbres de una alta cordillera. Allí, aun en pleno verano, el aire era de un frío incisivo al amanecer, y al ponerse el sol, y aun al mediodía, era vigorizante por la frescura de los riachuelos y de las nieblas de la montaña. Esparció la noticia de su hallazgo, y un grupo de personas se reunió con el objeto de arrendar terreno para construir unas diminutas casitas con la piedra que abundaba en aquellos valles.

Carie importunó a Andrés hasta que éste hizo un viaje a la región; volvió diciendo:

—Es lo más parecido a nuestro país que yo jamás haya encontrado en el mundo.

Era suficiente. Con el poco dinero que pudieron reunir —y creo que por una vez Carie le robó temporalmente al «Nuevo Testamento de Papá»—, compraron un pedazo de terreno, y al verano siguiente, Carie y las niñas tomaron un vapor, río arriba, hasta la ciudad más próxima a las montañas. Desde allí, durante un largo día en silla de manos, atravesaron grandes extensiones de arrozales y de ondulantes cerros cubiertos de bambú, hasta que, por último, comenzaron a ascender por la montaña.

El aire de los contrafuertes dé la cordillera estaba húmedo y era opresivo con el calor del verano; pero a medida que los portadores de la silla subían, balanceándose, por las faldas de la montaña, comenzó a penetrar en el aire una frescura dulce y sutil que llenó a Carie de expectación. Este aire tenía la misma fragancia que el de los cerros de la Virginia Occidental, y nada parecido había sentido desde que salió de su país. Hubo dos horas de constante ascensión por un sendero que tejía su sinuoso camino entre las faldas de la

montaña, mientras que hacia abajo se divisaban los desfiladeros rocosos sobre los cuales se precipitaban los riachuelos desde las cumbres, en espumosas cascadas de plata, o formaban profundas y verdosas lagunas.

Nunca había visto, tampoco, flores de montaña como aquéllas, ni siquiera en América. Allá las flores eran pequeñas, exquisitas y sin olor. Pero en China, acariciando su silla al pasar, florecían grandes lirios llamados «tigres», manchados de rojo, y altos lirios blancos, «trompetas», jaspeados de púrpura en el dorso de sus pétalos; había largos y delicados helechos que se desplegaban por doquier y debajo de los pinos y del esponjoso bambú la tierra se encontraba cubierta de musgos gruesos como helechos. Una enredadera arrojaba sobre un árbol una cascada de estrelladas flores, ricas en su fragancia, y, de repente, sonaba el canto de alguna ave, con una nota profunda y salvaje llena de fuerte y dulce claridad.

Era una belleza en la cual ni siquiera había soñado, en un país atestado de humanidad, un país del cual siempre decía: «Aquí viven y mueren con exceso». Recostada en su silla de manos, dejó penetrar su vista en el cielo azul y vio, extasiada, cómo se reunían las brillantes y blancas nieblas en torno a las cumbres, sobre ella. Ascendían ellos más y más hasta que parecía iban a juntarse con el mismo cielo, cuando un recodo imprevisto los introdujo en un estrecho desfiladero donde los envolvieron los vientos montañosos helados por las aguas de la cordillera y llenos de vida y de vigor.

Los portadores de la silla la depositaron entonces, dejaron que el viento les acariciara sus cuerpos desnudos y llenos de sudor, y a modo de saludo emitieron de repente un grito extraño y claro que se repitió una y otra vez entre las cumbres:

—¡Da la-la-la-la hoo-oo!

Carie, al oírlo, sintió que ella misma hubiera querido participar en tal grito de gozo, en la extraña y selvática respuesta de las montañas.

Llegó entonces el último ascenso, corto y rápido, hasta la planicie, que yacía como una fuente ofrecida al cielo por las cumbres más altas de la cordillera. A un lado de esta fuente estaba la casita de piedras con tres habitaciones que había edificado Andrés.

Nadie podría medir lo que significaba para Carie, entonces y años posteriores, aquella casita, el valle, la belleza y la frescura. El alivio del frío de la noche y del sueño tranquilo, el poder respirar profundamente el aire incisivo de la montaña, el agua fresca que brotaba de una roca y que podía beberse sin esterilizarla, la ausencia de ansiedad por las enfermedades durante dos meses, el deleite de ver a las niñas rollizas y de buen semblante al final del verano, cuando ordinariamente se las veía pálidas, delgadas y lánguidas, por las noches de desvelo, y cubiertas de sarpullidos y forúnculos…, todo esto era inexpresable. Llenóse de gratitud, y a veces solía rezar en voz alta con sus hijas una de aquellas cortas oraciones suyas que más parecían un latido de su corazón que una frase de sus labios. Estas oraciones las elevaba a Dios; se las enviaba la pura exuberancia de su corazón, sin considerar si eran o no eran oídas.

Erraba por las montañas con sus hijas, haciendo cabriolas aquí y allá o en cualquier parte. Era aficionada, como un niño, a comer al aire libre, y cuando no estaba Andrés, solía en cualquiera de sus comidas exclamar alegremente:

—¡Cojamos nuestros platos y comamos afuera!

Allí, en el umbral de la casita o en la ladera del cerro, según les parecía mejor, se sentaban a comer y a contemplar el sol que desaparecía tras la montaña de ese modo súbito que tienen las puestas de sol en la cordillera. Pero esto ocurría sólo cuando Andrés estaba ausente; a él no le gustaban los antojos, los proyectos repentinos ni la incomodidad de un plato sin mesa, ni ninguna cosa fuera de lo corriente, y cuando estaba en casa, debían todos sentarse decorosamente tres veces al día y rezar la acción de gracias. Entonces Carie se veía obligada a contentarse con colocar su silla de tal modo que pudiese mirar hacia fuera por la puerta abierta de par en par.

Porque aunque Andrés iba de vez en cuando a las montañas por un breve período de vacaciones, no parecía importarle el calor del verano del mismo modo que a ella y a las niñas. Con los años se puso más delgado y, al parecer, más imperturbablemente sano. No sentía, como ella, en su propia carne y espíritu los padecimientos de los demás. Nada le decía la música y nada la poesía, y raramente algo las bellezas naturales; las voces del sufrimiento humano eran

también para él las voces de aquellos que clamaban contra los justos castigos enviados por un Dios justo a causa de sus pecados.

Era inevitable, por supuesto, que esta diferencia de carácter entre marido y mujer se ensanchase o, al menos, se hiciese más evidente con el tiempo. Carie no quiso convencerse a sí misma de esa desunión, y la mostraba, sin embargo, en mil irritaciones triviales que Andrés soportaba en silencio, aunque visiblemente como una prueba de Dios; esta manera de sobrellevarlas y aun su extrema y tranquila paciencia no tendían a facilitar la situación para Carie, siempre inquieta porque no se sentía bastante buena y porque, después de todo, él era «mejor» que ella.

Pero esta tensión entre los dos no se hacía muy patente los días en que dependían sus hijos de ella. Nunca hubo mujer más ricamente dotada como madre que ésta, de quien brotaban cien canciones y alegres bagatelas para distraer a un niño de las lágrimas, llena de momentos de travesura, y que, cuando se presentaba la necesidad, tenía sus manos prontas para las caricias y los cuidados maternos. Nunca fue más perfecta como madre que durante estos veranos en la montaña, cuando podía entregarse libremente a sus hijas. Las condujo aquí y allá en busca de la belleza y les enseñó a amar los farallones y las ásperas rocas, cuyas siluetas se dibujaban sobre el cielo, y también aquellos vallecillos donde crecían los helechos y los musgos en torno a las pequeñas lagunas. Llevó esta belleza a su casa también y llenó las habitaciones de helechos y flores.

Creo que la búsqueda de Dios, que nunca abandonó enteramente, le fue más fácil en estas cumbres, pues Dios parecía más cerca cuando no eran visibles los sufrimientos humanos. Cualquier día casi, pensó, podría encontrarlo allí, donde, gracias a la belleza, era fácil ser paciente y virtuosa. Los domingos por la mañana frecuentaba la pequeña iglesia de piedra que fue construida a medida que creció la comunidad y era una de las delicias del día la invitación que dirigía su clara campanita al repicar. Creo que nunca la escuchó sin recordar su propia casa, y cuando acudía a su llamamiento lo hacía en parle en memoria de su país allende el mar. Pero lo hacía también por el culto, para cantar y aun para adorar aquello que no comprendía. Pues esta mujer, esta americana, estaba formada de tal modo por su sangre y por su educación, que

todos sus deleites la conducían, a pesar suyo, a algo más elevado que ella misma, obligándola a ir en busca de ese Alguien —de ese Algo— al que alabar y agradecer cuando la vida le parecía agradable. Era de aquellas a quienes la felicidad y la paz las llevan a los mejores esfuerzos y el sufrimiento y el dolor excesivo las provocan y enflaquecen.

* * *

Así pasaron nueve años, a veces velozmente y a veces con lentitud, y nuevamente se encontraban libres, si así lo deseaban, para tomar vacaciones de un año y regresar a su país. Preparáronse en junio para partir, arrendando la casita de la montaña a unos amigos que la necesitaban, y zarparon de la costa para cruzar el océano Pacifico. Durante estos años, años interminables si se miden por los pensamientos constantes de la madre en su hijo y por sus temores y noches pasadas en vela, Edwin se había convertido en un hombre. Había terminado sus estudios en el colegio, encontrándose preparado ya para la Universidad. Por consiguiente, iban a pasar la mayor parte del año en América, no en la gran casa blanca, sino en la ciudad universitaria donde iba a vivir Edwin, la misma Universidad en que había estudiado su padre. Encontrábase ésta, llena de ambiente y significado histórico, en la pequeña y vieja ciudad de Lexington, en Virginia, y esto lo advertía Carie con entusiasmo, pensando que allí podría impregnar a sus hijas menores del sentimiento por su patria, a la que amaban a pesar de no haberla visto jamás.

Mas primero era necesario cruzar el océano, y ella se sintió enferma y desgraciada como de costumbre, de modo que cuando se acercaban ya a San Francisco no pudo esperar casi para pisar la amada tierra. Mostraba esto y aquello a las dos niñitas, que todo lo miraban con los ojos muy abiertos, orgullosas sin medida de la asombrosa magia del agua corriente de la llave, de las luces eléctricas, de la majestad de los altos edificios. ¿No era todo aquello América y no les pertenecía América a ellas?

Una sola cosa les chocó. Era ver cargar los camiones y el equipaje por hombres blancos.

—Mamá —preguntó Consuelo, horrorizada—, ¿hasta los *coolies*[6] son gente blanca aquí?

Rióse Carie.

—No tenemos *coolies* en nuestro país —contestó—. Y por eso la gente está contenta. Todo el mundo trabaja y no es, en modo alguno, desagradable trabajar con las manos.

Pero tales preguntas siempre le hacían temer que, a pesar de ella, hubiesen conservado la estampa de Oriente. Sintióse preocupada y resolvió que aquel mismo año Consuelo debía aprender a cocinar, coser, lavar loza y ejecutar todos los trabajos de la mujer. Tenía mucha fe en los trabajos caseros para curar las enfermedades femeninas.

—Toda mujer debe saber manejar una casa, hacer pan, cocinar y coser —declaró—. No importa cuántos sirvientes se tengan; hay que saber hacer todas esas cosas si se es mujer.

Y a Consuelo, que se mostraba un poco recalcitrante a la práctica de esta teoría, le dijo después:

—Alguna vez en tu vida tendrás que hacerlo por ti misma. Además, nosotros los americanos trabajamos.

Era ésta su última palabra, la tradición de su raza, sostenida por sus propias manos. Y, en verdad, no había en su cuerpo intrépido y vigoroso una sola gota de sangre perezosa.

* * *

El viaje en ferrocarril a través de los Estados Unidos fue siempre una alegría para ella. Deleitábase al ver su país desplegarse ante sus ojos, contemplando la belleza de montañas, vegas y llanuras; observando encenderse las lámparas en las casitas al atardecer; entrando en la vida de las calles, aldeas y ciudades, y sentábase, con los ojos brillantes, en la ventana del vagón, observando este espectáculo. Notó hasta el último crecimiento o cambio y mostró a sus hijas con júbilo cualquier señal de prosperidad.

Pero esta vez América tuvo para ella un significado especial: estaba Edwin, ya adulto.

He aquí otra vez su aldea natal y la reja blanca, el inmenso arce, la gran casa que para siempre sería su hogar. Allí estaba su padre, delgado, derecho todavía como un joven, de cabellos blancos y pulcramente vestido con su inmaculada camisa y traje negro…, ¿cuándo estaría Hermanus demasiado viejo para la vanidad? Y aquella otra figura de pelo blanco, ¿era posible que Cornelio

estuviese tan viejo y encorvado? ¿Y aquellas jóvenes, sus hijas; y aquel muchacho alto, de anchos hombros y mejillas coloradas, su hijo; y aquella mujerona reposada, su joven espesa? En verdad, habían pasado nueve años. Cuando se miró en el espejo de su antiguo aposento vio que había sobre sus sienes dos alas blancas en su propio pelo y que había desaparecido el subido color de sus propias mejillas.

Todas las hermanas se habían ido a vivir a sus respectivos hogares y parecióle extraña la casa cuando ninguna de ellas salió a recibirla a la puerta. Pero allí, tímidamente retirado, había un joven alto, delgado y de aspecto grave, cuando quiso rodear el cuello de su hijo con sus brazos, encontró que había crecido tanto que fue necesario se inclinase para que ella pudiese juntar sus manos detrás de su cabeza. Llevaba lentes y cuello alto y representaba mucho más de sus veintiún años. Parecióle bien la expresión de su mirada, aunque quizás un poco soñadora, pero suave, franca e inteligente. Debía descubrir de nuevo lo que se escondía tras aquellos ojos graves y miopes, pues había desaparecido su hijito de antaño.

Era para ella una delicia conducir a sus dos hijitas por toda la aldea y la finca, señalando todos los lugares de sus recuerdos y visitando a cada una de sus amistades. Los hogares de la apacible localidad representaban el mismo corazón de América. Renovóse el domingo la alegría de ir a la iglesia y de escuchar la dulce y clara campana, cuyo timbre jamás había olvidado. Hermanus, ya muy viejo, reunía la familia como antes y marchaba a su cabeza por la calle de la aldea, mientras desfilaba detrás de él la familia entera. Ahora ella, Andrés y sus tres hijos formaban parte del amado ritual. Aún predicaba en la iglesia el hermano de Andrés, ya muy frágil y canoso. Nunca se había repuesto enteramente de las penalidades de la guerra civil, y con frecuencia se abría una vieja herida en su cadera. Pero aún lograba predicar sus sermones dulces y doctrinales, que no parecían ser de este mundo, y era para el alma de Carie un consuelo escuchar una vez más su voz.

¡América, América! ¿Cómo iba a ser posible dejarla otra vez?

* * *

Después de la felicidad del verano, cuando había gozado con todas las antiguas tareas de fabricar mantequilla y lavar bajo los

árboles, de planchar en la fresca bodega, de envasar la rica cosecha de fruta, y después de una serie de visitas a sus hermanas casadas y a su hermano —¿era posible que la pequeña Greta fuese aquella madre de familia, con toda su travesura domada, aunque no suprimida, y Lutero aquel próspero y reposado comerciante, padre ahora de cuatro hijos?—, se trasladaron a Lexington y encontraron una vieja y desordenada casa —amueblada a su modo—, en los extramuros de la ciudad. Allí estableció su primer hogar en América. Era una casa antigua, perteneciente a la época anterior a la guerra civil. Como la cocina se encontraba lejos de la casa, en las habitaciones que habían sido destinadas a los esclavos, se vio obligada a ir y venir por en medio de un enmarañado jardín. Es posible que a otro le hubiese resultado molesto, pero para ella era un privilegio mirar por encima del jardín un bosque, detrás del cual se elevaba un cerro. Animó su trabajo, que le parecía insignificante después de la vida que había llevado, con sus pasos ligeros y sus fáciles canciones. Tenía que cuidar, alimentar y entretener a su propia familia. No se hallaba sometida a ninguna de las exigencias de las enfermedades, de la tristeza y del sufrimiento humanos. La suspensión por un breve espacio de tiempo de la tarea de condolerse de los demás fue en sí misma un descanso para ella.

Y tampoco se vio obligada a enseñar a sus hijos, pues fue posible enviar a Consuelo al colegio durante un año; Edwin estaba en la Universidad, deleitándose con sus brillantes estudios, y Fe se encontraba a su lado como compañera de juegos. Era un tiempo de reuniones. Cuando por la tarde se reunían al calor del viejo hogar de piedra, Andrés encendía un fuego de leños, y llegada la hora de la cena bebían leche —«de una vaca», según explicaba Fe con gravedad todas las tardes— y comían grandes galletas de jengibre y la fruta que no se podía comer en China.

En tales momentos Carie observaba a su hijo, tratando de averiguar la naturaleza de su carácter y de establecer otra vez el estrecho vínculo que los había unido antes de que se hubiesen separado. Anhelaba apasionadamente que él llegase a adquirir todas las cualidades que a ella le faltaban. Mas la misma suavidad de Edwin la encontró ella evasiva. Parecía franco y condescendiente y, en verdad, era bondadoso; sin embargo, lo sentía muy lejos de ella. Por último, y contra su voluntad, dejó de observarlo y esperó,

dolorosamente consciente de la separación de aquel en quien había pensado encontrar su muchachito de antes. Era que durante estos años de soledad había nacido en él el hombre y no era ya posible que éste volviese a depender de ella.

Quizás aquella misma independencia le facilitó, al final del año, la vuelta al Oriente, donde muchos la necesitaban todavía. Hacía veintidós años ya que vivía lejos de su país. Aún lo tenía firmemente engastado en su corazón y siempre era la mejor y más hermosa de las tierras, a Dios gracias. Mas el hueco que antes dejara en él, se cerraba ahora. Veinte años, y sus hermanos y hermanas habían aprendido a vivir sin ella, aunque la amaran mucho. Veinte años y las hijas de Cornelio, jóvenes mujeres ya, vivían en la habitación que había ocupado ella cuando muchacha; sus vestidos de largas faldas y voluminosas mangas colgaban donde antes estuvieran sus miriñaques, y los retratos de ellas, en los días de colegio, recogidos, según la moda actual, en una red de pescar, adornaban la pared donde en la época en que ella era joven había estado la pequeña y sombría madona. En el aposento en que muriera su madre había vivido Cornelio con su mujer durante tantos años, que hasta Hermanus parecía haber olvidado a la esposa que tan ardientemente lo había amado. En la aldea, los viejos Dunlop habían muerto hacía mucho tiempo; sus compañeras de colegio se habían casado y desaparecido, y sólo el viejo Neale Carter, soltero aún, vivía soñoliento y solitario con sus negros. Su humanidad enorme, colorada y zumbona en los intervalos de su somnolencia, acabó para siempre con cualquier leyenda que hubiera podido existir. Lo había olvidado todo, excepto su alimento y su bebida de hierbabuena.

Sí, había abandonado América y América la había olvidado, y si permaneciera en ella definitivamente, tendría que adaptarse de nuevo a otro hueco.

Pero tal posibilidad estaba descartada, pues mucho antes que terminara el año Andrés se mostraba impaciente ya por volver a su trabajo. A la muerte de su padre se había vendido su viejo hogar, y su corazón vivía ahora enteramente con la gente pagana. Además, le parecía que América no tenía necesidad de él. Había por todas partes pastores e iglesias, y todos los que lo desearan podían «oír y salvarse». Aquellos de la lejana tierra que aunque quisieran no

podían oír, pues no había nadie que les hablase, lo llamaban en tal forma que él no oía otra cosa, y el verano siguiente, cuando Edwin hubo terminado sus estudios universitarios con distinción y fue nombrado director de un colegio —haciéndose de este modo completamente independiente—, se prepararon para regresar.

Con este motivo había una honda tristeza en el corazón de Carie cuando llegó la hora de despedirse de su hijo. Si lo reclamaba América, y esto era lo que deseaba para su hijo, entonces lo perdía ella, aunque apenas si sabía cómo. Sin embargo, era ya un hombre y debía elegir su propia vida. ¿Y cómo podía culparle de escoger su propio país, cuando ella le había enseñado desde su infancia el amor a su patria? Mas esa elección significaba que ella, su madre, debía vivir ahora apartada de su hijo: que quizá no volvería a verlo más que una o dos veces en el resto de su vida. Al salir de América reinaba en su corazón la soledad, y llenáronse sus ojos de desacostumbradas lágrimas. Había esta vez algo más que la separación del espíritu. Y partió, sintiéndose en cierto modo sin casa ni hogar.

* * *

Una vez más, regresó al puerto fluvial donde el *bungalow* yacía en el anfiteatro de cerros que, sobre la turbia ciudad china, parecían baluartes del río. Se dedicó, entonces, con esa quietud de espíritu que en su exuberante naturaleza era lo que más se aproximaba al desaliento, a formar otra vez su hogar y su jardín. Marcábanse en ella las señales de la vejez. Se puso blanco su pelo, aunque conservaba su crespa espesura y fue para siempre una corona de belleza. Desaparecieron las curvas de su madurez y su cuerpo se tornó pequeño y delgado.

Creo que en esta época de su vida reconoció que se había separado enteramente de su niñez, salvo por sus recuerdos de ella. América se había desarrollado más allá de su alcance; la había olvidado y llenado su lugar. Si se quiere pertenecer enteramente a un país, es necesario crecer en él, dentro de él. Alegróse, en consecuencia, de haber dado su hijo a América. En cuanto a ella, por primera vez se dio cuenta de que ella era América y que llevaba a América dondequiera que estuviese y a quienquiera que encontrase.

Reanudó su trabajo de amistad hacia la gente que la rodeaba. Dedicóse una vez más a formar el ambiente que deseaba para sus hijas. Consuelo era ya una muchacha mayor, difícil en muchas cosas, voluntariosa y apasionada…, y, si hubiera podido verlo Carie, muy parecida a ella. Pero Carie veía solamente, con una especie de temor y de pesar, que esta hija suya debía sufrir en la vida, como su madre, por ser de una naturaleza demasiado sensible y emotiva. Así Carie intentó enseñarle a su hija el dominio de sí misma; ¡ella, cuya propia batalla jamás había ganado completa! Pero diariamente inventó tareas para la muchacha, enseñóle música y pintura y se cuidó de que aprendiese a escribir bien, haciendo semanalmente una larga composición. Por ambas niñas Carie hizo lo que pudo, enteramente sola, sin ninguna de las ayudas que poseen las madres modernas. Educó sus cuerpos y los acostumbró al ejercicio, corrigiendo sus posturas e incitándolas a ejecutar toda clase de actos de valor físico.

Recuerdo que ofrecía una moneda de plata por cada nido de cuervos que le llevara Consuelo. Los cuervos los construían en las copas más altas de los árboles, y una de las sensaciones que la muchacha, ahora una mujer madura, jamás olvidaría, es la de trepar cada vez más alto, en un tormentoso día de mayo, por el delgado tronco de un árbol agitado por el viento, hasta llegar por último al nido. Había que hacerlo al comenzar la temporada, porque una vez hecho el nido, el buen corazón de Carie no permitía que se destruyese. Pero lo que ella deseaba era que la muchacha aprendiese a arrostrar los peligros físicos.

No era fácil, sin embargo, obligar a Consuelo a someterse a la rutina diaria. Sabía resistirse poderosamente y con vigor, y, por fin, Carie se dio cuenta de que si quería vencer era necesario hacerlo por la aprobación y el estímulo de su ambición, pues la niña no toleraba las órdenes. Carie, gracias a su rápida simpatía, aprendió a consultar su propio corazón para saber lo que podría ganar el de la muchacha, y de esta manera, el indócil período de la adolescencia pasó más fácilmente para ambas. Pero, a pesar del apasionado carácter de madre e hija, Carie supo formar bien el ambiente para su hija y llenó su vida con lo mejor de la cultura de su país, colocándola firmemente y para siempre en el camino del deseo por lo bueno y lo bello. No era éste un triunfo despreciable, ya que,

fuera de los libros y de la belleza natural, no disponía de otros medios.

Aparte de esta vida con sus hijas, ocupáronse los días de Carie, más que nunca, con la gente que la rodeaba. Esto sucedió especialmente después de uno de los temidos años de hambre. Terrible fue el de 1905, cuando las cosechas fallaron de tal manera, que aun en el rico valle del Yangtsé, tan fértil y bien regado, escasearon las provisiones, especialmente cuando comenzaron a descender las masas de refugiados del Norte.

Con el invierno empezaron a llenarse la ciudad y la campiña con esta gente desgraciada: hombres, mujeres y niños que llegaban a pie, mendigando los alimentos para mantenerse vivos y muriéndose en el camino. Cuando comenzó el tiempo frío seguían llegando en mayor número, torvos, demacrados y moribundos. Carie, que estaba harta de escenas tristes, experimentó una nueva agonía y una profunda compasión, ejercitando todas sus facultades para dar lo que poseía y reunir dinero acá y acullá. Aquel año no hubo postres en su mesa y ahorró hasta el último recurso posible. Hasta el «Nuevo Testamento» tuvo que esperar ese año.

No osaba salir de día a distribuir el escaso auxilio que tenía a su disposición, pues era tan insuficiente para la necesidad, que para aquel conglomerado de miles de personas hambrientas no representaba nada y su vida peligraba al repartirlo, ya que podría caer la gente sobre ella y luchar por repartirse lo que les llevaba. Durante el día visitaba, pues, las chozas con las manos vacías, anotando los casos peores, y por la noche se ponía un viejo abrigo de Wang Amah y, con ésta a su lado, se deslizaba entre la gente dejando aquí un dólar y allá un paquete de alimentos.

Todo aquel invierno Andrés estuvo ausente. Administraba auxilios en el Norte, la región más devastada por el hambre, con las sumas de dinero llegadas desde América. De estas sumas enviaba un poco a Carie, para quien el dinero era tanto más estimable cuanto que venía de la abundancia y fácil generosidad de los corazones de su propia gente.

—¡Es de América, para ti…, de América!

Una y otra vez le oí decir estas palabras. Llegó a ser para aquella gente desesperanzada una viva encarnación de América. A veces no era dinero, sino cargamentos de provisiones lo que venía de

América, y éstas no eran siempre apropiadas. Recuerdo un buque que llevó cientos de quesos un poco dañados. Casi el único alimento que aquella gente no podía comer era el queso, un artículo, al parecer, repugnante para todos los chinos en general, salvo que adquirieran el gusto por él en el extranjero. Carie contempló con ojos trágicos, los quesos depositados en el muelle del río, y, en seguida, se convirtió en comerciante de quesos. Visitó todas las casas de blancos, y con su rápido ingenio y bondadoso corazón, persuadió a la comunidad blanca, no muy grande desde luego, a comprar el absurdo número de quesos. Llenó con ellos su propia bodega, comprando todo lo que no podía vender, y durante años después consumimos aquellos «quesos de hambre». Pero con el dinero compró, con gran júbilo, arroz y harina, y alimentó a los refugiados.

Pero las dolorosas escenas que diariamente y a toda hora contemplaba impresionaron de tal modo su espíritu, que creí sucumbiría bajo la tensión de su tristeza y de su impotencia para actuar eficazmente de acuerdo con la necesidad. Jamás ella había creído posible tal miseria en la carne humana; tal suplicio lento de unas formas abotagadas por la muerte; tales niños melancólicos y desesperados; tan salvaje y feroz egoísmo por los alimentos, incluso a veces entre madre e hija, con frecuencia entre marido y mujer.

Se hizo imposible, por último, ocultar su identidad entre la gente de las chozas y la siguieron hasta su casa. Enloquecidos por el hambre subieron, tambaleando, el cerro hasta el *bungalow*, golpeando en las rejas del recinto y agrupándose frente a sus murallas en terribles hordas, estremecidas por el frío. Creo que nadie sufrió entonces como Carie. Sus alimentos se tornaban cenizas en su boca y apenas podía comer pensando en aquellos que nada tenían. Y, sin embargo, no osaba dejarlos entrar por temor a que lo devorasen todo, quedando después, debido a su gran número, en igual condición que antes.

Mas el rumor de sus quejidos, las voces que pronunciaban su nombre noche y día y los muertos que cada amanecer esperaban a que se los llevasen, casi la enloquecieron de compasión impotente y amarga indignación. Toda la antigua y violenta ira contra un Dios que pudiese permitir tales cosas brotó una vez más en su corazón. Pero a ella se le había enseñado a no dudar de Dios. Él era

infinitamente sabio. Todo estaba en Su voluntad. La lucha entre la creencia en su antigua doctrina de «confía y obedece» y su corazón desgarrado era digno de lástima. Dedicóse con desesperada resolución a hacer todo lo que estuviese en su poder, y se puso a buscar alimentos noche y día, visitando las casas de los ricos y vagando por todas partes como nunca lo hubiera hecho por otra cosa que por la humana necesidad.

Ya no intentaba proteger a sus hijas; en verdad, esto era imposible. ¿Qué muralla había que pudiera cerrar contra los lamentos de esta gente; contra los últimos gritos de la esperanza que desfallecía; contra lo más triste de todo, las débiles voces de los pequeños? No, era preciso que ellas viesen de lo que era capaz la vida. Las enroló en su servicio, cuidando solamente de que no presenciasen los aspectos extremos de la muerte dolorosa.

Aquel año no se celebró la Pascua. Todos los años de su vida había hecho de la Pascua la época más feliz y más alegre para sus hijos. El adorno de la casa con acebo y ramas verdes y la preparación del budín de Pascua habían nido siempre rituales de la vida familiar. Pero, como siempre, era ella la que tenía que proveerlo todo, porque no había tiendas de juguetes ni galas de Pascua para ayudarla. Pero sabía hacer de Navidad una verdadera orgía de figurillas de jengibre y de juguetes que ella misma fabricaba; de cosas ya útiles, ya disparatadas; de medias colgadas frente al hogar en la víspera de Pascua, y, a la mañana siguiente, de un árbol adornado con vivos trozos de papel y de cintas que había juntado durante el año. Era la única época del año en que se entregaba de todo corazón a la alegría y no era permitida cosa alguna que desbaratase los placeres de la fiesta o profanase el dulce misterio de la víspera, con los cantos tradicionales frente al órgano antes de acostarse. Al amanecer siguiente su voz brillante resonaba por la casa:

—¡Regocijo en el mundo, el Señor ha venido!

Y de este modo los impregnó de la tradición y del hondo significado de la Pascua, de manera que jamás la olvidaron. Aún hoy día, dispersos como están en tres continentes y ella sepultada bajo suelo extraño, la Pascua los conmueve con los más significativos recuerdos. También se dio el trabajo de hacerles ver que éste era un tiempo para la generosidad, y así cada uno aprendió

a preparar regalos no sólo para sus padres y hermanos, sino también para los sirvientes, para sus amiguitos chinos y para cualquiera que supiesen estaba en necesidad especial de algo. ¡Bien conocía ella el placer de dar y la satisfacción que ello trae!

Pero en la Pascua de aquel año no tuvo ánimos para estar alegre, ni siquiera para sus hijas. ¿Cómo podía uno regocijarse, haciendo budines y tortas de frutas, cuando junto a las murallas estaban aquellos hambrientos?

—Hijas, no podemos celebrar la Pascua este año —dijo ella, con gravedad—. Tomemos todo lo que hubiéramos gastado y todo lo que además podamos ahorrar y compremos alimentos para estos otros.

Fue aquél un extraño día de Navidad en que cocinamos grandes calderos de arroz, distribuyéndolo fuente a fuente, por una rendija de la puerta, hasta que no quedaba nada y hubimos hecho todo lo que pudimos. Fue un día largo y silencioso. Ella no pudo cantar siquiera esta tarde. En recompensa hubo por la noche menos llanto y durmió un poco más.

Afortunadamente, Fe era demasiado pequeña para comprender el pleno significado de todo esto, pero sobre Consuelo hizo una impresión demasiado honda para sus años. A medida que progresaba dolorosamente la primavera, y que aquellos que aún quedaban después de la devastación del invierno se reunían y emprendían el camino a sus tierras con la esperanza de plantarlas, la muchacha se sintió nerviosa y extenuada, y Carie vio que era necesario enviarla durante algún tiempo a otra parte. Había en Shanghai un internado dirigido por unas mujeres de Nueva Inglaterra y fue allí adonde Carie resolvió enviar a su hija los dos años que le faltaban para cumplir la edad necesaria e ingresar en una universidad de América.

En verdad, Consuelo había estado demasiado sola y tenía una excesiva inclinación a los ensueños. La soledad de un niño que crece en tierra extranjera pesaba demasiado sobre ella, y, en consecuencia, Carie preparó su partida.

Parecióle a Carie que nunca iba a tener el consuelo de sus hijos. Aquel país —aquel trabajo— exigía el sacrificio de ellos, si no en la muerte, por lo menos en la separación. Pero esta tristeza la guardó en su corazón, esforzándose por hacerle parecer a Consuelo que la

separación no era sino un viaje de placer en busca de amigas de su propia edad y clase. Diose gran trabajo en la preparación de vestidos finos, aunque sencillos, embalándolos cuidadosamente en el baúl de tapa curva que ya tantas veces había viajado por mar y tierra; y Andrés llevó a Consuelo al colegio. Entonces quedó en la casa solamente Fe, una niñita seria y tranquila.

La tensión del invierno se alivió un tanto con uno de aquellos benditos veranos en la casita de las montañas. Reuniéronse allí otros blancos, en mayor número ahora, y Carie gozó no sólo de la renovación física del aire, del cielo y de las montañas, sino también de una renovación de la amistad con gente de su propia clase y cultura. Con esto se regocijó.

Era una gran cosa poder escapar unas semanas de los inevitables sufrimientos de su corazón al ir y venir entre las mujeres chinas.

Le sentaba bien retirarse de vez en cuando a un lugar donde pudiera impregnarse de paz y de belleza, como aquel valle montañoso; y el verano lo pasó en su jardín plantando aquí helechos, allá flores silvestres, y podando árboles y arbustos que crecían al azar en aquel sitio. Fue la mejor manera de restaurar su alma.

* * *

Durante todos estos años Andrés había viajado constantemente por la región, a pie o en un pequeño asno gris, hasta tener iglesias en muchas aldeas, y feligreses capaces de sentirse rebajados por un pastor que montaba en un burro. Regresó un día en un jaco gordote y blanco que sus feligreses le habían regalado, y a la pregunta atónita de Carie, replicó confuso, a la vez que complacido:

—No debiera tenerlo quizá… Nuestro Señor montaba en un asno.

Pero Carie se había enamorado del caballo y acariciaba ya su hocico negro. Dijo al instante:

—Yo supongo que habría montado en un caballo si alguien se lo hubiese regalado.

En esta época de su vida, con sólo un niño en casa, Carie volvió a su trabajo en las iglesias, con Andrés, y trazó grandes proyectos con respecto a las mujeres chinas. Acompañaba a Andrés con frecuencia y compraron un pequeño junco para ir con Fe, por los

sinuosos canales, a las aldeas y ciudades. En los intervalos entre enseñar a Fe y mantener en orden la casa, en el junco, Carie instruía a las mujeres y a las niñas.

Ella y Andrés sostenían discusiones acaloradas sobre el conflicto entre la doctrina cristiana y los casos con que se encontraban. Ahí estaba, por ejemplo, el señor Ling, que quería unirse a la Iglesia, pero que tenía dos mujeres. Para Andrés la única solución posible era pedirle que despidiera a su concubina. Mas Carie, que había escuchado a ésta y conocía su desesperación, argüía con Andrés:

—Pero la pobre mujer no tiene adonde ir…; ¡la culpa no es de ella!

Y entonces crecía la virtuosidad ministerial de Andrés. No permitiría que debilitase su sentido del principio.

—El señor Ling tendrá que renunciar a la Iglesia, entonces —decía con firmeza.

—¡Eso es cruel! —exclamaba Carie, con todo su antiguo ardor contra la injusticia—. ¡Aunque se trate de Dios mismo, diré todavía que eso es cruel!

A esto Andrés no se dignaba contestar. Había, también, otros problemas. Carie descubrió que un pastor, en quien Andrés tenía confianza, fumaba opio. Lo había sospechado durante mucho tiempo, pues poseía una extraordinaria intuición con respecto a las personas. Pero Andrés nada quería oír en contra de él. Un día vio caer un papel de la Biblia de este hombre. Carie lo tomó antes que él lo pudiese recoger. Era un vale para opio.

En otra ocasión oyó un rumor en contra de otro ayudante de la confianza de Andrés, y nuevamente encontró pruebas de que cobraba una cuota de entrada a todos los que ingresaban en la Iglesia. Había épocas en que les convenía a las personas hacerse feligreses, porque los «extranjeros» eran poderosos y repartían su protección a todos los que se decían cristianos; en consecuencia, las iglesias estaban llenas. No habría sido humano Andrés si hubiese encontrado del todo agradable la perspicacia de Carie, y, ciertamente, no se sentía más feliz cuando ella tenía razón.

Pero Carie no sabía trabajar de otro modo. Tenía que conocer la verdad. A la mujer que le relataba sus penas de concubina la escuchó y le dijo rápidamente:

—Por supuesto, comprendo perfectamente. ¿Qué podemos

hacer?

Y elevó hacia arriba una de sus oraciones breves y de poca solemnidad formal:

—Dios, Tú ves esta mujer. Comprendes la dificultad en que se encuentra. Ella no tiene la culpa. Si no encontramos una solución, tendremos que aceptarla tal cual es.

Después se apoderaba de ella el temor de haber cometido una falta grave y procuraba tranquilizar su conciencia diciendo:

—Bueno, si yo soy capaz de comprender, supongo que Dios también lo será.

Pero nunca estaba segura. Ahí estaba Andrés. Quizá Dios fuera como Andrés.

* * *

En estos años el hogar de Carie llegó a ser cada vez más el lugar de reunión de todos los que se encontraban en alguna situación difícil. Había algo en su manera alegre y serena, en su voz animada y jovial, en su amor por la luz del sol, por las flores y por las habitaciones acogedoras, en sus ojos chispeantes y en su actitud bondadosa y equilibrada, que en cierto modo parecía ser el comienzo de una solución. Frecuentaba entonces su salón una mujer alta y hermosa, de pelo negro y ojos oscuros, con un cutis suave y mate, y siempre magníficamente ataviada con vestidos de París. Era la hija de un próspero comerciante inglés del puerto, un hombre culto y de elevada situación.

En su juventud, ese hombre, como muchos otros, había recibido en su casa a una mujer china, una muchacha ignorante y bonita de quien se había enamorado locamente en un burdel, y de la cual tuvo dos hijos, un varón y una hembra. Era el hijo un truhán disipado, continuamente ebrio, y cuando se le condenaba y su padre lo rescataba de alguno de sus frecuentes aprietos, decía siempre Carie:

—¡Pobre Harry Evans…, está tan solo! Nadie lo quiere, ni los blancos ni los chinos. No tiene patria, y eso es lo más solitario que hay en este mundo.

Pero si estaba solitario el hijo, la hija, una persona altiva y hermosa, lo estaba más de lo que cabe imaginar. Había tomado en sus manos el manejo de la casa de su padre, pues la mujer china, a

medida que envejeció, degeneró en el ser más vulgar de su clase, y jamás aparecía en público. El padre blanco, sin embargo, manifestaba un patético orgullo por la majestuosa belleza y serena dignidad de su hija, y ésta ocupaba un lugar en su mesa haciendo el papel de dueña de la casa en sus complicados y elegantes banquetes. Jamás se recibía a un chino en aquella casa, salvo en calidad de criado, y, en consecuencia, no tuvo oportunidad de encontrarse con caballeros chinos, quienes, sin duda, la habrían despreciado. En verdad, era inglesa y nada tenía de china, salvo la belleza de sus manos y su tez amarillenta. Sin embargo, estos ligeros rastros impedían que un inglés pensase en ella como esposa; así que siguió viviendo —inglesa y no inglesa— en la casa de la gente blanca, y siendo considerada siempre por su propia gente, a pesar de todo, como una extraña.

Esta mujer tenía sus horas de absoluta desesperación, las cuales aprendió a ocultar a sus padres, pues el viejo la amaba de verdad y sentía sin cesar el remordimiento de haberle hecho lo que él se imaginaba un daño, al verter esta mezcla de sangre en sus venas. Cuando la veía en estos momentos de desconsuelo, no podía conformarse, y deploraba amargamente la locura que había cometido al permitir que su ilusión por una cara bonita y el clamor de su carne hubiesen condenado a la vida a esta hija altiva.

Entonces fue cuando Ella Evans se dirigió a Carie, y recuerdo cómo llegaba por la tarde a la reja —ordinariamente a la hora del crepúsculo, en su hermosa silla de manos—, y se sentaba en el oscuro salón esperando que Carie estuviera libre para conversar. No sé de qué hablaban las dos, porque Carie siempre cerraba la puerta y yo no podía oír más que el murmullo de sus voces. Pero en una ocasión, cuando salieron, vi que la señorita Evans se inclinó sobre Carie desde su altura, mirando grave y silenciosamente los claros y rectos ojos de Carie, y que aquella noche, a la cena, se mostró ésta un poco callada e inusitadamente triste.

A veces la que esperaba era una pequeña figura vestida con quimono. Era la esposa japonesa de un extraño anciano inglés que vivía en una casa de madera de estilo japonés construida en el valle de los lejanos cerros. Referían en el puerto una historia acerca de este anciano que, cuando yo lo conocí, tenía blancos los cabellos y conservaba, no obstante la fragilidad de sus años, la figura cortés y

erguida, y muy reservada e independiente, de un caballero inglés. Había desempeñado un cargo, decían, en las aduanas de este mismo puerto en sus primeros años y era el hijo menor de un noble inglés enviado a hacer fortuna en el Oriente como tantos otros en circunstancias similares. Había en Inglaterra una niña que, según se contaba, era rubia y frívola y debía venir a unirse con él en cuanto éste obtuviese su primer ascenso. Cuando hubo trabajado tres interminables años, le pidió que regresase, pues ya tenía lo suficiente para crear un hogar adecuado para ella.

Referían los detalles más extravagantes acerca de la casa que construyó y de las cosas que compró para ella: alfombras de Aubusson, muebles tapizados en satén y un piano de palo de rosa. Para adquirir todo ello hubo de privarse de todo y aun contraer deudas. Fue a la costa a recibirla, ardiendo bajo su aparente calma. Cuando llegó el barco tan sólo había una nota para él:

> *Lo siento mucho, querido Ronald, pero todo fue un error. No te quiero…, ni puedo quererte.*

Se había escapado con el contador del banco. Ronald Stearns dobló la nota y la rasgó en pequeños trozos, dejándolos caer en las aguas turbias y arremolinadas del Whangpoo, y aquella noche fue a un burdel japonés de buena clase, comprando para sí una mujercita concienzuda, cortés y limpia, un poco más vieja que las demás y nada bonita.

Pidió su mano con gran ceremonia, llevándola al consulado británico y ella, muy preocupada y confundida por el cambio en su fortuna, lo siguió por los corredores con su geta[7]. Allí, no obstante las protestas del cónsul británico, Ronald Stearns se casó con la japonesita y volvió con ella al puerto.

Edificó para ella una casa japonesa en la falda de un cerro, fuera del alcance de las visitas, y el piano de palo rosa, las alfombras de Aubusson, los muebles tapizados en satén y todas las demás cosas que había acumulado lo vendió en subasta pública. Cuando yo lo conocí había vivido respetable y dignamente durante muchos años, aunque jamás concurría a la estrecha vida social de los blancos del lugar y su trato con ellos se limitaba estrictamente a los negocios. Cuando murió su padre heredó alguna fortuna, mas nunca volvió a

Inglaterra y siguió viviendo con su esposa japonesa, a quien trataba siempre con la mayor bondad y cortesía. No tenían hijos.

No sé por qué la señora Stearns iba a visitar a Carie. Posiblemente, con el solo propósito de tener una conversación amistosa con una mujer, pues era ella la persona más solitaria que imaginarse cabe; pese a la alegría de sus floridos quimonos de seda y de sus cintas de vivos colores. Hablaba muy poco inglés y era esto significativo en las relaciones con su marido, aunque no debía de haber habido tampoco ningún otro contacto entre sus vidas. Él leía mucho, y después de sus horas de trabajo dedicaba gran parte de su tiempo a estudiar, si bien por las tardes paseaban por el lindo jardín japonés que había mandado construir para ella. Era un paseo silencioso, pues entre los dos había poco que decir. No podía ella imaginarse el mundo culto y experimentado de su marido, y la vida de ella era para él simple como la de un niño. Sin embargo, Carie pudo suplir en parte la falta de compañía de esta mujer.

Pero había no pocos entre los blancos del puerto que acudían a ella. Ahí estaba una pobre y atormentada inglesa que solía visitarla de noche en su silla de manos, la esposa apasionada y celosa de un marido frío y cruel. Vertía sin reservas en el oído de Carie la tragedia de su vida, y después que se había ido, veíase en los ojos de Carie el horror de confidencias que de buena gana no hubiera escuchado.

Había, también, una escocesa delgada y tísica que en un tiempo había sido misionera y que, habiéndose casado con el disipado capitán escocés de un vapor del río para reformarlo, lo había visto entregarse de nuevo a la bebida después de la luna de miel. Todos sus desesperados esfuerzos para entretenerlo, por conservar su amor en tal forma que esforzase su voluntad, todos los inútiles esfuerzos de una mujer insuficientemente hermosa y agraciada para dominar a un hombre…, todo esto lo confió a Carie, tosiendo y sollozando.

—Si pudiese tener una hija… —Gemía—. Él desea una niñita.

Pero su cuerpo frágil y encorvado no era capaz de dar este fruto y, por último, adoptó una niña de un orfanato de Australia, y emprendieron juntos un nuevo ensayo. Pero en menos de un año la niña, contagiada por un sirviente chino, murió de viruelas, y el padre, que había llegado a amar a la rubia criatura, convirtióse en un ebrio de verdad, mientras la pobre Gills moría de la enfermedad

que durante años había padecido.

Éstos y muchos otros de los que vagaban por los puertos del Oriente llegaban al hogar de Carie y recibían de ella el socorro de su sana personalidad. En verdad, parecía que siempre había alguien en espera de ella. Aun el médico mestizo y su mujer gorda y morena encontraban en ella una amiga especial, aunque nunca los pudo ver sin sentir el doloroso recuerdo del hijo que había perdido.

* * *

En esta época de su vida era Carie una persona extraordinariamente atrayente y magnética. Habíale abandonado algo la impetuosidad de su juventud, de la violencia de su genio a veces excesiva para el consuelo y la simpatía. Habíase templado el calor de su bondad, y era, sin embargo, tan vigorosa, que llevaba siempre con ella el soplo vital de la afable mujer americana. Su presencia hacía pensar en las cosas buenas y sencillas de la vida. ¡Tenía un sentido del humor tan agudo y era tan normal y equilibrada en su ambiente, donde con demasiada frecuencia los blancos se vuelven tristes y sutilmente degradados! Conservaba siempre su robusta personalidad.

Había creado en su hogar el mismo espíritu de su propia naturaleza. Tenía siempre un huerto bien surtido, un huerto americano de aspecto floreciente, y en su mesa se comían habas, tomates, espárragos, patatas irlandesas, lechugas y todos los buenos alimentos americanos que en aquellos días parecían faltar en otra parte. No podía ella soportar la dureza de la carne de las aves chinas errantes y medio salvajes, y tenía siempre un gallinero, huevos frescos y una gallina gorda dispuesta para ser asada, o, en la primavera, pollos tiernos que preparaba de la manera más deliciosa, al estilo del Sur. Las galletas salían de sus manos ligeras como las nubes, y sus tortas de coco, de chocolate y de frutas eran suficientes para tentar a un hombre a venir de cien millas de distancia en busca de ellas. Recuerdo cómo con frecuencia, en sus días más activos, amasaba grandes trozos de pan esponjoso y blanco como la nieve, sacando después del horno las grandes y exquisitas hogazas que llenaban la casa con su fragancia deliciosa.

Por tales medios simples y saludables sanaba a los que acudían a ella, y con su manera de ser sencilla y sin dobleces dábales a los

expatriados paz y hogar.

* * *

Los años que iniciaron el último tercio de su vida fueron felices. Había aprendido ya que el hogar y la patria residen en el propio corazón y que pueden crearse, según el deseo de ese mismo corazón, en cualquier parte del mundo. Había pasado ya la antigua nostalgia por las montañas de la Virginia Occidental y por la dulce vida de antaño. Poseía estas cosas para siempre en su memoria y nadie podría arrebatárselas; en verdad, no existían ya más que en su memoria, pues se había operado un cambio en lo que antes fuera suyo. Hermanus, su padre, murió a una edad muy avanzada, pulcro hasta el fin, y la muerte apenas logró separarlo de ella más que la vida. Este recuerdo ocupó un lugar en su espíritu junto con los demás, los cuales vivirían con ella hasta el fin de sus días. En consecuencia, no sintió pesadumbre.

Fiel a su resolución, no volvió a mudar su casa. Andrés viajaba hacia los cuatro puntos cardinales, pero iba solo, volviendo de vez en cuando a descansar al hogar que ella había hecho para todos. Era, también, lo que más le convenía, pues no era hombre apto para los cuidados familiares, y libre ya de todas las preocupaciones y molestias de trasladarse con el ajuar de una familia salió a explorar adonde lo llamase su espíritu, que para él era una voz divina…

En cuanto a Carie, podría ahora plantar un árbol y esperar su fruto. Sus rosales trepaban por el techo del *bungalow*. No debía arrastrarse con sus niños de una miserable choza a otra. Allí en el *bungalow* construyó para ellos su ambiente. Hacían excursiones a los cerros y a los templos rodeados de bambú. ¿Podría imaginarse, me pregunto, una figura más extraña en un templo budista que ella, sólida, práctica e insensible a los siniestros dioses orientales? Permanece en mi memoria, como uno de los contrastes más fantásticos que yo haya visto, la siguiente escena: en un patio ensombrecido por su existencia milenaria repartía ella con presteza los emparedados y el cacao a sus hijos, y si miraba a los dioses, era con el robusto espíritu moderno del que contempla los mitos de los muertos.

Fomentó cuidadosamente cualquier pequeño talento que poseyesen sus hijas. No sólo había jiras, largos paseos y estudios de

botánica por medios tan agradables como éstos, sino que también organizaba pequeñas reuniones sociales de una y otra clase por medio de las cuales aprendiesen a conducirse con elegancia, con el fin de que cuando saliesen de esta vida un tanto limitada no se encontrasen enteramente desorientadas. Uno de los éxitos más notables eran las reuniones musicales que daba cuatro veces al año, en las cuales no sólo ella cantaba hermosamente, sino que también se preocupaba de que cada una de sus hijas contribuyese con algo. Obligólas a fabricar ellas mismas los sencillos programas y a adornarlos con dibujos, todo esto en beneficio de ellas mismas, con el objeto de que nada les faltase en su formación para la vida en cualquier parte del mundo.

Fueron aquellos años un tiempo de paz sin precedentes en China. Las represalias que habían caído sobre el país después del intento de expulsar al extranjero por medio de la rebelión boxer habían hecho que la gente sintiera con pavor su propia debilidad, y el poder del extranjero fue en estos breves años mayor que antes y que lo que ha sido desde entonces. En ese tiempo podía el hombre blanco ir y venir a su antojo, pues detrás de cada extranjero veían los chinos buques de guerra, cañones mortíferos y la acción instantánea y brutal de los soldados. Contribuyó esto, por lo menos temporalmente, a la paz.

Lo mejor de todo para Carie fue que no hubo más defunciones en su casa. Pudo sentirse segura y gozar viendo el desarrollo de sus hijos. Edwin ya se había casado, y, aunque ella no conocía a su mujer ni a su primer nieto, se alegraba de que alguien ocupase su lugar cerca de su hijo e hiciese para él un hogar, rodeándolo de las mil pequeñas atenciones que hacen de un hombre un ser feliz. Consuelo crecía también, y aunque las relaciones entre madre e hija durante la adolescencia sometían a Caríe a duras pruebas, sentíase ésta, no obstante, orgullosa de ella. Aproximábase velozmente la hora en que también ésta debía partir para América.

En cuanto a la pequeña Fe, exceptuando a Clyde, era de todos sus hijos la que Carie más amaba. Era en apariencia similar a Clyde, con el mismo pelo oscuro, rizado y suelto, y los mismos ojos grandes de color azul oscuro, que, en verdad, era violeta. Su naturaleza se avenía más con su madre que la de Consuelo. Era una niña tierna, amable y comprensiva, de un carácter agradable y

suave. Consuelo había heredado con demasiada exactitud las faltas de su madre; un genio violento y obstinado y un amor sensual por la belleza y la música; todos aquellos rasgos de su propia naturaleza que Carie se esforzaba intensamente por dominarlos, vio, consternada, nacer de nuevo en su robusta y voluntariosa hija. Pero Fe era más parecida a Andrés, menos impetuosa, con más dominio de sí misma, más serena y de menos palabras; y Carie hizo de ella su confidente y amiga, en mayor grado de lo que en aquel tiempo se dio cuenta y de lo que a la naturaleza sensible de la niña convenía.

Fueron estos años, además, los de su mayor vigor físico. Había pasado la edad de dar hijos al mundo y ya no tenía sobre ella la preocupación de los pequeños. Mucho le convenía el clima de los cerros sobre el puerto del río, y se encontraba mucho más fuerte que cuando estuvo en las llanuras del curso superior del Gran Canal. Tenía todo su tiempo ocupado también y había encontrado su lugar en la comunidad mixta de la preponderante vida china y de hombres y mujeres blancos que se mezclaban ligeramente a ella.

Pero en lo íntimo de su ser, bajo la exuberancia de su vida, todavía sentía a veces Carie la insuficiencia de su relación con Dios. Hizo en ocasiones proyectos para retirarse por un período de tiempo y entregarse seriamente a la búsqueda de lo que necesitaba. Se propuso leer más la Biblia, rezar más y esforzarse por ser «buena». Nunca comprendió suficientemente bien su propia naturaleza para llegar a saber que, cuando se retirase de la vida de los hombres y de las mujeres y de sus necesidades humanas sólo sería porque habría muerto. El presente constituía, después de todo, un desafío más fuerte que la vida futura y un desafío era cosa que jamás pudo resistir. Le gustaba sentir que su cerebro y su ingenio se ponían a prueba. No era, para dar un pequeño ejemplo, muy aficionada a los juegos porque había muchas otras cosas que prefería a éstos, pero deleitábase con el ajedrez, debido, según creo, a que éste desafiaba su entendimiento.

Recuerdo que con frecuencia miraba sus manos con un poco de pena. Sus hermosas manos, ásperas y útiles, tan inertes en las palmas como delicadas y finas en los dedos, no eran pequeñas, pero sus líneas eran elegantes y bien lidiadas. Siempre fue uno de sus proyectos dejar de meter sus manos en esto, aquello y lo de más allá; usaría guantes en el jardín y crema para tenerlas realmente

«pulcras». Encantábanle las blancas manos de las señoras, con la piel suave y lisa y las uñas rosadas y finas. Pero si de tarde en tarde se acordaba de ponerse los guantes, se los sacaba al poco rato para cavar con ellas en la tierra y decir a modo de disculpa:

—Es que debo apreciar si las raíces están bien. De otra manera no crecen. ¡Y me encanta el contacto de la tierra!

Nosotros, que la conocíamos, nos limitábamos a reír y a embromarla por su vanidad, pues bien sabíamos que sus manos se entregarían a cualquier tarea, desde el cultivo de su jardín hasta la curación de la piel infectada de algún niño.

—Bueno, cuando esté vieja y ya no pueda trabajar —solía defenderse, riéndose—, entonces…

¡Ah, esa vejez que nunca llegó, la época en que iba a hacer toda una serie de cosas, desde arreglar sus manos y comportarse como una dama seria y grave —¡ella, que en cualquier momento se sentía dominada por la risa!— hasta leer con más frecuencia la Biblia y encontrar a Dios!, ¡esa vejez que nunca llegó y que nunca pudo llegar para una persona tan invariablemente viva y juvenil como ella!

No puedo dar de su vida un cuadro fiel, sin señalar sus limitaciones impuestas por la necesidad de la más rigurosa economía, en virtud de la cual se guardaba hasta el último periódico por si pudiera servir en la casa, una economía capaz de aplastar a un espíritu menos vigoroso. Siempre la encontraba maravillosamente fresca y bonita, aunque cuando pienso en ello veo que usaba los mismos vestidos año tras año. Pero sabía de tal modo cambiar una cinta o colocar en su escote una flor, que parecía llevar un vestido nuevo. Éste era el efecto que hacía. Recuerdo que tenía en el desván una gran caja de lata en la que colocaba, según creo, todos los sombreros que había tenido en su vida a medida que iban quedando fuera de uso, y hasta el último pedazo de cinta o adorno de seda. Dos veces al año exclamaba alegremente:

—¡Debemos ir a París a comprar nuestros sombreros para la temporada!

Y con gran ceremonia nos íbamos al desván a abrir la caja de hojalata, y con lo que había en ella hacía, con sus manos diestras, sombreros para ella y para las dos niñas. Y no recuerdo haber experimentado sensación alguna de descontento con lo que ella

fabricaba. Creo, por el contrario, que sus sombreros eran más bonitos que los que veía en otras partes, y además, eran elegantes. Tenía condiciones, si no hubiera sido todo lo que fue, para ser una modista de primer orden, o una cantante, o cualquiera de las cosas para las cuales tenía aptitudes. En todo caso, su imaginación, sus alegres disparates y sus diestros dedos creaban en nosotros la ilusión y la emoción de estar comprando un sombrero nuevo. Años más tarde, cuando fui verdaderamente a París a comprar un sombrero nuevo, no encontré en ello ni la mitad del entusiasmo que proporcionaban las antiguas expediciones por la escalera del desván al París encerrado en una caja de hojalata.

* * *

Así pasaron siete años con más rapidez que en ningún otro período de su vida. Fueron años buenos en los que la muerte no vino una sola vez a la casa. Su sabiduría humana se hizo más y más profunda y, a pesar de todo, continuaba siendo la suya la naturaleza más rica y bella, pese a que jamás perdió sus faltas. No obstante los momentos de irritación, las niñas pensaban en ella como en la compañera más festiva y entretenida, aunque estos momentos de alegría se hacían cada vez menos frecuentes. Volvióse más paciente y comprensiva, si bien nunca fue persona de paciencia cuando se indignaba.

Vino entonces nuevamente el tiempo en que podía pasar un año de vacaciones en América. Consuelo era ya una espigada muchacha de diecisiete años y se encontraba en condiciones de ingresar en la Universidad; era una persona tímida, pueril, de fáciles entusiasmos, llena de contradicciones y, por muchos conceptos, extraordinariamente madura. Quería ofrecerle Carie un último regalo en aquella hora de próxima separación, algo para satisfacer el afán de belleza y de aventura de la niña. Después de alguna reflexión resolvió que ese regalo sería regresar a América por Europa. Quería compartir con las niñas los recuerdos que aún tenía de otros países.

Creo que alrededor de este tiempo se dio la gran batalla del «Nuevo Testamento de Papá» y fue la única ocasión en que Carie logró, a fuerza de gran determinación y no poca violencia, obligar a Andrés a postergar una nueva y largo tiempo proyectada edición, a

fin de que Consuelo pudiese tener unos vestidos nuevos para el colegio. En todo caso, la muchacha oyó las cuidadosamente amortiguadas aunque violentas discusiones, tras la puerta cerrada de la habitación de sus padres, y recuerda cómo salieron su padre, pensativo y no poco deprimido, y su madre, resuelta, sonrojada y con los ojos muy brillantes, diciendo:

—Voy a comprarte ese otro vestido, después de todo, hija, y vamos a regresar a casa por Europa.

Hicieron esta vez el viaje por Siberia, en ferrocarril, para ahorrar a Carie el océano. Subieron el Yangtsé en vapor y tomaron en Hangchow el tren hacia el Norte. Interesóse Carie tan vivamente como las niñas por todas las cosas nuevas. Sintióse especialmente impresionada por Rusia. Vio en este país los fundamentos de una grave y peligrosa situación humana y sintió horror por las diferencias entre los pocos ricos y educados y los millones de gente baja que vivían de un modo casi bestial. Repetía sin cesar:

—Un día esta gente va a hacer una revolución. No se puede tener impunemente este estado de cosas en un país.

Cumplióse antes de diez años la profecía, y entonces observó el estremecimiento del mundo tal como lo había previsto, siguiendo con el mayor interés el progreso de la revolución rusa. Sus simpatías estaban con el pueblo a pesar de su conservadurismo inherente, que odiaba los excesos.

Durante aquel verano se impregnaron de la belleza de Europa, viendo cada uno lo que más le agradaba. Andrés ponía su interés en las catedrales e iglesias, y Consuelo gozaba con todo. Carie se deleitaba más con las casas, las granjas y la gente. Pasaron dos meses en Suiza a la orilla de un lago azul, en el *château* abierto para turistas por la viuda de un hombre que había tenido allí su fortuna y que había muerto en la pobreza. Carie repartió su interés entre la belleza del lago y de los nevados Alpes y los relatos de la pequeña viuda. Siempre había alguien que narrara su historia a Carie. Hasta las camareras de los hoteles la tomaban por confidente a los dos días de su estancia en cualquier parte.

Cuando llegó el tiempo de partir para América no se sintió Carie llena del mismo anhelo de antes. Creo que iba hacia su país con cierta duda. América vivía en lo profundo de su corazón. ¿Sería la realidad tal como la sentía allí? La vez pasada se había sentido

insegura de su hogar…, la vida había progresado en su ausencia siete años más todavía. ¿Cómo sería esta vez? Sabía de muchas cosas nuevas. Decía la gente que el país estaba lleno de invenciones, automóviles, por ejemplo, y extrañas maquinarias para las tareas caseras. Todo había cambiado mucho.

Pero, aunque le pareciese extraña América, allí estaba Edwin con su mujer y el nietecito. Esto justificaba una entusiasta expectación. Hicieron una agitada travesía del Atlántico y tomaron desde Nueva York el primer tren hacia el Sur.

* * *

Ni Carie ni Andrés pudieron, al parecer, quedarse todo el año. Carie, al volver a la gran casa blanca, echó de menos de un modo intolerable la pequeña y arrogante figura de su padre, viejo y canoso. Ya no ocupaba su habitación, que había sido un taller de tesoros de joyas talladas a mano y piedras preciosas raramente engastadas, de relojes de toda clase y dimensión: vivía en ella el hijo de Cornelio. Carie no pertenecía ya a la gran casa. Era ahora tan sólo un huésped ocasional que regresaba tras largos períodos de destierro. La esposa de Cornelio se había posesionado serenamente de la casa y era como si toda la antigua vida, y aun su mismo recuerdo, hubiese desaparecido.

En la aldea había muerto el hermano de Andrés y un forastero ocupaba el púlpito de la blanca iglesia. Neale Cárter también había muerto y su casa había sido vendida a unos veraneantes. Casi todos los antiguos rostros habían desaparecido. Habían cambiado hasta el nombre mismo del lugar. Era extraño y triste para ella, y no pudo permanecer allí.

Pero allí estaba Edwin con su pequeña familia, y había que dejar a Consuelo en el colegio. Para entregarse a éstos vivió durante seis meses en casa de Edwin. El nieto fue una delicia para ella, cuyo seno fue siempre un lugar de descanso para las criaturas y en cuyo corazón de madre había un lugar para todas las del mundo. Pero aun aquí, en este hogar naciente, era ella sólo un huésped.

No había ya hogar para ella en su patria; no pertenecía a ninguna parte. Estableció a Consuelo en el colegio y la vio absorberse en su nueva vida y nuevas amistades. Carie se dio cuenta con tristeza de que en su país no había nadie que realmente

necesitara de ella; ni siquiera sus propios hijos, cuyas vidas se desarrollaban en actividades que ella no podía compartir. Debía volver, pues, a cruzar el océano, porque allí había quienes la necesitaban, quienes la echaban dolorosamente de menos y esperaban ansiosos su regreso. Nunca, cuando volvía a América, había decidido la cuestión de su regreso a China, pues en cada ocasión le parecía que seguramente esta vez no podría soportar de nuevo separarse de su patria. Mas ahora volvió su rostro hacia el destierro y lo hizo con resolución, pues toda la América, su América, vivía ahora en su corazón y en sus recuerdos.

Creo que algún presentimiento en su alma sensible le decía que aquélla sería la última vez en su vida que cruzaría el océano. No sé si era que sucumbía ya al germen de la enfermedad tropical que la dejó para siempre debilitada, apresurando su muerte, o si sentía que la indiferencia de su patria le quitaba el hogar. Pero en el fondo de su alma se despedía de toda la belleza de América.

Durante el largo y luminoso otoño que pasó en el hogar de su hijo, paseó mucho por los bosques, sola, saciando sus ojos con la vista del rojo y oro de los árboles e impregnándose con la última y larga contemplación de las nieblas purpúreas que envolvían los cerros. Observó con cariño los hogares, la gente tranquila, limpia y contenta, y las pequeñas iglesias decorosamente llenas los domingos de familias, de padres, madres y niños. Para ella lo mejor de América era la gente, aquellos felices y afortunados que podían vivir su vida entera en América. Parecíale a veces que debía hacerles ver lo afortunados que eran de vivir en una tierra como la cual no había en todo el mundo otra parecida. Pero no podía hablar fácilmente de cosas profundas. Sólo podía sonreír débil y penosamente cuando, admirada, la gente le preguntaba si realmente quería «volver a aquella tierra de paganos». Creo que hasta el fin de sus días sintió nostalgia por la América que había conocido en otro tiempo.

Yo misma apenas sabía lo que había significado aquel año para ella, hasta una mañana en que me encontraba a su lado en la iglesia mientras cantaban un himno, aquel que empieza: «¡Oh! Hermosa por tu ancho cielo». Su voz había estado resonando alegremente, pero de repente se calló, y yo la miré para ver lo que tenía. Su rostro estaba bañado en lágrimas y la oí murmurar una y otra vez:

—¡Oh, América…, América!

* * *

Regresó, pues, llevando consigo esta vez solamente a Fe. Cruzó el océano Pacífico, mareada como siempre, pero con la tranquila convicción de que era por última vez.

Nuevamente encontró en Shanghai el rostro amarillo de la fiel Wang Amah, arrugado y sin dientes ya, bajo el escaso pelo blanco. La vieja sirvienta y amiga había dejado de hacer gran parte del trabajo, pero siguió viviendo con Carie durante algunos años, hasta que más tarde se fue a casa de su hijo adoptivo, pues necesitaba de un cuidado constante y no quiso ser para Carie una carga. Pero entonces tomó Carie su mano endurecida y morena y regresaron todos juntos al *bungalow*. Presentábanse ante ella, pensaba para sí, los largos y apacibles años de su vejez, y podía esperarlos con serenidad y firmeza.

Mas la vida de Carie no estaba destinada a ser apacible. Hasta la propia época en que vivía conspiraba en su contra, y estalló sobre el país la catástrofe de la revolución china, arrollando a todos en medio de la confusión. Durante once años había habido en China una extraña y aturdida paz…, una tranquilidad y seguridad insólitas para todos.

De repente comenzaron a ocurrir los acontecimientos con una rapidez extraordinaria. Ello demostraba que la paz había existido tan sólo en la superficie y que por debajo se desencadenaban vastos trastornos. Fue derrocada en Pequín la dinastía manchú y el archirrevolucionario Sun
Yat-sen
declaró república a China.

Apenas llevaba Carie unos pocos meses en su casa, cuando el cónsul americano aconsejó a todos sus compatriotas que se retiraran a la costa para que, en la revuelta, no fuesen atacados los blancos por salteadores. Miráronse Andrés y Carie. ¿Debían pasar otra vez por todos los antiguos infortunios? Dijo Andrés con desgana:

—Es mejor que te vayas.

Y con desgana Carie embaló algunas cosas. La mañana en que tenían que partir todos juntos, Carie se sintió enferma —dudo que estuviera tan enferma como se imaginaba— y declaró que no podía

ir. Los dejaron atrás y al día siguiente se repuso, desembalando, triunfante, sus cosas y disponiéndose a quedarse hasta el fin de la revolución. Ya no tenía niños que cuidar y, además, odiaba sobre todas las cosas aparentar que estaba huyendo de un peligro.

Los combates más recios se libraron en Nanquín, a algunas millas de allí, y Carie podía oír desde su cama las profundas detonaciones de los cañones modernos que los chinos habían aprendido a usar del Oeste. En una ocasión oyó el agudo chasquido de rifles muy cerca de su casa y, con su habitual temeridad, corrió a una ventana para ver qué sucedía.

Vio allí, escondidas entre dos bambúes cerca de la muralla del recinto, unas formas agazapadas. Vistióse con ligereza y descendió rápidamente al piso bajo sin decir a nadie una palabra. Afuera encontró que los refugiados eran mujeres manchúes, hermosamente vestidas con largas túnicas de seda, con el pelo peinado para arriba y los pies sin vendar, según el uso de las mujeres manchúes. Algunas de ellas llevaban vestidos chinos a modo de disfraz, pero los pronunciados huesos de sus rostros y sus grandes pies les traicionaban. Diose cuenta al instante de que se trataba de las mujeres e hijas de los funcionarios manchúes de la ciudad, víctimas ahora de un cambio dinástico. Siempre fue costumbre en China que, cuando caía una dinastía, los nuevos gobernantes asesinaran a todos los sobrevivientes de los antiguos poderosos, y aquella pobre gente corría la misma suerte. Carie intentó llamar por señas a una de ellas para que viniese a ocultarse en su casa, pero las mujeres, aterradas, huyeron al ancho prado y Carie volvió retorciéndose las manos en su impotencia, la única cosa que no podía soportar. En verdad, no podía hacerles ningún bien, antes al contrario, podría causarles daño como extranjera al intentar ayudarlas.

Nadie puede decir cuántos hombres, mujeres y niños manchúes fueron injustamente muertos aquel día, allí y en toda China. Carie se sentó en su aposento con Fe y, cerrando los ojos trataron de no oír los ruidos en su derredor. Creo que la brutalidad de aquel día fue excesiva aun para Carie, acostumbrada a las escenas trágicas, y nunca pudo olvidar a aquellas desgraciadas mujeres finamente educadas y protegidas durante toda su vida, perseguidas ahora como ciervos y tendidas entre los bambúes con los vestidos de seda manchados de sangre.

Mas, cuando hubieron pasado aquellos días y la República china fue establecida, por lo menos en la forma, Caríe se tomó gran interés por el cambio. Era por naturaleza rebelde y siempre le interesaba la rebelión. Su propio país era república y por eso creía que la mejor forma de gobernar era la republicana. Se volvió con esperanza a lo futuro.

—Puede ser que hagan ahora un poco de limpieza —solía decir, aprobando de todo corazón el decreto que al instante se dictó, por el cual debían cortarse todas las coletas de las cabezas de los hombres, pues eran éstas una señal de vasallaje exigida por la extranjera dinastía manchú. Por cierto que encontró a veces bastante graciosa la ejecución práctica del decreto. Estaban sus simpatías, también, con los viejos chinos, graves y conservadores, que consideraban la coleta como parte esencial de sus personas. Cuando los labriegos por la mañana, entraban inocentemente por las puertas de la ciudad, con sus canastos de legumbres frescas suspendidos de una larga vara sobre sus hombros, encontrábanse cogidos y su pelo cortado violentamente con un par de grandes y rudas tijeras, manejadas por un soldado estacionado en la puerta. Más de uno prorrumpía en un aullido de terror, pensando que se le iba la vida junto con el pelo.

Pero por entonces el nuevo gobierno era vigoroso y en todas partes se estacionaron soldados para hacer desaparecer la antigua señal de vasallaje, habiendo en aquellos días muchos que salían por la mañana orgullosos de su pelo, y que se arrastraban por la noche como un perro avergonzado, con el pelo cortado desde la nuca. Pero Carie consideraba, después de todo, que era una buena cosa. Insistió en que su jardinero y su criado se cortaran el pelo también; sus cabezas mondas representaban para ella un paso hacia su código de limpieza y virtud.

La ciudad fue dejada en paz después de un corto tiempo y la revolución se trasladó hacia el Norte, no habiendo, después de todo, ningún cambio inmediato más grande ni más fundamental que la abolición de las coletas. Carie, después que hubo pasado esta agitación, se encontró frente a una vida muy parecida a la anterior. Y ahora se entregó enteramente a su trabajo misionero en la forma que lo había proyectado para cuando estuviera libre de los niños. Tenía Fe suficiente edad para ser enviada al colegio, en Shanghai,

con lo que no quedó ningún niño en la casa, encontrándose Carie un tanto ociosa.

Iba ahora a todas partes con Andrés en sus largos viajes en junco, en silla de manos y en carretillas. Durante estos últimos años se había construido un ferrocarril hasta la costa, el cual usó como vía principal de viaje, partiendo de allí hasta muchas millas hacia el Norte, visitando ciudades, mercados y aldeas, y caminando a grandes distancias por la campiña. Donde predicaba Andrés reunía ella en torno a sí a las mujeres y a las niñas, enseñándolas a leer, a cantar, a tejer y a hacer trabajos manuales, y junto con estas enseñanzas intentaba inculcarles los sencillos principios de la vida y conducta cristianas.

Pero todo esto lo hacía a su manera y nunca a la de Andrés. Éste comunicaba su mensaje como un forastero que llega a un país extraño con una carta del rey de su propio país. Era su deber leer el mensaje para que todos pudiesen oírlo. Cumplido este deber, terminaba su responsabilidad.

* * *

Creo que fue alrededor de este tiempo cuando Carie se dio cuenta de que entre ella y Andrés, a pesar de haber vivido como marido y mujer durante más de treinta años y de haber tenido siete hijos, había, sin embargo, una gran distancia. Movida por el lado severo y puritano de su carácter se había casado con este hombre, pero a medida que había avanzado la vida de ella, era su rico venero humano el que había profundizado y crecido. Solos en la casa, solos en los juncos, solos caminando uno al lado del otro por las polvorientas carreteras o por las atestadas calles empedradas de la ciudad, no encontraban ellos de qué hablar. Carie, cuya conversación alegre, graciosa y corriente era para tantos otros una delicia, encontró que para Andrés sus comentarios sobre lo que veía al pasar eran con frecuencia sólo de un fastidio y de una audacia injustificables. Las palabras pedantes de Andrés, su humor pesado y excepcional, su completa absorción en su tarea, su incapacidad para comprender las dificultades de la vida humana, su propia vida ascética y rigurosa en la que no había lugar para la belleza ni el placer llegaron a repelerla, aun cuando admiraba ella su dominio de sí mismo y su elevado espíritu.

Se había imaginado en un tiempo que trabajaría a su lado en una plena e invencible camaradería. Mientras sus hijos fueron pequeños y su vida estuvo llena de obligaciones, había logrado muy poco de esta camaradería, pero ahora que los niños habían crecido, podría, pensaba ella, acompañarlo en todo. Leerían juntos, se decía, conversarían y trabajarían juntos y él podría enseñarle a perfeccionarse y a profundizar su vida espiritual, y podría explicarle las cosas que ella no comprendía de las Sagradas Escrituras. Y ella…, seguramente tendría modo de ayudarlo, de comprenderlo. Podría ayudarlo ahora más que nunca con la música en la iglesia; podría escoger para él los himnos verdaderamente bellos en vez de los habituales que eran solemnes y no gustaban a nadie, y con su talento para expresarse con habilidad y fuerza podría, quizás, animar un poco sus prédicas, un tanto frías. Podrían repasar juntos sus sermones antes que él los pronunciara, y ella podría sugerir historias, ejemplos e interesantes analogías.

Sumergióse con todo su alegre vigor de antes en este nuevo período de su vida, jubilosa y sin preguntar ni una vez si Andrés quería o no su ayuda. Le parecía que éstos eran los años por los cuales había abandonado su país; éstos eran los años que iban a justificar aquel sacrificio. Se decía que Andrés usaría gustoso sus fuerzas, tal como ella podría usar las de él, supliéndose uno al otro.

Pero estaba equivocada. Andrés no quería, en manera alguna, ser ayudado en sus sermones. Sentíase muy satisfecho con ellos y en extremo dudoso de que ella pudiera añadirles algo con sus sugerencias; y en cuanto a los himnos que a ella le gustaban, los encontraba extraños y sin sentido y demasiado vivos para el decoro religioso. No estaba bien cantar la alegría y la belleza de este mundo cuando más allá abría sus fauces el infierno.

Estaba imbuido, además, de la doctrina paulina de la sujeción de la mujer al hombre, y para él era suficiente que ella manejara su casa, diera a luz sus hijos y atendiera sus necesidades. «El hombre es la cabeza de la mujer». Sólo por el hombre podía ella acercarse a Dios. Esto enseñaban las Escrituras. En verdad, era conveniente que Carie instruyese en la medida de su capacidad a las mujeres en las iglesias, pero él debía hacer el examen final de la fe y del conocimiento de todos, y como sacerdote de Dios, dictar el último fallo sobre si debían ingresar en la Congregación.

Cuando Carie se percató de su opinión, sintió hervir su sangre turbulenta y rebelde. Parecíale que por primera vez veía este santo, con quien se había casado por su bondad, tal como era en realidad; pese a toda su bondad para con ella, era estrecho, egoísta y arrogante. Pues… ¿no podía ella acercarse directamente a Dios porque había nacido mujer? ¿No era su cerebro más rápido, agudo y despejado que el de muchos hombres? Pues… ¿era Dios así, el Dios de Andrés? Era como si hubiese llegado trayendo entre sus dos manos los ricos dones de su cerebro y de su cuerpo, dándolos generosamente y con la misma conmovedora seguridad del niño de ser aceptados… y que le hubiesen sido arrojados sus dones a la cara por inútiles. Fue su primer contacto verdadero y consciente con el alma de Andrés. No puedo aquí hacer más que retirarme por delicadeza del espectáculo de esta mujer totalmente herida en su alma. Al fin y al cabo, yo la conocía muy bien y estuve demasiado íntimamente ligada a ella para hurgar ahora con los dedos del análisis en esta parte de su vida que ella jamás, ni con una palabra intencionada, reveló a un ser viviente. En verdad, la conocíamos, y a veces, a pesar suyo brotaban de ella palabras penosas y violentas. Pero tales palabras jamás se le escapaban sin tratar de contenerlas y siempre sentía después remordimientos por ellas.

Desde su nacimiento había sido educada en una época dura para las mujeres y, quizá, para todos los que seguían la religión. Para ella no había salida del sendero del matrimonio. Por mucha tirantez que hubiese y por muy estéril que fuese la unión entre dos seres, por muy lejos que viviesen uno de otro en espíritu, no podía ser quebrantado el lazo exterior. Más fuerte de lo que nunca podría ser un vínculo de amor eran los de la religión y del deber.

En verdad, bien lo sabía Carie. Dominóse y sometió una vez más su antigua naturaleza afectuosa y amante del placer, aunque nunca podremos saber cuánto le costó interiormente. Empezó de nuevo, con desacostumbrado silencio y dulzura, a dedicar su vida en un tranquilo ir y venir entre las humildes mujeres chinas. No tenía ya los grandes proyectos de constituir fuertes y numerosas agrupaciones de mujeres en las iglesias. No, ella no perturbaría las iglesias de Andrés. Iría solamente a un lado y a otro haciendo lo que pudiese por las personas, estuviesen dentro o no de la Iglesia.

Hace poco tiempo oí al profesor chino de un colegio decir de

esta época de su vida:

—La recuerdo como a ninguna otra, porque ella hasta lavaba la ropa para ahorrar dinero y dárselo a los necesitados. No he visto una mujer como ella, ni antes ni después.

* * *

Entretanto ella se recogió en aquella época dentro de sí misma, viviendo sola en espíritu como nunca le ocurriera en sus atareados días de madre. Cantaba para sí —en voz baja si Andrés se encontraba en la casa— y plantó su jardín de un modo que fue un lugar de encanto para todos los que lo visitaban y éstos eran muchos. Iba y venía a pie por las ásperas carreteras del campo, entre las casitas con techo de paja, donde pudiese encontrar los pequeños grupos de mujeres y niños que la esperaban. Renovó su interés por sus vecinos y sirvientes y enviaba pequeños regalos a Wang Amah, que vivía con su hijo adoptivo, demasiado vieja ya para trabajar. Escribía largas y afectuosas cartas a sus hijos y les hacía pequeños regalos que estuviesen dentro de sus medios, esperando su retorno si acaso ellos lo decidían.

Pero llevaba aquella vida, después de todo, a falta de otra mejor. Algo se había apagado en ella. Era de las que necesitaban hacer grandes obras, pues era capaz de ellas. Todo el hermoso y rico florecimiento de su naturaleza parecía de algún modo estar encerrado. Fue ella, quizás, uno de los seres más solitarios del mundo en este período de su vida, pues le faltaba un cariño íntimo. Mientras fueron pequeños, sus hijos se lo habían dado, de modo que apenas lo echaba de menos en otra parte. Ahora que habían crecido y se encontraban lejos de su hogar, sentía en su vida un vacío intolerable.

—Sería tan agradable —solía murmurar a veces— tener a alguien con quien pasear un poco…, alguien que le perteneciera a una…

Esto lo decía observando la figura de Andrés, que descendía solitaria por la sinuosa carretera. A él, envuelto como siempre en sus pensamientos y ceremonias, no se le ocurría pedirle que lo acompañara, y ella tenía demasiado orgullo para sugerírselo. ¡Extraña y remota alma la de un hombre capaz de penetrar en el mismo cielo y discernir a Dios, y no percatarse jamás de la

orgullosa y solitaria vida a su lado! Para él era ella sólo una mujer. Desde aquellos días en que vi apagarse su espíritu he odiado el criterio paulino, y así lo deben hacer todas las mujeres verdaderas, según creo, por lo que él ha hecho en el pasado a mujeres como Carie, libres, orgullosas y, sin embargo, condenadas a causa de su mismo sexo. Por ella me regocijo de que en esta nueva era se haya desvanecido su poder.

Envejeció mucho durante estos años. Adelgazó en tal forma que daba lástima, aunque su andar era recto y gallardo como siempre. Sus largos y pesados cabellos eran blancos como la nieve, sin una sola hebra negra, y crecían desde su frente suavemente. Dábale su pelo cierta semejanza con Hermanus, su padre, y aunque no tenía ya tanto de su fuego y arrogancia, brotaba, no obstante, esta vitalidad en una risa o conversación, o en la rápida apreciación de un chiste.

Leía su Biblia, en aquellos días, con un poco de melancolía, aunque casi nunca mencionaba a Dios. Creo que comenzaba a fallar un poco en la antigua búsqueda de Aquél, porque ahora se sentía envejecer y no había hecho ninguna de las cosas que se había propuesto. Durante tantos años, y a pesar de todo, Dios no le había dado realmente una señal…, una que verdaderamente no pudiera confundirse con algo accidental. Solía recortar pequeños versos y poemas de los periódicos y revistas y colocarlos entre las páginas de su Biblia. Ésta se encontraba atiborrada de recortes, versos en su mayor parte, de temas sencillos y tristes, o de trozos de descripciones de la naturaleza que le habían gustado. Después que ella murió los leí todos, y de este modo conocí su pensamiento en aquella época. Eran poemas sobre pequeñuelos muertos, sobre los expatriados y, una y otra vez, sobre Dios, en quien hay que creer por la fe, puesto que nadie lo ha visto.

* * *

Cuando cumplió sesenta años sucumbió repentinamente a una enfermedad de los trópicos que, según se supo después, había estado sofocando su vida, desde hacía mucho tiempo. Era una enfermedad de la cual no se conocen ni la causa ni el remedio, salvo que a veces puede ser curada con ciertas dietas. Es rara en los nativos de los trópicos, pero frecuente en la gente blanca que vive

allí.

El robusto organismo de Carie había sido debilitado por la malaria y la disentería, repetidas con frecuencia, de modo que esa enfermedad la destruyó más rápidamente, y aunque al principio no consintió en guardar cama, se hizo evidente que era aquélla una lucha por su vida. Consuelo, ya una mujer crecida y graduada en la Universidad, volvió a ella inmediatamente. Se entregó con entusiasmo al cuidado de su madre.

En cuanto Carie se metió en cama, empeoró. Durante unos pocos días, extenuada, durmiendo casi sin interrupción —pues no se metió en cama hasta que no pudo materialmente caminar—, permaneció en silencio. Después que hubieron pasado estos días, reaccionó de repente con un gran esfuerzo de voluntad, imponiéndose la idea de que tenía delante de ella una tarea para la cual habría de reunir todas sus fuerzas si quería vivir. Ningún desafío provocaba más a Carie que una tarea de esta clase. Se puso al instante de muy buen ánimo.

—He decidido no morir —anunció alegremente una mañana—. No voy a dejarme vencer por este viejo cuerpo mío; ¡todavía soy joven! He pensado en una cantidad de cosas que quiero hacer…, cosas agradables. He sido torpe. Hace mucho tiempo que no he gozado bastante de la vida. De ahora en adelante voy a divertirme.

Se empezó a cuidar como si fuera su propio médico. El doctor se asombró del cambio operado en ella. Entregóse con un entusiasmo inmenso a su propia cura, discutiendo con él hasta el último detalle imaginable, con la misma calma que si se hubiera tratado de otra persona. Era su enfermedad una de aquellas acerca de las cuales los médicos sabían muy poco. En consecuencia, hizo que Consuelo escribiese a todos los que sabían haber sanado de ella.

—No sirve de nada preguntar por los muertos —observó ella de muy buen humor.

Cuando contestaron las cartas, pareció evidente que la cura dependía de la dieta. Mas el problema estaba en que la dieta parecía variar de una persona a otra. Debíase la enfermedad, al parecer, a alguna deficiencia de su organismo.

—Tendré que averiguar, por último, cuál es mi deficiencia personal —dijo, riéndose—. ¡Siempre he temido tener alguna!

Parecía que la leche había sido útil en muchos casos. Se puso

durante dos meses a dieta de leche sola, sorbiendo pequeñas cantidades cada dos horas. De nada sirvió. Desvanecióse su carne hasta que presentó un aspecto terrible. Solamente sus ojos oscuros miraban, brillantes e indómitos, desde su carita arrugada.

—Pronto estaré con Alicia en el País de las Maravillas —observó una mañana, cuando Consuelo la ayudaba a bañarse. Contempló sus miembros descarnados—. Tendré que comer otra cosa para crecer antes de desvanecerme por completo.

Intentó entonces el suero de leche, hecho de tabletas de cuajo. Esto resultó un poco mejor, porque por lo menos no perdió peso durante un mes. Pero ya había llegado junio, y con él, el calor del verano, húmedo y pesado por la evaporación de los arrozales inundados.

La llevamos entonces a la casita de piedras en Kuling; un viaje difícil, porque estaban sus huesos tan descarnados, que fue necesario colocarla sobre un grueso y blando colchón antes de poder tocarla.

Pero el aire de las montañas contribuyó inmediatamente a su mejoría, y de repente supo de un nuevo remedio. Alguien había sanado con caldo de hígado y jugo de espinacas. Empezó a tomar esta mezcla nauseabunda con gran entusiasmo. Se colocó su diván en la pequeña galería y, tendida allí, sorbía su caldo y contemplaba el valle por encima de las copas de los árboles. Sabíamos que pensaba en la belleza y que la usaba intencionadamente para distraer su atención de lo que debía tomar.

¡Cómo observamos la balanza durante aquella primera semana! Ganó dos onzas. Al término del primer mes había ganado una libra y media. Ciertos síntomas habían menguado, entre ellos un mal de boca que no dejaba sano ni un pedazo de la mucosa. Cobró alientos grandemente y se sintió muy contenta con la tarea que tenía por delante.

Dedicó, en aquellos días, mucho tiempo a la meditación, lo que pudimos vislumbrar a través de fragmentos de su conversación.

—¿Sabéis?, voy a volverme muy egoísta cuando mejore. ¡Verdaderamente, me voy a dedicar al cuidado de mí misma!

Cuando con ironía nos reíamos de esto, iluminároнse sus ojos con un brillo de humor y travesura.

—¡Sí, voy a procurar que mis manos sean realmente bonitas!

Entonces pintó para nosotros, con palabras, el retrato de la amable y encantadora viejecita que pensaba ser, dulce, grave e inmaculadamente vestida. Cuando de nuevo nos reímos de esto, sabiendo perfectamente que en el momento en que tuviese suficientes fuerzas estaría visitando a sus pobres y, en los intervalos, cavando en la tierra negra de su jardín, dijo de un modo un tanto serio para ella:

—No, lo digo de verdad. He sido torpe al vivir de un modo tan triste. Voy a gozar de la vida más que nunca. Toda mi vida he hecho cosas para los demás, y ahora voy a ser tan egoísta que no me van a conocer. ¡Siempre he deseado en secreto tener tiempo para ser egoísta! Voy a leer todos los libros y revistas que me dé la gana. Tendré un vestido de seda nuevo, de color lila. Haré visitas a mis amigas. ¿Sabéis?, a pesar de los cientos de visitas que han venido a nuestra casa, jamás he hecho una visita de placer a nadie. Siempre he tenido que ir a hacer algo por alguien.

Pero la convalecencia de aquella enfermedad no fue constante. Carie pasó el verano en una serie de progresos y recaídas. La medida de su verdadero progreso era la gravedad de cada recaída, y había sido cada una de éstas menos seria que la anterior. Ganaba la batalla.

Llegó el otoño y el tiempo de que cada uno de nosotros volviera a su respectivo campo de trabajo, pero Carie decidió quedarse sola en las montañas y concluir su lucha. Anhelaba tener a Wang Amah, pero ésta se hallaba demasiado vieja y débil para ir; de modo que con el criado que tenía, Carie se quedó sola en la casita y se dedicó a trabajar en su propio cuerpo.

* * *

He tenido que construir la historia de la vida de Carie en aquel otoño e invierno por medio de sus cartas. Mejoraba, lenta pero continuamente, tendida afuera en la galería, viendo morir y caer las hojas de los árboles. Un color bermejo oscuro bañó toda la falda del cerro y florecieron los ásteres purpúreos. Fue lo más parecido que había visto en toda su vida al otoño de su propio país y sintió que su cuerpo convaleciente se impregnaba de la paz de esta belleza.

Llegó el día en que pudo levantarse y caminar un poco. Todos los días hacía masajes en sus propios miembros, tomaba baños de

sol y observaba cuidadosamente su dieta, suavizándola poco a poco hasta incluir cada vez mayor número de alimentos. A veces cometía un error y tomaba algo que le hacía dar un paso atrás, pero se observaba con la mayor serenidad y nos enviaba informes sobre sí misma como si ella fuera su propio paciente. Gradualmente, por medio de experimentos, ideó una dieta adecuada para ella y empezó a mejorar con más rapidez, pudiendo, después de poco tiempo, descender lentamente los peldaños que conducían al pequeño jardín de helechos y luego caminar por la pedregosa carretera de montaña que pasaba un poco más arriba de la casa.

Nos pareció muy corto el tiempo hasta que pudo visitar a otros más enfermos que ella, unos pocos inválidos que se encontraban en el valle para reponer su salud. Entonces, en las cartas, se refería a ellos en vez de hablar de sí misma. Visitaba a cada uno regularmente, y pronto supo las historias de sus vidas y obtuvo los relatos detallados de sus enfermedades, dando a su vez, estoy segura, un sinnúmero de consejos prácticos. Dedicóse especialmente a una mujer americana, de cierta edad, que tenía la misma enfermedad que ella, y estudió su caso con vigoroso entusiasmo, como si aún fuera joven ella misma. Tuvo la satisfacción de ver sanar a esta mujer.

Con el invierno, Carie se repuso rápidamente y se sintió inquieta y ansiosa de hacer algo. Recobró su espíritu flexible y atento a lo que la rodeaba. Pero le quedaban suficientes síntomas de su enfermedad para que el doctor no le permitiera abandonar el aire de la montaña. Concibió, pues, la idea de ocupar su tiempo reconstruyendo la casita.

Ésta se había resquebrajado con los años, la madera estaba carcomida por las hormigas blancas y los guijarros se habían soltado en muchas partes. Además, ahora que se encontraba Consuelo nuevamente en el hogar y con la próxima llegada de Fe, la casita resultaba muy reducida. Nada podría darle más alegría que hacer nuevos planos para la casa, aunque tuviese que llevarlos a la práctica con un mínimo de gastos. Sería divertido repasar el material viejo y ver lo que aún podría servir. ¡Sería divertido imaginar algo… y darle una sorpresa a la familia! Entregóse a ello con todo su antiguo entusiasmo y perdió el interés por su enfermedad.

Llamó a un contratista chino y junto con él recorrió poco a poco toda la casita, probando la madera y la piedra para ver lo que podría servir. Finalmente, decidieron que toda la piedra estaba en buenas condiciones, salvo un poco de esquisto que se había desmoronado, y que todas las vigas se podían usar de nuevo. Trazó un plano con tres diminutos dormitorios, dos baños, un gran porche y una sala con una gran chimenea de piedra. Abajo, donde la inclinación de la montaña lo permitía, habría dos cuartos de servicio. Sujetándose a la más estricta economía y recordando el «Nuevo Testamento de Papá», se podría hacer todo esto con una cantidad extraordinariamente reducida de dinero.

Se mudó a una casa desocupada que había en la vecindad y contempló con el mayor entusiasmo la demolición de la antigua casa y la construcción de los nuevos cimientos. Desde la mañana a la noche erraba por aquel lugar, criticando la colocación de las piedras y gozando con la elevación de los muros. Lo hizo lo más americano que pudo, desde el techo hasta el sótano. Exploró los riachuelos con un *coolie*, en busca de piedras planas para la ancha chimenea. En uno de los dormitorios hizo colocar una pequeña chimenea. Soñó un poco, según creo, que en su vejez algún día podría irse a vivir allí, haciéndose de este modo la ilusión de estar en América. En el fondo de su corazón, aunque no quería reconocerlo, se había despedido ya de América, de la cual la separaba el cruel océano…, de la América que no recibe tampoco con entusiasmo a aquellos de sus hijos que la abandonan, aunque éstos la amen.

Fue aquél un invierno de alegría para Carie. Feliz porque estaba haciendo algo, sintió volver la salud a su espíritu y a su cuerpo. Vivía, además, en medio de la más hermosa naturaleza y lejos de la gente pobre y oprimida. Recuerdo cómo nos describió una de las tormentas de nieve que hubo aquel invierno en la montaña, en la que cada ramita y cada hoja de bambú y de viña se incrustó de nieve, y la siguiente salida del sol: «Es demasiado hermoso aun para mí, que puedo alimentarme de la belleza de todos los días sin saciarme jamás», nos escribió.

Hizo toda clase de cosas divertidas durante aquel invierno. Había en aquella época una pequeña escuela para niños americanos, y se deleitaba marchando en trineo con ellos. Tengo un pequeño

retrato de ella sentada a la cabeza de un trineo lleno de niños, con las cuerdas de guiar en la mano, los ojos oscuros y brillantes y el rostro lleno de alegría. Hizo lo que no había hecho desde chica, y no hubo quien la reprochara por sus diversiones.

Cuando volvimos todos en agosto, para pasar un mes de vacaciones, nos recibió en la casita nueva, más orgullosa que si se hubiera tratado de un palacio. Había trabajado mucho para tenerla a punto, puso hasta cortinas blancas de muselina en las ventanas, esteras frescas en los suelos, helechos verdes colgando en cestos y flores por todas partes. Era el hogar de su corazón, el cuadro de América que había llevado siempre en su espíritu y realizado en este lugar trasplantado. ¡Cómo lo amaba!

Y, en verdad, era un lugar acogedor: una limpia casita de piedras, situada en medio de un prado escalonado y entre las copas de los árboles que crecían en la falda del cerro. Vislumbrábase por entre los árboles la montaña opuesta, y a través del portillo del valle, entre los cerros más distantes, desplegábase la vista azul de la lejana llanura. Por dentro la casita era sencilla hasta la pobreza, pero ¡qué fresca y limpia y barrida por los vientos y las nieblas de la montaña! Creo que así pudo soportar el pensamiento de no volver nunca a América.

* * *

Después del verano se puso seria un día y dijo que ya había jugado bastante y que debía volver a su trabajo. Suponía cómo estaría la casa sin ella; y Andrés necesitaba un hogar. Además, durante el verano, Consuelo se había puesto en relaciones con un joven americano y era necesario pensar en el matrimonio para dentro de unos pocos meses. Fe había terminado sus estudios secundarios en Shanghai y había que prepararla para su regreso a América a fin de que cursara en la Universidad. Tenía estas tareas por delante y se enfrentó entusiasmada con ellas.

La observamos durante todo el invierno. Mantuvo su salud en buen estado, y si no se encontraba muy robusta gozó, en cambio, de un bienestar sorprendente en una persona que había estado enferma. Continuó su dieta y descansaba de mala gana. Hizo, entretanto, sus preparativos para el matrimonio y para la marcha de Fe, y se sintió de nuevo ocupada y feliz, dos palabras sinónimas

para ella.

Llegó la primavera y la boda resultó todo lo perfecta que se había esperado. Fue un acontecimiento sencillo, naturalmente, que se celebró al atardecer, con unos pocos amigos reunidos, y naturalmente, con Consuelo, una novia alta y delgada, con su vestido blanco y su velo, dirigiéndose al encuentro de su novio. Podría haber sucedido en el jardín de cualquier hogar americano. Carie contemplaba la escena emocionada, al imaginar una nueva vida para su hija. Los dos hijos suyos, la vida nueva que procedería de ellos, los intereses nuevos…, ¡qué tonta había sido al pensar que no le quedaba nada que hacer!

Ella misma se veía extraordinariamente hermosa aquel día, con su cabellera de nieve abundante y rizada, coronando su cabeza, y con sus ojos oscuros y vivos, juveniles como siempre. Ella misma hizo y adornó la torta de bodas y contempló cómo la cortaba la joven novia. Cuando todo hubo terminado le oímos murmurar muy contenta:

—Realmente, ni en América hubiera podido celebrarse una boda más hermosa.

* * *

Habían pasado ocho años desde que Andrés estuvo en América y llegó, pues, el tiempo en que podía ir nuevamente de vacaciones. Carie se encontraba ante el dilema de su gran deseo de ver América una vez más y de la debilidad de su cuerpo que, según el doctor, no soportaría los embates de un nuevo viaje por mar. No sé en qué momento hizo la renunciación. Es posible que no la hiciera toda en un momento; estuvo muy silenciosa y no supimos casi hasta el fin si quería ir o no. Decidió que no iría; que Andrés llevara a Fe y volviera pronto, dentro de seis meses. Ella se quedaría sola en la casa y sostendría su trabajo en la medida de su capacidad hasta que él volviera.

Para confirmar su decisión llegó la noticia de la muerte de Cornelio, y la idea de no ver más el amado rostro del hermano que había sido más que hermano de su juventud, le hizo abandonar más fácilmente el último deseo de volver a su país. No, ella guardaría a América de ahora para siempre donde tuviese más realidad, que era en su corazón y en su memoria. Habían desaparecido de ella

muchas caras, muchas cosas nuevas habían sobrevenido y no habría, quizá, ningún lugar para ella. Aun Edwin parecía estar muy lejos, absorbido por su trabajo y por sus propios hijos, sin necesidad ya de ella.

Aún le escribía largas cartas semanalmente, con ternura, como si siguiera siendo el niñito de su juventud y como en realidad continuaba siéndolo para ella. A Andrés jamás se le ocurría fijarse en el aspecto de los nietos; ella conjuró a Fe para que ésta le mandase todos los detalles de su pelo, de sus ojos y de sus gracias. Sentía por sus nietos una nostalgia inexpresable y, sin embargo, tenía el consuelo de que estaban a salvo en América, como lo estaban todos los que allí vivían.

Así, pues, se quedó sola en la vieja y cuadrada casa de misiones, en la que se había acostumbrado a oír las voces de sus niños, en la que Andrés había orado y estudiado y de la que había partido para sus largos viajes. Donde había habido mucho ir y venir de otra gente, allí se quedó, completamente sola.

Nunca le oí decir que sintiera miedo. El viejo criado que tenía para ayudarla en el jardín dormía abajo, en los cuartos de servicio, y fuera de él, no había ningún otro. Compró en alguna extraviada tienda una vieja y mohosa pistola que no tenía la menor intención de disparar; pero solía levantarse dos o tres veces durante la noche y se paseaba por la casa con la pistola en una mano y una vela en la otra.

Durante los años inquietos que siguieron a la primera revolución era peligroso que se quedase sola de ese modo, pero nunca tuvo miedo. Sus vecinos la conocían bien. Solía decir que no tenía tiempo para sentir temor, porque siempre se indignaba primero con la persona que se atrevía a asustarla. Recuerdo que una vez, en años anteriores, en una noche calurosa de verano, percibió un ruido en la abierta ventana de su dormitorio. Se levantó de un salto y retiró un biombo que había al pie de su cama. Allí, en la ventana, había un enorme chino que la miraba con malévola expresión.

—¡Bájate de ahí! —le gritó, con su modo violento y espontáneo —. ¿Qué haces aquí, en mi casa?

Corrió hacia él —ella, una pequeña figura blanca con su anticuada camisa de dormir—, y él vaciló y se volvió atrás, desapareciendo en las sombras del jardín y desparramando toallas y

sábanas que había robado.

Andrés, que tenía un extraño y nervioso temor a los ladrones, se quedó en la cama, con gran indignación de Carie, quien, después de instarlo vanamente a que se levantara, se precipitó, descalza, a perseguir al ladrón. Llamó a los sirvientes al pasar, pero éstos se vestían con estudiada lentitud, pues sentían terror por los ladrones en un país donde cada ladrón llevaba un cuchillo. Pero Carie se lanzó al prado bañado de luna y de rocío, indiferente a los ciempiés y escorpiones, y llegó al muro del recinto a tiempo de echar mano a una bolsa que desaparecía sobre la cabeza del ladrón, colgándose de ella con todas sus fuerzas y continuando, entretanto, su torrente de invectivas en chino. Su recompensa fue que el ladrón soltó la otra punta de la bolsa. Carie recogió las diversas cosas esparcidas por el jardín. Andrés se había levantado ya, un tanto avergonzado, como suele acontecer hasta a los santos; y los sirvientes, ya que se habían ido los ladrones, estaban todos alborozados. Así recobró Carie la mayor parte de su menguada colección de ropa de casa. Después volvió a acostarse con gran júbilo.

—Podían haberte matado. Fuiste muy imprudente —dijo Andrés, en tono de reproche.

Fue la primera vez que a Carie se le ocurrió tal contingencia. Replicó, pensativa:

—Así debe de haber sido. Pero me enfurecí mucho al pensar que alguien pudiese entrar en mi casa de esa manera. Además, ¿qué se va a hacer…, dejar que un pillo se marche con las cosas de uno y no decir palabra?

No; creo que nunca sintió miedo. En verdad, sentía el mayor desprecio por la cobardía física, y esto fue una nueva cuña entre ella y Andrés, pues éste, que sabía afrontar cualquier peligro en el cumplimiento de su deber, fuera de él se mostraba miedoso. Carie nunca pudo comprender este temor, nacido de una naturaleza tímida y apocada, que se hallaba fuera de la realidad.

* * *

Aunque vivía sola, no se encerró en su soledad. Iba todos los días a sus visitas, cualquiera que fuese la distancia, y regresaba por la noche a casa, rendida, pero con ojos de contento y de tranquilidad. Muchas veces le pregunté qué hacía, pero ella siempre

contestaba un poco vagamente.

—¡Oh, nada de particular! —Solía decir alegremente.

Debía de ser la misma labor humana que había hecho siempre, en su ir y venir entre la gente. No creo que les predicara mucho, fuera de decir que todos debemos tratar de creer en Dios y esforzarnos por hacer Su voluntad; que ciertamente Él preferiría que la gente cuidase más a sus niños; que los hombres no fuesen duros con sus mujeres, y que éstas mantuviesen los hogares agradables para sus maridos y sus niños y limpiasen las cosas lo mejor posible.

Enseñaba a leer a las jóvenes que ansiaban poseer el poco saber que les era negado por el sistema social en que vivían. Solía hablar de muchas cosas del mundo, describiendo los otros países que había visto. La oí hablar de este modo a un grupo de mujeres, seres humildes que poco tenían que hacer en su vida fuera de dar a luz sus hijos y de cumplir con la sórdida rutina del cuidado de su casa, y ellas la escuchaban con la boca abierta y ojos soñadores. Les hablaba de las estrellas y de los planetas, del mar y de su extraña vida, y las hizo sentirse parte de un grande y maravilloso universo. Siempre la vi extremadamente tierna con aquellos de su sexo que, debido a la desgracia misma de haber nacido, no albergaban esperanza alguna.

En cambio, enojábase muchísimo con la madre de alguna niñita llorosa con los pies vendados y, de vez en cuando, vencía a fuerza de perseverar. A veces se entregaba también a la salvación de algún adicto al opio. Conozco un pobre viejo degenerado, a quien, gracias a semanas de vigilancia, salvó enteramente en contra de su voluntad. El que hubiese vencido al fin y que él se hallase encantado de encontrarse libre del peso que lo tenía a él y a su familia entrampados, lo atribuyó el viejo a las oraciones de ella; y ¿quién soy yo para afirmar lo contrario, si para él, como para tantos otros, la nueva religión de Cristo se sublimaba en Carie y en su apasionado interés por mejorar a los demás?

—Tiene que ser así, pues a ninguna persona le había importado lo que yo fuese, o que mi familia se muriese o no de hambre —razonaba él, sencillamente.

Creo que Carie gozó con esta lucha como siempre que emprendía cualquier tarea al parecer imposible. Ciertamente logró amargarle la vida al viejo en varias ocasiones, mas el resultado final

fue que se curó y que volvió a su trabajo de tejedor y al mantenimiento de su familia.

Tenía en este tiempo en torno suyo a todo un círculo de viejas mujeres que ansiaban la amistad de alguien que se interesase en sus pequeños asuntos, por los cuales sus familias, que sólo las consideraban como cargas, no demostraban atención alguna. Conocían demasiado bien la bondad de corazón de Carie, y sabían que, aun después de sus enojos, les daría furtivamente un poco de dinero, un canasto de alimentos o un corte de género para un abrigo.

Y tenía, también, a su hija china, madre ya de seis niños, en cada uno de los cuales Carie creía tener parte; y fuera de éstos, a muchos otros a quienes visitaba y que la visitaban, y con quienes sostenía largas e íntimas conversaciones sobre sus asuntos. Me atrevo a afirmar que si esta mujer americana se hubiera dedicado a escribir novelas, habría llenado una veintena de libros con las historias de las vidas que conoció mejor que ninguna otra persona blanca.

Aunque odiaba las faltas y los pecados de la gente, era generosa y rápida para reconocer sus virtudes, y nunca dejaba de gozar con alguna broma, aun cuando fuese a costa de sí misma. Compró una vez una alfombra para colocarla delante de su órgano, una alegre alfombrita adquirida con algún sacrificio. Llegó un día un conocido de Andrés para hablar según decía de la «nueva religión». Andrés conversó durante un rato con el hombre y en cuanto se levantó para irse, Andrés le dijo que lo acompañaría una parte del camino a fin de seguir hablando, si el hombre quería esperar mientras se cambiaba los zapatos, pues era invierno y los caminos estaban malos. Carie estaba arriba; cuando subió Andrés resolvió caminar un poco y los tres salieron juntos. El chino anduvo una corta distancia, habló de un compromiso y se marchó por una callejuela lateral. Cuando regresaron, los agudos ojos de Carie notaron en seguida que faltaba algo en la habitación. Era la alfombrita nueva. Mientras hablaba de religión, el hombre reparó en ella y, cuando Andrés lo dejó solo, la había doblado y metido en su amplio ropaje de invierno. Por molesta que se sintiera Carie al perder la alfombra, se rió del incidente hasta que le brotaron las lágrimas, recordando con nueva hilaridad la piadosa cara y grave entonación del hombre

y la alfombra metida en su seno. No pudo menos que reírse de su habilidad, a la vez que aborrecerla, y Andrés se turbó muchísimo cuando ella observó:

—¡Espero que no sea éste uno de tus típicos discípulos, Andy, pues de lo contrario nos veremos obligados a abandonar el sostenimiento de una casa!

Siempre fue tolerante, sin embargo, cuando no había mala intención. Recuerdo que una vez un americano dijo, con cierta impaciencia:

—Me siento muy ofendido con este nombre de «demonio extranjero» que nos grita la gente a cada instante. Deben darse cuenta de que a veces les hacemos algún bien.

Carie sonrió con dulzura y contestó:

—A veces no saben llamarnos de otra manera. Recuerdo que una vez una mujer vieja y enferma acudió a mí en busca de ayuda. Inclinándose, golpeó la cabeza en el suelo delante de mí y dijo humildemente, como si se dirigiera a una reina: «Por favor, muy Honorable Demonio Extranjero, suplico tu ayuda». No; depende de cómo se diga —concluyó ella.

* * *

Al cabo de ocho meses regresó Andrés, un tanto consternado por la nueva América. Era en los años siguientes a la guerra Mundial y vio un país distinto de todo lo que había conocido en su vida. Aquello que había tenido casi por más seguro que el mismo cielo, su propio país, lo encontró él sacudido, conturbado y escéptico hasta en las mismas cosas por las cuales se habían sacrificado y establecido en aquellas nuevas orillas. No era Andrés de los que saben relatar largamente sus propias experiencias, pero poco a poco Carie sacó de él las partes de un cuadro que su viva imaginación supo juntar, el cuadro de un país desorganizado y desorientado…, ¡y era su propio país!

En este tiempo comenzó a lamentarse profundamente de su vejez y de su impotencia para hacer algo por su propia tierra. Nos dijo muchas veces:

—Quisiera poder vivir mi vida de nuevo, joven y fresca. ¿Sabéis lo que yo haría? Iría a Nueva York y a todas aquellas partes por donde entran los extranjeros en nuestro país y me pasaría la vida

haciéndoles comprender lo que significa América y lo que deben hacer por ella. Creo que nuestro país no es ahora lo que debe ser, por eso: hay demasiada gente que no sabe lo que significa ser americano.

Una y otra vez dijo:

—Quisiera poder vivir mi vida de nuevo. Viviría para América. Me alegra de que mi hijo esté allá. Él hará algo por América en mi lugar.

Creo que durante los dos años siguientes estuvo constantemente preocupada por este deseo. Leyó todo lo que pudo encontrar sobre la América moderna, tratando, si podía, de averiguar las causas de sus males. Una vez oyó en aquella hermosa y apacible tierra el llamamiento de los menos afortunados, y parecíale oír ahora el de su propia gente afligida. Apesadumbróse mucho por su impotencia debida a su edad y situación, y oró por su país más de lo que había orado en mucho tiempo por cosa alguna.

No se percató de que su cuerpo se ponía más y más delgado y que mostraba los síntomas de una anemia avanzada. La antigua enfermedad la había dejado dañada interiormente, y, sin saberlo, había estado comiendo cada vez menos. Si pensó alguna vez en su creciente delgadez fue tan sólo para suponer que se debía a que podía comer muy poco.

Pero cedieron sus fuerzas repentinamente y no pudo siquiera subir la escalera hasta su cuarto. Acudió Consuelo con premura, aguzada la vista por el amor, y vio inmediatamente que aquello era grave. Resolvió quedarse hasta que Carie mejorara, y, a pesar de las vigorosas protestas de su madre —nunca parecía estar demasiado enferma Carie para protestar vigorosamente contra las cosas que no quería—, Consuelo llamó a un doctor.

En verdad, la cosa iba mal. Una insidiosa debilidad del corazón hacía imposible una operación necesaria, y desde el principio hubo pocas esperanzas. Carie, interpretando fácilmente, como siempre, los rostros de los demás, vio lo que Consuelo hubiese querido ocultar, y vino en su ayuda algo de su antigua porfía.

—No me voy a morir —sostuvo ella, a pesar de su debilidad—. No he tenido tiempo para realizar una cantidad de cosas que había pensado hacer. Hay muchos libros que quiero leer todavía y hay mucha gente que me necesita. Además —agregó, con la sombra de

una sonrisa—, aún no he conseguido que se vean bonitas mis manos. No, no…, voy a durar diez largos años todavía, en los que me entregaré de verdad a ser una simpática viejecita, a llevar unos bonitos vestidos morados y a ser una abuela para los hijos de mis hijos.

Y en seguida, como si se sintiera invadida por la conciencia de su debilidad, exclamó, con una especie de indignación contra Dios:

—En todo caso, no moriré hasta que Fe vuelva a casa y yo la vea una vez más.

Empezaba otra vez la larga lucha por la vida.

Nuevamente la llevamos en las espaldas de los *coolies* hasta la casita de piedras, en las montañas. Era una figura demacrada e indomable, cuyos oscuros ojos, invariablemente jóvenes, atisbaban con bravura desde su carita coronada por la masa de su pelo blanco.

Dedicóse una vez más a la curación de su cuerpo. Era un cuerpo robusto, de herencia sana, pero había tenido que responder con demasiada frecuencia para reaccionar ahora al llamamiento de su voluntad. Se hizo evidente que ya no podría reaccionar más. Bien lo sabía ella, y hubo un corto período, cuestión de pocos días en el que presenciamos el espectáculo de un espíritu joven y valiente que contempla con ira y consternación este viejo y débil cuerpo que debía morir. No habló con nadie, salvo para dirigir las palabras obligadas de cortesía; pero la expresión de sus ojos era terrible, y nos retirábamos angustiados de lo que en ellos podíamos ver.

Concluyó entonces este período. Ella terminó por la aceptación. Era como si abandonara su cuerpo como cosa inservible y sin valor para ella, y en aquellos últimos meses se dedicó a satisfacer los deseos de su espíritu. No habló, sin embargo, de la muerte. Hizo, al contrario, caso omiso del asunto, y se entregó más que nunca a la belleza a la cual amaba sobre todas las cosas de su vida. Habló con frecuencia de la dulzura del canto de los pájaros en los árboles que rodeaban la casa, de las sombras verdes en el prado y del esplendor de los lirios. Al atardecer se quedaba enteramente quieta y dejaba errar sus ojos sobre las nubes y sobre los valles.

No sé si pensaba o no en lo futuro. Era una mujer intrépida, fortalecida ya por la vida para afrontar resueltamente cualquier cosa que pudiese venir. No se entregó a ningún sentimentalismo de moribundo acerca de Dios, quien hasta entonces no le había dado

señal alguna. Parecía darse cuenta de que nadie, ni una sola persona, podría decirle con certeza lo que la esperaba en el momento en que debería partir sola.

Asióse en aquellos días a la vida con un anhelo y una vehemencia que no había tenido antes. Al término del verano volvimos con ella al *bungalow*, a orillas del río, y en aquel entonces sabíamos ya todos que había de morir. Pero ella no dio señal de saberlo, fuera de la gran serenidad con que aceptaba el transcurrir de los días. A veces, cuando la oprimía la oscuridad y se sentía sin fuerzas y sin aliento, volvía los enormes ojos a Consuelo, que la velaba, y le hacía la vieja pregunta que le hiciera su propia madre:

—Hija…, ¿es ésta… la muerte?

Y cuando Consuelo exclamaba con vehemencia: «¡No permitiré que te mueras!», se sonreía y decía:

—¡Cómo te pareces a mí…!, eso fue lo que le dije a mi madre yo también.

Dijo un día:

—Hay tantas cosas que no he visto ni oído…, tantos placeres… ¡Ninguno de vosotros sabe cómo amo el placer! Yo quiero una gramola. Quiero escuchar todas las clases de música que no he oído.

Mandamos buscar una gramola y discos a la ciudad de la costa; los escuchaba durante horas enteras. No sé en qué pensaba, pero no quería oír ninguna música triste. Alguien puso una vez el disco de «Oh, descansa en el Señor, espéralo con paciencia», y ella dijo con profunda y tranquila amargura:

—Quitad eso. He esperado con paciencia…, y en vano.

Nunca lo volvimos a tocar, y hasta hoy día no puedo soportar aquella melodía por el recuerdo que me trae de su voz; no una voz afligida, sino serena, orgullosa, resignada y valiente. Ya había aceptado entonces la verdad: la búsqueda de Dios con que había iniciado su vida no terminaría en el tiempo que le quedaba.

* * *

A medida que se iba debilitando hacia el fin, era evidente que necesitaba una enfermera especial, una que supiera levantarla y atenderla. No había querido hasta entonces tener una cerca de ella, pues sentía una curiosa y profunda desconfianza por lo profesional. La única manera de convencerla fue alegando nuestro cansancio al

cuidarla día y noche. Al instante quiso ahorrarnos la molestia. El veneno de la enfermedad se esparcía ahora por todo su cuerpo y se empañaron sus sentidos; dormía mucho, aunque tenía momentos de gran lucidez y, en verdad, días enteros en que casi se sentía normal.

Nunca podré olvidar la llegada de aquella enfermera. Habíamos pedido una a Shanghai, pero debido a una epidemia de cólera había sido difícil encontrarla. Apareció una al fin, en respuesta a nuestros insistentes telegramas, y llegó a nuestra casa una mañana al amanecer. Yo, que había estado velando a Carie durante la noche, salí a su encuentro en la escalera.

Al verla se me fue el alma a los pies, pues era una inglesa de bastante edad, con el pelo teñido y un cutis completamente sintético. Era precisamente la persona mejor calculada para desagradar a Carie. Pero en el apremio de la hora la dejé entrar y se la presenté a Carie.

Ella, con sus ojos empañados, miró fijamente a la enfermera, que llevaba la voluminosa gorra de su profesión de enfermera inglesa. Preguntó entonces con su habitual franqueza:

—¿Por qué tiene esa funda de almohada en la cabeza?

—Me la quitaré, si usted quiere —dijo la enfermera, bondadosamente.

—Hágalo —replicó Carie con énfasis, y cuando lo hizo, dijo—: ¡Ah, qué bonito pelo tiene usted, amiga mía, y cómo armoniza con su piel rubia!

Su vista ya no podía adivinar la verdad del rostro arruinado de la pobre mujer, y este elogio franco y sencillo la conmovió y ganó su verdadero afecto, rodeando a Carie, desde entonces, de un cuidado constante.

Era singularmente apropiado que fuese una mujerzuela del populacho de Shanghai a presenciar el fin de aquella vida tan humana y generosa. Volvióse Carie a esta mujer con todo su acostumbrado interés, preguntando por su vida e historia con la mayor simpatía. Era esta mujer, supongo, una de las más inmorales que hayan pisado la tierra, y los últimos andrajos de su honestidad habían sido barridos por su experiencia de la Guerra Mundial, habiendo en su historia muchos episodios sobre los cuales pasaba Carie con dulzura, diciendo solamente:

—Yo sé…, yo sé lo difícil que es ser buena…, especialmente

cuando no viene contestación alguna y uno sigue esperando en la oscuridad.

Dijo entonces, con uno de sus repentinos cambios de ánimo:

—Usted hablaba de bailes. ¿Sabe usted?, siempre he querido ver un «fox-trot»; he leído sobre ellos. ¿Podría usted ejecutar uno para mí?

Fue ésta, pues, la escena con que nos encontramos mientras la gramola tocaba un áspero trozo de «jazz»: he aquí a Carie apoyada en sus almohadas, imagen misma de la muerte, salvo por sus ojos que, aunque nublada su vista, mantenían en cierto modo su antiguo brillo y fuego, observando con vivo deleite la blanca y arremolinada figura de la enfermera. Cuando al final del baile ésta se dejó caer sin aliento en una silla, observó Carie con aire crítico:

—¡Caramba, qué bonito es eso…, qué ligero y gracioso! No me sorprendería que Andrés estuviese completamente equivocado con respecto a Dios. Creo que uno debe escoger las cosas felices de la vida, como el baile, la alegría, la belleza. Me parece que si tuviera que hacerlo de nuevo, escogería esas cosas en vez de creerlas pecaminosas. ¿Quién sabe…? Incluso es posible que a Dios le agraden.

Empezó entonces a soñar un poco y en seguida a dormir. Y de este modo, al lado de su naturaleza que ella había repudiado tan resueltamente en su juventud, la reclamó nuevamente en su senectud y en sus años de sabiduría.

* * *

Aquellos días se volvió enteramente en contra de Andrés y no quiso tenerlo a su lado. No le pedía que se fuera, pero se mostraba manifiestamente inquieta e incómoda cuando lo veía, y parecía librarse en ella una lucha. Una vez, cuando lo vio, murmuró:

—Después de todos estos años, aún no está acabado ese libro…

De modo que lo mantuvimos alejado, mostrándose él consternado, pero complaciente. Nunca había comprendido Andrés ni la naturaleza de ella ni los cambios de que era capaz, ninguno de los cuales fue más grande que este último, cuando alejó de sí todo pensamiento, de la religión y de Dios, escogiendo la belleza de la vida y de la creación de este mundo, que amó y conoció en toda su riqueza.

Movimos su cama poniéndola cerca de la ventana y se quedó contenta, mirando hacia afuera. Dijo una vez, medio en sueños:

—Después de todo, he tenido muchas cosas buenas en la vida. He tenido pequeñuelos en mi pecho, he tenido buena tierra para cultivarla, cortinas con encajes mecidas por el viento en mis ventanas, montes para mirarlos, valles y cielo, libros y mi música…, y gente a quien he podido ayudar, he tenido muchas cosas buenas en la vida. Me gustaría seguir viviendo, pero esta vez daría mi vida a América.

Lo único que verdaderamente le ensombreció aquellos días fue el temor de morir antes de que regresara Fe. A ésta la esperábamos ya de un día a otro, y ella se resolvió a no morir hasta que llegase. Por fin, llegó el día y la hora. Carie tenía demasiado pocas fuerzas para permitirse emociones, pues podría detenerse su corazón con una tensión desacostumbrada; estuvo, en consecuencia, muy tranquila y normal.

Pero estaba resuelta a que Fe, una mujer joven que acababa de salir de la Universidad, no encontrase triste la casa, ensombrecida por la proximidad de la muerte. De manera que pidió que la vistieran con su vestido más nuevo, uno de seda de un delicado color lila y bordado de plata, un regalo de Consuelo; hizo que la peinaran nuevamente y cuando todo estuvo dispuesto, hasta con un vaso de capullos de rosa a su lado, pidió —cosa inaudita— ¡un pedazo de goma de mascar! Mandamos comprarlo al almacén y se lo dimos con gran perplejidad de nuestra parte, pues ninguno de nosotros la había visto usarlo jamás; pero ella se reclinó con gran ceremonia en sus blancas almohadas, y cuando llegó Fe la encontró mascando vigorosamente, con un brillo de humor en los ojos.

—¡Aquí está tu madre, pues! —exclamó alegremente y con la misma calma que si hubiera visto a Fe el día antes y no desde hacía tres años—. Heme aquí, mascando goma como una joven disoluta… ¡He oído decir que es la moda en América, hoy en día!

Nos reímos todos y la tensión del momento pasó. Sucedió lo que había pensado: que nos riéramos en vez de llorar. Procedió como si debiera ahora protegerse contra la tristeza por temor a que su corazón estallase en su frágil cuerpo. Aceptó tranquilamente la presencia de Fe, y algunos días pareció olvidar que había estado ausente.

* * *

Durmió día tras día, y ahora sólo ocasionalmente podía verse cómo su fuerte espíritu se levantaba vigorosamente contra el cambio que se aproximaba. En una ocasión levantó sus dos manos, hinchadas hasta el punto que daba lástima mirarlas. Las examinó minuciosamente y murmuró para sí:

—Nunca conseguí, al fin, que mis manos se viesen bonitas. Después quizá…

Sólo una vez mencionó su muerte. Salió repentinamente de su sueño y dijo con claridad a Consuelo, que era la que en aquel momento la velaba:

—Hija, si pareciera tener miedo al final, será solamente porque este viejo cuerpo se me sobrepone por un momento. Siempre ha sido mi enemigo…, siempre me ha querido abatir. Pero nada me asusta. ¡Yo no tengo miedo!

Después de esto, despertó de nuevo, esta vez para dar instrucciones con respeto a la lápida de su tumba. No debía haber ni palabras de encomio ni mención de que hubiera sido esposa o madre, sino solamente su propio nombre y debajo de él tres textos, escritos en chino y en inglés, y el último de los cuales fuese aquel triunfal anuncio: «A aquel que venza le será dada una corona de vida».

Despertóse una vez más para decirnos con insistencia:

—No cantéis himnos tristes sobre mí. Yo quiero el «Canto de Gloria». Detesto tener que morir. Mi vida no ha terminado. Iba a vivir hasta los cien años. Pero, si debo morir…, lo haré triunfalmente y jubilosa… En cierta manera continuaré…

No hubo últimas palabras ni señal alguna al final. Murió mientras dormía, y en el momento de expirar se alumbró su rostro con una larga sonrisa, cayendo después en la más profunda gravedad. Pero ninguno de nosotros sabía el significado de aquella sonrisa. Era como si sencillamente se retirara de todos nosotros y siguiera sola, dejándonos únicamente el recuerdo de su vida, una vida llena, brillante, amarga y dulce. Le pusimos el vestido de seda lila que ella prefería y la rodeamos de crisantemos de color gris plateado y dorado pálido. La enterramos en otoño, en un día de nieblas y tormenta, bajo un cielo gris. Las valientes palabras del canto que ella nos había pedido sonaron como el desafío de toda la

vida humana en su desesperada protesta contra la muerte inevitable que por todas partes la rodeaba. Así terminó todo lo que de su vida podemos conocer.

* * *

Creo que habría considerado su vida como un fracaso si la hubiese juzgado por lo que se había propuesto hacer, si desde el principio de ella hubiera podido contemplar el fin. La búsqueda de Dios, esta ansia que procedía del lado profundamente puritano de su rica naturaleza, jamás fue satisfecha. Pienso que era esto imposible para un espíritu tan práctico y alerta como el suyo. Era por naturaleza escéptica y, sin embargo, mística también, amante de la belleza y soñadora de lo desconocido.

Era ella de los que, habiendo visitado al enfermo y al preso, velado por la viuda y el huérfano, alimentado al hambriento, llorado con el que pena y reído con el que estaba alegre, se reprochaba todavía por no haberlo hecho mejor. Podría, reprochándose humildemente como aquellos otros, haber dicho al Dios que buscaba: «Señor, ¿cuándo hice todas estas cosas por Ti?». Y Él podría haberle contestado: «En cuanto…».

Pero si ella consideraba que su vida había dejado que desear, para nosotros —entre quienes la vivió—, ¡qué vida había sido! Creo que ninguno de nosotros la hubiera llamado una santa mujer. Para eso era demasiado práctica, viva y apasionada; demasiado llena de humor, de cambios y de temperamentos. Era la persona más humana que conocimos, la más compleja, con su fácil compasión, sus soplos de alegría y sus momentos de completa irritación; era, en todo instante, nuestra mejor amiga y compañera.

Ahora que he llegado a conocer por mí misma el país al que ella tanto amó, veo que, en verdad, era de él la misma flor y nata. Joven de espíritu hasta el fin, indomable, de una fácil generosidad, ansiosa de las cosas bellas de la vida, y, sin embargo, dado el caso, capaz de vivir con entusiasmo en la pobreza idealista con el verdadero idealismo que no se satisface jamás consigo mismo si no es traducido a la realidad…, era ella, sin duda de ningún género, el espíritu mismo de América, hecho cuerpo y alma.

Para los mismos chinos a quienes conoció en las más variadas circunstancias, ella era América. Cuántas veces les he oído decir:

—Los americanos son buenos porque tienen buen corazón. Ella es americana.

Para los solitarios y nostálgicos muchachos, marineros y soldados, y para todos los blancos, hombres y mujeres, su bondadoso corazón y generosa camaradería representaban el hogar, representaban América en el lejano país. A sus niños, impregnados del extraño y remoto ambiente, logró de alguna manera, y quién sabe a veces con qué sacrificios, rodearlos de un ambiente americano, haciendo de ellos verdaderos ciudadanos de su propio país y despertando en ellos un amor imperecedero por su patria.

Para todos los que la conocimos, en una y otra parte, Carie era América.

PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de La buena tierra donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.

Notas

[1] Diminutivo de Caroline (Carolina). < <

[2] Vehículos usados en las ciudades chinas. < <

[3] Así eran llamados los americanos de los Estados del Norte. <<

[4] La más hermosa calificación que puede obtenerse en un examen.
<<

[5] Himno nacional de los Estados Unidos. < <

[6] Peones de carga en China. < <

[7] Especie de zapatilla usada por los japoneses. < <